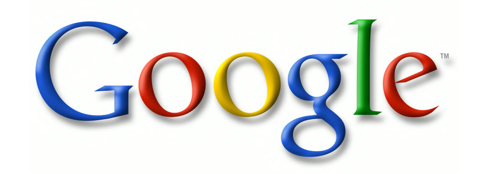
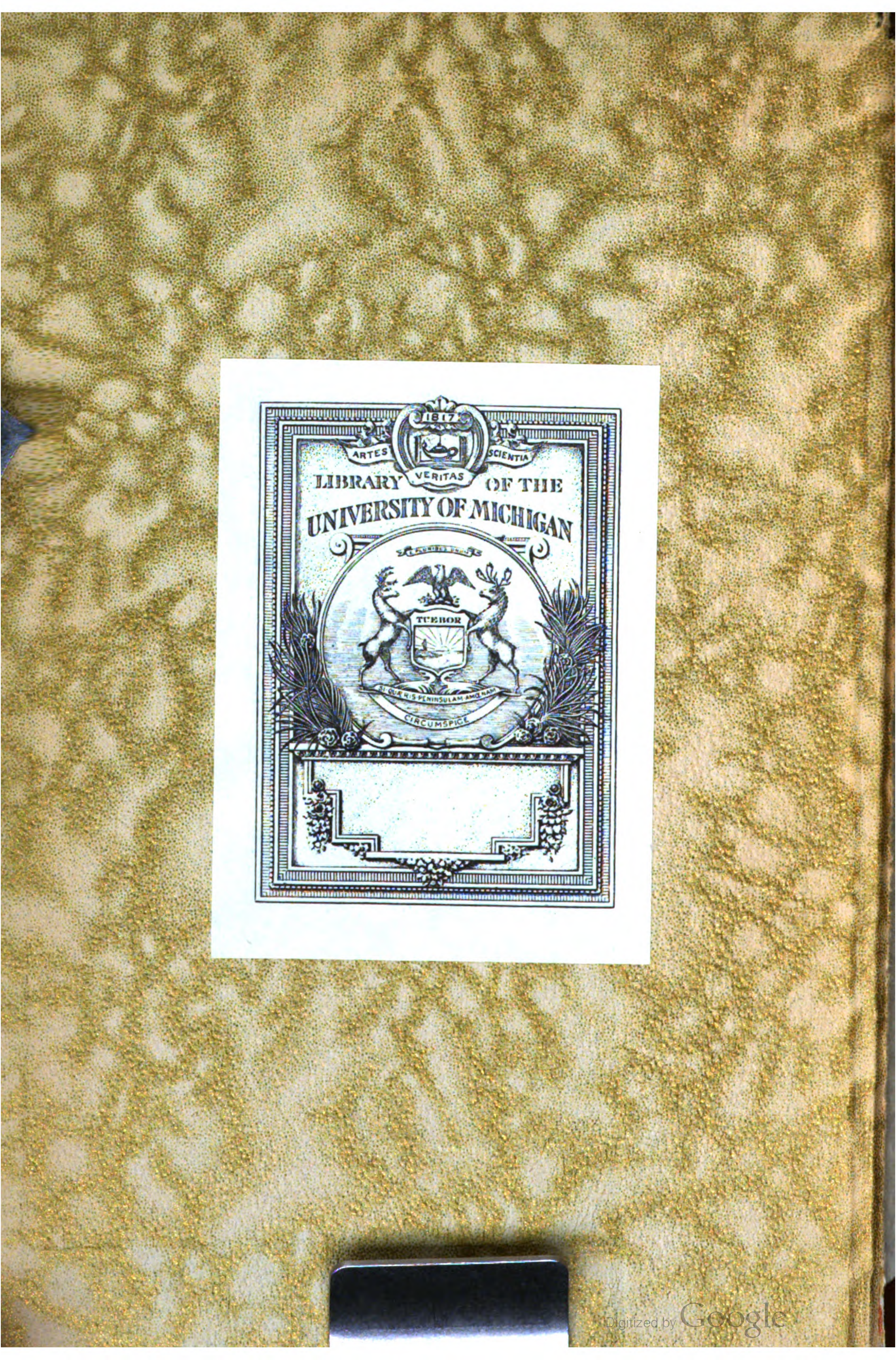
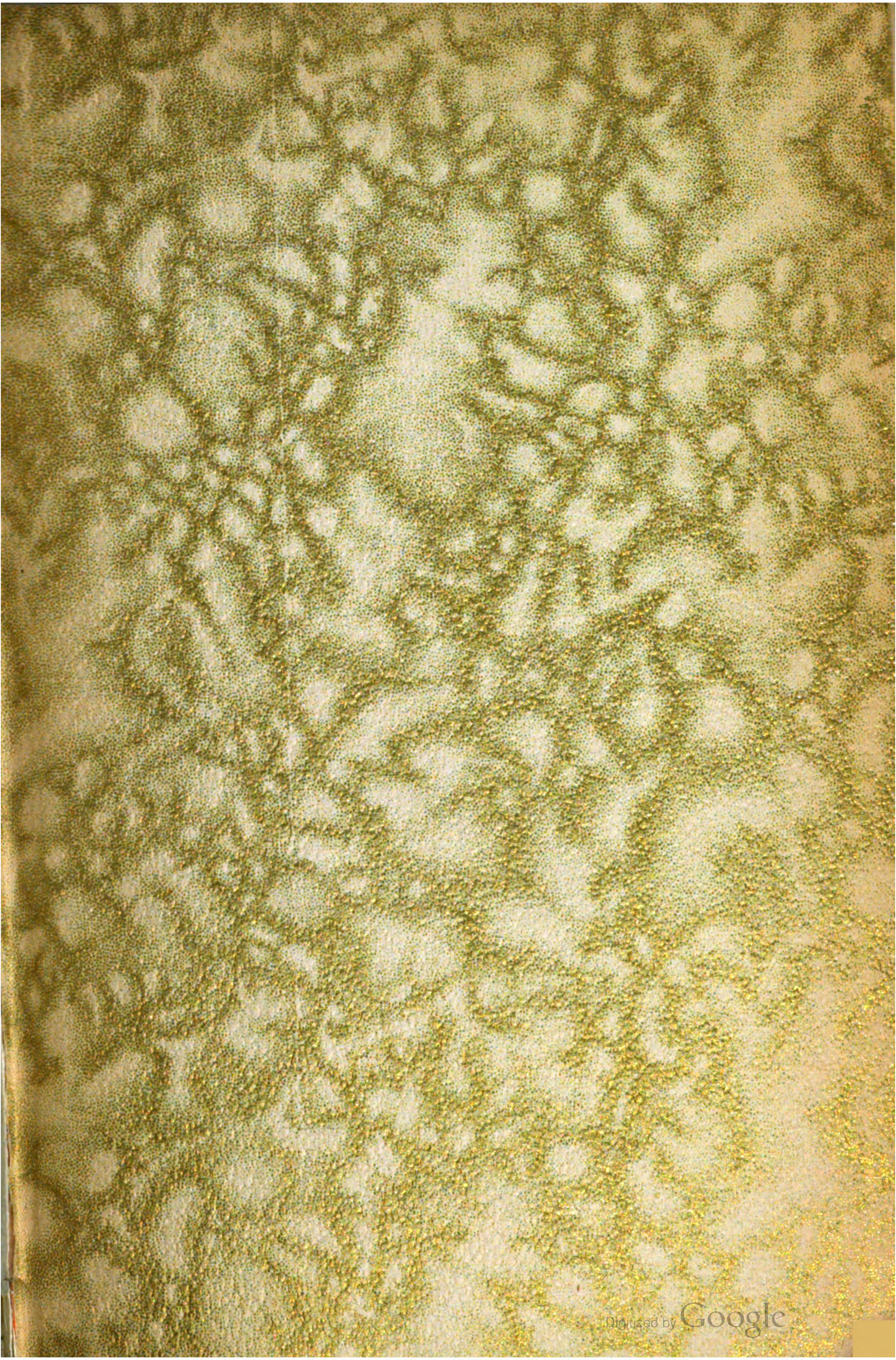



La intervención
y el imperio (1861-1867)
Victoriano Salado Álvarez



1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO

EPISODIOS NACIONALES MEXICANOS

(SEGUNDA SERIE)

LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO

(1861-1867)

POR EL

Lic. D. Victoriano Salado Álvarez

C. DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

DIBUJOS DE D. A. UTRILLO

TOMO III

Intrigas de las cortes europeas.—La tripartita.—Las luchas intestinas.—La invasión.—La defensa nacional.—Puebla.—Maximiliano, Emperador.—La corte por dentro.—La Nación armada: Escobedo, Díaz, Corona, Régules.—Los triunviros de paso del Norte: Juárez, Lerdo, Iglesias.—Querétaro.—La Patria salvada

MÉXICO

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE J. BALLESCÁ Y C.ª, SUCESORES

572, San Felipe de Jesús, 572

1905

Imprenta y Litografía de Henrich y C.ª — Barcelona, Calle de Córcega, 348



PORFIRIO DÍAZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Entre amigos

PARA Pancho vino á ser pamema pura lo de la prisión después del sitio: con su migajita de francés, su ángel, su buena suerte y su amistad con Mr. Campardon, se fué bandeando sin llegar á sufrir un instante los horribles tratamientos que aguardaba.

Era Campardon uno de los innúmeros franceses que miraban con disgusto la presencia de sus paisanos entre nosotros. Aquello que contaban allende de extranjeros fritos en manteca, asesinados, secuestrados, martirizados y hechos polvo por la inquina de Juárez y los suyos, cau-

saba aquí más risa que un cuento obsceno de autor chistoso. ¿Riesgos? Sí que los había. ¿Exacciones? Era claro que tenían que soportarse. ¿Trabajos? Grandes y gordos. Pero, en cambio, ¡qué brevas las que se lograban! ¡qué oportunidades las que se aprovechaban de hacer fortuna! ¡qué dinerales los que se acumulaban, ya emprendiendo negocios turbios, ya contratando con el Gobierno, ya casándose con las herederas ricas ó con las viudas acaudaladas!



Pero Campardon hacía á mal tiempo buena cara, y deseándolo ó no, se dejaba proteger por sus paisanos. El primero con quien se topó fué un tal Récal, viejo soldado del tercero de zuavos, que llevaba al brazo no sé cuántas cintas que indicaban sus servicios en Crimea, Italia, China y Argel. Era turenés como Campardon, y fué quien llevó al subte-

niente Chastel — François Chastel — veinticinco años, buena cara, ascenso rápido, fatuidad inmensa y cicatriz en la mejilla derecha.

El día diez y nueve de Mayo, al llegar Francisco á la calle de Misieses, se sintió cortado oyendo voces y jácara, y como pensara que los del escándalo eran franceses, echó pie atrás figurándose que nadie le veía; mas la güera, Nicole, que le espiaba desde una ventana que caía al patiecillo, le gritó con sorna:

— No te escapes, hombre, que al fin no comen gente.

Alzó Pancho el rostro, y dijo entre furioso y sorprendido:

— Vengo de prisa, y como tú... digo, tu papá... está ocupado...

— ¡Qué ocupados hemos de estar, Pancho!... Pasa á lo barrido y toma una copita, que es justo te alegres un día en el año...

— No puedo, declaró el capitancillo, tratando de marcharse: me espera el general, y...

— ¡Qué general ni qué niño muerto! exclamó la francesa, que de dos saltos se había puesto en el extremo de la escalera. No seas pajón, que nada te ha de suceder... Arriba...

Subió de mala gana el oficial, y en el espacioso salón de la casa vió á un soldado como de cincuenta años, mo-

reno, cejas y barbas negrísimas y espesas, cara feroz y gesto de perdonavidas. Tenía la *calotte* puesta hacia atrás, un pie posado en el poyo de la ventana, y copa en mano, cantaba con buena voz el estribillo de una canción de cuartel:

Soyons amis, Nicole...

Parecía un soldado de ópera cómica, por más que los soldados de ópera cómica no parezcan sino soldados franceses.

Suspendió el cantor su chabacana cancioncilla y con la gorra en la mano se dirigió al avergonzadísimo Pancho. Como pudo se le ofreció éste su servidor y amigo, y entonces vió que al lado de la otra de las Campardon estaba el arriscado y guapo Chastel, que apenas se inclinó con aire de superioridad cuando le presentaron al capitán Olivos, del ejército mexicano y ayudante del general Díaz.

Campardon, que estaba lleno de noble condescendencia y de urbana seriedad, como castellano que era de aquel castillo, rompió á hablar tarda y pausadamente mientras se acariciaba con una mano la enorme tripa y con la otra contaba los pelos del rojo y cerdoso bigote.

— Sean ustedes amigos, murmuró, que al fin los amigos tienen que ser amigos de los amigos, y los enemigos que ser amigos, que es la verdadera amistad de los amigos.

De mal talante chocaron las manos los dos muchachos;

pero como si hubiera sido hecho adrede, uno y otro fueron á sentarse á la vera de la tímida y dulce Violette, que se encontró tan perpleja entre los dos galanes como el asno de Buridán entre los dos piensos. Mas no había miedo de que la chica se muriera de hambre como el pollino, pues mujer y francesa sabría elegir lo que más le conviniera sin sentir cortedad, timidez ni apocamiento indignos de su raza y de su sexo.

Pero por entonces no hubo lugar á pugnas amorosas: los soldados franceses que andaban por las calles oyeron gritos, canciones y jolgorio en la vivienda de los habitantes de la calle de Misieses y no tardaron en penetrar á la casa de Campardon turcos de calzones azules, artilleros con polainas blancas, cazadores con botas charoladas, soldados de línea con levitones de paño basto y hasta oficiales con cordones y medallas: toda la lira.

El franchute hizo una seña á las chicas y éstas desaparecieron como por escotillón, quedando solos los hombres, que bebían aguardiente y coñac con una priesa que parecía iban á acabarse sin remedio todos los espirituosos del mundo.

El tema de las conversaciones era la negativa de los prisioneros mexicanos para subscribir la protesta de adhesión á los vencedores.

—¡Es una villanía! bramaba un cazador de quepis con llorona verde y chaquetín con más cordones y alamares



que los que se necesitarían para engalanar á un regimiento.

— ¡Es una villanía! repitió un mozalbete que llevaba el turbante blanco de los músicos zuavos.

— Perdonadme, teniente Carlier, y vos también, músico mayor Etienne... Perdonadme, pero creo que no estáis en lo justo llamando villanía al proceder de los mexicanos, exclamó Récal limpiándose la boca con el envés de la mano é interrumpiendo el estribillo de la *Mère Godichon*... Se han defendido valientemente, han caído como buenos y ahora se nos entregan sin pedir gracia, sin imponer condiciones, sin decir palabra... Eso, teniente Carlier, eso, músico mayor Etienne, no es vulgar, ni es villano, ni es cobarde: es un hermoso gesto que deben imitar todos los soldados del mundo.

— ¡No, no, gritaron á coro; debieron firmar, debieron ponerse á nuestras órdenes!

— Esa conclusión del sitio no está estipulada en los tratados de guerra.

— Es contra todos los usos.

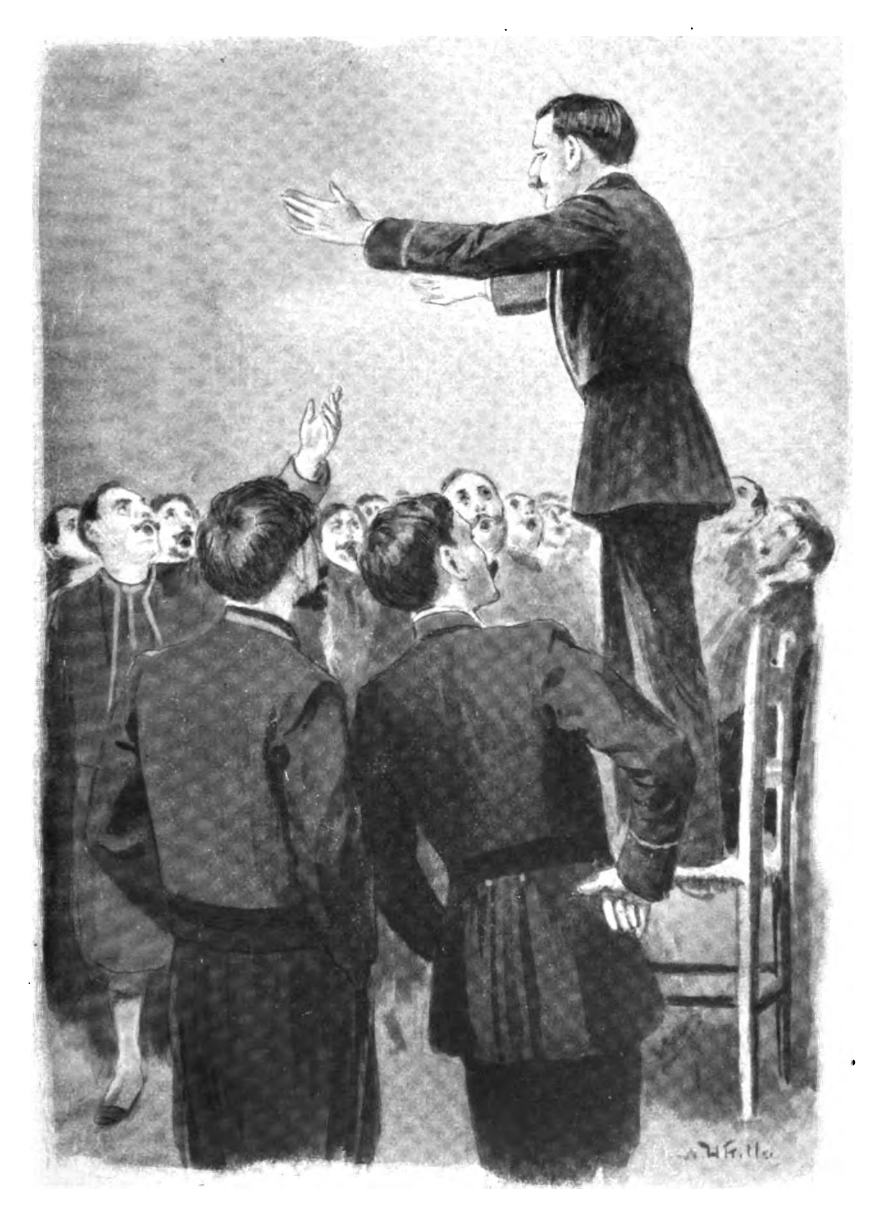
— Es una picardía.

— Es una infamia.

— No había de ser en México donde aprendiéramos cómo concluyen los sitios.

— Yo estuve en Sebastopol.

— Yo en Isly.



— Señores, dijo en su francés macarrónico, ustedes se olvidan quizás...

— Yo en San Martino.

— Yo sé cómo se rinden las guarniciones.

— Mi tío, el viejo Nicot, estuvo en Zaragoza y presenció cómo capitularon aquellos bravos.

— Señores, exclamó Pancho trepándose en un poyo del balcón y escalando una silla, ¿se permite á un oficial mexicano defender á sus jefes y á su ejército?

El muchacho tenía los carrillos encendidos y los ojos brillantes, y gritaba con un vozarrón tan gordo y descompuesto que al fin consiguió que todos callaran por un instante.

— Señores, dijo en su francés macarrónico, ustedes se olvidaban quizás de que se hallaba presente un oficial mexicano; de otra manera — lo sé bien — no habrían dicho esas cosas que hieren hondamente á un vencido, á un enemigo de ayer, á un hombre que les hizo la guerra con todas sus fuerzas y que ahora se halla maniatado y á merced de ustedes... No serían franceses si hicieran otra cosa.

— ¡Sí, sí, tiene razón! gritó un mozo barbiponiente y que tenía en la linda cara un chirlo de catorce puntos.

— ¡Tiene razón! exclamaron todos á voz en grito.

— Nosotros hemos procurado ganar, hemos puesto de nuestra parte cuanto podíamos y cuanto no podíamos para obtener el triunfo; nadie dirá que hemos sido cobardes...

— ¡No, no, cobardes no!



—¡Valientes, muy valientes! dijo en español el de la cicatriz.

—Pues bien, á la nación que nos entregó sus armas, al ejército que nos ha combatido, al pueblo que depositaba sus esperanzas en nosotros, al mundo entero que nos contemplaba, le decimos: «hemos procurado obtener la victoria haciendo cuanto podíamos hacer humanamente; nada podemos para evitar la derrota... estamos agotados, sin fuerzas, sin recursos... Nos entregamos sin condiciones, sin pedir nada, sin solicitar honores... No queremos saber si el vencedor es hidalgo, generoso, ruin, bellaco, noble ó infame: no sabemos sino que es el vencedor... que obre con nosotros á su antojo; que nos guarde prisioneros, que nos corte la cabeza, que nos ahorque, que nos mande al destierro, á la bartolina ó al sepulcro: es el vencedor».

—¡Bien, bien por el oficialito! gritaron todos á una.

—¡Qué pico de oro tiene el condenado! confirmó el viejo Récal bebiéndose un púlpito de aguardiente. Y luego para sí: —¡Caramba si raspa el aguardientillo! La caña de azúcar está patente y sin disfraces.

—¿Que destruimos las armas? Pero si la nación nos las había dado para eso, para defenderlas ó para despedazarlas, no para cederlas al vencedor... Yo no sé si será tal cosa lo que manden ó lo que prohiban las ordenanzas europeas; sé sólo que es lo que indica el instinto de la propia defensa...

— ¡Bien dicho!

— ¡Bien hablado!

— Y si las ordenanzas determinan cosa contraria á lo que hicimos nosotros, nada importa: las ordenanzas no son el decálogo ni la ley de la gravedad: pueden reformarse, si acaso nuestro procedimiento es mejor que el que se ha practicado... y Cristo con todos...

Maravillado se sentía el capitán de oirse hablar tan elocuentemente, y más maravillado de hablar en lengua extraña, y muchísimo más suspenso al sentir que le sobraba en el interior bastimento para decir cincuenta oraciones más en todas las lenguas del mundo.

— Tiene razón...

— Está en lo justo...

— Sobre todo, que nosotros no debemos insultar á un vencido.

— A un valiente.

— A un valiente que está entre nosotros.

— Que es nuestro huésped.

Y con esa facilidad que tienen las multitudes para impresionarse en pro ó en contra de una idea, todo el mundo dió en abrazar á Pancho, lanzando vivas á México y á los rendidos de Puebla.

— Vas á beber otra copa por Francia.

— Por México.

— Por Francia, protectora de México.

— Protectora no, gritó el muchacho con la copa en la mano y con una lucecita de lirismo y de vaguedad en los ojos, protectora no, sino aliada, hermana, amiga, nosotros amamos á Francia como á nuestra propia tierra: de ella aprendimos la libertad, el amor á las cosas altas, buenas y nobles... Ella es nuestra madre, nuestra guía, nuestro estandarte; su ejército ha sido siempre nuestro modelo, su historia el patrón de la nuestra, sus hombres y sus cosas la adoración de nuestros entendimientos...

— ¡Viva, viva el muchacho!

— ¡Qué bien habla!...

— ¡Si lo dije! exclamó Récal atusándose el bigote.

— ¡Venga un abrazo, compañero! gritó el guapo Chastel.

— Hoy es la presa de un déspota, de un tirano, de un infame que la oprime...

— ¡Mentira! interrumpió Chastel alzando la mano contra Olivos, que cogió el brazo en el aire é iba á contestar por los propios consonantes.

— Lleva razón...

— ¡Napoleón es un infame!

— ¡Napoleón es el soberano de nuestro país!

— ¡Muera Badinguet!

— ¡Viva el Emperador!

— Señores, exclamó el casero considerando que no le convenía que salieran de su casa aquellas voces; no hay que indignarse ni que tomarlo por donde quema: aquí no

somos partidarios de nadie, sino amigos que se han reunido á charlar con sus amigos; y siendo amigos todos, no tenemos que discrepar de nuestros amigos... Dense un abrazo los amigos y que no se hable más de las cosas que puedan disgustar á los amigos.

Y tras la florida arenga echó uno en brazos del otro á Chastel y á Olivos, que no se hicieron de rogar mucho para darse estrecho apretón.

— ¡Bien, bien! gritó el ilustre senado.

— ¡Viva la fraternidad!

— ¡Que reine la armonía!

Y el gigantesco Récal, trepándose en el poyo, raspó, gargajeó, escupió, miró un rato al suelo, y al fin, con la *calotte* como estandarte, rompió á cantar:

Les zouaves ne sont que des chacals,

que corearon todos los asistentes.

Cuando concluyó la canción, Olivos estaba rojo, congestionado, con las narices al aire, el pelo hirsuto y la voz tomada de lágrimas. No sabía por qué le causaba horrible tristeza aquella cancioncilla que olía á aduar del desierto, á tribus pintorescas que corrían por la inmensa extensión arenosa con la espingarda al aire y oprimiendo los ijares de los veloces caballos árabes.

Siguieron los asistentes cantando la canción y redoblando los gritos al llegar al insípido retornelo; pero

Pancho ya no veía ni oía nada. Estaba boca-arriba en una cama que había encontrado en el cuarto, sintiéndose lleno de una inmensa beatitud y sin mirar á aquellos locos, que hacían cabriolas, se movían, daban vueltas y gritaban mil cosas raras que el muchacho no llegaba á entender.

—¡Afuera, afuera! gritaron varios.

—¡Sí, á la calle, conoceremos á Puebla la arrogante!

—¡A San Javier!

—¡A Santa Inés!

—¡A Totimehuacán!

Y salieron á la calle, unos dando tumbos y traspiés, otros sosteniéndose enhiestos y firmes, otros preocupándose por marchar por una línea determinada de losas, y todos dicharacheros, alegres, cantadores y felices.

Pero precisamente la determinación que de salir habían tomado demostraba cuán mal regían los cerebros de los militares y sus amigos. Era ya de noche; la mayor parte de los presentes no conocía á Puebla y uno tras otro fueron trastabillando por aquellas calles desempedradas, por aquellos edificios hechos trizas, por aquellas inmensas horadaciones, dédalos infinitos en que no bastaban todos los hilos del mundo para orientarse.

—¡Caramba, ya me rompí una pata! gritaba uno.

—¿Quién cayó? preguntaba otro.

—Por aquí, por aquí, no hay que meterse en el foso...

Rodeen la trinchera... Aquí se salta... ¡Upa!... Bien; ya cayó en terreno firme.



Olivos caminaba cogido del brazo del gallardo Chastel, hablando no sé qué cosas que ni ellos mismos lograban entender.

—Figúrate á Auza metido entre los paredones... El cañón francés estaba abocado aquí... Yo tiré del general

con todas mis fuerzas y me dijo... Fué día muy hermoso ese de Santa... Santa... ¿Santa qué?

—Santa Loreto, hombre.

—¡Qué Santa Loreto ni qué mi abuela!

—Santa Loreto, digo.

—No hay tal Santa Loreto...

—¡Que sí! gritó el otro poniéndose fosco.

—¿Sabes una cosa? preguntó Olivos.

—¿Cuál?

—Que yo te he leído en alguna parte...

—¿Qué dices?

—Que te he leído en alguna parte... En aquel libro ¿te acuerdas? grandote forrado de rojo y con unos muñecos vestidos de soldados... Se llamaba... se llamaba...

—Tú estás tonto, dijo Chastel soltando el brazo de su nuevo amigo.

—Espera, espera,... aquí tengo el nombre... *La dama de Monsoreau*... No, no; *¿Las mil y una noches?*... Creo que sí... aunque no... Es... la *Historia de Napoleón y del Grande Ejército*... El libro más lindo que hay en el mundo.

—¡Bah, hombre, bah! dijo el otro lisonjeado. ¿Y á quién me parezco?

—Te pareces al gallardo Murat.

—¡Qué cosas tienes!...

—¿Y no se te figura que el tal Murat con todo y su gallardía era un grandísimo canalla?

— Hombre, hombre... reparó el francés dándose por ofendido.

— Sí, un canalla... Haber traicionado al Emperador, que era lo más bueno.

— El Emperador... No me digas...

— Que no te diga... ¡Si serás tú de los enemigos del grande hombre!...

— Estás bebido.

— Mira, esa injuria no la tolero... Bebido yo... Si apenas me he tomado tres vasos de coñac, dos de refino, tres de mistela, uno de vino de Jerez...

— Para, para en la lista.

— Yo no tolero que me digas que estoy bebido.

— Te lo digo porque lo estás.

— ¡Eres un bellaco!

— Y tú un...

— Te voy á sacar con toda limpieza el gañote con que has pronunciado esa picardía...

— Quisiera verlo.

Y Francisco, empinándose en la punta de los pies, asestó al sargento una bofetada que resonó un gran espacio.

— ¡Ah, ladrón infame, voy á escabecharte! vociferó Chastel echando mano al chafarote.

— ¿Qué sucede aquí? gritó Campardon apareciendo de repente. ¡Habráse visto chiquillos!... Tú te vas por aquí...

y tú te vienes conmigo... ¡Muy bonita cosa! Golpearse así los amigos...

—¡Le voy á matar!...

—Déjele usted venir, *père* Campardon, que con mis puños me basta, rugía el de Olivos apoyado contra el muro y sin poder moverse, pues sentía los pies como clavados al suelo.

Marchó Francisco del brazo del buen franchute, no sin echar injurias y venablos en que iban reunidas todas las cosas del mundo y otras muchas más. Chastel se fué por otro lado ofreciendo muertes y venganzas, pues creía que aquella bofetada tenía que lavarse con sangre.

Al llegar Olivos al grupo á que le llevaba Campardon, vió un lugar que no conocía y que le produjo una sorpresa grandísima. Era un enorme circo, un estadio inmenso, en que se miraban las ruinas más extravagantes que pudiera concebir la mente humana. Abajo, parecía que hubiera brotado un volcán que levantara el suelo encrespando, deshaciendo, martirizando y rompiendo la vieja superficie: todo era hoyos, vallados, eminencias, rocas y superposiciones. Arriba, iluminadas por la luna roja que asomaba tras de los montes, tapias destruídas, muros hechos pedazos, una piedra saliente que parecía el colmillo de un monstruo antediluviano, unos paredones escuetos que semejaban árboles recortados, más lejos una aglomeración de pedruscos que terminaba en una

meseta, y en el remate un montón de tierra que por casualidad llevaba en la cima la efigie de algún santo ladeado y como borracho: la figura tenía en la mano algo como estandarte, como pendón, como bandera, que se recortaba en el azul sin mancha del cielo.

Entonces, inspirado por aquel espectáculo de muerte, el viejo Récal rompió á cantar su desmadejada y triste cancioncilla:

Les zouaves ne sont que des chacals...

pero sacándole á la voz tales inflexiones de tristeza, de horror, de compasión, que parecía realmente el aullar de los chacales en rededor de la caravana errante.

Pancho no recordaba ni una palabra de su francés de *carreta carretæ:* sólo le ocurría, mirando á la luna y oyendo aquellos gritos de fiera encerrada bajo los hierros, corear la canción con las coplillas que habían arrullado su infancia:

Luna, lunera,
Cascabelera,
Coge tu libro
Y vete á la escuela...

Allí está la luna
Comiendo su tuna
Y echando las cáscaras
Para la laguna...

Y aquellas frases sin sentido le henchían los ojos de un humor líquido y tibio que se le resbalaba por las mejillas y le caía en la boca produciéndole una sensación salobre y grata.

A poco penetraron al punto de reunión cinco ó seis figuras de lo más extraño: las cuatro ó cinco vestían de charro al uso de nuestros guerrilleros: muchas barbas, muchas chivarras, muchos sombreros jaranos, mucho estrépito y mucha gritería; la otra era la de un curita al estilo francés, con la sotana pegada á los riñones, el alzacuello como corbata mundana, el sombrero de teja y los zapatos bajos dejando ver la media de lana negra.

— Hola, compañeros, entraron diciendo los chaquetudos.

— Salud, monsieur l'abbé, gritaron los que estaban dentro.

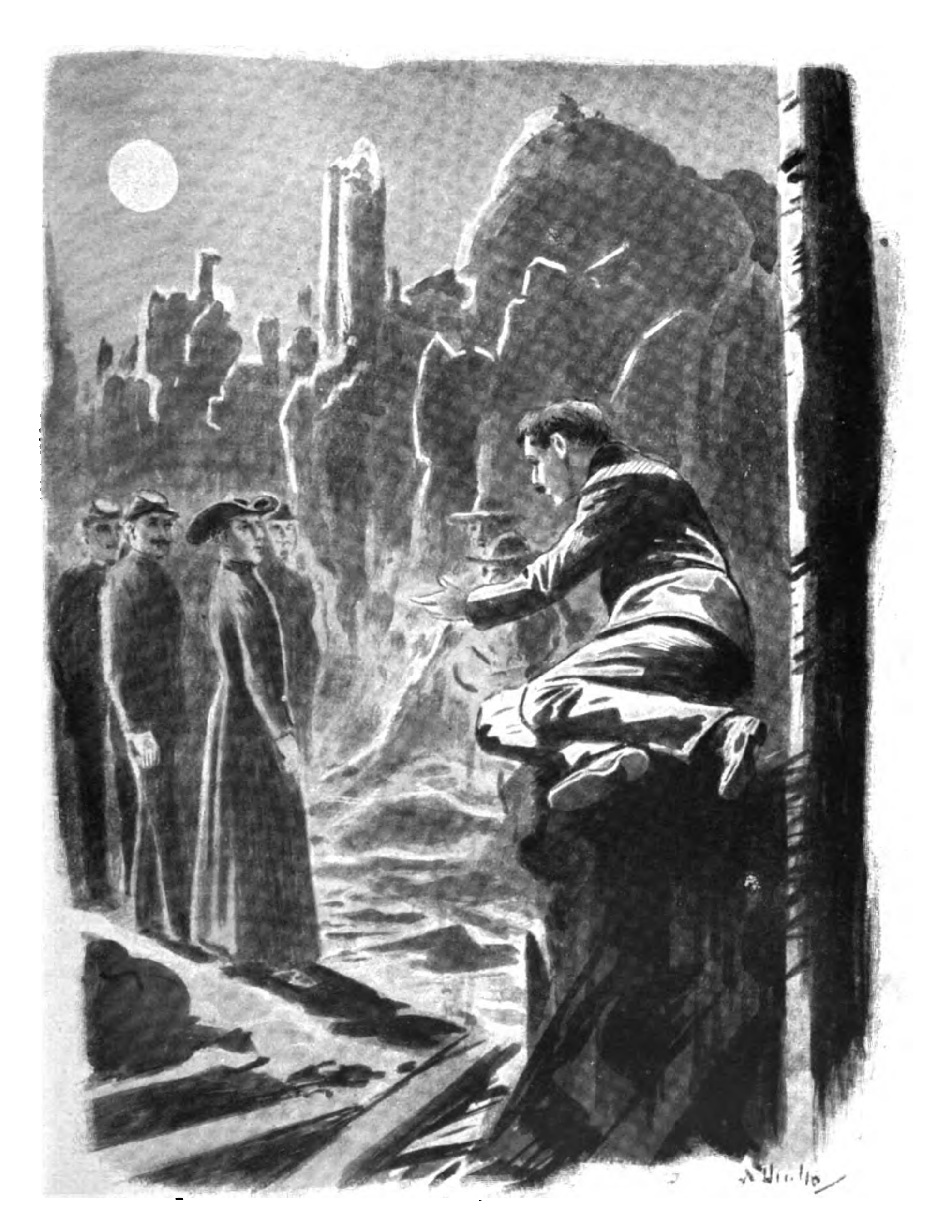
— Bienvenido el señor abate Testory, capellán mayor del ejército.

— Muy felices noches, hijos míos, dijo contento el padrecito.

— Parece que se pasa el rato, señor cura, exclamó con sorna Campardon.

— Se hace lo que se puede... Iba para mi alojamiento cuando me topé con estos amigos, y ellos me trajeron por aquí, á los caminos del mal y de la iniquidad...

— Pues á tomar este vasito de coñac, padre.



—¿Honores á estos villanos? No espere usted...

—A vuestra salud, hijos míos... Pero ¿qué, no habéis reparado en que traigo compañía? Son amigos á quienes aprecio mucho...

—Mejor, padre; beberán con nosotros.

—El señor coronel Ortiz de la Peña, el señor coronel Lamadrid, el señor teniente coronel Ordóñez...

—¿De los sitiados, eh? dijo Récal guiñando el ojo.

—No, señores, no, nada de sitiados; de los sitiadores, de nuestros amigos... Les debéis honores militares, y si antes no se los habíais rendido porque ignorabais su grado y su calidad, ahora os excito á que les saludéis guardándoles las consideraciones que merecen por su rango.

Todos quedaron silenciosos; pero Pancho Olivos se alzó de un capitel en que yacía, semejante á Mario ante las ruinas de Cartago, y dijo con lengua estropajosa:

—¿Honores á estos villanos? No lo espere usted, señor arzobispo, ó señor arcipreste ó señor archipámpano... ¿Por quién toma usted á sus paisanos? ¿Cree que van á rendirles á unos judas más indecentes y más renegados que el otro que entregó al Señor?... Decididamente, usted no sabe lo que se pesca, señor abad mitrado ó desmitrado, que no sé cómo andará usted...

—¿Qué dice ese insolente?

—Dice, observó Récal, lo que todos nosotros decimos: que no hemos de hacerle honores á bandidos.

—Sosegaos, dijo Testory poniendo paz y dirigiéndose

á sus alebrestados acompañantes. Yo arreglaré todo... Sabed, por si no lo sabéis, que estos caballeros están á sueldo del Emperador, y que en nuestra patria se ha reputado siempre igual á nuestro ejército al ejército auxiliar extranjero...

— ¡Farsas... mentiras!...

— Me estáis faltando...

— Yo no tengo superiores con enaguas...

— ¡Zuavo!

— ¡Cura!

— Te puedo enviar á consejo de guerra.

— Y yo iré encantado al tal consejo, por haber dicho la verdad.

— ¿Cómo te llamas? ¿A qué cuerpo perteneces?

— Averígüelo usted que á mí no me toca decírselo.

— Nos veremos...

— *Qui se ressemblent s'ensemblent*, exclamó sentenciosamente Récal señalando al cura y á los mochitangos, que salían echando chispas.

Los que en la reunión estaban más en sus cabales hicieron que se escapara el viejo zuavo, que se marchó dando tumbos por las calles desempedradas y llenas de hoyancos, y mientras la avinada reunión se dispersaba llena de alegría, Olivos era conducido del brazo y con aspecto de moribundo á la casa de Campardon.

Pancho, el pobre, se imaginaba que habían concluído

para él las leyes de la gravedad. Sentía el suelo como si fuera de espuma y los pies como si fueran de viento; en cuanto á las demás partes del cuerpo, piernas, tronco y brazos, le parecía que se los habían cortado de raíz. Ni aun la cabeza estaba en corriente, pues la sentía unas veces cual si fuera de plomo, ligera otras como si fuera de pluma, fría, ardiente, crecida ó pequeña.

Al acostarse en el lecho tuvo un gran bienestar; sólo le ocurría dolerse de no haber muerto á Chastel y de no haber hecho tiras á los mochos de Ortiz de la Peña... Luego se acordó de la preciosa y romántica Violette, la hija del francés, y comenzó á llamarla quedito, quedito, sintiendo que se le minoraba con aquello la inmensa opresión que le fatigaba...

—Violette, Violette, repetía, encontrando en las sílabas de aquel nombre un sabor nuevo y exquisito.

Al fin se sentó, dejando caer la barba sobre el pecho y conociendo que algo grave le pasaba: un impulso que le venía del estómago, que le acometía por la garganta, que le reventaba por todo el cuerpo impidiéndole cualquier movimiento ordenado y que le obligó á inclinarse fuera de la cama. Allí arrojó cuanto tenía en el vientre, y junto con el vinazo de que le habían repleto los franceses, su odio por Chastel (el bello Murat) y su amor repentino por Violette... Al día siguiente le despertó una voz antipática y fastidiosa.

—Tero, qué tasa, catitán? Torfirio atregunta y treguntа tor su ayudante y ni quien le dé razón...

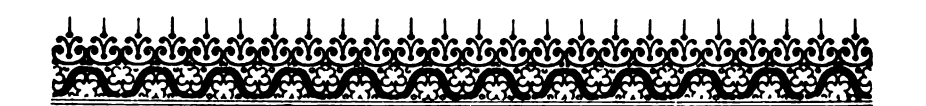
—¡Ah, es usted, señor Boldi! dijo Olivos al ver á un viejo gordo, calvo, con sonrisa de idiota y ojos papujados, que andaba con los pies hacia afuera como los pericos sueltos en los balcones.

—Allá voy, gritó levantándose y estirando los miembros con una lasitud espantosa.

—Tues ándele, Tancho, ándele, catitán, dijo el barrigudo, que tenía, entre otros mil, el defecto de pronunciar la te por la pe.

Y Pancho, tras un tocado sumarísimo, salió para la casa de Inzunza, donde estaba preso el jefe. Experimentaba esa rarísima sensación que sufre quien duerme diez ó doce horas de un tirón y se levanta bruscamente después del medio día.





CAPÍTULO II

Los prófugos

El temporal recién transcurrido había puesto á Pancho en rara situación: en el cuerpo un desmayo, una lasitud y un destroncamiento que le hacían verlo todo gris, desteñido y triste; en el alma un inmenso, un inacabable deseo de decirse á sí mismo injurias y reproches.

Además, cuando trató de arreglarse para la salida, no encontró su quepis y tuvo que ponerse un sombrero ancho que rodaba por allí, tapándose con un horrible *plaid* á cuadros que cubría honradamente una cama de las francesas. Ponía el pie en la escalera cuando le atajó el paso Campardon en persona, ya limpio, rasurado, con el rostro placentero y la mirada brillante de quien ha dormido diez horas sin mover pie ni mano.

—¿Qué tal se descansó, amigo? Muy bonitas horas de levantarse; las cinco de la tarde.

—Tengo un molimiento de huesos y un dolor de coyunturas, que pienso me va á dar tifo.

—¡Qué tifo, ni qué niño muerto!... Dentro de un rato estarás peor que nuevo. ¿No quieres echarte una copita?

—¡Puah, qué asco!

—Pues es lo que alivia.

—Enfermo seguiré, pero no haré la barbaridad de tomar una copa más...

—No digas tonterías: *todas hieren, pero sólo mata la última.*

—No me detenga usted más, que voy á ver á mi general; me ha mandado llamar no sé cuántas veces y me va á dar un jabón como para mí solo.

—Pues precisamente por eso te detengo.

—¿Para que me regañe?

—No, para lo contrario... Dile á tu general (cogiendo por los hombros á Francisco, inclinándose y bajando la voz) que sigo siendo el mismo de marras y que mi agradecimiento no ha bajado desde que salvó á Nicole de las garras del bandido Antonio Pérez... Dile que en esta casa se puede esconder si quiere fugarse...

—¿Pero aquí, con tantos entrantes y salientes, amigos y paisanos de usted?

—No tengas cuidado; eso no te toca. Díle sólo al general: Campardon le avisa á usted que don Felipe y el doctor están á salvo.

—¿Qué Felipe?

—No te importa; haz lo que te digo, y en paz.

Bajó Pancho la escalera y en un vuelo llegó á la casa en que los generales estaban presos. Aguardaba que Porfirio le pusiera como hoja de perejil, pero se limitó á decirle negligentemente:

—¡Ah! ¿es usted, capitán?

—Mi general, yo...

Entonces notó que el jefe estaba frente á una ventana, recostado en un sillón y leyendo un libro con estampas. Tenía la barba crecida y el rostro pálido y desmejorado.

—¿Está usted enfermo, mi general?

—Algo; tengo mucho frío; deme su *plaid*.

Se quitó Pancho la prenda y la entregó á Porfirio, que se arrebujó en ella cuidadosamente.

—Mi general, dijo tímidamente, Campardon, ya sabe usted, el de Misieses, el de la francesita que usted salvó...

—¿Qué dice, qué dice Campardon? interrogó ansiosamente el general.

—Me dió este recado para usted: «Campardon dice que don Felipe y el doctor están á salvo.»

— Por fin, hombre, ya era tiempo... ¿Conoce usted al oficial que está de guardia?

— No, mi general.



— Bien; retírese usted y luego hablaremos.

Fué Pancho á saludar á unas señoras que llegaban á despedir á unos prisioneros y oyó lo que se oía en todos los grupos: «Mañana, mañana es la salida; Dios les saque

con bien... A Francia, á la Martinica les llevan; ¡pobrecillos!»

Estaba el muchacho doliéndose de aquella terrible expectativa, cuando notó que Porfirio ya no estaba en su sitio. Recorrió con maña todos los grupos y no le encontró en ninguno; iba á salir á la calle, pero le impidió el paso un centinela. Se dirigió á pedir permiso al oficial de guardia, y se encontró con que éste era el propio Galland, el oficial de zuavos á quien habían cogido los de Llave.

— Hola, hola, capitán, le dijo en un español impasable; ¿conque quieres salir? Puedes pasar, no más ven á tiempo, porque te necesita tu jefe para darte órdenes y arreglar la marcha.

Salió Francisco, y á toda carrera se dirigió á Misieses. Campardon fumaba un cigarrillo á la puerta de la casa, y luego que le vió le dijo como al descuido:

— En el tercer patio, ya sabes... No te detengas, que ya todo está listo... Toca tres ocasiones la puerta condenada que da á las caballerizas y te metes sin decir cosa... Llévate esta trigueñita llena de alcohol por si quieren refrescar un poco el gaznate.

Y cogiendo Pancho la limeta que le daba el francés (que no podía concebir el remedio de males humanos sin el auxilio de un frasco de lo fino) metióse á las caballerizas que le había indicado el dueño de la casa.

Dentro de la fementida estancia vió á tres personas: el general Díaz, don Felipe Berriozábal y el doctor Cacho. No tardó en presentarse un mozo que habló á solas con Berriozábal, entregándole éste algunas onzas que alegraron la semiobscuridad con su tintineo y su fulgor rubio y exquisito. El doctor sacó un fósforo para encender un menguado velón de sebo que alumbraba no más la mesa paticoja, un cántaro que rezumaba perlas de líquido por todos sus poros, los pies de un crucifijo gigantesco y un burro que sostenía dos ó tres sillas de montar. El resto del cuarto permanecía en tinieblas, distinguiéndose apenas la apretada y obscura cabellera de Porfirio, el perfil de medalla de Berriozábal, la silueta negruzca del doctor y los ojos brillantes, moribundos y extraviados del Cristo que tocaba con la cabeza al techo.

Berriozábal se levantó de pronto, y echando un taco dijo casi en secreto:

— Para mí esto es una ratonera y no más. Pensar que un francés nos defienda de franceses, es pensar en lo excusado. Aquí nos cogen; van á verlo, y van á ver también cómo no tenemos defensa.

Porfirio siguió fumando negligentemente el cigarrillo que tenía entre los labios y apenas contestó palabra.

El silencio siguió largo y tenaz sin que le interrumpiera más que el bostezar, ó el extenderse de los miembros de alguno de los presentes. Poco después de las diez

se oyeron los tres golpes y el mozo penetró al cuarto hablando alguna cosa con Berriozábal y con Porfirio.

—Capitán, ¿tiene usted caballo? preguntó el general.

—No, mi general.

—Pues me le llevo en ancas del mío.

—Como usted disponga, mi general.

—Den un pienso y fuera; no hay que perder tiempo.

—¿Qué dice usted, preguntó Cacho al general Díaz, que se llevará á su ayudante á la grupa del caballo?

—Eso digo.

—Pero no habrá caballo que les baste.

—¡Cómo ha de ser! No le he de dejar aquí á que le deporten ó le fusilen.

—Hay un medio de evitar esas cosas.

—¿Cuál es?

—Que me quede yo, cediéndole á usted mi caballo.

—¡Pero es una atrocidad! se le llevan á usted.

—No, me protege mi inmunidad de médico, que sin duda respetarán los franceses.

—Pues arreglado y muchas gracias.

—¡Qué gracias, ni qué nada! No las merezco. A usted le recomiendo la bestia, que es de brío y de mucho valór para mí. Móntela usted y que le vaya bien. Deseo que sobre ella conquiste usted nuevos lauros y alcance todos los triunfos que yo le vaticino desde ahora...

— Adiós, doctor...

—Adiós, Porfirio; adiós, Felipe... Hasta luego, capitán.

* * *

Media noche era por filo cuando los tres jinetes ponían los pies en la puerta de la calle, donde se les incorporaba un tipo cuerudo, ventrudo y peludo hasta más no poder.

— Aquí estoy, jefe, dijo dirigiéndose á Berriozábal.

— Bien, hombre, bien; has sido puntual.

— Así lo soy de costelación, mi jefe... Y quisiera, mi jefe, si á mi jefe no le sirve de molestia,... digo, que me diera los tlaquitos que tenemos pendientes.

— No, señor *Pájaro Azul*, respondió don Felipe denegando suavemente, no, nada de pagar anticipado... Música pagada toca mal son... Ya recibiste dos onzas á cuenta; las otras seis las tendrás cuando nos pongas sanos y salvos fuera de la garita de Totimehuacán... Si no, dando, dando, *Pájaro Azul* volando.

— Como guste, mi jefe.

Siguió la comitiva por las calles desempedradas y tristes, haciendo sonar con las herraduras de los *cuacos* los cascotes, los pedruscos y los trozos de madera. Cuando llegó adonde había sido el fuerte de Ingenieros, avanzó una fuerza de traidores á reconocer á los que salían.

— ¡Ah, eres tú, *Pajarito!* dijo la voz de un oficial que salió á la puerta.

— San Pancracio... ¡Bendito Dios!

— Pasa, hombre, pasa. ¿Quiénes te acompañan?

— Son de mi escolta; salen á una comisión.

— Pues tápense bien, porque por ahí viene una tempestad que les va á empapar.


Don Felipe Berriozábal

— Sí, mi jefe; vamos ajuarados con mangas de hule, contestó Porfirio fingiendo voz de ranchero.

— Aquí estamos, siguió el de la garita, con tantos ojos abiertos, porque se ha fugado la bola de chinacos.

— ¿Es posible, jefe? preguntó Díaz con asombro.

— Ahora, Porfirio Díaz en persona escapó en las narices de un francesito.

— Haya cosa, reflexionó Berriozábal.

— Y aquí hay orden de reconocer á quien salga sin el santo y seña.

— Es natural, confirmó Pancho.

— Bueno, pues ustedes, síganla, dijo el *Pájaro,* que se apartó unos cuantos pasos con Berriozábal fingiendo hacerle encargos y darle órdenes.

— Adiós, mi jefe.

— Adiós, hombre, y si encuentran por allí algunos sospechosos, denles alcance. Quién quita que aprehendan á algún pollo de cuenta, quizás á Porfirio en persona.

— No tiene ni qué decirnos, respondió Díaz con resolución: si les encontramos, les agarramos... Ya verá usted.

— Bueno, mi jefe, que la pase buena.

— Que les vaya bien en todo, dijo el *Pájaro.*

— Que cojan á los desalmados, insistió el otro; á bien que ya andarán por allí las pilas de patrullas francesas buscando á esos tales.

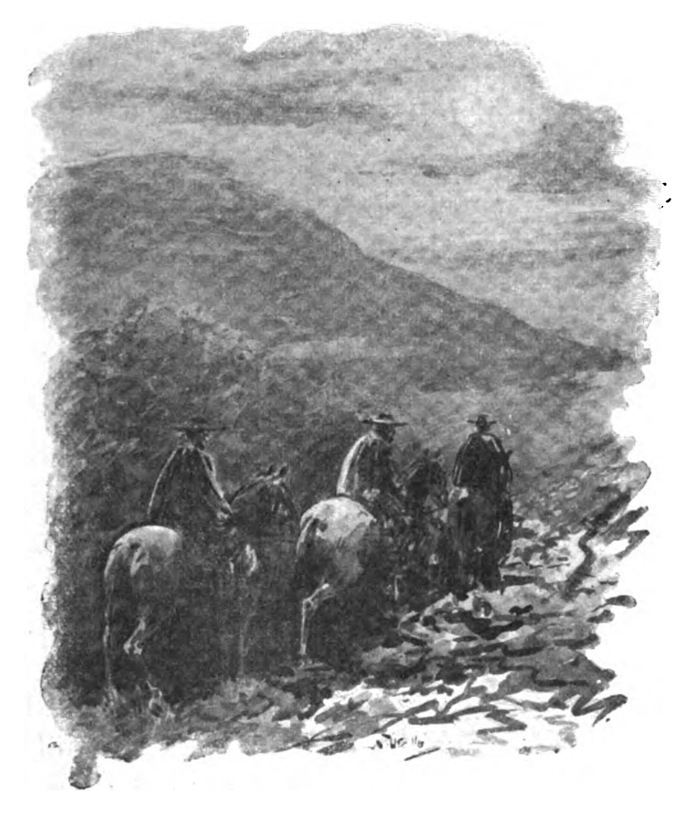
Como lo había dicho el bueno del guardián de la garita, la nube que goteaba empezó á echar agua á más y mejor, volviendo la noche todavía más obscura de lo que era al principio. Requirieron los tres de la escapatoria sus mangas de hule, picaron á los pencos y se engolfaron en la negrísima noche, que parecía un muro de obsidiana impenetrable y raso.

— No más no nos apartemos, aconsejó Porfirio.

— Claro está, repuso la voz de Berriozábal.

Siguieron caminando sin saber adónde se encontraban, y cuando menos lo creían, interrumpiendo el chipi-

chipi incesante de la lluvia y el chapotear de los caballos en el lodo, escucharon un *Halte là... ¿Qui vive?* que les heló la sangre en las venas. Luego sonaron diez ó doce



tiros, se oyeron voces y estrépito de armas y al fin todo quedó en silencio.

La misma aventura les pasó á poco andar, y cuando dejaron de oirse las últimas descargas, Berriozábal reunió el grupo á la vera de un barranco, cuya boca se abría con su orla de chaparros que parecía mirar fija-

mente á la hondonada. La lluvia había cesado un poco, y la luna asomaba tímidamente por entre cortinajes de nubes.

—Hemos venido á caer, dijo don Felipe, en la boca del lobo: éstos deben de ser los puestos avanzados de regimientos franceses. Por la situación, fueron los cazadores de á pie los primeros que nos marcaron el alto, y los húsares los que nos dispararon después... No hay que seguir este camino porque nos exponemos á un mal rato. Si no me equivoco, esa altura que vemos es la sierra de la Malinche: sigámosla, y ya veremos adónde vamos á dar.

Encamináronse generales y oficial hacia aquella pared de sombra, y no tardaron, en tropezar con asperezas y rocallosidades que treparon no obstante lo que se resistían al callo de las bestias, como si se desmoronaran á cada vez que las tocara la pezuña de un caballo. Así caminaron toda la noche, sintiendo á veces en las piernas el aguijón de las durísimas espinas del mezquite ó del maguey y la acometida casi animal del *vixivixío,* que al ser tocado, lanza su proyectil de ardorosas púas, con tanta fuerza, que atraviesa la piel del calzado. Las ramas les azotaban el rostro, arrancábanles el sombrero y les cegaban momentáneamente.

Pancho se detuvo un rato al borde de un arroyuelo que canturreaba con insistencia de maniático una can-

cioncilla triste y monótona, bebió un poco de agua, que su situación le exigía, llenó con el líquido una botella que había cuidado de llevar consigo y continuó caminando entre troncos derribados, jaras y ramajos, hondonadas y eminencias, arroyuelos y barrancos.

A poco volvió á topar con otro hililllo de agua que lanzaba una nota aguda y doliente; recorrió un trozo de bosque idéntico en todo al que acababa de pasar, y luego le sorprendieron un barranco, una nopalera, una meseta y un llanizuelo que se le figuraron semejantes á los que ya había visto.

Cuando tuvo frente á frente tercera y cuarta vez al arroyito melómano y se encontró *empotrerado*, esto es, preso entre cercas, trancas, espinos y maleza, se le ocurrió decir en voz alta:

— Creo que estamos perdidos.

— ¿Y hasta ahora lo nota? le preguntaron entre risas los generales.

— Ya no tarda en amanecer, dijo don Felipe señalando una faja de luz que parecía una hendedura abierta en el manto negro de la noche.

Aguardaron un rato y las cimas empezaron á colorearse con un matiz entre rosa y naranja y los árboles se coronaron con un halo de oro que parecía arrancarles chispas como resplandores de custodia; la hierba apareció llena de menudo aljófar, y por fin, pudieron los viajeros

mirar dos, diez, veinte picachos que cerraban el horizonte é impedían saber dónde se hallaba la salida.

— Por aquí es el norte, declaró Berriozábal consultando una brujulilla que llevaba á prevención... Tenemos á Puebla á nuestra espalda, enfrente á Atlixco... Luego, tomando por aquí, faldeando ese cerro y metiéndonos por aquel bosquecillo, no tardaremos en salir camino de México...

— O de otra parte cualquiera, dijo Porfirio risueño.

— No, replicó don Felipe, herido en su amor propio profesional... Mi razonamiento no tiene réplica. Si Puebla está aquí, á la derecha, caminando en esta dirección tenemos que alejarnos de la ciudad y salir...

— Precisamente es lo que falta demostrar; que Puebla esté á la derecha ó á la izquierda, dijo el general Díaz. Sigamos una ruta y á ver cómo salimos.

— Pues déjese usted guiar por mí y verá si le saco á buen camino, muy lejos de Puebla.

— Me pongo en sus manos.

Treparon el montecillo que tenían enfrente, anduvieron un buen trecho y cuando iban á subir á otra eminencia, dijo el muchacho:

— Mi general, oigo ladridos de perros, cantar de gallos y no sé... hasta me parece que hay un destacamento cercano, pues se oyen voces de alerta.

— Está soñando este chico, explicó desdeñosamente

Berriozábal; debemos de estar á seis ó siete leguas de los últimos puestos franceses.

—No sé si serán ó no serán franceses, interrumpió Porfirio, pero también oigo voces de alerta.

—No puede ser.

—Fíjese usted.

—En seguida nos desengañamos.

—Pues á subir á ese montículo.

No tardaron en plantarse sobre la eminencia, y cuando el guía se preparaba á demostrar por *a más be* que tenía mucha razón en cuanto había afirmado, vieron una llanura verde, risueña, enorme, apenas herida á trechos por acequias, fosos y vallados, y asaeteada por los rayos feroces de un sol de fuego que parecía besar con amor inmenso tanta hermosura, la que á su vez se entregaba en los brazos del sol como la esclava en los del señor.

Extendió la mano Berriozábal quizás para hacer explicaciones de rumbos y vientos, cuando hirió los ojos de todos (como una decoración teatral ante la que se hubiera apartado de improviso el telón que la cubriera) el panorama de Puebla con sus cien torres enhiestas, con sus huertas floridas, con sus casas blancas, con sus conventos roñosos, con sus colinas de suave pendiente que parecen fabricadas por manos de hombres, y con toda su pompa de ciudad feliz, que disimulaba sus postreros quebrantos

arrebujándose en el manto de oro con rapacejos de seda que la cubría de pies á cabeza.

Berriozábal consultó el sol, que ya estaba próximo á su meridiano, contempló las nubes blancas que volaban por el cielo como enormes alciones, señaló el velo de oro que cubría el paisaje y las miriadas de átomos que le rodeaban como un rompiente de gloria y se trazó nuevo plan para continuar el camino. Media hora más tarde, en las primeras estribaciones de la sierra, vieron destacarse entre verdura un jacalillo de paja; después miraron otro y otros, luego una tienda con su rótulo abigarrado, después un grupo de casitas blancas y al fin, cuando se detenían á mirarles muchos rancheros, viejas que dejaban el metate y muchachos de camisa hasta el ombligo, vieron venir á un tío gordo, vestido con chaqueta de dril y sombrero de Panamá, que les dirigió la palabra de mala manera.

—¿Qué gentes son ustedes? Vamos á ver... Ustedes han de ser chinacos.

—Padrecito, buenos días, susurró Porfirio humildemente, bajándose del caballo y besando una mano basta, mugrosa y peluda que el reverendo dejaba ver, mientras con la otra acariciaba el penco del doctor Cacho. ¿No tiene su reverencia la bondad de indicarnos cómo podremos salir á camino seguro?

—¿Pues adónde van? ¿Quiénes son ustedes?



— Padre, exclamó Porfirio cogiendo aparte al ventrudo cura. Por Dios que su merced no alce la voz, que puede haber aquí gentes que estén de acuerdo con los de Ortega... Está lleno el camino de chinacos derrotados y dónde nos conocieran no podríamos llegar á Tlaxcala, donde llevamos una comisión.

— ¿Comisión de quién, hombre de Dios?

— Del general Almonte, dijo el jefe en las orejas de su interlocutor.

— Pero, ¿de veras, hombre? ¿No me engaña? Mire que si me dice tanto así de mentira, los amuelo. Con estos rancheros de San Miguel Canoa tengo para darles una buena zacateada.

— Palabra, padrecito.

— No, no me basta; júremelo.

— Verdad de Dios.

— Y ¿cómo está Su Excelencia?

— Tan bueno y tan contento, dijo impertérrito Berriozábal, que había comprendido al vuelo. Ya se restableció de su dolorcito del hígado, y ahora se dedica á organizar estas cosas del gobierno.

— ¿Y Márquez?

— De don Leonardo yo le puedo dar razón, chilló Pancho metiendo su cuchara; está como unas mialmas, lleno de gusto por esta zurra que les hemos dado á los enemigos de la fe y dispuesto á continuar. Ya usted le conoce.

— No le he visto en mi vida, continuó el cura cerril; pero me parece un nuevo Judas Macabeo.

— Otro Godofredo, confirmó Porfirio con unción.

— Pasen á su casa, dijo el sacerdote, empujando la puerta del curato.

— Pase usted, señor cura.

— Usted primero, señor...

— Capitán Montoya, declaró Berriozábal con cortesanía... El señor es el mayor Cavero, y este chico el teniente Miramón.

— ¿Pariente del general?

— Sobrino carnal; hijo de una hermana suya.

— Tiene usted un gran nombre que honrar.

— Y procura honrarle, dijo uno de los generales.

— Pues que sea para bien... Justa, Rufina, Galación, Chona, Manuela, Toña, Felipa... Son sobrinas mías; muchachas huérfanas, explicó el reverendo con naturalidad.

Y á aquellos gritos fueron apareciendo en el zaguán enjalbegado y fregoteado, siete ú ocho muchachas frescas, guapas, rollizas, limpias, criollas, mestizas ó indias.

— Atiendan á estos señores, que han de venir traspasados; fríanles unos huevos, caliéntenles unos frijolitos, ásenles cecina... Yo voy adentro á ponerme la sotana, que estoy de trapillo y no conviene...

— Está usted bien, señor cura.

Y á aquellos gritos fueron apareciendo en el zaguán enjalbegado y fregoteado...

— Como quiera está usted bien.

— No, no; vuelvo en seguida.

Volvió, en efecto, abotonándose la sotana y poniéndose la mano en la boca como si fuera un biombo para conseguir que se diseminaran los gases de un detonante eructo que le salía con gran estrépito y á destiempo.

— Ustedes van á dispensar, pero lo cierto es que nunca vive uno preparado en estos pueblecitos de Satanás.

Cuatro ó cinco de las lindas muchachas guisaron en un periquete una comida para chuparse los dedos, y los prófugos la aposentaron en sus estómagos en menos tiempo que se había hecho. El señor cura rezaba el oficio bajo una higuera del patio, las muchachas iban y venían trayendo tortillas calientes, café y dulce de membrillo, y sólo se oía de cuando en cuando el zumbar de unas abejas que salían ebrias de miel de los cálices de las rosas, y el susurro de la voz del señor cura que repetía á cada lección del breviario: *Tu autem, Domine, miserere nobis...*

A una seña de Porfirio, Pancho salió á ensillar los caballos; Berriozábal rumió picarescamente:

— ¿Se acuerda usted de aquel buen cura á quien reprendió el obispo porque en vez de dama conciliar mayor de cincuenta años, tenía dos muchachas de veinticuatro, y que contestó que tenía la dama dividida en dos volúmenes? Pues este amigo podría, si le preguntaran, res-

ponder que tenía, en vez de dos volúmenes, las obras del Tostado... empastadas en piel fina.

— Toda la patrología.

— ¡Cómo! ¿qué se van ustedes tan pronto? exclamó el párroco poniéndose en pie y colocando una cintita morada en la página del breviario. Ya veo caballos ensillados y eso me da mala espina... Aún no viene el guía y tienen que esperarse.

— Pues nos alcanzará, señor cura.

— Ustedes lo saben; pero no es preciso que se marchen. Echaremos una manita de tute.

— Tendríamos mucho gusto.

— ¿Y si les hace daño? dijo la menos tímida de las muchachas, que se sentía llena de placer á la vista de los militares.

— Eso es, ya ustedes saben: después de comer, ni un sobrescrito leer.

— Así digeriremos, manifestó Berriozábal montando en el penco mientras le imitaban los otros.

— Muy agradecidos, señor cura.

— ¿Qué agradecen, hombre? No vale la pena... Aquí derecho siguen la vereda, dan vuelta á la izquierda hasta donde encuentren una cruz de palo, se meten por el monte y no tardan en topar con la primera mohonera de los Castillos: allí no hay pierde y van á dar derechito á Tlaxcala.

— Gracias, padre.

— Gracias, señor cura.

— De nada, hijos... Que Dios les bendiga.

Echaron cuarta á las bestias los tres jinetes, y poco alejados de allí Díaz exclamó:

— ¡Maldito cura! No nos la creyó y estaba camelándonos.

— ¡Qué nos había de creer! No es tan tonto; pero como dudaba, quiso detenernos.

— Su guía va á decir por dónde andamos.

— Pues no hay más que cambiar de camino.

— Tiempo sobra para eso. Vamos siguiendo y á ver en dónde nos coge la noche.

Las señas de su reverencia fueron exactas, y al pardear la tarde bajaban molidos y maltrechos los jinetes en la hacienda del Techalote. Al día siguiente, muy temprano, siguieron para Apam, animados por una buena noche y por una acogida mejor de los encargados de la finca.

— Malas noticias de nuestros amigos, refirió Díaz apenas salieron de la hacienda: las gavillas que abundan por aquí robaron á Régules, á Antillón, á Ghilardi, á don Alejandro García y á otros muchos jefes que se aventuraron solos ó por parejas.

Y cuando acababa de decirlo, como si hubiera sido una evocación, aparecieron en lo alto de una eminencia,

veinticinco ó treinta jinetes de caras cubiertas, caballos bailadores, armas relucientes y aspecto de perdonavidas.

— A hacerles fuego, dijo Berriozábal.

— No hay que hacer nada. Voy á reconocerles.

— Le cogen á usted.

— Le matan.

— Yo iré, mi general.

Mas Porfirio nada oyó, sino que picándole espuelas al *cuaco* se alejó seguido de los dos acompañantes.

Berriozábal y Olivos se detuvieron al ver salir sombrero en mano á uno de los facinerosos y tender la diestra á Porfirio.

Luego escucharon un viva y después observaron la señal que el explorador hacía para que se acercaran. Cuando llegaron les dijo el general:

— Les presento á ustedes al teniente Montiel, del regimiento de *plateados* de don Antonio Pérez.

Y el ladrón, en vez de contestar, gritó á voz en cuello:

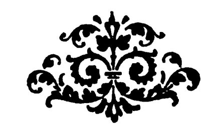
— ¡Viva el general Díaz!... ¡Viva el general Berriozábal!... ¡Viva su ayudante!

— ¡Que vivan! dijeron á una los otros ladrones.

Y á su modo les hicieron honores á los fugitivos y se les ofrecieron muy sus criados y adictos. Apenas era tiempo, pues por contar con aquella curiosa escolta no

cogieron las avanzadas conservadoras á Porfirio y á don Felipe, que eran perseguidos por denuncia del señor cura de San Miguel.

El mismo día llegaron á México los viajeros.





CAPÍTULO III

Nueva aventuras de Pancho

Y el mismo día empezó Pancho Olivos sus trabajos de ayudante al lado de Porfirio. Luego que hubo abrazado á don Germán y á doña Lorenza y puéstose un trajecillo menos roto y astroso que el que portaba (no sin quitarle á éste las presillas que le habían honrado durante el sitio), el capitán de nueva creación se encaminó á la Cámara de diputados, en donde iban á ser recibidos ese día Porfirio y Berriozábal (que eran representantes del pueblo) y donde se discutía á la sazón la ley de facultades extraordinarias.

Los generales se sentaron en sus curules en medio de aplausos y vivas, celebrándose su presencia allí como la representación del ejército que tan heroicamente había combatido en Puebla. Porfirio había citado á su ayudante

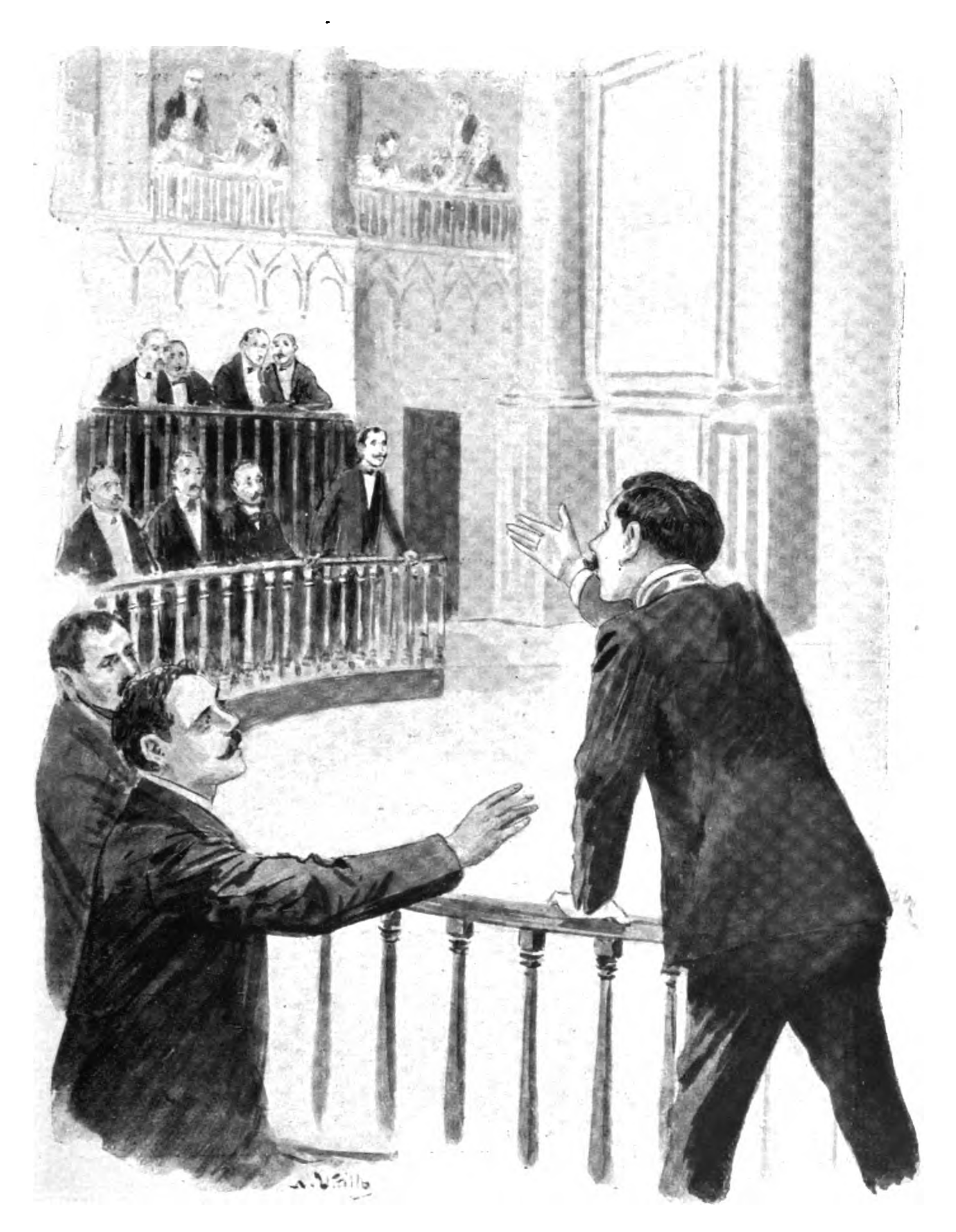
para que le viera en el hotel en que ambos se aposentaban, y el de Olivos creyó que podría darse el gustazo de oir los primores que por sus picos de oro lanzaran aquellos señorones tan gravedosos, tan solemnes y de levitas tan mal cortadas.

Cuando Porfirio y Berriozábal salieron de la Cámara, tenía la palabra un caballero negruzco, de movimientos torpes y voz de pito, que hablaba de la necesidad de que no nos comiera vivos un tirano que Su Señoría miraba en el horizonte.

— «Por eso Grecia cayó en poder de los Pisistrátidas, decía el buen señor. Por eso Roma fué fácil presa de Mario y Sila, por eso las repúblicas italianas...»

Y por allí debe de haber seguido el interesante y fecundo orador, cuando Pancho, que tenía encima las desveladas y las fatigas de muchas malas noches y de muchos peores días, se durmió oyendo aquella oratoria que bajaba sobre su cabeza como un gas deletéreo y estupefaciente. A veces, entre sueños, oía cosas como: «Y sabéis, señores, por qué esos mismos Pisistrátidas... Me ocurre preguntar ¿para qué quiere facultades extraordinarias el Gobierno si las instituciones no peligran, si no hay nada que justifique su actitud?... Entonces Fabricio Colonna, al frente de las caballerías y de acuerdo con las tropas del Padre Santo...»

Vinieron tras el aflautado, uno de voz estentórea, otro



— ¡Mientes, bellaco!
Bien se conoce que no has oído nunca zumbar una bala por tu cabeza...

que no lograba le oyeran á media vara de su banco, un tercero que la dió por gracioso, un cuarto que llevaba muchos libros y papeles y un quinto y un sexto y un séptimo. Pancho, á pesar de tantísima ciencia y habilidad política como aquellos señores derrocharon, no llegó á abrir los ojos ni á enterarse de nada. Las ocho de la noche serían cuando se despertó asustado y dispuesto á salir, pues el general ya debía de estarle esperando. Un orador desgreñado se sentaba en aquel momento después de hablar buen espacio de un punto que de seguro había preocupado ya á la augusta asamblea: la rendición de Puebla.

Al oir que de tal cosa se trataba, el de Olivos permaneció clavado y sin movimiento, pues le llamaba la atención que allí se hablara de asuntos militares y aun más que éstos fueran susceptibles de sujetarse al metro oratorio.

Un orador chiquitín y adamado, mas lleno de brío y de furia, dijo que el sitio de Puebla había sido una vergüenza para la nación, que sabía de un punto que se había rendido sin combate; y no sé qué otros excesos. Pancho no pudo tolerar aquellas mentiras, y primero rojo de rabia y al fin con gritos de furioso, interrumpió al orador que redondeaba un período: «No fué así, señores, cómo concluyeron Numancia y Sagunto...»

—¡Mientes, bellaco! ¡Bien se conoce que no has oído

nunca zumbar una bala por tu cabeza!... ¡Toma tu Sagunto y tu Numancia...!

—¡Fuera ese! gritaron del salón.

—¡No, tiene justicia! gritaron otros.

—¡Fuera el cochino que ha ladrado esas tonterías! gritó Pancho en el paroxismo de la cólera.

—¡Está ebrio!

—¡Echen al borracho!

—¡No estoy ebrio! rugió Olivos. ¡Vengo de Puebla, he combatido allá y puedo decirle al señor Licenciado que miente y que más cobarde es él!

Entretanto el público tomaba parte por Olivos, y el Presidente pedía por Dios que se guardara silencio, pues de lo contrario mandaría despejar el lugar en que se hallaban los extraños.

Entonces se oyó una voz que dijo claramente:

—¡Pido la palabra!

—¡Sí, que hable!

—¡Que Prieto diga alguna cosa!

—¡Que hable Guillermo!

—Tiene la palabra el ciudadano Prieto, Guillermo, dijo el presidente.

Habló Prieto y callaron todos, lo mismo los que se quejaban de «la intromisión de elementos extraños en el deliberar de la asamblea», que los que habían silbado al oradorzuelo de Numancia y Sagunto. Habló Prieto, y á su

voz resurgieron todas las penas, todos los dolores, todos los sacrificios, todas las glorias y los heroísmos todos del legendario sitio. Pancho estaba suspenso oyendo enaltecer las proezas de Llave, el coraje de Auza, el ardor de Patoni, el sublime desprecio á la vida de Smith y de Rosado, y declarar que la defensa había sido un episodio honrosísimo para el ejército...

— ¡Viva Prieto! gritó lleno de entusiasmo.

— ¡Viva Prieto! clamaban los presentes.

Y aquel «¡viva Prieto!» resonó en el alma de todos, diputados y espectadores, mientras aquéllos adoptaban una moción para que se declarara que los defensores de Puebla habían merecido bien de la Patria.

Pancho se levantó medio borracho de gozo, y solamente se detuvo lo necesario para suplicar al diputado Prieto saliera un momento del salón á recibir un abrazo del soldadillo que sin quererlo había sido causa de que se dijera tan hermoso discurso.



Se habló en esos días sobre si Porfirio tomaría ó no el mando del ejército y sobre si se encargaría ó no del Ministerio de la Guerra; pero el buen Olivos, que estaba dispuesto á seguir á su jefe lo mismo en el apogeo del poder que en la obscuridad de la derrota, mandando apenas

tres ó cuatro hombres, no dió importancia á los díceres ni se preocupó por las hablillas.

Sí se preocupó de la idea de don Germán y doña Lorenza de salirse de la ciudad y marchar adonde estu-



vieran los republicanos. El Licenciado cayó muy en gracia á don Porfirio (pues ocurrió con él á fin de que le diera recomendación para obtener una asesoría ó una auditoría de guerra).

—Nosotros, señor general, tenemos el deber estricto

de salir al campo á luchar con el francés, aunque sea á nuestro modo y con nuestros cortísimos elementos. Tenemos dos hijos, dos excelentes muchachos que andan de la ceca á la meca en pos de los nuestros. Si nosotros quedamos en la capital, el diablo puede hacer que á la hora menos pensada, figurándose que tienen aquí refugio seguro, dejen las filas y piensen en venir á acogerse á nuestra sombra. Para quitarles toda esperanza, importa darles el ejemplo y que salgamos nosotros.

Rió Porfirio de la precaución del buen Olivos y puso en sus manos la carta que pedía. Ya en otro lugar nos le hemos encontrado tan fuerte y tan entero como ahora le miramos.

Para que se despidiera de los viejos y arreglara cuantas cosas quisiera, Porfirio concedió licencia á su ayudante, previniéndole se le reuniera en Ayotla, adonde había marchado con su división. No fué allí donde el capitán se incorporó con su jefe; le alcanzó hasta Toluca, donde presenció un espectáculo que le hizo abrigar los más tristes presentimientos acerca de la suerte de la resistencia nacional. Encontró á las tropas diseminadas, sin orden y sin cohesión. Se desertaban compañías enteras; se encontraba armas y parque á la orilla de los caminos; se veía abandonadas sin custodia y sin ganado á las piezas de artillería recién sacadas de México. En cambio las mujeres, los mozos y los equipajes de los ofi-

ciales marchaban á cuerpo de rey, en excelentes y lucios caballos, con sus baúles y petacas llevados por las mulas más gordas y ligeras que se podía encontrar.

— Es la división de Garza, le contaron. Se dice que sigue para San Luis y que deja el mando al general Díaz.

— Dios lo quiera, porque tal como vamos, acababa con nosotros una compañía de cazadores de Africa.

— No más que el Porfirio es tremendo.

— ¿Tremendo?

— Ya lo creo. Mandó pasar por las armas á muchos soldados de uno de los batallones de guardia nacional de México...

— Sus razones tendría.

— Ya lo creo que las tuvo: se sublevó todo el batallón; pero tan pronto como le redujo al orden hizo fusilar á una buena cantidad de los amotinados en presencia de todo el cuerpo de ejército.

— Bien hecho.

— Mal hecho, porque á quienes se debía haber fusilado era á los jefes, don Joaquín Rangel y don Pedro de Garay, que se quedaron en México y con su conducta infundieron el pánico entre la tropa.

— A los jefes y á los sublevados: á todos.

— Pero calle usted, que por allí viene la diligencia.

En efecto, llegaba la diligencia, con más ruido de tornillos y herrajes que solía, pues sólo la ocupaban tres

personas, que eran, según dijeron, el general en jefe y dos de sus ayudantes. Asomó la cabeza tocada con un Panamá de anchas alas un caballero de buena edad y aspecto de príncipe Bonaparte, guapo y de barba rubia que empezaba á platearse hacia los extremos; dijo algo á un oficial; el otro entendió derecho ó torcido lo que le ordenaron y buscó al jefe del batallón presente en el llano de Salazar.

—Vámonos, dijo don Juan de la Garza, pues no era otro el displicente sujeto del enorme panamá. Vámonos, que al fin para lo que he de durar en este convento...

Y mulas, coche y pasajeros, se alejaron entre un torbellino de polvo luminoso, que parecía la nube que arrebató al profeta Elías.

Al llegar á Toluca supo Olivos que su jefe acababa de recibir el mando del ejército y en el alma se alegró de ello, pues no le cabía duda de que marcharían mejor las cosas á las órdenes del brioso defensor de San Marcos.

De Junio á Octubre anduvo el muchacho de la ceca á la meca, aquí pára, allá corre, acullá se detiene, en esta parte averigua y ordena en la otra. Era que á Porfirio se le había investido con la misión de organizar el ejército, y que obligaba á trabajar á sus ayudantes con el ardor y la fuerza que él sabía imprimir á cuantos le rodeaban.

Años después decía Olivos que si mucho había hecho

el general durante toda la guerra, aquel trabajo de refundir batallones, de organizar tropas, de componer armamento, de adquirir dinero, de requerir mulas y de establecer academias de oficiales, era quizás más duro y más meritorio y más digno de tomarse en consideración que cualquier victoria lograda ó cualquier marcha rendida sin novedad.

Pancho no sabía de estas cosas sino lo que puede saber un subalterno; pero como unas veces le contaban que Porfirio sería ministro, otras que jefe del ejército y otras que marcharía con una división, sólo se espantaba al considerar que si, en efecto, le daban esos encargos, quizás tendría que prescindir, por necesidad de obsequiar la costumbre, de los servicios del pobre capitancillo, y buscaría para ayudantes de campo á los generales y coroneles de rigor.

Pero mientras esto se resolvía y mientras corrían voces de que el jefe sería Comonfort ó sería Porfirio, Pancho estuvo á punto de dejar de ser ayudante del general; y no porque se hubiera realizado la combinación que el chiquillo temía sino porque estuvo en momentos de que le costara el pellejo el cumplimiento de una comisión.

Un día de los fríos de Noviembre recibió Francisco órdenes para llevar un pliego al general Comonfort, que había salido días antes de San Luis y que, á la cuenta, debía comer en San Miguel de Allende.

El de Olivos encontró á don Ignacio en la Quemada. Iba en la diligencia ordinaria, tranquilo y satisfecho, seguido apenas de una escolta de ciento cincuenta dragones y acompañado de los oficiales de su Estado Mayor.

— ¡Ah! dijo al recibir al enviado de Porfirio; se me da aviso de la presencia de guerrilleros por este rumbo. Pero el aviso sale sobrando. No hay gavilla que se atreva contra una regular cantidad de soldados de línea.

— Mi general, repuso Olivos con todo respeto, el señor general Díaz me encargó especialmente que previniera á usted de que las gavillas de los Troncosos están sobre aviso y saben que usted trae el dinero que á tanta costa se ha conseguido.

— Cosas, cosas de su jefe de usted.

— Mi general, ¿no tiene nada que mandar?

— Sí, hombre, sí, cene usted con nosotros y mañana seguirá su camino.

— Como usted lo ordene, mi general.

Al día siguiente comieron en San Miguel de Allende y tomaron, por Chamacuero, el camino de Celaya, no sin avisar á Echagaray que se encontrarían esa noche. Salieron de Chamacuero á las dos de la tarde y llegaron al molino de Soria, sin que tampoco sirvieran los avisos que dieron á Comonfort los dueños de la finca.

— No hay cuidado, decía con su optimismo tradicional; hemos de salir bien, hemos de seguir adelante.

—Pero, señor, suplicaban los hacendados, ¿por qué no toma usted este camino de travesía, que sale directamente al llano, donde puede maniobrar la caballería?

—Eso sí haré, respondió Comonfort. Cañedo, ordenó á un general que le acompañaba, usted toma el mando de nuestra infantería, yo maniobro con los de á caballo, y la artillería la dejamos á cualquiera de estos señores.

—Dios quiera, señor, que las burlas no se conviertan en veras, dijo uno de los que rogaban.

La respuesta fué un mohín de don Ignacio y la orden de emprender la marcha.

La tarde era triste y lluviosa. Pancho Olivos marchaba delante con cuatro exploradores; seguía á buena distancia la carretela del general, conducida por el coronel Cerda y rodeada por todos los oficiales de ordenanza. Detrás venía la escolta.

No llevarían media hora de caminar, cuando vió el de Olivos asomar unas lanzas tras los árboles del montecillo que se parecía á la izquierda, mirando después á tres ó cuatro jinetes que meneaban con furia los sables ó los banderines de sus garrochas. Pancho dió orden de disparar, y un muerto de su lado y otro de la parte contraria fueron las víctimas de aquella acometida.

Pancho sacó el machete y se enfrentó con los de á caballo; pero el número le hizo retroceder y comunicar á Comonfort la inminencia del peligro, pues ya se llenaban



— Pero, señor, suplicaban los hacendados, ¿por qué no toma usted este camino?...

de gentes las veredas inmediatas y el cerrillo de la izquierda, y hasta por la derecha aparecían montados en magníficos pencos, muchos bandidos de caras atezadas y chaquetas de cuero que se lanzaban al galope contra la reducida tropa de don Ignacio.



Cuando llegó el capitán vió un grupo de jinetes rodeando á Comonfort, y al general Cañedo corriendo á toda prisa y tratando de moralizar á la infantería. Se incorporó á los ayudantes del jefe y cargó con ellos y los pocos soldados dispuestos á la lucha. Vió que un ladrón

desaforado asestaba un machetazo á Comonfort y le rebanaba desde el ojo izquierdo hasta el carrillo. Pancho cerró contra el facineroso y le descargó un tremendo tajo. Tuvo tiempo de ver á don Ignacio defendiéndose con el sable en la mano, pero en el mismo instante recibió por detrás un golpe tan fuerte que le derribó del caballo. En ese momento caía Comonfort, y Olivos le oyó exclamar en las angustias postreras:

—¡Amigo, no me mate y le ofrezco hacerle una bonita fortuna!

Pancho se desvaneció en aquel instante; al recobrar el conocimiento estaba en una cama en la posada de Chamacuero, de donde fué trasladado á San Miguel.

La juventud y la fortuna ayudaron mucho al oficial: se hallaba en la edad en que se sale con bien en todos los conflictos, se salvan todas las dificultades y se cuenta con el auxilio de la buena suerte. La lanzada se deslizó entre cuero y carne, conforme aseguró el físico que hizo el diagnóstico, y cuando la herida estaba todavía abierta y todo el mundo aconsejaba á Pancho que se curara en regla, él montó á caballo y salió buscando la huella de Porfirio, á quien se imaginaba entretenido aún en los trabajos de organización.



Pero su desconsuelo fué grande cuando se enteró por los periódicos de que el general había salido de San Luis con ruta ignorada y llevando consigo tres brigadas y una sección de artillería.

Pancho siguió las huellas del ejército por Ameales, Molinos de Caballero, Rancho de los Dolores y Pateo, y aunque la tropa iba haciendo cortas jornadas y deteniéndose en muchos lugares, más despacio y con mayores precauciones tenía que ir el pobre convaleciente, que conocía estar expuesto sin poderse valer, á la acometida de cualquier gavilleja. Como sintiera algo de fiebre y escozor en la herida, se detuvo dos días en Pomoca, donde todavía se conservaban frescas y palpitantes las memorias del gran repúblico y honrado varón que habían sacrificado la imbecilidad y el odio en maldito consorcio. Hizo otro alto de veintitantas horas entre Tepetongo y Angangueo, y se reunió con la columna en Zitácuaro, donde ésta había descansado dos días y se hallaba dispuesta á salir una vez que pasara el tercero.

Gran placer recibió Porfirio al ver de nuevo á su fiel ayudante. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando Francisco le refirió con todo espacio su mensaje á Comonfort, la horrible asechanza en que el pobre general perdió la vida en castigo de su imprevisión, la herida, la convalecencia y el camino penoso y lleno de dolores.

Toda la división, que conocía y mimaba á Olivos, se



regocijó con su restablecimiento y aplaudió su vuelta, y el mismo soldado viejo que en otro tiempo había industriado á Miguel acerca de la forma de pelear y le había dado noticia de muchos sucesos del cinco de Mayo, le tomó por su cuenta y se la dió muy puntual de la composición del nuevo ejército.

«Aquí tenemos, como quien dice, la flor de la gente chinaca, pues ya sabes que el general es el dedo chiquito del señor Juárez. Ballesteros tiene la primera brigada, con el quinto batallón móvil de Oaxaca, que está á las órdenes de Manuel González, y el primero ligero de México, mandado por Juan Espinosa y Gorostiza. A los de Sinaloa les dirige Apolonio Angulo, que tiene como jefes de sus cuerpos á Diodoro Corella, Jesús Toledo y Crispín Palomares. Entre los de á caballo están Mariano Escobedo, Ramón Reguera y Jerónimo Treviño. Los cañones van á las órdenes de Martiniano León y seremos por todos unos tres mil hombres.»

Siguió la columna por Laureles y Orocutín, y pasados aquellos lugares la tropa se alegró pensando cesarían las marchas monótonas en que no se columbraban, durante leguas y leguas, ni el fez de un zuavo, ni la reata de un traidor. Pero lo que no sabían los soldados, y apenas lo maliciaban los oficiales, era que la marcha de aquella tropa estaba amagada de continuo por fuerzas numerosísimas, y que la suprema habilidad de Porfirio era evitar

acciones decisivas que hubieran comprometido la existencia del pequeño núcleo, formado con tanto amor y dispuesto con tan ímprobo trabajo.

Desde Laureles se presentaron numerosas guerrillas, que sin descansar hostilizaron la retaguardia y los flancos de la división de Porfirio; pero para aquellos valientes muchachos era negocio de coser y cantar hacer pedazos á gentes colecticias y sin orden ninguno: las avanzadas solían dar buena cuenta de tales bribones, y á veces sus tiros se confundían con los que disparaban los dependientes de la intendencia contra algún cerdo salvaje ó algún toro cerril y sin dueño.

Así, entre risas, juegos, escaramuzas y disparos, siguió su marcha la atrevida columna que llegó á la ranchería de Pungarancho un sábado al amanecer. Allí estaba el traidor Laureano Valdés encargado de cerrarle el paso esperando á un buen golpe de franceses de los que mandaba Berthier, que habían salido de Toluca para reforzar á la canalla extranjerizada.

Se colocó Valdés en un lugar que se le figuró fácilmente defendible, pues tenía á su frente el río, invadeable en aquel punto. El general dió orden para que se formara con barriles y trozos de madera un puente que facilitara el paso del río. Determinó que mientras un cuerpo de infantería pasaba por aquel improvisado ingenio, la artillería batiera á los imperialistas, y él con toda calma

quedó observando el resultado de las operaciones, acompañado del grueso de las tropas. No tardaron los coaligados en poner pies en polvorosa, mientras los republicanos llegaban á Tejupilco; Berthier regresó á Toluca sin haber podido realizar su intento, y se continuó el camino en medio de chacotas, risa y chanzas.

Lo que no sabían aquellos valientes ni su mismo jefe, era que aquella accioncilla era el inicio de las muchísimas que durante cuatro años habían de inundar de sangre el noble suelo michoacano, baluarte de la libertad y asilo de las causas más grandes y generosas.

Tras una refriega en Taxco, el ejército pasó el Mexcala con dirección á Chilapa y Huajuapam, y de allí por la posta, Porfirio y sus ayudantes llegaron á Oaxaca.

Gobernaba el Estado don Ramón Cajiga y tenía como secretario á un tal Esperón, hombre ducho en tretas, conocedor de los códigos, gran enredador y amigo de burlas.

Los mandones recibieron á los recién llegados con todos los extremos de cortesía y admiración que pudieron acumular, y luego de hacerle saber á Porfirio que le tenían por más prudente que Ulises, más ardido que Aquiles, más afortunado que César, más noble que Fabio Máximo y más honrado que todos los capitanes habidos y por haber, le interrogaron á las claras sobre qué hacía por aquellas remotas tierras, hombre tan ilustre y polí-

tico tan discreto. Naturalmente que Pancho Olivos no asistió á las conferencias, ni se percató de las dificultades; pero un su amigo, tracista y decidor como ninguno, le refirió el diálogo entre los contendientes. Yo le pongo aquí, aunque sin garantizar que sea cierto:

Cajiga. — Celebro en el alma la presencia del insigne luchador de Puebla, que ilustró en el centro del país el nombre de Oaxaca y puso tan alto el valor proverbial de nuestra tierra.

Porfirio. — Mucho le agradezco sus elogios al señor Gobernador. Yo no he hecho más que cumplir con mi obligación.

Cajiga. — ¿Y qué trae al señor general por esta tierra?

Esperón. — Porque nos figuramos que no vendrás solo. Debes de traer algunas tropas y se nos ocurría preguntar qué objeto tienen.

Porfirio (con retintín). — Tal vez sabrán ustedes que un ejército francés tomando pretexto de no sé qué susceptibilidades diplomáticas, tiene invadido el país y amenaza extender su acción hasta nuestra tierra.

Cajiga. — Sí que lo sabemos, y aun felicitamos al señor general por su valiente comportamiento en Puebla; pero de seguro que esos invasores no vendrán por aquí.

Porfirio. — ¿Que no vendrán?

Esperón. — No vendrán si no se les reta.

Cajiga. — Está claro. No vendrán si no se les obliga á



ello levantando tropas y préstamos, fortificando las poblaciones y demostrando, en fin, que se trata de resistirles.

PORFIRIO. — Pues haré esas cosas y otras muchas más que me callo si cuento con la buena voluntad de mis paisanos.

CAJIGA. — No piense usted en eso, porque dará muestras de ser muy mal oaxaqueño. Desencadenar sobre un país las furias de la guerra, exponerle á atropellos, robos, muertes y toda clase de excesos, es una obra pésima y reprochable.

PORFIRIO. — Pues esa obra pésima y reprochable vengo á acometer.

ESPERÓN. — Te repudiaríamos todos los oaxaqueños.

PORFIRIO. — Pero me aceptarían todos los mexicanos. ¿No sería un egoísmo incalificable que, cuando el país entero arde con la guerra y se prepara á defenderse, una parte de él permaneciera cruzada de brazos, sin movimiento y sin vida, resuelta á mirar el sacrificio de los demás Estados como quien mira una calamidad que acontece en otro planeta?

CAJIGA. — ¿Quién se lo manda? ¿Por qué no calcularon lo que había de venir? Nosotros no fuímos lerdos, y todo está en magnífica situación. Ellos podían arreglar lo mismo que nosotros y evitar á la nación entera las calamidades consiguientes.

PORFIRIO. — ¿Y qué convenio es ese tan famoso?

CAJIGA. — Sencillísimo; no se trata de ninguna invención oculta y podemos decírselo á usted: se pactó la neutralidad del Estado. Si la nación aprueba el actual movimiento, nosotros, á fuer de demócratas, nos inclinaremos ante su voluntad. Si, por el contrario, le rechaza, iremos á la guerra; pero será luego que hayamos agotado los medios pacíficos.

PORFIRIO. — ¿Y qué arreglos pacíficos son posibles entre mí y el ladrón que llega á robar mi casa á media noche? Los tiros, los palos, los sablazos, los araños, todo antes que dejarme arrebatar lo que me pertenece.

ESPERÓN. — Es caso muy distinto. El derecho público...

PORFIRIO. — Sí, es distinto el caso, porque yo puedo prescindir de lo que me pertenece; pero no puedo renunciar á los derechos de mi patria, de mi tierra, de la tierra en que reposan los huesos de mis muertos, en que están vinculadas las tradiciones de mi raza, la heredad de mis hijos, el porvenir de mi país. Eso no lo puedo ceder; sobre eso no puedo transigir, ni sujetarlo á árbitros ni á amigables componedores.

CAJIGA. — Seamos prácticos, amigo mío; seamos prácticos y no nos ilusionemos con frases de periódico.

PORFIRIO. — Precisamente porque pienso que es lo más práctico, estoy resuelto á defenderme.

CAJIGA. — No lo hará usted.

PORFIRIO. — ¿Y por qué no he de hacerlo?

CAJIGA. — Porque yo, que soy el Gobernador, se lo prohibo á usted.

PORFIRIO. — Pues yo, que tengo mando sobre Oaxaca, Veracruz, Yucatán, Tabasco, Campeche y Chiapas, digo que se ha de hacer.

CAJIGA. — Pero eso lo prohibe la Constitución.

PORFIRIO. — Está usted muy falto de noticias. Quizás no sepa todavía que el Congreso acaba de conceder facultades extraordinarias al señor Presidente y que él me las ha delegado.

ESPERÓN. — Es anticonstitucional la concesión, y más anticonstitucional la delegación de facultades.

PORFIRIO. — ¿Y de qué artículo de la Constitución tomó usted la facultad para transigir con el extranjero invasor?

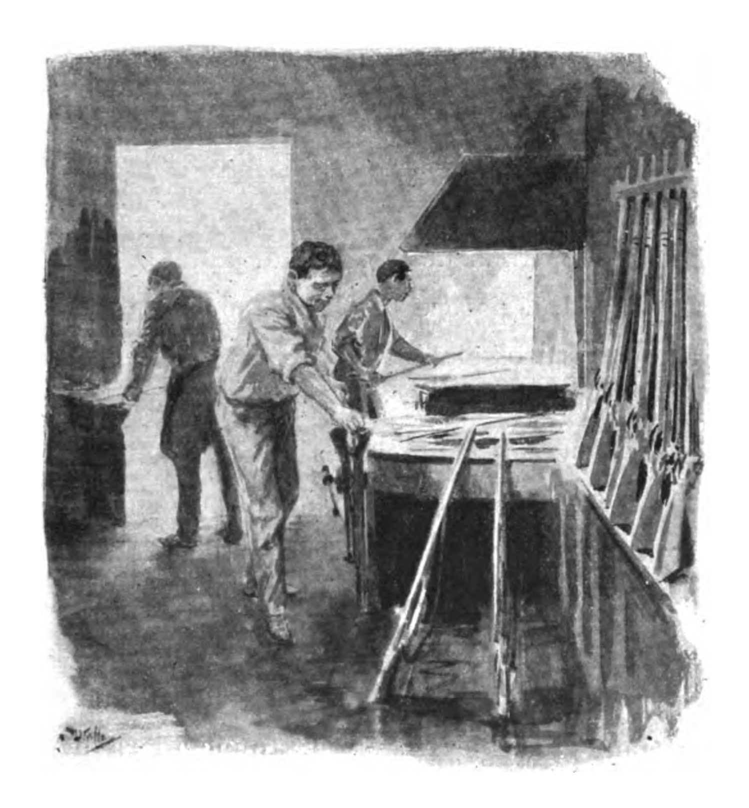
CAJIGA (poniéndose en pie). — Es inútil que sigamos discutiendo. ¿Está resuelto usted á usar de las armas para poner en práctica esos anárquicos propósitos?

PORFIRIO. — En este caso, las armas no tienen más objeto que defender á la nación del invasor extranjero y de los traidores.

ESPERÓN. — ¿Y quiénes son los traidores, Porfirio?

PORFIRIO. — Todos los que se resistan á cumplir las órdenes del Gobierno.

De moños se separaron los interlocutores, y de allí salió la renuncia que Cajiga presentó al Congreso, el cual se disolvió en seguida. Porfirio se hizo cargo del gobierno, y después, mirando que aquello le quitaba el tiempo que



debía dedicar á otros negocios, nombró gobernador á Ballesteros, poniendo á su lado, como secretario, á don Félix Romero.

Entonces comenzó aquella época de trabajo asiduo y constante; aquel imaginar de dónde sacaría recursos y

cómo subvendría á los gastos de organización y disciplina de las tropas; aquel afán de hacer aprestos y reunir fondos y fabricar y componer armas y confeccionar *parque* y hacer uniformes y reclutar gente.

Varios meses se pasaron en aquellas tareas preliminares, y Pancho los dejó transcurrir sin ningún pesar, pues estaba encantado de la hermosura de la tierra, de la originalidad de las costumbres, y de la limpieza, gallardía y primor del poblado.

Admiró la portada de la Soledad, aquel bello mosaico arquitectónico que parece hecho de pórfido; la fuerza y solidez de los muros ciclópeos de Santo Domingo, hechos para guardar las fabulosas riquezas que encerraba en su interior y convertidos en fortaleza que resistió todas las agresiones posibles sin sentir menguada un punto su estabilidad; la belleza de la plaza, rodeada de sus cuatro portales, de *Palacio,* del *Señor,* de *Clavería* y de la *Estrella;* el aseo y pulcritud de los tlanizates y la hermosura, virtud y gracia de las señoras *decentes,* así como la corrupción imponderable del clero, anunciadora de cosas terribles para el futuro.

Cierto día, hallándose de guardia en el alojamiento de Porfirio, vió entrar como de prisa y recatándose, á un sujeto entre clerical y curial, bajo de cuerpo, trigueño de rostro, naricilla insignificante, mirada viva y ademán conciliador. Primero se observó el silencio que de ordi-



— Olivos, ordenó Porfirio al capitán, luego que apareció..

nario reinaba en aquella estancia, luego se oyeron gritos violentos, interjecciones de ira y gritos de terror.

— Olivos, ordenó Porfirio al capitán luego que apareció en la puerta del aposento por haber oído que se le llamaba; se lleva usted preso á este hombre y me le entrega en Santo Domingo, determinando que en seguida se le ponga en capilla.

Cumplió el capitán con lo que le habían ordenado y á la salida de la prisión se encontró con muchos sujetos que le aguardaban para pedirle noticias.

— Pero ¿qué hizo Dublán?

— ¿Quién es Dublán?

— Dublán, hombre, Manuel Dublán, el licenciado, el señor á quien acabas de llevar á la cárcel.

— No sé una palabra.

— ¿No sabes una palabra y le llevas á la prisión?

— Como ustedes lo oyen.

Mas á poco llegó un oficial que se hallaba al lado del jefe:

— Hombre, casi nada es la culpa del don Manuel: el angelito venía á mover las teclas para conseguir llevarse á Porfirio con los imperiales.

— Ese hombre está loco.

— Y llegaba ofreciendo el oro y el moro; dejarle de jefe de la línea de Oriente, reconocerle su grado, haciendo la promesa de no introducir franceses por estos rumbos si Porfirio no los pedía...



—¡Pero, qué bellaco!...

—Bien empleado le está: le truenan en seguida.

Y no sufrió la suerte que le esperaba sólo porque sus amigos se interesaron con el jefe y le arrancaron el perdón.

***

Mas en aquella plaza en que se trabajaba, se temía y se aguardaba, no era posible detenerse á reflexionar mucho tiempo sobre un caso, por grave que fuera.

Se sabía que los franceses estaban construyendo á coste y costas un camino carretero que les sirviera para conducir su artillería gruesa; se sabía que el general en jefe francés iría en persona á establecer un sitio regular contra la plaza, y se decía, en fin, que los calzones rojos, los uniformes azules y los quepis dorados, menudeaban más á cada reconocimiento que se emprendía fuera del recinto fortificado.

Un día que Pancho volvía de ejecutar una comisión del cuartel general, sintió que se le emparejaba un sujeto de buena cara, aspecto conciliador y modales caballerosos. Montaba á lo paisano en un caballo rosillo de buena alzada; mas en el modo de orientar la bestia, en el bigote, en la mirada, en la voz, en no sé qué, se conocía la procedencia militar del jinete, que como antinomia curiosa llevaba un equipaje que parecía de juez de primera ins-

tancia que muda de jurisdicción, y un mozo que parecía el de un cura que va á administrar los últimos sacramentos.

Pancho se paró un rato á fin de dejar que pasaran los caminantes y para poderles observar fácilmente; pero con gran sorpresa suya, el caballero de marcial semblante y su escudero bonachón, se detuvieron en firme y el amo se dirigió á Pancho con el jarano en la diestra y dejando caer una enorme bufanda que le tapaba el rostro.

— Tengo mucho gusto, dijo el recién venido, de tender mi mano al señor capitán Olivos, ayudante de nuestro jefe el señor general Díaz.

Pancho vaciló un punto, pero no tardó en reconocer á un amigo viejo que mucho había influído en su vida:

— Mi coronel... señor don Luis, exclamó corrigiéndose y al recordar que el caballero aquel se había pasado con armas y bagajes á los imperialistas. ¿Qué es de su vida? ¿Qué anda haciendo por aquí?

— Hijo, ya sabrá usted que los malditos franceses me obligaron á pasar el charco, y quieras que no, me dí una paseadita por Europa...

— ¿Y ahora?

— Vi por allá á su hermano, á Miguel. Buen muchacho, enterote, sin doblegarse: rechazó dos veces el perdón que le ofrecían.

— ¿Y usted?



—Debe de estar por aquí ó poco le ha de faltar. ¡Feliz él! exclamó con tristeza mal reprimida.

—¿Y usted? ¿Se viene con nosotros, á nuestro lado? Mire que el general le recibirá con los brazos abiertos.

—¿Cree usted? ¿Cree que Porfirio no me haya perdido aquel viejo cariño que me tenía?

—Yo... así lo creo, contestó con vacilación el ayudante, temeroso de comprometer la diplomacia.

—Pues con él vengo á hablar. ¡Quiera Dios que me le encuentre propicio!... El general... es el primer soldado republicano.

—Ya lo creo, don Luis.

—Pues sí, amigo mío; la suerte está echada... O me quedo con ustedes ó me les llevo.

—¿Llevarnos? ¿Y adónde?

—Eso lo sabrá usted á su tiempo, dijo el militar apaisanado, cogiendo la mano de Francisco mientras él se daba á reconocer con el puesto que cuidaba el fortín de la entrada.

Don Luis Alvarez, como se llamaba el caballero con quien Olivos charlaba, había sido coronel del ejército y jefe del Estado Mayor del general Díaz.

Se sabía en México el grandísimo afecto que Porfirio tenía por el coronel Alvarez, y se le envió no con objeto de sonsacarle ni de penetrarse de sus intenciones, sino de proponerle el paso al Imperio sin ambages ni rodeos. El

don Luis portaba una insidiosa y zalamera cartita del general Uraga, en la que después de cortejar á Porfirio y de ponderarle las excelencias del nuevo régimen, le proponía que se quitara de republicanismos y se metiera de hoz y coz en el pantano fétido de la traición.

Uraga era el primer farolón de su tiempo. Alto, elegante, con un gran aire militar, que le daba el aspecto de un Pelissier ó de un Canrobert, había tenido la rara fortuna de perder en acción de guerra una pierna, que hubo de substituir con otra de palo; y esta pierna de palo, la perilla blanca, el uniforme flamante y sin un botón de menos ni una mota de más, le hacían aparecer un grande hombre cuando no era sino una descomunal calabaza.

Cuando sufría en Guadalajara las tremendas curaciones que le hicieron por la mutilación de la pierna, le dijo á un su amigo en filosófica reflexión:

—¡Y pensar que he perdido una pierna defendiendo la Constitución de 57... que no sé qué contiene, ni he leído nunca, ni tengo ganas de leer!...

Este era el hombre á quien Maximiliano empleaba como Celestina política para atraer con artes proxenéticas á los campeones liberales.

Dos ó tres días después de la llegada de Alvarez, Porfirio reunió á todos los generales y coroneles que guarnecían la ciudad y les puso á la vista la invitación de Uraga. Una denegación unánime y vigorosa fué la res-

puesta de los interpelados á las proposiciones del ayu dante de campo de Maximiliano, declarando el concurso que jamás oiría palabra que tendiera á la sumisión á los invasores.

Porfirio leyó en seguida la carta que remitía por conducto del antiguo jefe de su Estado Mayor, y cada párrafo, cada cláusula, cada línea eran aplaudidos por el concurso, que sentía templarse sus bríos al enterarse de cómo interpretaba el general los sentimientos de sus subordinados.

Trataba al general Uraga con cariño y consideración muy grandes; en iguales términos se expresaba del desgraciado Luis, cegado por el señuelo del esplendor y la riqueza; pero resolvía terminantemente no ceder en un punto en la lucha empeñada. Le advertía que no era cierto que reinara desaliento en la parte de la República sujeta á su mando; le hacía presente que ni Tabasco, ni Chiapas, ni Oaxaca, ni siquiera Puebla y Veracruz estaban dispuestos á adherirse al Imperio, pues sin cesar levantaban nuevas tropas, arbitraban recursos nuevos y se mostraban tan patriotas como en los primeros días de la invasión. «¿Cree usted, exclamaba, que yo podría, sin traicionar mis deberes, disponer de su suerte sólo para asegurar la mía? ¿Cree usted que no me pedirían estricta cuenta de mi deslealtad, y que no sabrían sostenerse por sí mismos ó confiar su dirección á otro más constante

y cumplido que el que los abandonara? Así, pues, ni por mí, ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión extranjera, resueltos como estamos á combatir sin tregua, á vencer ó morir en la demanda, por legar á



la generación que nos reemplace la misma República libre y soberana que heredamos de nuestros padres.»

Como Porfirio convocó á asamblea de oficiales para leer la carta de Uraga, figuráronse algunos que aquello se ponía á discusión y abundaron los pareceres más terribles y descomunales: que se matara al mensajero, que no se contestara, que se contestara llenando de injurias al

firmante y á su pandilla. Cuando se dió lectura á la respuesta no fué aprobación ni asentimiento ni conformidad lo que se demostró: fué entusiasmo, delirio, frenesí. Se aplaudió, se celebró, se aclamó, y hubo oficiales que tomaran traslado de toda la carta ó de parte de ella y que lo aprendieran de memoria, citando llenos de ardor los principales pasajes como aquel de «*la lucha puede, es cierto, prolongarse como la que al principio del siglo nos hizo independientes, pero el éxito es seguro... Estamos resueltos á vencer ó á morir en la demanda... La prueba á que usted me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz, si la hubiera, de arrastrarme á renegar de todo mi pasado, y á romper con mis propias manos el honroso pabellón emblema de las libertades é independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede usted creer que ni los más crueles desengaños ni las mayores adversidades llegarán á ocasionarme la menor vacilación...*»

Olivos fué quizás el más entusiasta, y repetía trozos de la carta de *Maître Corbeau* (ó sea del viejo general que pensaba que todos habían de ser como él y que soltarían el queso del pico luego que les dijeran guapos y discretos, ó que tenían buena voz), ó de la carta de Porfirio, que se había extendido y publicado entre la gente con más priesa que si se hubiera estampado de imprenta tirándose diez mil ejemplares.

Pero la cartita había hecho comprender á los fran-

ceses que con aquel general no valían arbitrios como los que rendían á los Uragas y á los O'Horanes, y tenían resuelto emprender el sitio contando con los inmensos recursos que habían sacado de México.

Supo el de Olivos del glorioso combate del 18 de Diciembre, en que los de Félix Díaz y la legión del Norte machetearon á la caballería francesa, dejando muerto al conde de Loire y no deteniéndose en la persecución sino al encontrar al grueso de las tropas francesas; y como la sangre moza le hacía cosquillas en el cuerpo impulsándole á los peligros, á las hazañas grandes y á los hechos altos y que podían traer consecuencias inmediatas, pidió la venia del jefe para salir en compañía de los de á caballo y batir á los franceses, que se iban acercando á más andar.

Porfirio escuchó la propuesta de su ayudante ofreciéndole utilizar sus servicios.

A los tres días se acercó á los muros Courtois d'Hurbal en persona; iba acompañado de una fuerte columna de zuavos, cazadores de Africa y húsares de la guardia y de una batería de artillería. Reconoció una parte del perímetro, examinó la calidad de las fortificaciones y el espíritu de las tropas, y se retiró como había venido, casi sin disparar un tiro.

La víspera del año nuevo, el general llamó al capitán. Pancho le encontró en compañía del coronel Treviño, y

luego de las ceremonias de ordenanza, Díaz le preguntó:

—Capitán, ¿usted sería capaz de reconocer al mariscal Bazaine?

—¿Cómo no, mi general? Le vi tantas veces en Puebla, que se lo podría retratar si me lo mandara, y le distinguiría entre mil gentes que se le parecieran.

—Usted acompañará al señor coronel Treviño y le servirá en lo que le indique.

La mañana aquella, fría y desapacible, á Pancho le pareció de perlas, pues ya se imaginaba, supuesta la pregunta de Porfirio, que conseguiría traer atado codo con codo al mismísimo mariscal Bazaine. Le confirmaba en esa idea el haber oído decir:

—Ustedes son mil; con él vienen trescientos jinetes y quinientos zuavos: llevan, pues, alguna ventaja. Hay que intentarlo...

En la noche, cuando las caballerías se habían detenido para descansar un punto, soldados y oficiales recibieron orden de ensillar á toda prisa, pues había que ejecutar un movimiento. Caminaron toda la noche, y al amanecer del día siguiente, después de aflojar las cinchas y tomar un refrigerio, continuaron su camino por sierras y barrancas intrincadísimas. Al tercer día Pancho empezó á maliciar que sucediera algo distinto de lo acordado, y se atrevió á interrogar á un charro brioso y cantador que solía caminar á su vera.

— ¡Qué franceses ni qué franceses! No le quepa duda; á Oaxaca no volvemos ni después de este destierro.

— ¿Pero qué dice usted?

— Que nosotros nos vamos de jilo pa la frontera y que allá aguardamos á los gabachos.

— ¿Y dónde estamos ahora?

— ¿Ve usted esa fuella como coloradita que corre á la falda de aquel cerro? Allí mero es la serranía de Tetela, en el Estado de Puebla. Al medio día empezaremos á pasarla y cuando salgamos sabrá adónde nos deregimos...





.. dolor de costado y desparramamiento de las bilis...



CAPITULO IV

El Santo Oficio marcial

Fué tal el berrinche que acometió á Pancho Olivos al saber que tenía que alejarse de Oaxaca y del lado de su jefe, que cayó en cama presa de fiebre súbita: *dolor de costado y desparramamiento de las biles,* diagnosticó el curandero que le examinó en un lugarejo de la sierra en que sus amigos se vieron obligados á dejarle. Dinero, armas, caballo y recomendaciones, nada le faltó al cuitado mientras duró recluído en aquel jacal de paja, en que de día no se escuchaba más que el ruido de la lluvia invernal y de noche los ronquidos de los habitantes de la choza, muertos de cansancio tras el duro trabajo de la jornada.

Pancho no consentía nada en el estómago; estaba más amarillo que un pan de cera, y se iba consumiendo al grado de no quedarle en el cuerpo una libra de carne.

¿Fué la serie inacabable de hierbajos de nombres indios, el transcurso del tiempo ó la fuerza de la juventud lo que en dos ó tres semanas puso en pie á Pancho Olivos? Piadosamente juzgando, debe suponerse que todo contribuyó á obtener aquel resultado; pero es el caso que á los quince días Pancho ya obtenía del ordinario que llevaba la correspondencia á los lugares inmediatos que le condujera á Puebla montado en un borriquín de mala muerte y so color de ser un comerciante que iba á comprar cháchara que vender en las ferias de los alrededores.

Pancho volvió, pues, á la angélica á mediados de Enero. Los dos años transcurridos, las enfermedades, las penas y ese aspecto reflexivo que suele dar la vida á los que la cursan antes del tiempo debido, habían impreso en el capitán una seriedad que le hacía aparecer de más edad que la verdadera. Además, un prematuro bigote y el cambio de la voz acentuaban la transformación del soldadillo que había llegado dispuesto á ejecutar tantas proezas en el recinto de Puebla la arrogante.

Sus primeros pasos (no hay para qué decirlo) fueron para sus amigos de Misieses, que seguían tan pobres y tan buenos como les había dejado Olivos.

— Pues no hay que decir palabra, dijo gravemente el francés luego que oyó referir la triste odisea del ayudante de Porfirio; tú eres un sujeto metido á buen vivir y nada

más. No hay para qué le pagues nada al pregonero porque anuncie tu llegada; puede la sociedad angelopolitana pasarse sin la presencia de persona tan conspicua; pero por si te descubren, asegura que estás indultado ó que piensas indultarte, pues de otra manera te granjeará muchos dolores de cabeza.

Pancho siguió al pie de la letra el consejo del francés: visitó á las Vacas, buscó á Sedeño en la catedral, conversó con Cordovita, se despepitó grandemente charlando con Gervasia, Eufrasia y Protasia y anduvo de la ceca á la meca resucitando amistades viejas y contrayendo otras nuevas. Pero con quien habló más largo y tendido fué con los Boldi, sus amigos de la víspera, pero gentes destinadas á quitarle todas sus murrias y todos sus malos ratos.

El marido, aquel del rostro amondongado y de los pies de loro en balcón, acababa de ser atacado de un francesismo de que entonces hicieron gala muchas gentes. Era algo semejante á aquel don Fadrique que pintó la musa retozona de Prieto, que en cualquier coyuntura exclamaba:

Ya vino el güerito,
Me alegro infinito.
Mi casa dichosa
Visita un francés.

La mujer se opacaba completamente al lado de su glorioso marido, pues no era alta ni baja, rubia ni pelinegra, chica ni grande. Era no más mujer.

Pancho Olivos, muchacho maleante y de buena sombra, había inventado y puesto en circulación muchísimos chistes acerca de sus nuevos amigos. El hombre había pasado el charco y visitado el imperio de Napoleón III, y sus juicios, sus opiniones y sus teorías eran el objeto constante del regocijo y de la chunga del oficial.

— Tarís, Tarís, cosa grande, repetía embobado el vejete como si fuera el estribillo de una canción.

— Pero ¿qué vió usted por allá? preguntaba el capitán.

— Vi á Natoleón, vi al tríncipe interial y vi á la Enteratriz, vivitos, vivitos, como le miro á usted.

— Haya cosa. ¿Y qué más vió usted?

— En Roma vi las catatumbas.

— Las catacumbas dirá usted.

— Catatumbas, hombre; he visto las tumbas.

— ¿Y vió usted á Nápoles?

— ¡Y el Vesubio!... ¡Cosa rica! exclamaba cloqueando, forma especial de la risa en él. ¡Oiga usted, continuaba, no sabía yo que Nátoles fuera tuerto de mar, tero debí habérmelo figurado tor su etimología!

— ¿Pues qué dice la etimología?

— Está claro: Nátoles, de nave.

— ¡Hola, hola! ¿con que todos los puertos llevan el nombre de nave en la etimología?

— De nave ó de cosa que indica asunto de mar.

— ¿Barcelona?

— Viene de barca.

— ¿Y Marsella?

— De mar.

— ¿Y Veracruz?



— Ese es nombre indio y naturalmente no se sujeta á las reglas.

— ¿Y de francés cómo andaba, señor Boldi?

— Bien, muy bien. Entendía todo. Sólo algunas cosas se me atoraban un toquillo, como lo de llamar á las legumbres *leguium,* ó no sé cómo, cuando tiene la talabra ta-

maño acento: está claro; *légumes* y muy *légumes*. En cambio, desde el camino comprendí lo que significaban los letreros del vapor: *Tour descente de premiere classe; tara los decentes de primera clase,* y como yo, aunque decente era de los de segunda, no me atreví bajar tor una escalera que no me correstondía.

Reía Pancho á más y mejor, mientras la buena señora se limitaba á admirar á aquel prodigio que le había tocado en suerte.

Pero sus paliques eran ante todo con las chicas de Campardon, que estaban cada día más guapas y lindas. Nicole se convertía á más andar en una giganta blanca y rubia, que era el encanto y la desesperación de muchos oficiales franceses; Violette se poetizaba, se espigaba, se espiritaba más todos los días, como si estuviera fabricada con rayos de luna y trozos de alma en vías de solidificación.

Allí eran las bromas, los honestos favores, los cuentecitos y las risas de los muchachos, que no parecía sino que se habían caído del nido; tan inocente y sin malicia era su amistad.

— A Panchito sí le estimo, decía la tremenda Nicole besando al oficialillo á qué quieres boca, porque es bueno, serio y formal, no como esos indecentes franceses que tratan de pasar á mayores sin que nadie les autorice... A éste sí le quiero.

Se daban títulos de hermanos y no sé cuáles otros muy sentimentales y superfirolíticos, y se habían comprometido, Pancho, á revelar á las niñas quién le impresionaba de veras, y las Campardonas á contarle quién las había flechado y por qué, para que pudieran darse mutuamente consejos sanos y nobles advertencias que les sirvieran para evitar el fracaso. La casa del francés seguía llena de soldados de la guarnición, ora austriacos, ora franceses, ya mexicanos, ya turcos, de este ó de aquel regimiento, de esta ó de aquella provincia, discutiendo sobre las excelencias, primores y grandezas de su respectiva tierra, grupo ó institución y conformes sólo en su deseo de proclamar la gracia, la belleza y el chiste de las muchachas.

Pero si todos pasaban por aquella casa como las figuras de un gran espectáculo, no sucedía lo mismo con un francés que por bueno y simpático era la alegría y el encanto de los bonísimos Campardones, el viejo zuavo Récal, que en unión de Olivos era el consultor y el confidente en cuantas dificultades, lances y aventuras se ofrecían.

—Chicas, decía el doctor y maestro, abran bien el ojo y no se dejen embaucar, que detrás de cada uno de estos barbilindos hay un canalla más grande que el monte Pilatos. ¡Si conoceré yo á mi gente y si sabré quiénes son mis compañeros! Ese del chirlo en el rostro, que admira

á todos por la habilidad con que habla el español, sabe tan bien el idioma de la tierra porque lo aprendió al lado de la bella Juanita, la hija del posadero del Fortín, muchacha á quien se robó con promesa formal de matrimonio para abandonarla con ganancia á los nueve meses... Ese del quepis ladeado que te jura, Nicole, eterno é indestructible amor, trae consigo por sendas y vericuetos á una pobre muchacha jalapeña, á quien hizo creer en que podía casarse con ella... Y el teniente de cazadores, y el suboficial de artillería, y el empleado de la intendencia, y el músico mayor y todos tienen sus quebraderos de cabeza y no las quieren de amor. Mucho ojo, pues.

Con esas y otras cosas las chicas vivían como liebres asustadas, y apenas se les acercaba un galán y ya estaban pensando en todas las víctimas que habría hecho y en cuidarse de aumentar ellas el catálogo.

Pero no sólo de cosas amorosas, sino también de cosas de guerra se trataba en las campardonescas tertulias. Allí iba sabiendo el de Olivos las fases todas del sitio de Oaxaca, á contar de la inútil tentativa de apoderarse de la persona del mariscal Bazaine: las diarias escaramuzas, la traición introduciéndose como víbora flexible y ponzoñosa en el centro mismo de las fuerzas liberales, la diaria deserción de soldados y jefes, el hambre y la falta de tropas.

Un día llegaron los franceses hechos unas aleluyas.

—Cayó Oaxaca, la segunda Puebla. Ahora sí, ya no tendrán los mexicanos pretexto para encerrarse en plazas fuertes. Díaz en persona fué á la tienda del Mariscal á constituirse prisionero entregándole también la población. El primer momento fué curioso: Bazaine reprochó á Díaz la violación del compromiso de no tomar las armas, que había firmado en Puebla. Dicen que á aquella hora parecía formidable Bazaine: erizadas las cejas, furiosos los ojuelos parduscos, tonante la voz, el bigote levantándose á compás de las frases de ira ó de odio, como si cada uno de los pelos correspondiera á la expresión de algún sentimiento, afeó á Díaz que después de capitular en Puebla se hubiera fugado haciendo la resistencia que veíamos y que costaba al Tesoro francés como diez ó doce millones de francos. Parece que el defensor de Oaxaca siguió en sus trece, que el Mariscal continuó en sus catorce, y que cuando la disputa estaba más empeñada, Boyer, Napoleón Boyer, secretario de Bazaine, gerente de la tienda que en México se llama *Los precios de Francia* y que allá apellidan *Los precios de Bazaine,* y confidente de todos los chanchullos y las picardías del Mariscal, le presentó el registro de los prisioneros en que constaba, no sólo que Díaz no había pactado ningún compromiso, sino que había puesto de su mano que seguiría haciéndonos la guerra sin descanso.

—¡Qué ceguera! dijo un zuavo vaciando la pipa y so-

plando cuidadosamente para que el tubo no quedara impregnado de nicotina.

Olivos tuvo todas las penas del mundo para refrenarse y preguntar con calma:

—Y ahora, ¿qué fin les espera á los prisioneros?

—Los prisioneros, respondió, vienen á Puebla con todas las consideraciones del mundo; pero sin poderse comunicar con nadie. Les trae el señor vizconde de Kélan, ayudante que ha sido de Su Majestad Napoleón Badinguet, que Dios confunda. Me escribe un compañero que el de Kélan pide permiso á Díaz para continuar la marcha, le pregunta si desea hacer alto en algún lugar, le proporciona toda clase de comodidades; pero nada más... No tardarán en presentarse aquí, y por cierto que no les faltará compañía.

En efecto, á mediados de Febrero llegaron los presos de Oaxaca, y el primer cuidado de Olivos fué visitar á su jefe y darle cuenta de su salida involuntaria, de su estancia en la ciudad y de su deseo de ayudarle en lo que tramara.

—En nada pienso por ahora; en nada pienso que no sea descansar un poco para ver lo que el tiempo encoge. Usted venga á verme seguido y mire cómo se las arregla viviendo de sus recursos.

En la tertulia supo el de Olivos que Díaz se había rehusado de nuevo á firmar el compromiso que le exigían

los franceses; pero lo que más había indignado á los mandones de la plaza era que Castellanos Sánchez, aquel licenciado bilioso y bulle bulle, no sólo se negara á términos de avenimiento, sino que insultara duramente á los franceses.

—Por ahora está incomunicado y sujeto á pan y agua; más tarde pudiera ser muy bien que le tronaran; es caso previsto en la ordenanza, declaró doctamente Récal.

Pero no todos habían tenido la entereza de Castellanos; algunos, y por cierto de los más calificados, habían pedido excusas y puesto su firma en los papeles tal y como los franceses les ordenaron.

—Gente cuerda, gente sensata, decía Campardon acariciándose simultáneamente la tripa y los pelos de la barba rojiza.

Pancho, á quien se dirigían aquellas cosas, callaba sin atreverse á gritar lo que le hervía en el pecho, pues abrigaba la seguridad de prestarle á su jefe los auxilios que podía haber menester, rescatando así su culpa involuntaria del abandono de Oaxaca. Y como para probarle Campardon le ponía frecuentemente estas banderillas de fuego, Olivos llegó á hacerse invulnerable y á soportar estoicamente los peores dicharachos y las más groseras imposturas.

—Tu Díaz, le contaba el turbantudo músico mayor



Etienne, es un infame que mata á las mujeres en cinta y que hace que los soldados paseen en las bayonetas á los niños no nacidos.



— Tu jefe, inventaba otro, va á firmar la semana entrante su compromiso de adhesión á nuestra causa.

Una vez que Récal llegó á eso del mediodía á la casa de Campardon, dijo á Pancho:

— Vaya hombre, mañana te pondrás satisfecho de conversación: estoy de guardia y puedes hablar larga-

mente con tu jefe y llevarle lo que quieras. Pero cuidado con tratar de fugas ni de tonterías: los señores austriacos no se descuidan y son capaces de fusilar al que haga ó intente lo más insignificante... ¡Y qué humor gastan tus paisanos, hombre! Yo no he visto gente más desunida que estos malditos *zarragozas:* á un tal Benítez y á otro que le dicen Ballesteros me les acomodaron en la celda de tu jefe; pues, ¿qué piensas? á los dos días ya se habían agarrado á los mojicones y fué menester cambiarles de celda. Con razón nada hacen ni nada consiguen... ¡Maldita gente!

Y salió balanceándose en sus pies calzados con grandes y claveteados zapatones, sacudiendo su pipa y cantando el viejo estribillo que recordaba la inmensa extensión del desierto arenoso y los aullidos de los chacales hambrientos:

Les zouaves ne sont que des chacals...

A buena hora estuvo Pancho en la prisión de Porfirio, y en un pan de dos libras que le llevó como regalo, introdujo con mucho disimulo un cincel y un formón que destinaba á lo que el caudillo quisiera intentar.

Pancho no comió ni durmió rondando el convento de Santa Catarina, que era el encierro del general. A media noche el viejo zuavo se fingió el encontradizo con su

amigazo el capitán, y de golpe y sin preparación le dijo:

—¿Sabes? Hoy mandan á Porfirio á la Compañía. Se descubrió que el angelito trataba de fugarse, y que debajo de su cama tenía hecha una horadación que iría á parar no sé á dónde... ¿Qué te parece?... ¡Ah! y lo de la riña con sus amigos no fué más que trampa para engañar y conseguir que le dejaran solo... Sabe mucho este tío... todo se ha descubierto, y entre los chismes que le cogieron están limas, cinceles y no sé qué más, que de seguro le llevaban los visitantes... Yo de todo di cuenta, y me parece que no tardará en llegarme el ascenso que tan bien me he ganado...

Miró burlescamente al atónito capitán, y con la cachimba entre los dientes se alejó cantando el eterno:

Les zouaves ne sont...

—¡Maldito viejo! gimió el infeliz: me has engañado, te has quedado conmigo. ¿Desde cuándo vendrías ideando este golpe? Y quiera Dios que no me hayas metido en tu delación...

Esa misma noche, á la hora de recogerse, Campardon cogió aparte al de Olivos y le dió un solo que valía cualquier cosa. ¿Qué significaban aquellas tonterías? ¿Cómo se conciliaban aquellas imprudencias con su compromiso



... Campardon cogió aparte al de Olivos y le dió un solo ...

de ser más discreto que una zurcidora de voluntades? ¡Al demonio con el muchacho si seguía con aquellas inocencias! Gracias á Dios que tropezaste con Récal, que te quiere, que tiene el alma en su almario y que no trata más que de hacer honradamente su carrera; si te topas con alguno de esos franchutes de mal alma, que por lograr un ascenso son capaces de denunciar á la madre que los echó al mundo, á la hora de ésta ya te hallarías en el pudridero... Eres un tonto y mereces que te pase algo que te escarmiente. Conspirador de tres al cuarto, conspirador inocente, conspirador á quien se le pasea el alma por el cuerpo, ¿no comprendes que yo tengo más interés que tú mismo por salvar á Porfirio? Pero hay que aguardar una coyuntura favorable, trabajar con visos de que se logre lo que se busca, ser cautos y listos, no atolondrados y loquinarios... Ten el ojo alerta y dime lo que suceda; pero no vayas á comprometerte á lo tonto ni te vayas de bruces sin cálculo...



No tardó el muchacho en olvidar la fraterna de su protector: por esos días se presentó en la casa el bello Murat con más presunción y más facha que solía: acababa de recibir el despacho de teniente y se contaba que no pasarían dos meses sin que le llegara el de capitán,

pues había hecho no sé qué proeza en Tlálpam, casi á la vista del Emperador, destrozando con cincuenta ó sesenta hombres á no sé cuántos cientos que eran el azote de la capital. Por de pronto, Su Majestad le había dado la cruz de Guadalupe, convidándole á comer en Chapultepec.

El engreído oficialete contaba primores de su estancia en los reales palacios, y hasta quería se entendiera que la Emperatriz estaba prendadísima de su persona, pues le había pedido su retrato y había puesto en su álbum el cartón que había enviado el gallardísimo teniente.

Y luego, oirle hablar de México y de sus costumbres, de las sorpresas que había dado á los disidentes, de su valor, de su gancho para coger corazones, de sus éxitos con las bellas mexicanas de tez apiñonada, de su chiste para montar á caballo, de su entendimiento superior para mandar tropas, de lo que esperaba, de lo que temía, de lo que recibiría andando el tiempo, de cómo á sus veinticuatro años iba delante de sus compañeros de promoción, de esto, del otro, de todo, era para marear y aturdir á cualquiera.

Empezó por tratar á Olivos con más desdén y más compasión que los que de ordinario usaban los franceses para los mexicanos.

— Ya dejaste á los disidentes: bien hecho; eso sólo te podía traer como resultado el que te condujeran á la corte marcial ó al destierro. Las cosas caen del lado que

se inclinan, y por ahora no cabe duda que Francia será dueña de México. ¿Qué más quisieran ustedes que salir de esta anarquía en que viven y ser gobernados por un pueblo grande y noble, por el primer pueblo del mundo?

—Sí, sí, ¡que viva Francia! gritaba Boldi y que tosea tor sientre á nuestra tatria.

Y se alejaba empinando un hombro, bajando otro, agachando la cabeza y echando los dos pies hacia fuera.

No cesaban las visitas y la familiaridad de Pancho con las Campardon; pero las asiduidades de Chastel empezaron á ser cada día más claras y comprensibles respecto de Violette. Tenía ya tanta mano en los negocios de la casa, que no pasaba día sin que dijera á Campardon:

—¿Pero qué hace aquí este danzante? Despáchele usted pronto; ya carga con su entrar y salir. Va á acabar por quitarles el crédito á las niñas.

—¿Qué quiere usted? exclamaba el francés contando los pelos de su barba napoleónica y torciendo los ojos para mirársela. Es amigo y yo siento lástima de tratar mal á los amigos, más si los amigos no dan motivo para que se les mire como enemigos.

—Pero es ayudante de Porfirio Díaz.

— Antiguo ayudante.

—¿Y si ahora cabalmente ayudase para que se fugara?

—¡Qué cosas tiene usted! ¡Fugarse Porfirio! Primero se fugan las momias de los obispos que están en el panteón de la Catedral.



Salía el teniente malhumorado y sombrío, y nunca dejaba de atajarle el paso el buen Boldi, que estaba convertido en un cancerbero francés.

—A mí no me la tegan, afirmaba echándosela de listo; este Tancho tiene ardilla en la cerca. Quiere ver cómo escata á Torfirio.

La situación del general no era ya tan tremenda y apretada como lo había sido días antes.

Se había hecho cargo de la prisión un excelente oficial austriaco llamado el barón Juan de Csismadía, y con una nobleza y una bondad que cautivaron al preso, empezó á hacerle toda suerte de concesiones. Primero le permitió

salir á la calle para tomar baños en los de la Limpia, á condición de que se dejara acompañar de un soldado que le siguiera á distancia. Como Porfirio se quejara encontrando vejatorio aquel espionaje, Csismadía fué quien en lo de adelante le acompañó en persona, sin tomar más precaución que ordenar que estuvieran desocupados los cuartos contiguos al que usaba el general. Allí veía Pancho á Porfirio cuando entraba y le oía cuando estaba adentro. También solía estar un caballero español llamado don José de Teresa, que se desvivía por ayudar á Porfirio sin encontrar para ello una coyuntura favorable.

Las bondades de Csismadía llegaron hasta proponerle al jefe llevarle á los toros y andar por todas partes sin más compañía que la suya.

—¿Acaso se avergüenza usted de que le vean en compañía de un caballero oficial? preguntó á Porfirio el joven austriaco. Yo no desconfío de usted; me basta con que sepa que si llega á abusar de mis concesiones y se escapa, yo perderé no sólo mi grado de capitán en el ejército austriaco, sino también mi título de barón, pues no me atrevería á ver más á mi familia después de haber sido condenado por un consejo de guerra y de haber sido acusado de un delito que indicaría desconocimiento de mis deberes militares... Yo creo en la caballerosidad y en la nobleza de usted como en las mías propias, y como no

tengo vocación de carcelero, confío del todo en la hidalguía de un general mexicano.

—Bien hace usted, contestaba Porfirio en confiar en mí. Yo le protesto que si llego á intentar algo, no será mientras usted sea mi guardián, pues esa confianza me ata las manos mucho más que me las atarían todos los grillos y cadenas del mundo... En cuanto á lo de no salir en su compañía, no es que me considere deshonrado (¡qué locura!) reuniéndome á un caballero tan cumplido como usted; es que no quiero digan las gentes que me he arrimado al imperio, renegando de mis principios.

Un día llamó Campardon á Olivos diciéndole recatadamente:

—Este chiquihuite con ropa tiene dentro una cuerda. Llévaselo á tu general y procura presentarte cuando él esté á punto de entrar al baño á fin de que no registren el bulto. ¿No tienes por allí un puñalito que sirva para hacer juego con el lazo?

—Ya lo creo que le tengo; como que en días pasados compré en una mercería un cuchillo que vale cualquier cosa: no quisieron venderme más que un trinchante con tenedor; pero me deshice del tenedor, mandé afilar el cuchillo y me quedó una alhaja que corta un pelo en el aire.

—Pues ponla juntamente con la soga, te haces el tonto y llevas todo á don Porfirio.

— Ya, ya entendí, nada tiene que decirme; déjemelo á mí y verá qué bien sale todo.

Luego que Pancho hubo entregado aquellas cosas, se detuvo para ver salir del baño á Porfirio, y le observó tan entero, tan seguro, tan sobre sí, que habría podido afirmar ó que había dejado la cuerda dentro del canasto, ó que se había resuelto á no utilizarla. Sólo el general, que había tenido necesidad de enrollarse sobre la piel y por todo el cuerpo aquella enorme reata que parecía una serpiente y que picaba como un silicio, y que después se vió obligado á desenrollarla para meterla dentro de su baúl, supo los tártagos, sustos, dolores é incomodidades que pasó con aquel motivo.

Campardon había alquilado una casita por el rumbo del Carmen, y so pretexto de poner en ella una pensión de caballos, reunió dos ó tres de buena alzada que puso á las órdenes de Francisco para que cuidara del establecimiento y viviera con sus productos.

— Es necesario que te hagas hombre, le decía á cada rato; y para evitarte que vuelvas á meterte con chinacos, te voy á dar ese *punterito*. De ti depende el prosperar y seguir el buen camino.

Pancho seguía en aquel su trabajo rudo y sin brillo, pero alentado con la esperanza de lograr servir á su jefe en tiempo más ó menos distante.

Mas sus esperanzas se deshicieron como la sal en el

agua, pues una tarde que fué á visitar á los presos se encontró con que no se podía ver á ninguno; el bravo Csismadía estaba arrestado y sin poder sobre los reos; se había mandado tapar y clavar las ventanas que daban á la calle y aquellos rigores naturalmente se habían extremado con el jefe de los presos, con Porfirio Díaz, que seguía siendo el coco de los austriacos.



Tres días antes había llegado el señor conde de Thun, general de las fuerzas austriacas, con algunas ilusiones de menos en la rubia cabeza y con algunos desengaños de más en el robusto pecho: había ido á la sierra de Puebla con objeto de batir á los indios levantados en armas, y aquellos salvajes, faltando á las leyes más elementales de la buena crianza, habían cometido la descortesía de derrotar á su excelencia dándole una zacateada que le había dejado medio loco. Aquí se presentaban, acá huían, más allá atacaban y hacían pedazos la retaguardia de la columna, en esotra parte se apoderaban de lo que había de constituir durante dos ó tres días la menestra de la tropa en movimiento, y hasta, ¡horror causa decirlo! se habían tomado la libertad de hacer huir vergonzosamente á los paisanos de Su Majestad sin tener en cuenta sus barbas güeras, sus cascos, sus pantalones de terciopelo ni



EL CONDE.— Espero, señor general, en obvio de dificultades...

el nombre marcial del jefe, que era para poner miedo en las almas mejor templadas: Thun, parecía el detonar de una bomba de á placa en una fortaleza de naipes.

Pero si el señor conde había andado hecho un bausán por aquella serranía abrupta y enriscada, al detenerse en Puebla concibió una idea genial y que se le figuró lo más luminoso y alto que pudiera brotar del ánimo de ningún conde del mundo; y fué que recordando tenía á su disposición á aquellos prisioneros mexicanos, que no huirían, que no le armarían celadas, que no le derrotarían ni le quitarían las subsistencias, podía vengar en ellos los disgustos que le había causado aquel Juan Francisco Lucas, tan refractario á la táctica civilizada como á los cuellos almidonados.

Y como lo pensó lo hizo. Al día siguiente de su arribo mandó llamar á Porfirio, haciéndole conducir á la sala de la corte marcial que se encontraba en el mismo edificio de la Compañía, prisión de los rendidos de Oaxaca. Como se ve, el punto escogido tenía color local y denunciaba á leguas la habilidad escénica del señor de Thun.

El Conde (de mal modo y con aspecto de perdonavidas). —Espero, señor general, en obvio de dificultades y para que usted regularice su manera de vivir con el gobierno del Emperador, que no tendrá reparo en subscribir esta carta, que á fin de evitar moratorias escribí yo de mi puño y letra.

PORFIRIO (haciéndose el sueco y sin dar muestras de entender cosa). — ¿Me permite el señor conde que lea la carta?

EL CONDE. — Léala usted tan despacio como quiera.

PORFIRIO (después de enterarse del papelorio y devolviéndolo á S. E.) — Siento mucho decirle á usted que no firmaré la carta.

EL CONDE. — ¿Y por qué? ¿Se puede saber por qué no firma usted la carta? No le exijo ningún acto indecoroso; simplemente le ruego prevenga á ese indio salvaje de Juan Francisco Lucas, que no fusile á los prisioneros austriacos, pues muy bien puede celebrarse un canje con los que nosotros tenemos guardados aquí y resultar favorecido usted.

PORFIRIO. — No lo dudo, señor conde; pero como no puedo darle órdenes al general Lucas, y si se las diera él no había de obedecerlas, porque procederían de un jefe prisionero y sin mando, me rehuso á firmar la carta.

EL CONDE (sonriendo con sonrisa de raposa). — Sin embargo, general, esa regla debe de admitir excepciones.

PORFIRIO. — No entiendo.

EL CONDE. — Mas yo sí; usted ha firmado en su prisión el despacho de general de don Luis Pérez Figueroa, y si está inhabilitado y carece de jurisdicción, tan nulo será el despacho de Figueroa como la firma de esta carta.

PORFIRIO. — Me ha hecho usted reflexionar; segura-

mente es nulo el despacho; pero no quiero seguir autorizando actos nulos.

El Conde. — Mentira parece que al cabo de nueve meses se halle usted tan entero y tan en sus puntos como ahora le miro. Pero quien tiene la culpa de esta situación es el bueno de Csismadía, que con sus contemplaciones y su benevolencia hizo creer á ustedes en no sé cuántos embelecos y puso en un brete la seguridad del imperio. Pero ya se ha llevado su merecido.

Porfirio. — Siento mucho que usted todavía no conozca la gente con quien trata. Las condescendencias del barón de Csismadía eran más fuertes para hombres de honor y nos ligaban más que todas las cerraduras que usted pueda mandar poner en la prisión.

El Conde. — Quizás no.

Porfirio. — Seguramente que sí.

El Conde. — ¿Me reta usted? Pues yo le reto á mi vez para que se escape, y le doy el plazo que desee para que lo consiga... ¿No me responde? Vaya á la prisión y no trate de salir de ella hasta que esté resuelto á poner la firma que le pido como seguridad de su conducta correcta en la cárcel.

* * *

Seguían las tertulias en casa de Campardon; pero, ¡cosa rara! aquel tieso y almibarado teniente Chastel, que

al parecer no había de inclinarse nunca ante los caprichos de mujer ninguna, empezó á mostrarse rendido ante las gracias de la dulce y tenue Violette.

Casi no pasaba tarde sin que se presentara con el cucurucho de caramelos ó con el ramillete de flores ó con la poesía, ¡ay! rimada en pareados franceses al estilo lamartiniano. Y como era tan orgulloso y tan pagado de su personita, se figuraba que cualquier demostración de éstas bastaba y sobraba para que la chica cayera á sus pies pidiéndole su amor; y como los días pasaran y Violette no se diera á partido y de nada sirvieran versos, ni dulces, ni flores, dió y tomó el bendito Chastel en que había un cuerpo extraño que impedía la comunicación entre él y la amada.

— No le queta duda, exclamaba Boldi tratando de que *pusiera su descuido en reparo;* no le queta duda: es ese maldito catitán quien se lleva á la Cantardoncita.

— ¡Ah, mujeres imbéciles! pensaba el teniente; ¿será posible que ésta no se muera por mí? Yo guapo, yo joven, yo con el número ocho en mi curso de la Escuela militar, yo teniente á los veinticinco años, me encuentro con un corazón suficientemente pedernalino, con una inteligencia lo bastante estrecha y con una voluntad tan torpe y tan ruin, que no se prendan de mí, ni comprenden el honor que hago, ni reconocen que es poco el consagrarme la vida á cambio de una de mis atenciones.

Así discurría Chastel, pero no llegaba á pensar en que el capitán mexicano, convertido por entonces en un chalán de lo más insignificante, pudiera poner los ojos en donde los había puesto el guapo servidor de Su Majestad francesa.

—Debe de ser algún francés de los que mira todos los días quien le ha sorbido el seso. Quizás sea Carlier, quizás Étienne, quizás el mismo viejo Récal; pero un mexicano, un salvaje, un enemigo, eso nunca. Habría que suponer que se juntaban el cielo y la tierra.

Mas para su pasmo y su disgusto, pronto pudo darse cuenta de la evidencia y calcular lo mal que andaba el criterio de la chiquilla. Entraba un día cantando la canción de la reina Hortensia, haciendo gran ruido con las botas y las espuelas y empujando las puertas que se encontraba en el camino, cuando vió... (se horrorizaba de pensarlo) á Olivos, al capitanejo, al administrador de una caballeriza, arrodillado cerca de Violette y besándole las manos, y á ella, roja de vergüenza y desmoreciéndose de risa, pero gustosísima de oir aquellas cosas tan tiernas y tan bien declaradas. Chastel salió como había entrado no sin arrojar al suelo, pisoteándolas con rabia, las violetas que llevaba en la mano y que iba á poner en las de la chica liviana y voluble que acababa de sorprender en tan triste paso.

—¡Jesús, qué enojado va! exclamó Violette riendo á carcajadas.

—Que se fastidie, dijo Pancho, siguiendo en sus besuqueos y sin pensar siquiera en volver el rostro.

—¡Pobrecillo!

—Yo se lo agradezco, porque debido á él he sabido que me querías.

—Con toda mi alma.

—Dímelo otra vez.

—¡Con to...da mi al...ma!

—Y pensar que yo me figuraba que te morías por ese mamarracho...

—Debía castigarte por eso.

—Pues castígame.

—Bastante castigado quedas con los ahogos que has pasado... ¿Conque pensabas en matar al franchute? ¿con que tenías ideado destriparle, comértele vivo y hacer con él cincuenta mil justicias? ¡Pues estaba yo fresca con dejarte á ti, á ti que desde que te miré por vez primera me diste en el centro del corazón!... Yo sí sabía que te amaba de amor; yo sí sabía que sólo contigo podía ser feliz; yo no necesité del reactivo de los celos para que se revelara lo que te quería...

—Repite, repite eso...

—Sí, desde que te conocí te quise. Te parecía muy niña, pero mi corazón no era niño: te amaba con todas

sus fuerzas y ya era tuyo. Ahora llevo cerca de tres años de mirarte, y te puedo decir que á nadie quiero, que á nadie querré como te quiero á ti.

—¡Mi Violette!

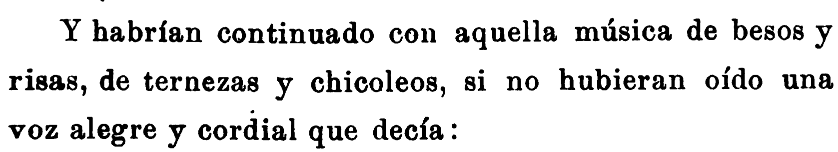


—Qué, ¿no recuerdas, cuando venías á traernos aquellas bazofias que repartían en la plaza? Qué, ¿no veías que te guardaba la mejor leche de nuestra vaca? Qué, ¿no sabías de las peleas que por ti tenía con mi hermana?

—Sí, sí, lo recuerdo todo, todo. ¡Bendita seas!



—¡Bendito seas tú!



Y habrían continuado con aquella música de besos y risas, de ternezas y chicoleos, si no hubieran oído una voz alegre y cordial que decía:

—Pase, pase, mi querido Récal, y beberá un licorcito que no conoce.

Entraron el buen Campardon y su amigo el zuavo, y en contar bolas inverosímiles, en hacer recuerdos de la noble Turena y en decir las excelencias ó los defectos de los jefes que mandaban en Puebla, se pasó la tarde hasta que, dadas las seis, Pancho se despidió, aunque no con el abandono que antaño, ni con la zozobra de los días pasados, sino contento, tranquilo y seguro, porque ya sabía que era otro hombre: que empezaba á ser hombre, porque sufría, gozaba y esperaba.

A la puerta de la casa, Pancho se despidió de Récal y continuó el camino para la suya, donde aguardaba importantes comunicaciones de su jefe; pero quien le aguardaba á él era una patrulla de polizontes mexicanos mandada por un jefe austriaco.

— Caballero de lós Olivos, Francisco.

— Yo soy.

— Sícame usted.

Y caminó hacia el convento de la Compañía, donde le encerraron en un calabozo obscuro y solitario, en el que pasó la noche entregado á las reflexiones y á escuchar los ruidos que venían del exterior.

Dos días permaneció rigurosamente incomunicado el muchacho, y el tercero, que fué un lunes y un doce de Septiembre, le sacaron para llevarle á una estancia en que no había más adorno que una plataforma de madera, ocho sillas y un retrato del emperador Maximiliano, amén de

ocho militares uniformados que parecían las alegorías del mal humor y de la crueldad.

— Que espere el preso, dijo un vejete de grandes bigotes á lo Saboya; que espere el preso...

Y en la puerta detuvieron á Pancho, que penetró al cuartucho, luego que pasaron dos oficiales que marchaban con aspecto de enterradores.

— Se acusa á usted, dijo el presidente bigotudo, de estar en comunicación con los disidentes. El día primero de este mes, á las nueve de la noche, el capellán de la Compañía sintió que golpeaban fuertemente la pared del cuarto en que duerme. Puso cuidado, y notó á poco que los golpes redoblaban, concentrándose en un rincón de la pieza. Dió aviso al cuerpo de guardia situado en el cuartel y prisión vecinos, se colocaron en observación dos soldados en el punto en que se oían los golpes, otros se fijaron en lo que acontecía dentro, y no tardaron en descubrir á tres prisioneros que habían hecho una horadación por la que trataban de escaparse; pero que en vez de salir á la calle, equivocadamente cayeron á la casa del capellán. Se asegura que usted, antiguo ayudante de Porfirio Díaz, trataba de hacer que su jefe se evadiera, y que suministró á los reos las armas, herramientas y dinero de que se incautó la justicia. ¿Qué dice usted de ese cargo?

— Que es mentira.

— En su casa se han encontrado tres escalas de cuerda,



un cuchillo, doscientos pesos, una baraja, un ejemplar del último discurso de Quinet...

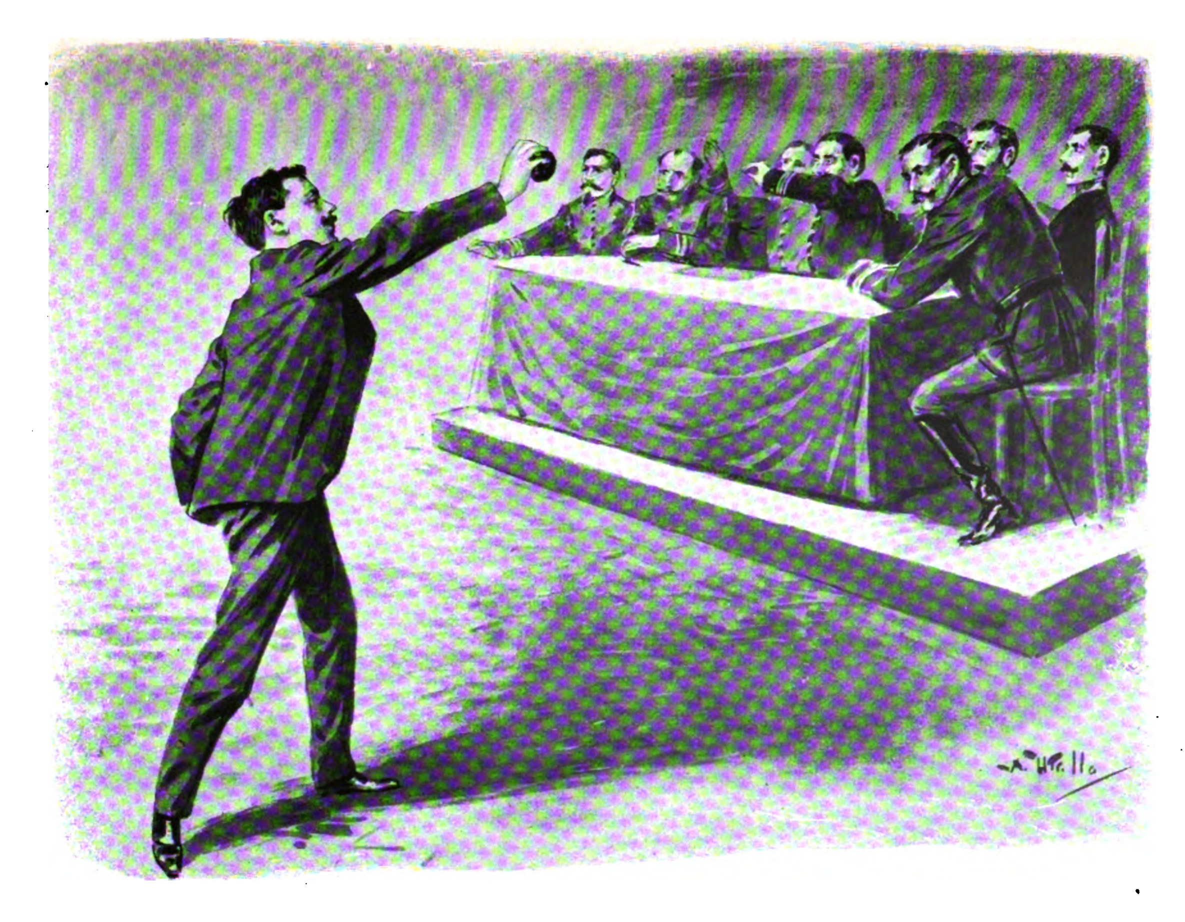
Sintió Pancho deseo de reir ante aquella enumeración, y dijo con sorna al bigotudo:

— ¿Y esas cosas prueban, señor presidente, mi complicidad con alguien?

— Usted es conocido como hombre sin empleo; su padre de usted anda con los revoltosos de Michoacán; su hermano desembarcó en Matamoros ó Guaymas y asuela el occidente del país en compañía de los bribones que siguen á Corona; usted mismo se fugó de Puebla en unión de Porfirio Díaz; disgustado con él, se vino á vivir aquí; pero cuando su jefe fué traído prisionero usted le visitó y hay presunciones de que le haya auxiliado en un intento de fuga que emprendió del convento de Santa Catarina... ¿Qué dice usted á esto?

— Que le agradezco á usted las noticias que me da de mi familia, y que casi todo lo que usted dice es cierto, pues en efecto, estuve en Puebla y en Oaxaca y también he visitado á mi general Díaz.

— Escriba usted, dijo el presidente á un oficial de anteojos más gruesos que la suela de un zapato yanqui; escriba usted, que el acusado conviene en todos los capítulos de acusación, y que confiesa su connivencia con Díaz y con los presos (ahora difuntos) que intentaron escaparse por la casa del capellán de la iglesia de la Compañía.



Y cogiendo un enorme tintero de cristal, lo arrojó á la cabeza del señor coronel...

—¡No escriba usted eso, señor capitán! gritó Olivos lleno de cólera. No escriba usted eso, pues ni es cierto que haya auxiliado á los presos que trataron de escaparse, ni es cierto que haya conocido la empresa que ellos intentaron. Si la hubiera conocido, quizás hubiera prestado mi ayuda.

—¡Calle usted, irrespetuoso! Escriba usted lo que le mando, capitán.

—¡Villanos! gritó Pancho; dictan en francés para que nadie les entienda, pero conmigo esa no vale. Si quieren condenarme á muerte, díganlo con franqueza y no inventen este miserable armazón judicial que no pasa de ser una tapadera inmunda que encubre su deseo de sangre!...

—¡Calle usted! gritó el presidente.

—¡Calle el miserable! gritaron á una los miembros de la corte marcial, poniéndose en pie.

—¡Miserable yo! ¡Pero si los miserables son ustedes, bellacos infames, que vienen á un país libre á causar la muerte de los patriotas!...

—¡Voy á hacerte amordazar, ladrón, miserable!

—¡Y yo á romperte el alma, perro cobarde!

Y cogiendo un enorme tintero de cristal, lo arrojó á la cabeza del señor coronel presidente de la corte, que recibió el golpe de lleno y cayó tambaleándose tiznado de tinta y manchado de sangre.

El mismo día, en la bartolina en que permanecía el

infeliz muchacho, atado de manos, con una bayoneta atravesada en la boca y otras dos lastimándole las espaldas y las corvas, le llevaron el fallo de la corte. Oyó impasible desde lo de «En nombre del Emperador... La Corte Marcial de la ciudad de Puebla»... hasta la resolución en que, con apoyo de los artículos 710, 1188, 2084, 3508, 6111 y fracciones I, II y IV del 6017, se condenaba á Caballero de los Olivos, Francisco, á ser fusilado en el lugar de costumbre, por los delitos de sedición, heridas, faltas á un consejo de guerra y no sé qué otras cosas así de terribles.

Pancho, á pesar de la sedación y el aplanamiento que sufría, tuvo fuerzas para reirse larga y sonoramente y para lanzar un escupitajo al notificador (un repugnante covachuelista mexicano), que hizo constar por diligencia aquel nuevo desacato al tribunal.



De un momento á otro aguardaba el desventurado capitancillo que se le llevara al lugar del suplicio; mas entretanto, ¿qué reflexiones hacía? Aquello era sin duda obra del desdeñado Chastel; pero ¡qué habilidad había gastado él para regalarle el gusto á su rival y para perderse! Y la fuga de su jefe, la gran empresa que venía pensando y elaborando y discutiendo desde tanto tiempo

hacía, quedaba pospuesta indefinidamente, quizás frustrada sin remedio. Si no se hubiera dejado llevar de aquel pronto, si hubiera seguido sosteniendo el papel que había hecho por meses enteros, otra sería su suerte.

Mas ¡quién sabe! si de todas maneras se le había de fusilar, preferible era que se le fusilara por haber hecho algo de lo que debía, no por haberse amilanado como una gallina. Dios diría.

Luego, ¡qué dolor perder la vida cuando se llevaba otra consigo, cuando le amaban, cuando amaba, cuando quizás su rival se aprovecharía de su muerte, se saldría con la suya por no haber sabido él cuidarse un poco! Y este pensamiento fué tan doloroso para el preso, que sintió que le apretaban más las ligaduras y que se hincaban más cruelmente en su carne las aristas de las bayonetas.

Consiguió dormir un poco; mas el sueño estaba lleno de visiones dolorosas, de espantables teorías de decapitados, de heridos y de difuntos. Recordaba los muertos de Santa Inés, los zuavos tendidos entre charcas de sangre, los cadáveres desnudos de una vieja y de un corneta, y un caballo que se pisaba las tripas y movido por el dolor se ponía en dos pies... tornándose coronel austriaco, de anteojos y uniforme con entorchados.

No sé dónde habría parado la invención del preso, cuando despertó aterrado y sudoroso, sintiendo que abrían



la puerta. Un francés, un zuavo, el viejo Récal, quitaba las bayonetas y rompía con un cuchillo las ligaduras que hendían la carne del capitán.



— Levántate, hombre, que estás libre, dijo Récal.

— ¿Qué dice? preguntó Pancho frotándose los ojos y dudando de sus orejas.

— Que estás libre. El Emperador te ha indultado.

Se apoyó en el hombro de Récal, pudo llegar hasta un poyo del corredor, sintió que le faltaban las fuerzas, y

poniendo la frente sobre las manos, se desmayó por un buen rato. Al despertar vió á un jefe francés que le contemplaba desdeñosamente y le oyó decir:

— El Emperador ha de perder el trono, como Luis XVI, por causa de las condescendencias. Indultar á estos bandidos no será nunca un buen paso.

— Pero ¿no sabe usted que se interesó por él nada menos que el prefecto?

— ¿Y á santo de qué?

— Ya usted se lo figura: á santo de que nosotros teníamos interés en castigarle.

— Pero ha de haber otra razón.

— Sí, dicen que telegrafió á Maximiliano el señor de Teresa.

— De todas maneras él va dispuesto á seguir en sus picardías.

Pancho volteó por la calle de Infantes, y al pasar frente á la plaza le ofendió la vista la insolente claridad de aquella mañana llena de sol, alegre y coruscante. Una multitud endomingada recorría los portales y las banquetas, y sobre el verde luminoso y encerado de los árboles del paseo, detonaban farolillos, flámulas y gallardetes, y mástiles enormes lucían su vestidura verde esmaltada aquí y allá con flores amarillas ó moradas... Un olor balsámico y penetrante llenaba los aires recordando el de la selva anárquica y primitiva en que se reunen y amalga-

man el sérpol, el hinojo, la salvia y el mastranzo, mientras envía al cielo su ofrenda de aromas el pino recto y elevado como una noble aspiración al ideal.

Pancho advirtió entonces que aquel día era el diez y seis de Septiembre, y pudo recordar, arañando la memoria, que al desmayarse había oído decir al carcelero que su libertad tenía por motivo el perdón concedido por el Emperador por ser el día de la fiesta del día.

Fué á su casa y allí se halló al inimitable Campardon, que estaba encantado por la libertad del muchacho.

— Alguna imprudencia, dijo en tono de amonestación y fingiendo mal talante... ¿Qué te parece? Por poco no la cuentas... Las chicas desoladas y deseosas de coger por su cuenta al vil delator... ¿Y te figuras quién sería el que te llevó ese soplo?... ¿Chastel? No, hombre, ese no; échasela á otro cualquiera, pero no al pobrecillo de Chastel, que es más bueno que el pan y más petulante que un pavo real... Vamos por allá, y quédate en casa hasta que sea menester, que tienen que venir grandes cosas... Por tus imprudencias retardaste algo que debía haber sucedido sin falta el 15 de Septiembre; pero quizás ahora no sea tarde.

Violette recibió á Pancho poniéndose como unas granas, trocando después su rubor en una palidez de difunto, y al fin echándose á llorar cual viuda desconsolada. Se conocía que la presencia del padre le estorbaba para decir lo que hubiera querido.

Pero más tarde, á la hora que los dos quedaron solos, la muchacha, que no carecía de explicaderas, habló claramente á Olivos.

—Sé casi todo lo que ha pasado y comprendo lo que me falta. Nada tengo que decirte sino que vivas confiado en mí y en mi cariño. Ni Chastel ni todo su regimiento, ni todo el ejército, pueden conseguir que deje de quererte... Aquí, en otra parte, á tu lado, ausente, sola ó contigo, soy tuya y seré tuya... Vive seguro de mí y no abrigues temor... Haz tu deber y cuando desees que marche á tu lado, allí me tendrás presente...

Y había tal acento de verdad en aquella linda boca, tal sinceridad en aquella mirada azul y profunda, tal expresión de firmeza en aquella voz todavía infantil y sin malicia, que había que creer ó que matar á la francesita. Pancho optó por aceptar al pie de la letra todas aquellas declaraciones, seguro de que contaría con Violette en cualquier tiempo y á cualquier hora.

El 20 de Septiembre, Campardon le advirtió discretamente:

—Ten cuidado, abre mucho los ojos esta noche, que puede pasar algo serio. Ten cuidado.

Olivos empleó el día en alistar los caballos, en corregir los desperfectos de las monturas y en llenar con buena cantidad de provisiones las cantinas y los morrales. Permaneció esperando toda la noche, oyendo en la lejanía el

sonar de una música que le llevaba notas aisladas de una fiesta: parecían las voces de un diálogo á distancia.

A las doce se le figuró que la espera resultaba larguísima. Se asomó al zaguán y sólo vió un borracho que pasaba y á una pareja que huía temerosa de la próxima lluvia. Ensilló los caballos, les mantuvo del diestro un buen rato, y al último, pensando que así se haría menos pesada la espera, sacó las bestias poco á poco y las puso bajo un cobertizo del corral, listas las espuelas, las cuartas en su sitio, los bocados en el hocico de cada animal, y todo dispuesto para emprender la fuga á la hora que se necesitara. Entornó la puerta que comunicaba el corral con el patio y luego se entretuvo en mirar una serie de cohetes de luz que subía del rumbo donde se escuchaba la música, resultando una combinación curiosa el sonido de las notas, que como ánforas repletas de oro se volcaban dulcemente en los oídos, y la vista de los cohetes multicolores que como ánforas de luz derramaban cerca de los ojos su lluvia de chispas encandilándoles y produciendo un momentáneo deslumbramiento.

Poco después oyó tocar la puerta suavemente. Eran dos embozados que sin decir palabra se colaron á la casa.

—Este es, señor comandante, este es el bandido que conspira contra el Gobierno, exclamó Chastel al empujar la puerta.

— Sujétemele usted, tenga cuidado que no se escape, dijo el otro.

— No se me escapará; de mi cuenta corre que no se escape. Aquí tengo con que hacerme respetar, y enseñó



á Pancho una pistola Lefaucheux cargada hasta la boca... Ahora las pagas todas... A la vuelta tenemos fuerza que nos ayude y no dudes que te costará cara la resistencia que intentes... Cogemos dos pájaros de un tiro: tu general, que está aquí escondido, porque se acaba de escapar de la celda en que estaba preso, y tú

que me las vas á pagar todas... A ver si ahora te salva otra vez la clemencia del...

No acabó de decir del Emperador; Pancho Olivos se abalanzó sobre él y le introdujo por el vientre un agudo puñal que llevaba listo. Sin detenerse un punto se dirigió á la pieza vecina, donde el comandante registraba papeles y hurgaba debajo de la cama del mozo, y cerrando la puerta echó doble vuelta á la llave, que estaba pegada en la cerradura.

En ese momento tocaron al zaguán y Pancho pensó que podría ser el auxilio de que le había hablado Chastel; pero cuando se acercaba á las hojas de madera oyó dos golpes dados con los nudillos, y una voz conocida que le decía:

— «Abra».

Pancho no pudo celebrar la presencia de Porfirio, ni darle cuenta de lo que había pasado, ni explicarle por qué un hombre se moría en el zaguán y otro golpeaba con rabia la puerta de una pieza amenazando derribarla. Entró al corral, enseñó á Porfirio las caballerías apostadas bajo el cobertizo, examinó frenos, apretó cinchas y luego que vió montar á su general, subió al magnífico caballo que tenía preparado.

Salieron á buen paso, evitando la fuerza apostada en las inmediaciones, recogieron al guía que les esperaba en Totimehuacán, y aunque estaban decididos á forzar el

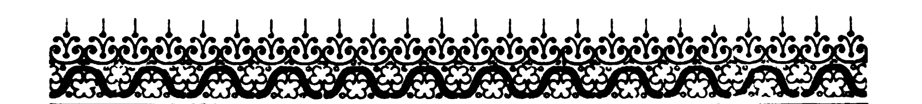
paso de la garita, con sorpresa vieron las puertas de par en par, luz en el interior de la oficina y un caballo apersogado de una argolla del portal.

A las dos horas, cuando el ruido de mil diablos que armaba el oficial preso atrajo á la patrulla vecina, los soldados vieron á Chastel muerto ó sin señales de vida, al comandante saliendo de la pieza vacía y los vestigios de la fuga patentes é indudables.

La noticia se extendió sin demora, y el viejo Boldi, que era un si es no es madrugador y amigo de la caza, regresó á Misieses más trabado, más patuleco y más barrigón que nunca, diciendo á gritos:

— ¡Se escató Torfirio, se escató Torfirio, y el catitán mató á su rival á tuñaladas!





CAPÍTULO V

En libertad

Los fugitivos metieron espuelas á los *cuacos,* y al galope tendido se entraron por una senda blanca y arenosa que se prolongaba como cinta enorme hasta llegar á perderse de vista. Sentían que el viento, impregnado de humedad, saturado de emanaciones vegetales y ozonizado por la tempestad, les penetraba en los pulmones como una caricia, levantaba las crines de los caballos y ponía en tensión los sombreros, que parecía iban á romper los barboquejos que les impedían volar en una fuga loca... A veces pasaba la ráfaga y se oía claramente el golpeteo de los callos de las bestias sobre el suelo de tepetate bruñido; á veces se escuchaban como alaridos de fieras enjauladas, á veces ruidos de torrente, en ocasiones murmurar de músicas arcanas que

se deslizaban entre los carrizales de una acequia: era el viento, el viento siempre clamoroso, mas ora dulce, ora gárrulo y ora tremendo...

—¿Cuánto dista de aquí el río? preguntó Porfirio.

—Muy poco, mi jefe: á las siete ya lo estamos viendo, respondió el guía.

—Pues á darle, que no estaremos á salvo hasta que lo hayamos pasado.

Y siguieron al galope llenos de ardor y deseosos de alcanzar lo más pronto posible las riberas del Mixteco.

Al salir de un bosquecillo les sorprendió la aurora, aurora de tiempo de aguas, húmeda, opaca, risueña si se miraba el torrente que corría desgranando perlas y rimando risas, ceñuda si se veía el bosque envuelto en un halo de neblina semejante al velo de tul de una desposada. Treparon por una lomita pedregosa cerca de un barranco, y al acabar de subirla miraron al sol que rodeaba con un resplandor de fuego á una casita blanca trepada sobre la arista de la ladera.

A las seis y media, la presencia de los vapores del río les probó que estaba cerca lo que ellos consideraban la salvación, y no se dieron punto de reposo hasta que llegaron á la orilla, que se encontraba todavía solitaria y sin movimiento. Pancho hizo señas al barquero; el vejete que manejaba la canoa desprendió las amarras, dió un golpe de remo, se cogió del calabrote que estaba

tendido de orilla á orilla en sendas estacas clavadas en las dos márgenes, y auxiliado de dos muchachuelos que le ayudaban á mantener la balsa en buena posición, se acercó á donde esperaban Pancho y el guía con los caballos ya en pelo y prontos á meterse al armadijo.

Porfirio no les imitó; vió la hora, que era la de las ocho, quitó el freno al caballo, le dió una palmada en el anca, le hizo penetrar poco á poco en el río y en seguida se echó á nadar, llevando cogida la crin de la bestia con una mano y puestas en lugar seco y seguro las monturas y las armas.

Al saltar á la margen, Porfirio aderezó la silla, los compañeros procedieron á arreglar cuanto necesitaban y nuevamente salieron á galope en dirección al pueblo de Coayuca.

— Aquí debía aguardarnos, dijo el jefe, el coronel Bernardino García con su guerrilla; pero como yo le había citado para el diez y seis y estamos á veintiuno, no debe de estar aquí. Sin embargo, es bueno que el guía, que conoce el terreno, vaya al pueblo y averigüe si hay en él algunos soldados republicanos.

Obedeció el guía, y Porfirio y su ayudante se metieron en un bosque no muy frondoso que á la izquierda del camino se parecía.

— Aquí aguardaremos, exclamó el caudillo, y si usted no lo lleva á mal, comeremos un poco de ese pollo que

me ofreció antes de pasar el Mixteco. Tripas llevan pies.

Sacó el de Olivos unas árguenas y sin reparar en que todavía guardaba huellas de sangre, cortó con el cuchillo los bramantes que sujetaban el costal: luego extrajo una



servilleta blanquísima, una gallina que delataba en lo dorado del pellejo una larga intimidad con el fuego y un caudal de carne y de grasa que hacían agua la boca; un vaso, una botella de aguardiente, dos cuchillos y dos tenedores.

— A la mano de Dios, exclamó el general; ya se sen-

tía la necesidad de estas cosas: el aire de la mañana me ha despertado un apetito que da la hora... A ver si así me recobro un poco, que no será remota una fiebre si me quedo con esta ropa mojada... Salud... ¡Pobre caballito! estoy resuelto á sacrificarle y no es difícil que le pierda; después de una entrada así tiene que asentársele, bien que él está todavía guapo y resistente... Y á todo esto, ¿qué significaba aquel espectáculo que me recibió en la casa? ¿A quién asesinó usted?

Pancho refirió brevemente lo acaecido, y al concluir preguntó al jefe:

— Mi general, ¿y cómo se escapó usted?

Sonrió Porfirio, hizo un ademán como para significar que el relato era cosa muy larga, é iba á empezar cuando vieron venir á un viejecillo de sombrero ancho, blanco como algodón, arrugado como pasa, encorvado como huizache, que se dirigía á ellos enarbolando un bastón que llevaba en la mano.

— ¿Quiénes son ustedes? preguntó. ¿Son gente mala?

— Señor alcalde, respondió con mansedumbre el prófugo, este mancebito y un sujeto que quedó atrás me acompañan en mi viaje.

— ¿Y qué viaje es ese? dijo bajando el garrote; pero mirando con recelo al general al través de un cobertizo de cejas blancas y erizadas.

— Vamos á comprar ganado á la costa, explicó Por-

firio conservando urbanamente el sombrero en la mano.

Guardó silencio el alcalde, miró fijamente al que le hablaba, miró al compañero, miró al suelo, y al fin, poniéndose un dedo en la frente, exclamó con regocijo:

— ¡Bendito sea nuestro Señor, que le ha permitido fugarse, mi general!... Ya era tiempo... ¡Bendito sea Dios!... ¿Conque libre su mercé?... Pues se las ha pegado á los malditos austriacos... Me alegro mucho; que se fastidien, que se arruinen... ¡Pero, si se han echado ustedes en el cuerpo una barbaridad de leguas!... Es menester que descansen, porque si no, no pueden seguir. Aquí, en Coayuca (y señalaba el frondoso pueblecito que tenía á sus pies) reposan el día de hoy y mañana están al pelo. ¿Qué dice? Al fin que allí viene su compañero y no hay temor de que se pierda. ¿Qué dice usted?

— No, señor alcalde, replicó Díaz, que no había confirmado ni denegado su identidad; tenemos jornadas precisas que hacer, y nos trastornaríamos, no con la pérdida de un día, sino con la de un rato.

— Pues aunque sea á almorzar, señor.

— No podemos, no podemos.

— Como ustedes quieran.

No había andado un tiro de piedra el alcalde, cuando los fugitivos escucharon una balacera muy nutrida. Creyeron que aquel ruido sería por las detonaciones de fuegos artificiales; mas á poco vieron fogonazos y sintieron

silbar los proyectiles. Era que se había trabado un combate en el centro del lugar donde había caído un escuadrón imperialista, sorprendiendo á otro de la guerrilla que lo ocupaba.

Entonces caminaron á campo traviesa, dirigiéndose á escape á una colina separada de la ruta general. Por allí siguieron sin ser molestados hasta el rancho de García, que distaba unas cuantas leguas.



A la puerta del rancho, rodeados por el silencio imponente de la naturaleza en reposo, oyendo de cuando en cuando el ladrar de los perros, que parecían responderse de choza en choza, y mirando el temblar de las estrellas, que semejaban ojos curiosos que espiaran hacia el suelo, Porfirio habló así:

— Ya le había escrito á Juárez que me fugaría el quince, que cabalmente es el día de la independencia y el día de mi santo; pero la prisión de usted vino á trastornar mis planes, y todo quedó aplazado para ocasión mejor.

Guardaba como oro en paño las sogas que usted me había llevado, y la tarde de ayer las saqué del cuarto envueltas en un lienzo gris. Guillermo Palomino y Juan de la Luz Enríquez, que sabían mi secreto, convidaron á jugar baraja á todos los compañeros de prisión, y entrete-

nidos en ganar mi plata dejé á aquellos excelentes camaradas, que no se figuraban que á la hora que ellos se distraían apostando camoninas, tecolotes y *todos menos,* su general apostaba la vida á pocos pasos de ellos.

Vigilaban el corredor dos centinelas que se topaban en el rincón, volviendo en seguida á empezar su carrera. Tuve que detenerme hasta que los dos guardianes se encontraran en los extremos de los corredores y de espaldas á la azotehuela destechada que usted conoció. Cogí la bola que había formado con tres sogas y la arrojé al techo; con la otra, que tenía en la mano, tiré un lazo á la canal de piedra que formaba la esquina. No sabe usted el trabajo que me costó coger la canal; la noche parecía metida en tinta negra y apenas me alumbraba la luz de alguna estrella que se había escapado de que la tapara el toldo de nubes que cubría el cielo... Al fin pude lazar la gárgola y luego que me hube cerciorado de su resistencia, trepé por la cuerda á la azotea; recogí la que me había servido para subir y guardé el envoltorio de las otras que había echado previamente.

Entonces empecé á marchar por una serie de bóvedas: por una parte había el riesgo de que me viera el destacamento de la azotea de San Roque, por otra llevaba el de despeñarme desde la altura hasta el suelo. Tomaba descanso en la intersección de cada bóveda; pero apenas empezaba á subir otra y tenía que agacharme, que desli-

zarme, que arrastrarme, pues el centinela me habría visto y en seguida me habría hecho fuego... Empezaban á iluminar el aire muchos relámpagos que me permitían darme cuenta del lugar en que estaba colocado el centinela, distinguir su arma y hasta el color de su uniforme; pero que á él también le habrían consentido mirarme y dar la voz de alarma. Me tropecé en los pedazos de vidrio que tapizaban la azotea, hice ruido y tuve que detenerme; sólo me tranquilicé cuando me persuadí de que el soldado se metía á su garitón, instante que aproveché para llegar hasta el muro del templo.

El centinela no podía verme allí; yo sí podía ver que estaba echando unas yescas y avivando el fuego con el chupar del cigarro que le iluminaba á ratos el semblante.

Libre ya del centinela, seguí de pie por la azotea y observé una insolente bocanada de luz que salía de un gran cierre de cristales. Calculando, llegué á pensar que aquello era el cuerpo de guardia, y quise enterarme de si había alguna alarma por mi evasión; mas como el techo era inclinado y estaba resbaladizo por las lluvias, rodé por la azotea y estuve á punto de caer al precipicio. Detuvieron mi caída los cristales de la ventana iluminada, que por cierto eran muy débiles, y un buen rato permanecí con el cabello crispado y el aliento suspenso, seguro de que si no me había hecho pedazos en el suelo, no tardarían en subir á buscarme los oficiales que habían escu-

chado aquel extraño rumor. Felizmente deben de haber confundido el golpe que produjo mi cuerpo con el retemblar de los vidrios por causa de un trueno repentino que anunció la lluvia inmediata. Los oficiales estaban de pie y hacían los honores á un viejo barbudo, antipático y de aspecto manducón: era el conde de Thun, que de seguro andaba visitando los cuarteles y puestos en que hubiera fuerza armada. No sabe usted el deseo que sentí de dar voces gritándole que ya había cumplido lo que él me había propuesto de burlas; pero como todavía me faltaba el rabo por desollar, me contenté con contemplarle un buen rato, lo mismo que á los otros oficiales que habían escondido á toda prisa las botellas y los naipes con que entretenían sus ocios forzados. Entonces recordé que había escrito dos cartas, una dirigida al de Thun avisándole mi fuga, y otra al buen barón de Csismadía, dándole las gracias por la generosidad de que usó conmigo y haciéndole presente que lo que no habían conseguido su bondad, sus amplias concesiones y su espíritu fraternalmente militar, lo alcanzaban los rigores tontos y las suspicacias inútiles del ridículo conde de Thun.

Convencido de que llevaba las cartas, seguí por la azotea de la casa del capellán de San Roque, el mismo honrado eclesiástico que denunció la fuga de los sujetos que según sus enemigos estaban de acuerdo con usted para hacerles escaparse. Cuando acababa de bajar á la azote-



Era peligroso bajar desde luego á la calle.

huela llegó un joven que á la cuenta habitaba en la casa del capellán y que probablemente venía del teatro, pues llegaba alegre y tarareando un airecillo de zarzuela. Se metió á su habitación y no tardó en salir con una vela encendida. A poco volvió pasando á mi lado, por cierto que pesqué algunas palabras de lo que canturreaba: era la polca de las monedas de *La Cola del Diablo.*

Cuando consideré que había tiempo de que se hubiera acostado, y quizás estuviera dormido, ascendí á la azotea frontera del convento, por el lado opuesto al que me había servido para bajar, y seguí mi camino por ella hasta la anhelada esquina de San Roque.

Desde abajo se ve, y usted debe de haberla visto, una estatua de San Vicente Ferrer, hecha de cantera y que de cerca parece un horrible monigote sin figura y sin forma: parece una excrecencia más en aquel conjunto de pedruscos poco ó nada labrados. El santo se tambaleaba de los pies á la cabeza; su corona de hojalata zumbaba por el viento y repercutía con la lluvia que empezaba á caer en goterones. Afiancé el lazo, até los otros tres, y viendo que la extremidad de la soga arrastraba por el suelo, la subí de nuevo cortándole un buen trozo. Era peligroso bajar desde luego á la calle, pues había riesgo de que algún transeunte me viera á su paso. Quise, pues, descender á un corral que ignoraba estuviera ocupado por una engorda de puercos. No me faltaban las fuerzas; pero ocu-

pado en oir el chirriar de la reata y pensando que la estatua de San Vicente podía desprenderse de su pedestal, olvidé la daga que usted me procuró y que llevaba en la cintura. Debe de haberse desprendido el puñal y de seguro hirió á alguno de los de la vista baja, porque se promovió en el chiquero la algarabía más espantosa que usted puede imaginarse. Bajé con precauciones á fin de que no me atropellaran (que para atropellos de marranos basta con los de la gente gabacha). Me aguardé á que cesaran los gruñidos, que podían denunciarme y hacer que ocurrieran los que cuidaban á la piara, y trepé de nuevo la cerca decidido á salir á la calle. La de malas: en el momento en que iba á saltar vi á un sereno que pasaba haciendo su ronda, empujando puertas y ventanas y examinando cerraduras. Esperé á que el guardián se alejara, coloqué mis cartas en el extremo de la cuerda, salí á la calle y fuí á donde usted me aguardaba.

Cuando acabó Porfirio su relato era media noche cerrada, y un octante de luna que apareció entre los montes semejaba una segur de plata abandonada por un segador celestial, encargado de recoger las plantas cuyas eran las flores de luz que abrían inquietas sus corolas en la altura.





CAPÍTULO VI

La convalecencia

APENAS había cesado de hablar Porfirio, cuando le anunciaron la visita de algunas personas que querían saludarle.

—¿No teme usted, mi general, que sea gente que trate de cogerle?

—En la casa de un amigo, yo no temo á la traición: la hospitalidad me escuda.

Eran los que llegaban diez sujetos de diferentes trajes y cataduras, que al ver á Porfirio le abrazaron con cariño y empezaron á celebrar la liberación del jefe con frases sencillas y llanas. El caudillo se dejó abrazar de aquellos hombres, que eran nada menos que las autoridades de los lugares vecinos, y sin que él lo pidiera le ofrecieron armas, hombres y víveres.

—Estamos subordinados al Imperio, le decían; pero es sólo de apariencia: haga usted el movimiento más insignificante y verá quiénes somos.

A las siete de la mañana del 22 de Septiembre se ponía en marcha el núcleo de aquel nuevo ejército de Oriente: componíanle Porfirio, el coronel García, Pancho, un clarín y un guía. En un punto convenido se les reunieron nueve hombres más, y esos catorce jinetes rústicos y mal armados, se propusieron retar al francés, al austriaco, al belga, á los millones de Mr. Fould, á los gabinetes europeos, á Maximiliano y á Bazaine. Nunca ha sido más verdad que entonces el apólogo evangélico del grano de mijo, que nace enano é insignificante para tornarse árbol poderoso que dé abrigo á los hombres y nido á las aves del cielo.

Porfirio y sus amigos salieron contentos y gozosos del escondido ranchejo en que habían descansado. Pancho, que tenía sus letras, recordaba todas las expediciones caballerescas relatadas en los libros y novelones que le habían caído á las manos, y no hallaba nada á que asimilar aquella aventura loca, intempestiva, sin preparación y sin estudio. Apenas si escarbando mucho la ponía frente á la aventura de los galeotes y asimilaba á su general al noble caballero perseguidor del ideal de bien y de justicia, pero seguido ¡ay! por la peor gente del mundo.

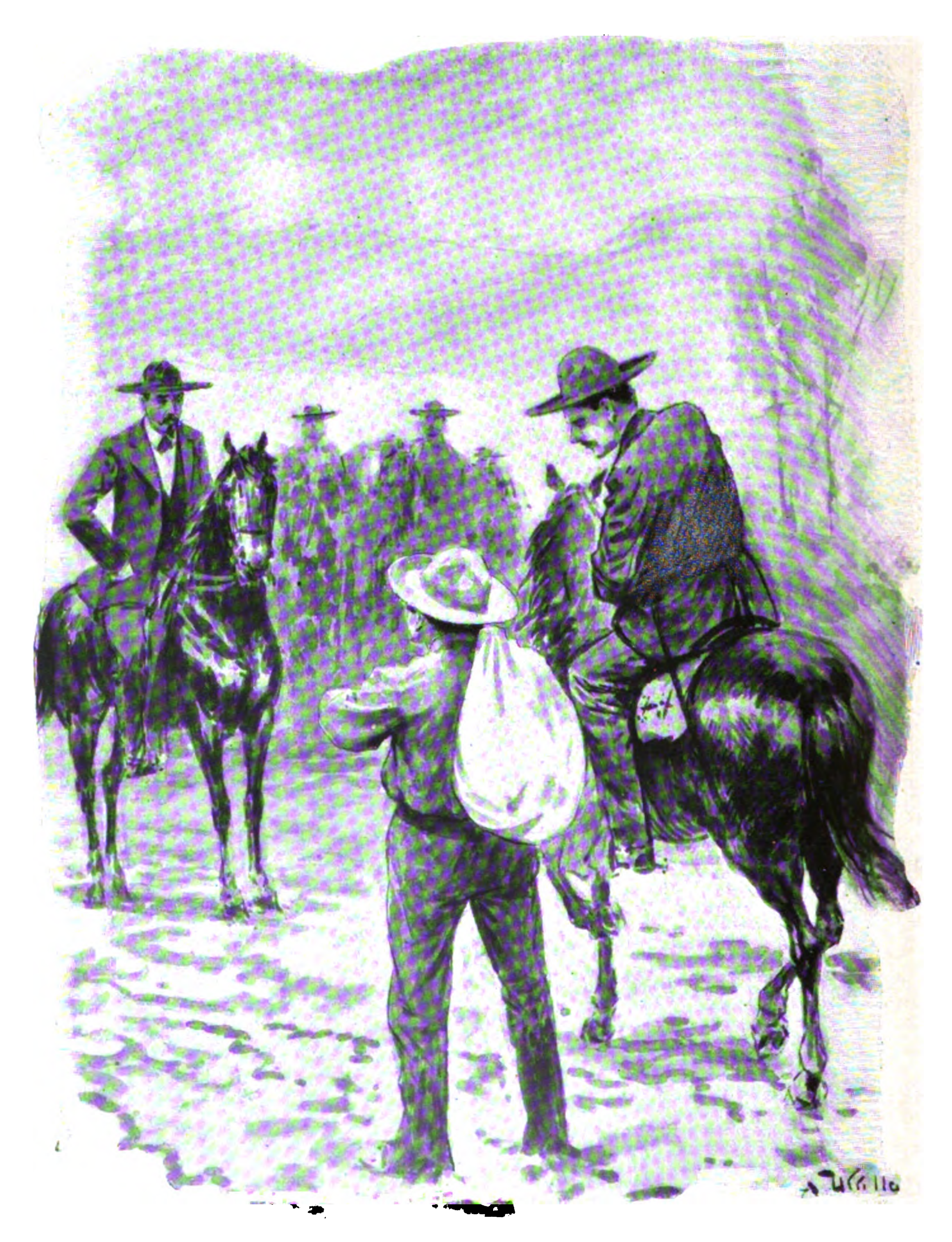
A las doce del día sorprenden los jinetes al destacamento imperial de Tehuitzingo, y con esto aumentan su fuerza á cuarenta hombres. El veintitrés atacan á un escuadrón que manda el coronel Carpinteiro, le encallejonan en un camino que forma dos cercas, le machetean, le destrozan, le hacen prisioneros, le quitan armas, y se retiran llevando nuevos elementos á la campaña. En Xochihuchuellán se incorporan sesenta y tantos hombres y en Tepetlapa treinta jinetes.

Pero ¿qué valía aquello contra las tropas francesas que de seguro destacarían para perseguir á Porfirio? Pancho oía hablar de compañías ligeras de cazadores, de zuavos caballeros en mulas, de prodigiosas marchas, de ríos vadeados en minutos, de todo, en fin, lo que la imaginación y el miedo públicos ponían y aumentaban á la realidad, de suyo tan temible. Sobre todo, le *labraba* grandemente la cercanía de Visoso, á quien se figuraba alto, metido en carnes, bizco de un ojo, con la voz aguardentosa, el aire descomedido y bravucón y el andar presuntuoso y lleno de suficiencia. No le dejaba dormir la sombra de Visoso porque temía que cayera sobre la reunioncilla y la destrozara en un santiamén.

Pero vino á detener la marcha de Porfirio y la de Visoso, y habría detenido la del Preste Juan de las Indias, un suceso que no estaba calculado en la innumerable serie de combinaciones ideada por los combatien-

tes. El 26 de Octubre á las tres de la tarde, empezó una lluviecita de chipichipi de que nadie hizo aprecio, se tornó aguacero por la noche, y al día siguiente, cuando los jinetes estaban prontos á ensillar y á salir á sus tareas, el aguacero se convirtió en tempestad de lo más fino. Primero una inmensa cortina de cristales saltarines que se extendía hasta donde los ojos alcanzaban, y después un vapor tenue y sutil que cubría montes, valles sembrados y caseríos era cuanto se lograba distinguir en aquel paisaje de inmensa desolación y de indefinible tristeza. Apenas si se podía contemplar, esfumado en el cuadro gris y tétrico de aquella mañana sombría, un cerrillo casi esférico coronado por chaparros que parecían las verrugas de un rostro antipático y duro. Caminos, ni quién les mencionara, pues de un extremo á otro corría el agua por ellos; sembrados, ni para remedio, pues el agua les tapaba y apenas se veían las milpas que asomaban la espiga tostada ó las hojas amarillentas que parecían manos que implorasen auxilio antes de hundirse, ó las mazorcas que mostraban sus granos colosales como dientes que reían sarcásticamente. Labradores, guerreros, caminantes, hacendados, todo el mundo daba paz á la mano y se entretenía en mirar aquel paisaje diluviano, preguntándose cuándo *abriría el tiempo.*

Cuatro días duró el temporal y al quinto mandó el jefe ensillar los caballos y salir á cualquier costa. La mañana



— ¡Bonito te has puesto, hombre! ¿Por qué corrías? ¡Si aquí no comemos gente!

estaba fría y lluviosa, y la aurora aparecía como oculta tras un fanal. Los caballos chapoteaban en el lodo y ni sendas ni andurriales se distinguían hasta donde alcanzaba la vista. La calca que solían dejar las pezuñas de las caballerías se llenaba á poco de un humor líquido y negruzco que parecía salir del centro de la tierra, y cuando otra bestia pisaba en el agujero, éste se convertía en un pantano en el que sobrenadaban trozos de césped y alimañas muertas. Habrían andado una hora cuando una negrísima nube se precipitó sobre el monte inmediato, volviendo más obscura la mañana triste y sombría.

A la vera del camino vieron venir á un hombre cargado con un saco y que, recatándose entre espinos y huizachales, aparentaba buscar el camino en que pudiera enlodarse menos.

—Capitán, deténgame á ese sujeto, ordenó Porfirio á Pancho.

Chapoteando entre el lodo se adelantó el capitán á coger al hombre del saco, que ya corría entre los surcos enfangándose hasta las rodillas. Al fin se resbaló en un hoyo disimulado por la capa de agua cenagosa, y Pancho pudo alcanzarle fácilmente. Cuando le llevó cogido por la cotona y con un aspecto de medrosidad y espanto que causaba risa, Porfirio le interrogó con maña:

—¡Bonito te has puesto, hombre! ¿Por qué corrías? Si aquí no comemos gente.

— No, mi jefe, pero...

— ¿Y qué traes en este costal?

— Pan, mi jefe.

— Pan, dijo con suave risa el general; llevar pan á Tepetlapa es como llevar sal á Colima: Tepetlapa está lleno de panaderos y de panaderías... ¿Y qué dice Visoso?

— Siñor, yo no conozco á don Vicioso.

— ¡No faltaba más que no le conocieras, hombre. Le conoces y hasta vienes enviado por él.

— Señor, por Dios...

— Dime la verdad, que estamos de prisa; si no te las averiguas conmigo.

— No sé nada, señor.

— ¿Nada? Capitán, forme usted un cuadro de tiradores, y si dentro de cinco minutos no ha confesado este bellaco la comisión que traía, me le fusila sin remisión.

— Señor...

— ¿Qué dice?

— Pos, señor, francamente, los soldados de Tulcingo están limpiando sus armas.

— ¿Conque limpiando sus armas? ¿Y cuántos son?

— Son no más cincuenta de á caballo.

— ¿Y cuántos de á pie?

— Dicen que trescientos, señor.

— ¿Y tú á qué venías?

— Pos señor, yo con perdón de su mercé y de la com-

paña (y miraba con ojos de espanto á todos aquellos sujetos de sombrero hasta las narices, zarape rojo ó tricolor, *guango* al cinto y caballos bailadores) soy hombre pacífico, y anoche al peso de media noche me llamó don Vicioso y me dijo: «Vas á ver por dónde vienen los chinacos,» y yo le dije que no sabía y él me dijo: «Pos si no quieres ir por bien irás á juerzas» y ajuercitas salí.

Oyó Porfirio la enrevesada narración y después de determinar que se echara entre filas al panadero, ordenó que se aligerara el camino.

Picaron las bestias, y poco rato después atacaba la vanguardia la iglesia de Tulcingo y el atrio atrincherado que defendía la columna del traidor. Los ocupantes del templo opusieron una resistencia tenaz y porfiada: no parecía sino que iban á seguir defendiéndose todo el año. Porfirio distribuyó á su gente, se apoderó de varias alturas y dispuso que Olivos rodeara la manzana de la iglesia para impedir la salida de los de Visoso.

Pero ya era tarde, pues á poco andar se precipitaron con gran estrépito y por un portillo abierto á deshora todos los jinetes que acompañaban al renegado. Corrió Pancho tras los fugitivos, pero apenas pudo coger á tres y machetear á media docena. Visoso se escapó con el resto de la caballada.

Volvía Olivos enfadado y lleno de vergüenza, cuando le recibieron los gritos de la gente.

— ¡Viva Porfirio! ¡Viva Oaxaca!

— ¡Son nuestros!

— ¡Qué chiripa!

— ¡Trescientos prisioneros!

— ¡Y todo el parque!

— ¡Y la banda!

— ¡Y una barbaridad de dinero en oro!

En efecto, todo había dejado el gran Visoso en poder de los chinacos, y apenas si logró salvar la piel y los pocos jinetes que le acompañaban en su huída.

No bien había caído la plaza en poder de Porfirio, éste llamó á Pancho para ordenarle buscara por cielo y tierra el dinerillo capturado, que caía como agua de Mayo en aquella agrupación que iba alcanzando los honores de batallón ó regimiento.

El de Olivos tuvo todos los trabajos del mundo para recoger los dineros, pues no había fuerza humana ni divina que hiciera comprender á los nuevos reclutas que aquello no les pertenecía individualmente, sino que era de la caja del futuro ejército de Oriente.

— ¿Devolverlo? ¿y por qué? No faltaba más que el dejar uno lo que le ha costado sudor y trabajo.

— Yo encontré el dinero y lo guardo: lo que uno se halla le pertenece.

— Lo que ganan las gentes á fuerza de brazos es suyo y nada más.

Y con aforismos así, que se resolvían en el parecer de Sancho Panza cuando de buena fe guarda el dinero y las camisas de Cardenio, Pancho pudo recoger apenas una parte mínima de lo que le habían ordenado. Entonces tocó la vez á Porfirio, que ya con amenazas, ya con bromas, ora por medio de razonamientos, ora con medidas de rigor, obtuvo la devolución del dinero sin faltar un tlaco. Y allí comenzó la tarea de caudillo, de demostrar á la gente que todos y nadie eran dueños de los fondos; que cuanto se recogiera había de pertenecer á una entidad llamada ejército y á otra superior que se decía patria; que se habían de ver como sagradas la tienda del comerciante, la cosecha del labrador, el atajo del arriero, la persona del particular y el pudor de la doncella; y en fin, que había que ser valientes en el combate, incansables en la persecución, nobles en la victoria, humanos con el vencido, inflexibles con el criminal y llenos de respeto para la propiedad del extraño y de amor para los que ministraban recursos.

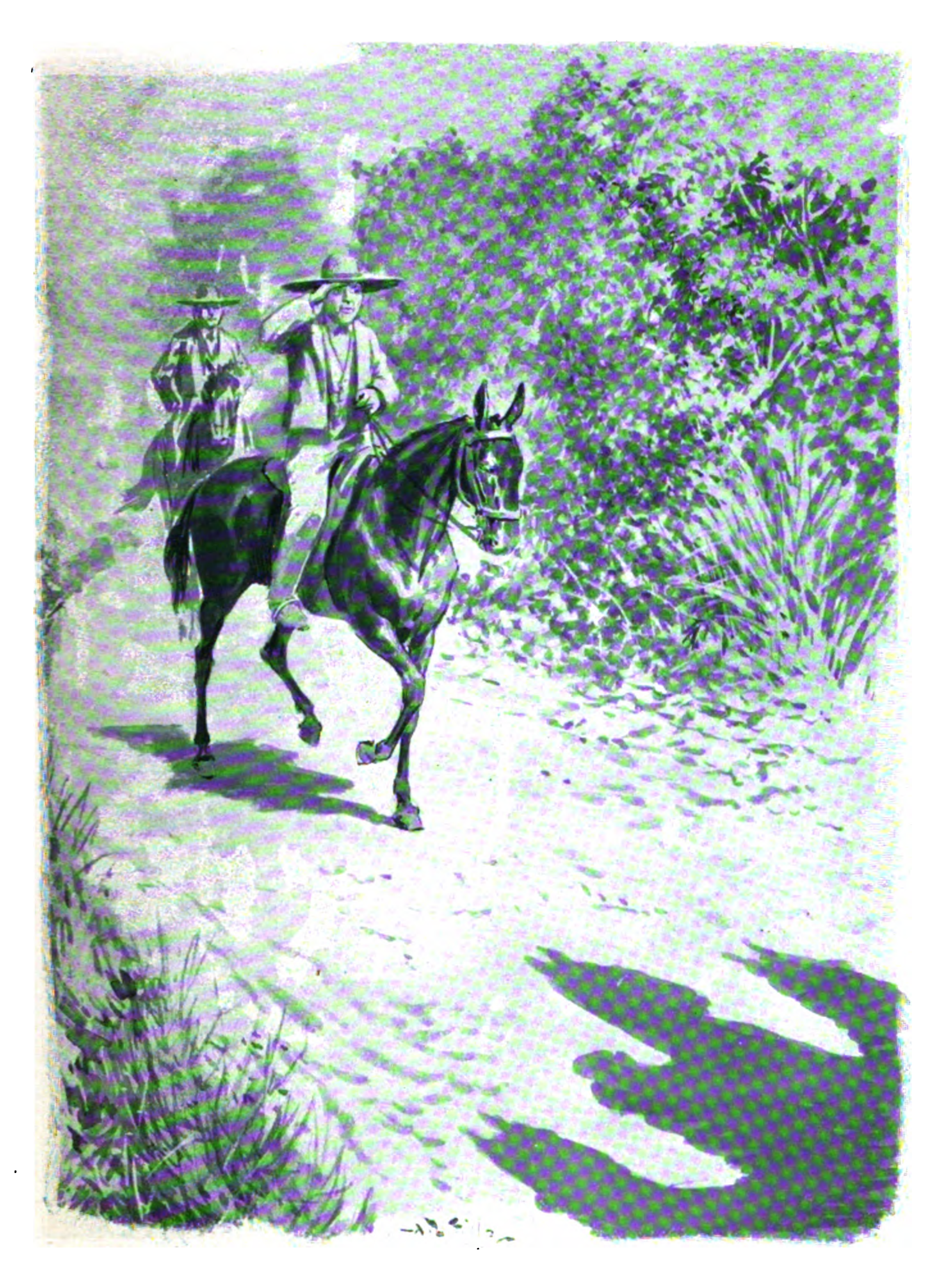
Este evangelio de civilización, de cristianismo y de bien, había de tardar algún tiempo en penetrar en el ánimo de aquella gente sorda y endurecida; pero había de penetrar al fin, y el haber conseguido que penetrara, será siempre la gloria mayor del jefe de aquel embrión de ejército.

Cien hombres más en aquel núcleo reducido y pobre, significaban mucho, y ya valía la pena de que se les men-

cionara de alguna manera. Porfirio les dividió en dos partes iguales, que pomposamente llamó batallones; y por eso Pancho fué ascendido al grado siguiente, pues se le dió el mando de uno de aquellos cuerpecillos, invistiéndose con el del otro á un teniente llamado Mucio Martínez.

Listo el primer contingente de tropas, adquirida la seguridad en un considerable distrito, contando con algunos aunque pocos dineros y desconocedor de la táctica y de las condiciones propicias para pelear en aquel Estado de Guerrero en que maniobraba por primera vez, pensó Porfirio que le convenía acudir y ponerse al habla con el viejo patriarca de la libertad mexicana, don Juan Alvarez, cacique del Sur y hombre de más recursos y astucias que le suponían quienes le pintaban como un viejo simple y sin habilidad.

Pancho recibió orden para alistarse, y en unión de un mozo y un guía emprendieron el viaje á la región inextricable en que habitaba *Tata Juan*. Cinco días caminaron entre barrancas profundas, entre torrentes invadeables, entre vegetaciones mórbidas y entre gentes que recordaban el estado primitivo de la humanidad; tantas eran su insconciencia y su salvajismo. Al sexto día miraron que venía por la ladera de una loma un viejecillo que denunciaba á leguas sus muchos años, pero que se conservaba correoso y duro como uno de aquellos bejucos que pendían de los árboles milenarios.



El viejecillo se puso la mano derecha sobre los ojos...

El viejecillo se puso la mano derecha sobre los ojos, dió de talonazos á su mula y en un momento se encontró al lado de Porfirio y de su gente.

Tata Juan era de cosa de ochenta años, de regular estatura, sin pelo de barba, la boca plegada en un mohín como de susto (conforme pasa á los viejos que ya no tienen dientes), la frente estrecha y la mirada como revelando fatiga, indiferencia y desdén. El color era quebrado, y más que negruzco (como le pintaban los periódicos de la época santanista) amarillento y dando á conocer la liga con los insulares de Extremo Oriente. El padre era español, y el mismo don Juan había llevado en sus mocedades el mote de *Juan el Asturiano;* la madre debe de haber tenido mezcla de malayo. Vestía el ex-presidente chaqueta y pantalón de dril; calzaba alpargatas, que dejaban ver los blanquísimos calcetines de hilo; iba tocado con un gran sombrero de paja, que hacía reverencias hacia el suelo á cada paso de la bestia ó á cada cambio de postura del jinete, y tenía en toda su persona un aspecto que maravillaba de seguridad, de seriedad, de entereza y de costumbre de ser obedecido. Le acompañaba su hijo, el general don Diego, hombre de buena edad y al parecer sujeto en un todo á las voluntades y propósitos de su ilustre padre.

Los Alvarez recibieron con suma cordialidad á Porfirio y á su gente, y como á poco andar se llegara á la



Providencia, que era la finca del viejo general, allí aposentaron al jefe y á los otros que con él iban. Conferenció el caudillo con don Juan, y mientras tanto, el comandante



y sus compañeros se maravillaban al ver el singular régimen planteado en aquellas comarcas. Don Juan era allí la primera autoridad en lo humano, la persona más respetable en lo divino, el árbitro de todos los pleitos, el arreglador de todas las dificultades, el que entendía en el manejo de la cosa pública y el que dirimía todos los conflictos privados. Era el patriarca en su más amplia acepción.

Pero aparte del patriarcado, existía también el matriarcado en la tierra dichosa de don Juan. La mujer del cacique juzgaba, no sé si de propia autoridad ó por delegación de su marido, los casos de adulterio y los otros que tocaran á la fidelidad que se debían los cónyuges. Pan-

cho tuvo oportunidad de asistir á muchos de aquellos curiosos y sumarísimos juicios en que, después de oirse á las partes, se condenaba á la que hubiera quedado convicta de haber faltado á la fe jurada, á sufrir una tunda de azotes en parte noble, blanda y desnuda.

Otro tanto pasaba con los demás delitos (sobre todo contra los que conculcaban el santo principio de la propiedad) sorprendidos ó averiguados en aquella región feliz: garrotazo y tente tieso era la teoría jurídica reinante, y Pancho se admiró mucho al ver en la tierra de la libertad, del plan de Ayutla y de las garantías individuales, aplicados los procedimientos del más refinado despotismo.

Don Juan recibió á las gentes de Porfirio con un amor y una cortesía comparables sólo con su sincera bondad; pero don Diego no vió con tan buenos ojos la llegada de aquellos extraños: á menudo, durante su excursión por los alvarezcos dominios, tropezó Díaz con falta de *totopo* y de carne, que era la especie en que por esos rumbos se pagaba la contribución de guerra, y los justicias confesaron al general que tenían orden del cacique mozo para no facilitarle mantenimientos.

En la Providencia se incorporaron á la larva de ejército muchos oficiales que, ó habían quedado dispersos por allá, por haber estado desempeñando comisiones antes de la caída de Oaxaca, ó que se habían internado desde

Michoacán después de la horrible persecución que habían sufrido los chinacos del rumbo. El más notable de todos ellos era el coronel don José María Pérez-Milicua, veterano lleno de méritos, pues venía batiéndose con el francés desde el año treinta y ocho, había hecho la guerra contra los yankees, los mochos y los intervencionistas, y regresaba ahora de su cautiverio en Francia. *Tío Pérez*, (como le decían por cariño) refirió con lujo de detalles y con el colorido de que tenía el don, la triste suerte de Arteaga y sus compañeros, las crueldades de Méndez, la noble pertinacia de los chinacos de Régules y toda aquella heroica guerra que el relatante había presenciado en muchas de sus fases.

Casi todos los soldados que halló Porfirio en la Providencia eran cabos y sargentos, que incontinenti fueron habilitados de oficiales; pero empezaba á suceder con el grupo aquello que decía el epigrama de Carpio el bonachón: «que no busquen generales, que todos irán de acá:» había muchos jefes, pero no tenían sobre quién ejercer mando ó cosa que lo pareciera.

La tropa emprendió su camino llena de esperanzas, y Olivos, que siempre se las prometía felices, no dejaba de aguardar triunfos y maravillas á poco que su invicta planta diera los pasos necesarios para ello; mas vino á amargarles el placer la noticia que recibieron de que el duque de Bernard avanzaba á encontrarles con setecien-

tos hombres de buena tropa, mestiza de austriaca y mexicana.

A toda prisa mandó Jiménez un batalloncito que no contaba con más de doscientos indios cerriles, y en su compañía se lanzó el general por los caminos, poniendo en acción, ya que no levantando en armas (entre otras mil razones porque no las tenían) á los indios de aquellas partes.

Pancho logró comprobar entonces cuánto era el ascendiente que disfrutaba Porfirio entre la gente suriana, y el poderoso magnetismo que poseía para atraerse las voluntades. Indios que no entendían palotada de lo que era patriotismo, que á lo más sabían por sus ancianos la existencia de un rey dueño de vidas y haciendas y que no solían moverse sin la orden, ó, por lo menos, sin el beneplácito de Tata Juan, seguían á aquel mozo de tez tostada, de ojos brillantes como carbones encendidos y de voz que cuando aconsejaba era dulce y grata, y cuando se imponía, tonante, ríspida y dura como el sonar del acero contra el acero en el momento de chocar las hojas para emprender el combate.

Olivos seguía teniendo el primer lugar entre todos aquellos valientes, pues el jefe no olvidaba sus anteriores servicios. Un día le dijo:

— Amigo, aquí necesitamos valernos de alguna estratagema, porque de otro modo nos hundimos. ¿Qué dice



usted? Hemos vuelto á las épocas del cura Hidalgo: ya usted lo ve; palas, picos y azadones para pelear, no para alzar fortalezas... Pero se ha de seguir adelante ó vemos para qué vinimos al mundo.

Entretanto la muchedumbre aquella iba llena de ardor, recorriendo pueblos y montes, gritando vivas á la libertad y celebrando las bondades del nuevo jefe, que se aparecía con sistemas tan nuevos y tan raros de pelear: no imponía préstamos, no robaba, no extorsionaba, pagaba cuánto consumía, y era, en fin, un ejemplar desconocido y extraño en aquella fauna de bribones desapoderados y borrachos, locos ó asesinos, que caían como el *chahuixtle* sobre las exangües comarcas.

Caminaba la tropa de Porfirio á pie y despacio, seguíala el pelotón de cabos y sargentos, y al último, como apéndice de núcleo tan exiguo, venían los dos ó tres mil naturales que con tan buena voluntad se habían agregado á las filas: iban vestidos con sus ropas de lujo, esto es, llevaban hacia afuera las faldas de la morena camisa, tenían remangados los calzoncillos hasta media pierna, estaban tocados con sombreros de palma de anchísimas alas y aun algunos se honraban con un machete de seis dedos de espesor, pendiente de una correa de cuero crudo.

— Los austriacos, anunció Porfirio á su ayudante, son setecientos y cuentan con trescientos auxiliares traidores y con seis piezas rayadas de montaña.



... empezaron á tocar con furia. La una atacaba con un son...

Pancho tanteó con la vista aquel batalloncito mal equipado y aquella muchedumbre de indios sin armas y y que probablemente emprendería la fuga luego que se acercara algún peligro serio, y aunque nunca solía hacer observaciones á su jefe, le miró con tanta sorpresa que Porfirio le tranquilizó sonriendo:

—No se espante, amigo; no hay nada de raro en esto, pues tenemos allá los doscientos hombres de Segura, que nos prestarán muy buenos servicios.

Pero no había acabado de decir aquello, cuando todas las músicas de los pueblos que iban en la reunión, empezaron á tocar con furia. La una atacaba un son abajeño, la otra le contestaba con el himno nacional, y cuando más comprometidas se hallaban ambas en la disputa, se entrometía una tercera que ensayaba el alabado viejo y que pronto cedía el lugar á una cuarta y á una quinta que se ejercitaban en la melodía religiosa ó en el jarabe tapatío. A menudo la *Paloma* se cogía á picotazos con el *Perico*, ó reñían descomunal pelea algún vals concebido á orillas del Rhin y la coplilla triste y lánguida, inspirada por las voluptuosidades del suelo tropical: aquello era la Babel del sonido, el acabóse de la armonía.

Los austriacos oyeron la cencerrada desde lo hondo del valle y también desde allí vieron el centellear de los instrumentos: abollados fagots, centenarias bombardas, trombones reumáticos, trompas apocalípticas, agudas

chirimías y albogues, zampoñas y caramillos, cuyos nombres apenas se conservan en romances pastoriles y en novelonas tediosas y narcóticas. Entonces sintieron el pánico los enemigos, pues comprendieron que aquellas horribles disonancias y aquel instrumental anacrónico (más parecido á maquinaria de guerra por los apretados parches de soldadura que fingían resanar heridas de bala, que á pacífico artificio de placer), sólo podía ser heraldo y anuncio de un temeroso y feroz ejército de salvajes antropófagos. El señor conde, á la chita callando y seguro de realizar una gran maniobra estratégica, salió á buen compás de pies seguido de su golpe de tropa y dejó la población en manos de Porfirio. Los muchachos, que eran de humor maleante, rieron á más no poder de aquella huída tan graciosa y descansaron en Tlapa unos días, pues el jefe despachó con su música á otra parte á los doscientos hombres de Jiménez y á toda la indiada inerme y melómana.



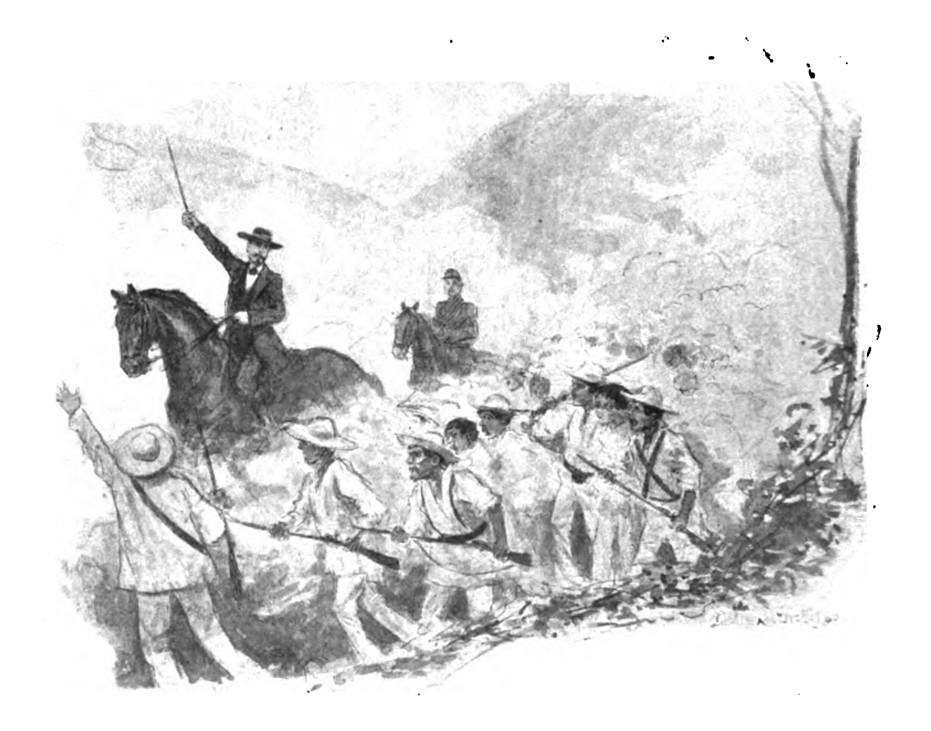
A fines del 65, Porfirio era dueño de Tlaxiaco, y después de derrotar á Visoso y conseguir nuevos elementos y tropas, cerraba la campaña con los triunfos de Tehuitzingo, Piaxtla, Tulcingo y Comitlipa. Tras muchas correrías llegaron á Tlapa, que para la pobre y desmedrada

reunión era puerto y refugio en que se guarecía cuando apretaban los enemigos ó escaseaban los mantenimientos.

Los que se figuren que en aquellas épocas era todo vivir y prosperar, deben saber que los soldados de Oriente ganaban haberes de doce centavos al día, y que los jefes no percibían más que sueldos nominales, sin ver nunca una peseta real y verdadera. Y como en la tropa aquella no se robaba, ni se imponía préstamos, ni se plagiaba á nadie, era imposible seguir viviendo así. En cambio, los pueblos no se hartaban de llenar de bendiciones á Porfirio: le daban espontáneamente cuantos bastimentos necesitaba, le ofrecían las armas que les había dado el imperio — armas que Porfirio no siempre aceptaba, pues prefería poca y buena tropa, á tropa abundante, de mala clase, mal pagada y que viviera sobre el país — y le demostraban de mil maneras su amor y su deseo de adherirse á su causa.

Un día, al llegar á Tlaxiaco, fastidiado Francisco de aquella vida de constantes penurias y de perpetua batalla, insinuó al general que convenía empezar á meterse á saco en los pueblos, pues sólo así se podría obtener recursos y escarmentar á los vecinos voltarios, que se declaraban republicanos ó imperialistas según fueran republicanos ó imperialistas los que entraran. Porfirio oyó con la sonrisa en los labios la proposición de su ayudante, y sin que éste lo aguardara, le dió facultades

para saquear cuanto quisiera en la próxima entrada á cualquier pueblo. Así penetraron al lugar, pero al presentarse en la plaza se fijaron en que los aposentadores estaban ya plato en mano, ingiriendo las tortillas, los frijoles, los tamales ó el chile que les habían llevado las



pobres mujeres. A poco entró el grueso de la tropa, y no hubo soldado que se quedara sin *taco*, plato ó cazuela que les refocilaran los hambrientos estómagos, sin que aquello les costara nada.

Se entretenía Pancho contemplando espectáculo tan

excepcional como conmovedor, cuando oyó la voz de Porfirio que le decía en son de burla:

— Comandante, ¿á qué hora empieza el saqueo?

El muchacho no contestó, porque estaba emocionado hasta las lágrimas: apenas pudo señalar á diez ó doce pobres mujeres que recorrían las filas cargadas con cazuelas de tlemole, preguntando si alguno se había quedado sin ración y si no querían repetirla los que la hubieran recibido.

— Pues por eso no ordeno saqueos, señor comandante, dijo Porfirio con intención. ¿Iba acaso á castigar á estas pobres gentes por su bondad, por su desprendimiento, por el cariño y adhesión que nos manifiestan? Para hacer eso necesitaría ser loco ó malvado.

Pancho acabó, como siempre, por dar la razón á su general.

De Tlapa salió la tropilla para Jamiltepec queriendo habérselas con don Juan Ortega, que llegaba acompañado de buena cantidad de gentes. Acampó Díaz en un ranchejo llamado Lo de Soto, confiado en que había cerca una avanzada que vigilaba el camino. Pancho pidió permiso al general para bañarse en el río, y el jefe se lo concedió, permitiéndole también llevar consigo á siete ú ocho soldados que deseaban darse un chapuzón y dárselo á sus caballos.

La mañana, como de los fines de Febrero, era dulce y

clara; los árboles, que no conocían las crueldades del invierno, ostentaban sus corimbos de perpetua verdura. Unos parecían guerreros empenachados que llevaban en el casco cimeras de recias y agudas púas; otros semejaban gráciles columnas con capitel de flores; otros, majestuosos y solemnes, se mostraban llenos de hojas, copados y verdes como si fueran un inmenso alcázar preparado para las aves del cielo; y en todos escuchábase rumor de picos horadando troncos, rumor de serpientes escalando ramas, rumor de insectos surcando hojas, rumor de savia ascendente, de vida en embrión, de naturaleza en funciones.

El río quedaba del campo obra de una legua; los muchachos la recorrieron mezclando sus gritos de alborozo, sus dicharachos y sus juegos al rumor que subía de la hondonada, haciendo que el oído confundiera en una sola sensación el rodar del torrente y el eco del agua que pasaba para regresar al océano, que la acogería con el amor con que la eternidad acoge nuestras vidas. Buen trecho antes de llegar al río, los bañistas empezaron á desnudarse, llegando á la margen unos descalzos, otros descamisados y la mayor parte en traje adamita. Pancho quedó un buen rato contemplando aquel torrente que corría oleoso, pesado y rojizo, y que poco antes formaba una cascadita que parecía la empolvada melena de un cortesano del siglo XVIII.

Sombreado por un sabino que se inclinaba hacia el

agua, como curioso que explorara las guijas del fondo, había un remanso tranquilo y puro donde los muchachos se echaron casi á una, impulsando á sus caballos para que se arrojaran tras ellos. Y era un espectáculo muy hermoso el de aquellos garzones cobrizos y membrudos, endurecidos en todas las fatigas y diestros en todas las luchas, sacar del agua el torso hercúleo, la cabellera brillante, las manos ágiles, y coger de la crin á los caballejos que apenas asomaban las cabezas inteligentes, las orejas agudas y las narices con que arrojaban el agua que solían tragar.



—¡Adentro, mi comandante!

—¡Andele, mi jefe, que el agua está como caldito!

—¡Véngase, señor, que su caballo ya le está aguardando!

Y Pancho, al ver á sus muchachos y al oir sus gritos de gozo, se despojó á toda prisa del uniforme, se acercó á

la orilla y se echó al río levantando con su cuerpo un torrente de líquidas perlas, que se irisaron al chocar con los rayos del sol que entraban por los claros del follaje. El comandante salió á flote un momento, se zambulló tres veces, se tocó la coronilla otras tres y comenzó á jugar con los soldados. Primero fué la *culebra*, luego el *muerto*, después el nadar como perro, á volapié, de rodillas y para atrás. Luego se retiró un rato á la playa, cubierta de finísima arena y se jabonó escrupulosamente, para arrojarse de nuevo á los lomos de un caballo que asomó las ancas y seguir bregando un larguísimo rato.

De pronto el comandante se detuvo en sus juegos.

—¿Oye, sargento?

—¿Qué cosa, mi jefe?

—Un tiro.

—Yo no oigo nada.

—¡Si son las campanadas de las doce!

—¡Si no hay campanas!

—Esos sí son tiros.

—¡Pues afuera!

Y cargando la ropa que empezaba á secarse en la arena, vistiéndose á toda prisa el uniforme y trepando en pelo en el primer caballo que se encontró á mano, salió Francisco al galope, seguido á distancia por sus diez jinetes desnudos, que parecían una tropa de centauros perseguida por las flechas de los iracundos lapitas.

Pancho no tuvo ojos sino para su general, que se encontraba en peligro. Le vió á la puerta de un jacal, lívido, mudo, los cabellos sobre el rostro, el bigote caído y con dos pistolas en las manos haciendo frente á treinta ó cuarenta jinetes que no tardarían en cogerle ó en matarle. Olivos metió talones á la bestia y no tardó en ponerse al lado de Porfirio, tapando con su cuerpo y el del caballo el agujero desde donde el general hacía fuego.

Cuando los asaltantes vieron que tenía auxiliares el hombre que buscaban, se ensañaron disparando contra los recién venidos. Éstos no eran mancos y contestaron haciendo muchas bajas entre los que acometían al general; pero cuando menos lo esperaban todos, Olivos cayó al suelo bañado en sangre. Cabalmente en ese momento salía Porfirio con nuevo *parque* decidido á continuar la pelea; Pancho pudo verle á través de las brumas que enturbiaban sus ojos, le tomó la mano, se la estrechó, y cuando el jefe le gritaba emocionado:

—¡Arriba, comandante, arriba, que esto no es nada! Pancho le vió con inmenso amor, le sonrió y le dijo con los últimos alientos:

—Mi general, ahí está mi caballo; suba en él y sálvese.

—No nos salvaremos dejándole á usted aquí.

Pancho ya no vió ni oyó cosa: mudado el color, la voz vuelta ronquido, los ojos tornados en blanco, yacía recargado contra la tapia del jacal.

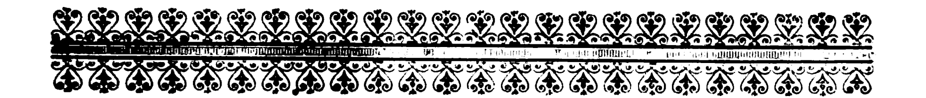
Enardecido Porfirio, que montó á toda prisa en el caballo, dió una carga y alejó á los contrarios; pero éstos ya habían recibido nuevos auxilios y eran en número de más de cien.

—¡Adentro, muchachos, no dejemos aquí al comandante Olivos! gritó el jefe con lágrimas en los ojos.

Mas al volver el rostro vió que la nube de jinetes ocupaba ya el frente del jacal y que era imposible acercarse.

Porfirio se alejó al tranco y disparando con ventajas; pero con el alma hecha pedazos al saber que había dejado en poder de enemigos infames el último despojo del servidor más leal que había conocido en su vida.





CAPITULO VII

Resurrección

Fué en una mañanita, de las húmedas del tiempo de lluvias, cuando Pancho Olivos se dió cuenta de que vivía y alentaba y que, por fin, no había muerto de aquel tiro espantoso que le entró (Dios nos libre) por el sobaco izquierdo, le rompió no sé cuántos huesos, arterias y órganos útiles, se acercó al corazón, desviándose de él una ó dos pulgadas, anduvo por el estómago y al fin se aposentó como dueño y señor en los alrededores del hígado.

No le valieron á Pancho pócimas ni ungüentos, triduos ni novenarios, drogas de botica ni vendas puestas en cruz, ni polvos de cuerno de venado, ni hierbas medicinales conocidas sólo de los pastores. Tres meses batalló entre la vida y la muerte, y apenas pasado ese tiempo, se

sintió con ánimos y deseos para dar unos pasitos y gozar del sol, que antes había contemplado sólo por las rejas de un tablero de la puerta que servía de hospital y prisión en aquel pueblecillo. Por eso doña Silveria Romo, que vió levantarse al pobre oficial pasadas aquellas doce semanas, se le acercó satisfecha, limpiándose la cara cobriza con el delantal de cambaya azul.

—¿Ya lo ve, señor? ¡si se lo dije! No hay dolencia que resista á los trece viernes de señor San Francisco de Paula... La primera vez que rezamos aquello de

Glorioso sois en verdad,
Francisco, en Paula nacido,
Mínimo de Dios querido,
Nuevo sol de caridad,

usted se rebulló en la cama y abrió los ojos; y la segunda, cuando estaba con aquel horrible desvarío, tirando al suelo las cobijas y gritando como un embrujado; al empezar la tercera se sosegó y consintió en beber la infusión que le teníamos preparada... ¡Si no hay como mi santo!

Sonrió Francisco para dar las gracias á la excelente doña Silveria, que por cierto era alta, gruesa, de semblante apacible, de ojos chiquitines, de nariz chata y de conjunto insignificante.

Alejóse la matrona, y Pancho pudo contemplar á su sabor el lugar en que se hallaba. Tenía al frente el muro



—¿Ya lo ve, señor?...

de la iglesita del lugar, carroñoso, carcomido, apretado de cicatrices de tiros y de mataduras producidas por la acción del tiempo. En la nave, dividida en dos secciones, había permanecido durante su enfermedad, contemplando con mirada sin conciencia una gran sábana que tapaba la puerta y tras la cual se veía la silueta de una escultura y se escuchaban rezos y conversaciones.

El templo estaba cerrado con una gran puerta de palo, que tenía arrancado un tablero por donde entraban la luz á los heridos y las preces y las flores á un Santo Niño con báculo y calabazo que regía una grey de cabras y borregos de alfeñique. Limitaba la puerta un medio punto de cantería historiado y lleno de labores enigmáticas, al grado de ignorarse si las tales labores eran arábigas ó aztecas, y hasta si las había labrado la mano prolija y artificiosa del hombre ó la zarpa brusca y despiadada del tiempo; seguía un ático rematado por la mano cerrada, emblema de la orden tercera, y la construcción se veía superada por otro medio punto, que llevaba como apéndice una torrecilla para las campanas, de las que no quedaba más que una roñosa y tomada de orín, que se oía sonar de higos á brevas, si acaso la agitaba el lacete que pendía del badajo.

A lo lejos, como si fuera un mar verde y movible, extendíanse los sembrados de maíz, y como si aquel lago estuviera coronado de espuma, las robustas panojas mos-

traban sus blanquísimos granos ó el airón de sus cimeras doradas y sedosas.

Olivos permaneció un buen rato viendo aquel sembrado en frutos, aquella tierra húmeda y feraz, que no se daba cuenta de las disputas de los hombres y que, inconmovible y serena, seguía dispuesta, como antaño, á abrir su seno á todas las generaciones para sustentarlas y á abrir sus brazos á todos los hombres para arrullarles en su último sueño y darles perpetuo abrigo. No quemaba el sol al convaleciente, no le ofendían las ráfagas de aire, no se sentía molesto, ni disgustado, ni falto de ánimo; habría deseado permanecer días enteros en aquella situación, disfrutando del placer de vivir, del gusto de saborear aquella languidez que se asemejaba á la beatitud y á la extinción de la personalidad.

Pidió que le sirvieran su comida en el poyo en que se hallaba recostado; en el poyo durmió la siesta; pasó en el poyo una ligera llovizna que mojó el suelo con un rocío tenue y delicado, y en el poyo dejó llegar la hora del crepúsculo, que se le infiltró en el alma con toda su tristeza. Primero se presentaron á su memoria su general, sus compañeros y sus amigos; luego se acordó de sus padres; y al fin, como una imagen vaga y esfumada, pero dulce y amable, apareció la figura de Violette, su linda compañera, su amiga, su enamorada.

—Todo el mundo se habrá olvidado ya de mí, pensó;

todos me creerán muerto, todos se habrán conformado y si acaso me lamentarán un poco de vez en cuando.

Y en aquella hora melancólica, en que los árboles se inclinaban uno hacia otro como diciéndose tristes confidencias, en que se apagaba la última ráfaga de luz en el cielo, y comenzaba á resplandecer el lucero de la tarde, y la sombra se alzaba como envidiosa del fulgor de la estrella y queriendo opacarla, el pobre oficial reflexionó en su suerte, y se dolió de ella y de su aislamiento y lloró en silencio.

—No sé á derechas en dónde estoy, dijo en voz alta y haciendo ademanes con cabeza y manos; no sé qué me pasa ni á quién pertenezco; no sé si estoy libre ó si estoy preso... ¿Qué habrá sido de mi general? ¿Caería en manos de Ortega? ¿Moriría? ¿Seguirá triunfando? ¿Y dónde estará mi hermano? ¿Y mis padres? ¿Y Violette? ¿Me habrá olvidado? ¿La habrá convencido Chastel de que no hay fidelidad posible para los muertos y para los idos?

Y Pancho, que había visto en el primer momento como la gloria mayor la gloria de vivir, siguió llorando al sentirse olvidado, solo y sin ligas con el mundo.

Cuando más enfrascado estaba en su pena, oyó tropel de caballos é instintivamente se alzó del asiento que ocupaba, al ver llegar á un jinete que venía delante de otros cinco ó seis y que gritó con voz de trueno al convaleciente:

—¡Eh, Ponciano, aquí!... Coge esta rienda. No te aplomes, hombre.

Se movió el pobre Olivos lo mejor que pudo, y apoyándose en un bastón de otate que le había proporcio-



nado la caridad de Silveria, acudió á cumplir lo que le mandaba aquel que le había llamado Ponciano.

—Pero qué, ¿no es Ponciano? ¿Conque es usted, amigo? Veo que ya está de correr y parar. ¡Bendito sea

Dios, hombre!... Yo creí que ya se nos pelaba... Pero, pase, no se esté en el sereno.

Y con bondad no esperada, dió el brazo á Pancho introduciéndole á un cuartito, probablemente la sacristía ó la antesacristía del templo.

A la luz de un velón vió Pancho á un guerrillero flaco, de cuerpo regular, con la cara y las manos llenas de las pintas de la jiricua, vestido de gamuza, enorme jarano en la cabeza y tremendos y sonadores acicates en los pies.

—Yo soy Visoso, Jesús María Visoso, le dijo con arranque el charro.

Francisco le vió despacio sin que se le escaparan en aquella inspección los ojos negros, la nariz prominente, la abultada panza, las pantaloneras y la chaqueta que le daban cierto aire al buen Visoso.

—¿Le extraña encontrarse conmigo? Pues es claro; ¿cómo se lo había de figurar usted?... Pero qué, ¿no le dijeron nada los que le cuidaban? Mire, pues son de pecho... Pues, sí, señor, yo soy Visoso... para servirle... Su jefe de usted anda haciendo torería y media; pero no creo que se salga con la suya... Anda ahora por Putla, por Tlapa, por Tlaxiaco... ¿Que cómo cayó usted en mis manos? Hombre, muy sencillo: los de Ortega me le dejaron por muerto; se fueron tras de Porfirio, que no sólo se les escapó, sino que les pegó una zurra de primera clase. Yo pasé en la tarde por Lo de Soto y vi que estaban

velando dos difuntos en un jacal. Me acerqué á ver si había en el velorio un poco de mezcal, ó, por lo menos, algo de charape, y entonces me refirieron que usted había caído al lado de su jefe, y que el otro que se hallaba enfermo y que se llamaba... ¿cómo se llamaba?

—¿Manuel Aburto?

—Eso es, Manuel Aburto; pues bien, que á Aburto le habían sacado de un jacal en donde estaba en cama, le habían presentado al coronel Acebal (que estaba dirigiendo aquello) y que cuando Acebal estaba averiguando quién era el preso, el ladrón Benito Arango le había descerrajado por una oreja el tiro que le dejó seco... Yo me acerqué á los difuntos, les vi y me estuve un ratito á su lado... Serían las doce cuando noté que estaba solo, y como no me convenía quedarme allí velando cadáveres, me salí echándoles antes una mirada á los cuerpos. Uno estaba bien muerto: le habían pegado el tiro en la mera chapa del alma; el otro (ahora usted), como que movía á compás los botones del chaquetín, y como que con un soplo que le salía por la nariz levantaba los pelos del bigotillo: nada más... Los cabellos se me pararon (¿para qué es más que la verdad?) y dudando si el charape me hacía ver visiones, llamé á Silveria (ahora la que le cuida) y ella me confirmó que usted estaba vivo... Y allí fueron mis enojos y mis disparates: «¿pero, hombre, tasajo, que sean tan brutos que vayan á enterrar á un hom-

bre vivo?»... «¡Señor, si nosotros no tenemos la culpa! Demasiado hacemos con velarle. El otro coronel dijo que luego que les quitáramos lo que trajeran,... pum, al joyo»... «Pues llamen á un médico, á un curandero, á alguno»... «¡Señor, si no hay más que la arbolaria!»... «Pues que venga la arbolaria»... Y comenzaron con eso los trajines, y el ir y venir, hasta que la vieja que llamaron declaró que se comprometía á cuidar á usted.

—Me ha salvado usted la vida, exclamó enternecido Pancho.

—¡Qué salvar, ni qué salvar! Si nos hubiéramos visto frente á frente á la hora de los cocolazos, habría procurado madrugarle y á ver si se le pegaba; pero como me le encontré tirado en el suelo, echando sangre por todas partes, no era cosa que me atreviera á mandarle enterrar vivo... No tengo el alma tan atravesada... Pues, señor, que apenas le alzaron entre seis, para ponerle en un tapextle, cuando echó usted un lamento como si le hubieran arrancado las raíces de la vida. «¡Tasajo! grité; y así habían dicho que estaba muerto! Más muerto estoy yo»... Pero faltaba la más negra: curarle; el hacerle recobrar el conocimiento fué cosa de poco rato; pero el cerrarle esa reventadísima herida fué negocio largo: por aquí se tapa, por allí se destapa, aquí le meten varas de mecha de rechín y más allá arrobas de *ingüente* amarillo... Y luego era aquello un salir de huesos y de podre,

que Dios nos libre; yo perdía la esperanza de verle sano: pero esta bendita Silveria, que es más buena que el buen pan, me decía: «Le hemos de ver levantado como usted y yo; se ha de poner en pie y de dar mucha guerra»... ¿Qué tal? ¿Verdad que le tiene ley? Y hasta le asentó la cama, amigo: está gordo y ha echado unas barbitas que dan gusto.

Pancho se tocó la pelambrera que le brotaba por el rostro, y aunque para él no era una revelación la existencia de aquellas patillitas catalanas, pues ya las había advertido desde que pudo darse cuenta de las cosas de este mundo, se sintió lisonjeado de que un extraño las notara.

—Conque ahora á descansar, terminó Visoso, y póngase listo muy pronto para que hablemos de sus cosas.

Aquella noche durmieron bajo el mismo techo el asombrado comandante y su inverosímil salvador, que por cierto roncaba con las cien mil voces de un orquestrión gigante. Pancho no pegó los ojos pensando en lo que había oído, en su milagrosa liberación, en la suerte que le aguardaba y en el conflicto en que se hallaría cuando Visoso le ordenara ir á combatir á Porfirio.

—¡No lo haré; por Dios que no lo haré! Tengo obligaciones con este hombre, pero mayores las tengo con mi jefe, y no es cosa de ir ahora á voltear chaqueta. Y

luego, que aquello me nace, mientras que esto me choca más que mis pecados.

Y como contestando á aquellos monólogos del buen Olivos, se oía el roncar de Visoso, que simulaba ora el ronroneo de un gato, ora el glu-glu del agua al entrar por una coladera, ya el susurro del viento entre las cañas, ya, sobre todo, el rezo de un grupo de fieles en la iglesia. Cuando el comandante se aletargaba un poco oía con toda claridad: «*ora pro nobis, ora pro nobis*».

Antes del alba Visoso estaba ya en pie: se puso chivarras y espuelas, se caló el sombrero, se tapó un joronguillo y salió andando poco á poco.

El convaleciente acababa de conciliar el sueño, mas al oir el tintineo de las espuelas de Visoso se despabiló y dió los buenos días al coronel.

—Mejores los tenga usted, amigo. ¿Qué tal se descansó?

—Poco, señor.

—¿A qué le desvelé con mis ronquidos? ¿No le digo...? ¡Si soy de lo que no hay en el mundo! Cuentan que dizque ronco de tres maneras: de sorbete, de chiflido y de mascada; pero nadie llega á perder el sueño por esas cosas; sólo usted, que ha de tener la cabeza como olla rajada, se ha de haber pasado la noche en blanco... Y á propósito, amigo, no se me salga mucho, que en cualquier rato, por angas ó por mangas, llega una partidita, me le da un

susto y usted no está en condiciones de resistir. Hasta luego.

Y salió cerrando de golpe la puerta.

Todavía oyó Pancho la salida de los pencos, los encargos á Silveria, el cacarear de un gallo, la canturria de unos labradores que iban al trabajo, y al fin se durmió con un sueño pesado y benéfico.



Visoso tardó en volver cuatro días con sus noches; al quinto día llegó con tres jinetes que se aposentaron dentro de la capilla. El grueso de la fuerza había quedado en una ranchería cercana y debía llegar á recoger al jefe no bien amaneciera.

Aquella vez vino rodada la conversación acerca de Porfirio y sus hazañas.

—No tiene duda, exclamó Visoso convencido; á ése le cuelgan ó hace lo que tiene pensado. ¡Caramba, hombre, qué tesón! Se ha propuesto ser juarista, y juarista ha de ser aunque le cueste el pellejo.

Pancho, que recordaba lo que le había dicho don Jesús, que Díaz no se saldría con la suya, se quedó mirándole fijamente aguardando la explicación de tales cosas.

—El mundo es de los caprichudos, dijo convencido Visoso; ¡quién sabe qué veamos hacer todavía á este sujeto

si antes no le cortamos el resuello! Y dígame: ¿qué clase de persona es Porfirio?

Allí fué el soltar Pancho la espita de la elocuencia, alabando de su jefe el valor indómito, la serenidad ante los peligros, la suprema habilidad para granjearse los ánimos de todos, su noble desinterés, su bizarría, su fidelidad para los amigos, su patriotismo sin tasa y todas las cualidades que el cariñoso subalterno estaba seguro tenía su general.

—¡Vaya, hombre, vaya! exclamó el gavillero: dicen que de dinero y amistad, la mitad de la mitad; pues ahora digo yo que de valor y de grandeza, la mitad de la cuarta parte.

—No, señor coronel, repuso mosqueado Francisco. La mitad de la mitad es lo que yo digo, puede creérmelo: no se conoce todavía á mi jefe; todavía no se sabe lo que vale.

—No han de decir lo mismo los pueblos á quien imponga préstamos, tasajo.

—A ninguno se lo ha impuesto.

—Entonces, ¿cómo ha hecho capital?

—No tiene propio un centavo.

—¿Y cómo mantiene á sus tropas?

—Con dinero.

—¿Y de dónde lo coge?

—Lo obtiene prestado.

—¿Y paga?

—Claro que sí.

—¿Y sus soldados le quieren?

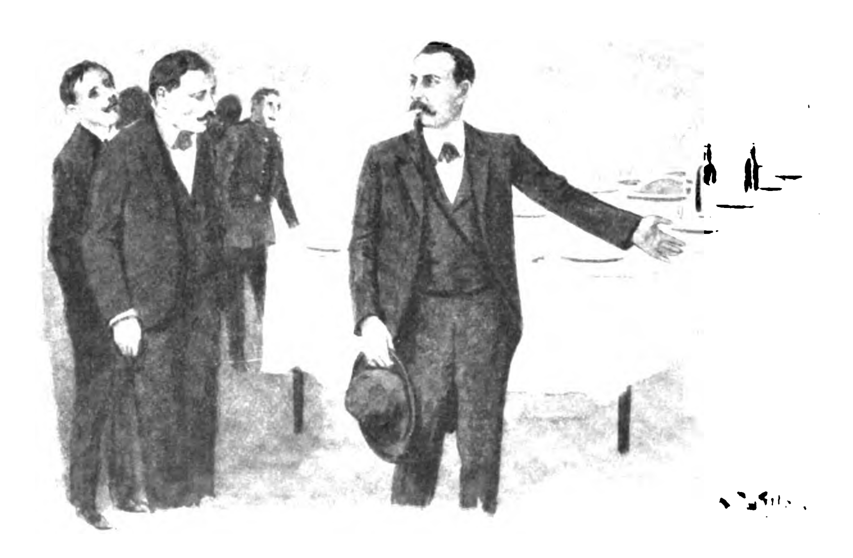
—Como á un Dios. Voy á referirle á usted algo que le dará idea de por qué los soldados adoran al jefe y por qué tienen por él esa veneración que hace que si ordena lo más extravagante, le obedezcan sin replicar. Andábamos por Oaxaca, traspasados de necesidad, muertos de frío, sin dinero y sin esperanzas de obtenerle. Llegamos á una hacienda cuyo nombre no recuerdo, y el dueño, que era amigo, salió á recibirnos con cumplidos y agasajos que enternecían: arcos de flores en los corredores, música en el patio, muchachas bonitas que nos llenaban de atenciones; era para volverse loco de contento... Pero lo que nos encantó más que las flores, y las dianas y las chicas, fué una mesa que divisamos puesta en el fondo de un salón largo como una nave de iglesia... Allí estaban los pavos con sus picos dorados, tendidos sobre lechos de manteca, con orlas de lechugas y rábanos; allí estaban los tiernos elotes mostrando sus granos como dientecitos de doncella; allí las jarras de *jocoqui* espeso y delicado; allí las mantequillas suaves y ostentando aún las huellas de la hoja de maíz que las envolvía; allí las compoteras dejando traslucir los membrillos y duraznos en dulce; allí la infinita variedad de guisos rancheros, incitantes y sabrosos, devorados antes con la vista y con el olfato que con los dien-

tes y el paladar... «Señor general, dijo el viejo hacendado acercándose á Porfirio, ¿qué, no me hace usted el favor de pasar á tomar un taco en compañía de sus oficiales?»

Hizo el jefe como que no había oído aquello, y cuando el excelente ranchero repitió la invitación, dió las gracias excusándose cortésmente. El anfitrión no sabía qué hacer ni á qué carta quedarse: por un lado veía el ademán serio y seguro de Porfirio, y por otro notaba el gesto de estupefacción de todos sus acompañantes, que hacía más de veinticuatro horas que no probábamos bocado y más de veinticuatro meses que no recordábamos ni el sabor de aquellos potajes exquisitos... «Pero señor»... dijo asustado el buen viejo,... «Tenemos que salir á toda prisa», replicó Porfirio excusándose... «Se lo llevan ustedes en las cantinas»... «Muchas gracias, muchas gracias»... Ibamos á marcharnos sin chistar, cuando uno de los compañeros, que tiene gran confianza con el general, le dijo al hacendado: «Pues yo sí acepto algo para bastimento, don Martín»... Porfirio se le quedó mirando, y con voz á un tiempo de reproche y de queja, le dijo: «¿Y te atreves á comer estas cosas exquisitas mientras nuestros pobres soldados están muriéndose de hambre? Yo no lo haré nunca»... Todos quedamos suspensos al oir aquello, pero no tanto como el anfitrión, que dijo en son de reproche: «¡Y no lo decía usted, señor general! ¿Cuánto necesita

usted?»... «Dos mil pesos», contestó el jefe á toda prisa. «En este momento se los llevan á su pagador, señor general»... «Pues así ya se puede comer», contestó éste. Y nos sentamos á la mesa para meter en casa aquel buen día que nos proporcionaba la suerte...

Pancho conoció que habían labrado grandemente



aquellas cosas en el ánimo de Visoso, y siguió refiriéndole rasgos que dejaron al otro suspenso y cariacontecido además.

—¡Pero, hombre, eso no es un soldado; es un fraile francisco! El que se proponga hacer esas cosas, se muere de hambre, tasajo.

—Pues á él nada le falta.

—Se necesita suerte especial.

Ocho noches consecutivas estuvo puntual Visoso en el alojamiento-prisión de Pancho, y ni una sola dejó de pedirle nuevos datos sobre la vida y milagros del jefe de Oriente. El comandante, que cuando tocaba aquel tópico era inagotable, dedicaba esta conferencia á la humanidad de Porfirio, aquélla á su astucia, la otra á su desprendimiento, la de más allá á su talento organizador, como como suele el panegirista de un santo milagroso dedicar sendos sermones á elogiar á su favorito por cada una de las virtudes que poseyó.

— Haya cosa, dijo un día Visoso entre burlón y sorprendido; pues hay que conocer á ese primor.

— Pues de usted depende, coronel, dijo Pancho tomando la ocasión por los cabellos. Váyase usted al lado del general y será bien recibido.

— Pero ¿está usted loco, tasajo? Bueno sería que después de las zurras que don Porfirio me ha dado, fuera á pedirle las de arriba y á ponerme á sus órdenes. ¡Eso no lo hace Jesús Visoso, tasajo!... Palabra de honor.

— Pero, señor, si...

— ¡Qué señor, ni qué señor! No lo hago.

Pero Olivos, que aunque muchacho comprendía que lo que Visoso deseaba era *hacerlo,* con tal que el amor propio quedara á salvo, insistió suavemente sin que el otro se trepara á las nubes ni se diera por ofendido. Una

noche llegó mohino y melancólico, y Pancho lo conoció en que no soltó á la entrada el *tasajo*, que era como su leit motiv: después se desquitó, pues no dejó un punto de esmaltar la conversación con el voquible, al grado que aquélla parecía más bien un patio de hacienda cuando hay res desbarrancada que arreglo entre personas que tratan de sus cosas.

—¿Qué le parece? Me han fastidiado... ¡Ni esto es gratitud, ni esto es gobierno, ni esto es nada!... ¡Tasajo con el imperio!... Después de soportar soles, hambres, cansancios, mojaduras y porrazos en las espaldas, ahora me ordenan que... que... ¿qué le parece que me ordenan? Pues que me presente en Puebla para que me juzguen por las derrotas que me ha dado Porfirio, tasajo!... ¿Yo qué culpa tengo de que su jefe de usted tenga más alma, ó más tompeates, ó más suerte que yo?

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Pues presentarme, hombre.

—¿Y yo?

—Usted se larga por donde vino.

—Yo quisiera que usted se viniera conmigo.

—¡Bonito sería eso de irme á presentar: «aquí estoy porque allá no me quisieron!»

—No diría usted eso: diría: «aquí estoy porque allá me trataron con injusticia.»

— ¿Y me lo creen?

— Claro que sí: yo salgo garante de ello.

Quedóse pensativo el cuerudo, y luego dijo como hablando solo:

— Pues no piense, buenas ganas me dan de pegarles ese chasco.

— Pues á pegarlo, señor.

— ¿Y si luego Porfirio dice que no?

— Yo respondo de que dirá que sí.

— Vamos haciendo la tienta.

— Mañana mismo.

— Bueno; pero ¿no irá á salírsele el mondongo con una andada á caballo?

— Estoy peor que nuevo.

— Pues mañana se marcha usted y yo le espero en Puebla.

— ¿En Puebla?

— Sí, hombre, hay que hacerles creer que voy rendido á sus mandatos.

Durmieron en paz de Dios, se levantaron antes que clareara el alba, y en la puerta de la iglesia se dieron desde á caballo, un largo y apretado abrazo con sus palmadas correspondientes. Pancho se había despedido previamente de la bonísima Silveria y la había dado las gracias por sus desinteresados servicios. Al bajar una barranca que quedaba como á legua y media del lugar,

vió el comandante el caballo colorado y la cotona de gamuza de Visoso, que iba ascendiendo una eminencia, alumbrados y recortados por la luz del sol naciente. Más tarde subieron los tres jinetes que le acompañaban. Luego se internó Olivos en los vericuetos de la barranca y siguió el camino que le llevaría á encontrar á su jefe.





CAPÍTULO VIII

La promesa de Visoso

Logró Pancho reunirse con Porfirio en Chalcatongo. Diluviaba; el monte estaba como untado de un jabón deleznable que cedía al paso de las cabalgaduras, y los árboles lloraban lagrimones que se metían por entre la camisa y el pellejo del muchacho causándole la impresión del acero que desgarra las carnes.

Al llegar Olivos, mandó anunciarle al jefe que allí estaba un viejo subordinado suyo que quería darle un mensaje de persona á quien Porfirio estimaba; y tal cosa hizo que sin tardar recibiera el caudillo al comandante en su alojamiento. El pobre Olivos iba nervioso y sin habla, sudando á ratos y á ratos sintiendo frío de cuartana. ¿Qué le diría su jefe? ¿Qué le diría él? ¿Cómo iría á recibirle?

Meditando en esto llegó á la casa en que vivía el caudillo, que era la más capaz y bien acondicionada del pueblo. Porfirio estaba solo, sentado á una mesa con papeles y al parecer abstraído en la lectura de una carta. Pancho tocó con los nudillos en la hoja entreabierta; pero sin esperar á que se lo ordenaran, entró tambaleándose y como borracho y se dirigió á la ventana que derramaba un chorro de luz sobre el rostro pálido y reflexivo del jefe, que parecía vaciado en bronce florentino.



— Mi general, dijo el comandante echándole los brazos á Porfirio, que se había puesto en pie al oir un rumor en la puerta.

— ¡Olivos! respondió el noble campeón estrechando contra su pecho al que daba por muerto.

Y durante un larguísimo espacio, jefe y subalterno permanecieron unidos, sintiendo cada uno palpitar en el pecho del otro un corazón leal y sincero que le pertenecía hasta la muerte.

—Mi general, exclamó de nuevo el chico, llorando á moco y baba. ¡Mi general... pensaba que no le volvía á ver!

—Y yo le hice á usted solemnes funerales en mi alma, dándole por bien muerto y enterrado, respondió Porfirio con emoción.

—¡Ya puedo morirme; ya gocé la dicha de abrazarle!

—Ahora es cuando no puede morirse, porque más que nunca le necesita la causa.

—¿La causa?

—Sí, la causa; aquello que parecía banda se convierte á más andar en ejército organizado. Poseemos cañones, fusiles, dinero, aunque poco, y entusiasmo y brío á más no poder... Ya usted verá. Ahora tenemos en jaque al enemigo que ocupa Tlaxiaco y creo que le vamos á dar un disgusto gordo.

—Mi general, yo traigo un mensaje para usted.

—¿Un mensaje? Pues dígalo usted; pero antes cuénteme sus aventuras.

Refirió Pancho brevemente aquella historia dantesca de sus padecimientos y acabó por decir la embajada de Visoso.

—Sí, hombre, que venga... El pobre ¿qué culpa tiene de las zurras que se ha llevado? Que venga, pero que sea pronto y que no llegue solo. Y ahora, hay que matar el ternero más gordo para celebrar la llegada del hijo pró-

digo... Venga, le presentaré con gentes de valer, comeremos juntos, y cuando descanse, vuelve á dar cuenta de su mensaje.

Efectivamente, aquel día comió el de Olivos á la mesa de su jefe, y conoció al lucido acompañamiento del insigne soldado. Manuel González, Juan de la Luz Enríquez, José Guillermo Carbó, Carlos Pacheco y muchísimos otros oficiales tan distinguidos como aquéllos, fraternizaron con el comandantillo, á quien algunos habían visto en Puebla de soldado raso y de quien todos conocían el amor y la abnegación por su general.

Tres días más permaneció Pancho al lado de Porfirio, y provisto de matalotaje y dinero, salió al cuarto para Puebla, adonde llegó á la sazón que el amigo Visoso estaba aguardándole con impaciencia. Dió Pancho el recado y al otro le pareció de perlas.

—Bien, dijo; nada tengo, mas veré cómo consigo elementos. Empezaré por quitarles á estos bandidos lo que guardan, y ya verá usted cómo ni polvo echan... ¡Que aprendan á tratar á un hombre como yo!

Pancho, que era listillo, comprendió que el ardor republicano de Visoso se había aumentado en tercio y quinto, y no sabiendo cómo atribuirlo á las infamias que le hubieran hecho, se convenció de que no había sino la seguridad de que la causa, la vieja causa á que Visoso había consagrado sus fuerzas, iba de vencida sin reme-

dio. El mismo día tuvo la confirmación de aquella malicia suya, pues mandó recado á los Campardones y á Récal.

La primera visita que recibió Pancho fué la del subteniente Récal, á quien halló tan remozado, brioso y lleno de vigor, que daba gloria verle.

— Ya sabrás la nueva, le dijo con una satisfacción que se le derramaba por la luciente pelliza y le apuntaba por los bigotes engomados y en forma de antenas: ya sabrás la nueva, chico; me caso y concluyo con mis arrestos de galanteador y mis hazañas de mozo... Era tiempo: cincuenta y tres años contantes y sonantes son capaces de desarmar á cualquiera.

— ¿Te casas? ¿Y con quién? preguntó atónito el comandante.

— ¡Asómbrate, perdido! ¡ahórcate, bravo Crillón!... Me caso con Nicole.

— ¿Con Nicole?

— Sí, hombre, con Nicole. ¿Qué tiene eso de extraordinario? ¿Acaso soy tan viejo ó tan feo que cause asombro el que yo me decida á entrar al gremio de los hombres de orden?

— No lo digo por tanto; pero como no sabíamos nada de eso...

—¡Pues si era cosa vieja! Pues qué, ¿no te figurabas que aquellas enseñanzas mías y aquel apartar á las muchachas



de los lazos de todos los galanes era para dejar mi puesto libre y para hacerte el juego, grandísimo tunante? Pero veo que no me preguntas palabra de Violette ni te das por entendido de su existencia. ¿Acaso tienes otros dares y tomares, picarón?

Pancho, que no aguardaba sino que le hablaran de aquel asunto y que no había preguntado nada temeroso de recibir en pleno rostro cualquier notición que le desencantara, exclamó fingiendo indiferencia:

—De veras, hombre; ¿qué pasa con Violette? ¿Con quién piensa casarse ó con quién se ha casado?

Récal miró fijamente á Francisco, y luego, con voz de enojo y estirándose las barbas y mirando al sesgo á su amigo, le habló en estos ó semejantes términos:

—Vergüenza me causa, Francisco de mi alma, que discurras tan burda y desatentadamente acerca de un asunto que te debía preocupar de veras. No sólo no ha llegado á faltarte en nada la muchacha, sino que está cada día más prendada de tus pedazos, como si fueras tú algún príncipe real que la llevaras á participar de un trono, en vez de ser un soldadillo trashumante, que no tiene segunda camisa, ni tierra en qué caerse muerto, ni un centavo para amanecer el día siguiente. Te ama, te ama de amor, no lo dudes, y si tú has contraído por ahí algún compromiso más ó menos ilícito, apresúrate á desatarlo ó márchate por donde viniste,

que con mujeres así no se juega... No se juega, palabra de honor.

Cuando acabó de hablar el zuavo, ya estaba en los brazos de Olivos, que le traía, le llevaba, le palmoteaba, le apabullaba y le llenaba de lágrimas y se le reía en pleno rostro.

—Pero ¿estás chiflado, hombre de Dios? Pues qué, ¿te creías que Violette era una de tantas locuelas que prometen montes y maravillas y que cuando se llega la hora de cumplir le dan esquinazo al más pintado? La conoces poco, Panchito, la conoces poco.

—¡Bendita sea tu boca, zuavo de mi alma! ¡bendita sea tu voz, Récal de mi corazón! Me has quitado no una sino muchas aflicciones de encima. ¿Conque me quiere, conque no me olvida, conque dice que sigue á mi lado? Pues toma por eso un abrazo y otro y otros más.

—¡Hombre, por Dios, me vas á poner hecho una desgracia! Ya no me abraces, que eso es para dejar *apolismado* á cualquiera.

—Te he de abrazar ahora y siempre, y tienes que aguantarte que te golpee como si fueras de lana, pues me has dado el gozo más grande de mi vida.

Las Campardonas estaban bellas como nadie lo habría pensado. Nicole era alta, recia de contextura, sobria de carnes, de ojos azules y en la cabeza ostentaba un copete rojo que parecía un penacho de fuego. Faltando en eso

á la práctica de las rubias bermejas, que tienen la tez sucia y apretada de manchitas, Nicole era blanca como la leche y escultural como una bella y bien tallada Pomona.



Violette, sin ser de estatura tan procerosa como su hermana, era de mejores proporciones que ella. Delgada, pálida, rubia, con el pelo color de oro mate y el óvalo del rostro fino y alargado, tenía dos cosas que la daban

carácter: los ojos, que eran serenos, plácidos, tranquilos como agua profunda, y la voz, que tenía modulaciones dulcísimas y armónicas, un timbre especial y acariciador, que penetraban al alma como si fueran flechas enherboladas que dieran en lo más hondo del ser. Tenía además tanta gracia femenina en sus actitudes, en sus gestos, en su manera de accionar, que el alma se quedaba prendida entre aquella red de encantos sin que pudiera escaparse jamás.

El honrado Campardon, que había salido de pobre comprando y revendiendo á los franceses pasturas, caballos, arneses, ropa, vino y cuanto podían necesitar, no era menos amigo de Porfirio que lo había sido antes.

—Ellos, para traficar, para vender, para sacarles dinero; para tenerle cariño y ley, el otro, Porfirio, que me sirvió cuando lo necesitaba. ¿Que son mis paisanos? En buena hora; yo nada haré contra ellos; pero que no me lleguen al chinacate ese, porque entonces no me acuerdo de que hay franceses en el mundo.

Como Campardon estaba en candelero, poco trabajo le costó traer á Pancho por donde le dió la gana, y aun le proporcionó oportunidad de conferenciar de nuevo con Visoso, que estaba más enojado que nunca.

—¿Conque me recibe? ¿Conque dice que vaya? ¡Pues de mil amores, tasajo! Tasajo, ¿cómo me había de ir solo? Me llevo mi gente, y ya verán qué corajes les pego... Hasta

gusto me da, tasajo, pensar la que les voy á hacer. ¡Se acuerda de mí, tasajo, si para el día de la Virgen de Agosto no les he roto en los hocicos su cochino proceso!...

Referir lo que los felices amantes se dijeron en aquellas entrevistas inolvidables, sería materia de nunca acabar: los juramentos, las promesas, las seguridades de constancia eterna, los dulces reproches, las honestas libertades, el dolerse Violette de no haber sabido las malandanzas de su novio y el haber dudado éste de la fidelidad de la linda muchacha, les ocuparon los tres primeros días de la estancia del oficialillo en Puebla; el cuarto sacó Olivos fuerzas de flaqueza y declaró al benévolo suegro que aquello no podía seguir así, y que tenía determinado casarse con Violette; pero sobre la marcha, sin esperar trámites ni admitir dilaciones.

Campardon se quedó estupefacto.

— ¡Pero, hombre, qué priesa traes! Tuya será, pero permite siquiera que lo pensemos.

— Nada de pensarlo; usted debe de tenerlo bien decidido.

— ¡Decidido! Claro que lo tengo acordado en principio, pero no con este agigolón. ¡No es puñalada de pícaro!

— Pues no tiene remedio.

Y por más que Campardon entró en grandes y sensatas consideraciones tratando de probar (cosa por cierto no muy difícil) que Pancho no tenía edad, ni recursos, ni

asiento, ni nada de lo que se necesita para formar un buen hogar, los falaces argumentos que supo encontrar su intelecto de galán y una lagrimilla que á tiempo derramó Violette, hicieron que el franchute se retirara, diciendo á gritos que hicieran lo que les diera la gana, que él se lavaba las manos.

Y en efecto, se las lavó al presentarse á la hora de la comida; pero antes entregó á Pancho un permiso que firmaba el señor Provisor y Vicario General de la diócesis, autorizando el matrimonio y dispensando vanas, vagos, publicaciones y no sé qué otras cosas, quedando autorizados los sacerdotes del obispado para proceder á la celebración del sacramento.

Campardon, que era juicioso y advertido, pronunció otra discreta homilía demostrando que todo aquello no era más que una locura; pero que al fin valía la pena de arreglar ciertos interesantes preliminares.

— Casarse en Puebla, sería un disparate: aquí ha de sobrar gente que te conozca, y donde se averigüe que tú fuiste quien dió á Chastel aquella horrible puñalada que por poco le cuesta la vida, ni te casas, ni te vuelves al lado de tu jefe, ni nada. Conviene, pues, elegir un lugar en donde seas desconocido, y he pensado en la casa de mi compadre Arcipreste.

— ¿Arcipreste? ¿Es usted compadre del señor Arcipreste?

—Sí, hombre, sí, de Nicanor Arcipreste, el dueño de Tescaltitlán.

—¿Y dónde es Tescaltitlán?

—A una legua distante de Chiautla, donde vive mi compadre. Vamos allí, Nicanor ya está prevenido; el cura se entera de los recados que le llevo y en un periquete les casa á ustedes.

—¡Magnífico!

—¿Y no se podría, preguntó Récal acariciándose la barba tornasol por el roce y comercio continuos con el nitrato de plata; no se podría casarnos á nosotros, á Nicole y á mí, que ya tenemos á punto nuestros papeles y de quien se han corrido ya todas las diligencias y publicatas imaginables?

—Claro que sí, hombre.

—Bien pensado; así, el mismo día quedarán despachadas las dos chicas.

—Al avío.

Y aquella mañana determinaron salir de Puebla bien provistos de matalotaje para el festín, de exhortos y comunicaciones para el cura, de regalillos para el viejo Arcipreste y su familia y de alegría y buen humor que no había más que pedir. Cuando Francisco fué á despedirse de Visoso, el viejo guerrillero le dijo estrechándole las manos:

—Sí que voy al casorio; no más guárdenme mi campito.

—¿Qué va usted á ir?

— Se lo juro que sí.

— Pues allá le espero.

— Ya verán si Jesús Visoso sabe cumplir con su palabra.

Ya estaba en autos el buen Arcipreste, así es que la llegada del alegre bando se festejó con música, cohetes, gritos, y disparos de los mozos, y aclamaciones, y parabienes de las muchachas. La casa estaba convertida en un paraíso: los marcos de puertas y ventanas se veían cubiertos de verdura, verdura tapizaba el suelo de las amplias y limpísimas estancias; y el sol, que solía entrar de rondón hasta lo más hondo de las habitaciones, aquel día necesitaba trámites y esperas para hacer su oficio, pues le impedían el paso lucidos cortinajes de terciopelo y otras telas que se habían puesto por gala y adorno. Antes de mostrarles las trojes, la ordeña, la huerta y el tinacal, don Nicanor hizo ver á los convidados dos cuartitos con sendas camas que destinaba á las sendas parejas.

A las once de la mañana, en la humilde iglesita del pueblo, un cura indígena echó la bendición á los novios. Las francesas estaban lindas hasta suspender el ánimo; los novios, que iban con sus trapitos de cristianar, aparecieron solemnes y satisfechos. Pancho, que por primera vez dejó pasar la navaja por sus carrillos intonsos, lucía un bigote que parecía hecho con cabellitos de jilote recién

nacido; Récal, que había apurado las artes cosméticas, llevaba sobre la barba y el cabello no sé cuántas capas de pinturas, pomadas y otros sucios potingues que le daban cierto aspecto de gentileza, subrayada por el viejo zuavo con el continente más severo é importante que tenía en repertorio. No hay para qué decir que Campardon también estaba lleno de alegría; pero que celebraba infinitamente más el matrimonio de Pancho y Violette que el de los otros conjuntos, pues aunque sabía que bajo la barba cana vive la mujer honrada, también estaba seguro de que cuando la barba se tiñe con nitratos y sulfatos, pierde un cincuenta por ciento de su respetabilidad, en cambio de otro cincuenta de bufonería y de ridiculez.

Nó es necesario decir que los plácemes que los novios escucharon fueron rústicos y no cortesanos, que los concurrentes á la fiesta no lucieron galas que merecieran las descripciones de cualquier cursi revistero de salones y que la comida no tenía un solo nombre francés más ó menos enrevesado. La sopa de arroz, el cócono y los frijoles, constituyeron la parte principal de la minuta, y la carne de membrillo, el pulque y las cincuenta mil cremas y leches que tan sabrosamente aderezan las rancheras, sirvieron de escolta á los guisotes del país.

Cuando las cabezas estaban más llenas de humos y cuando más alegremente se bailaba, Pancho fué al corredor deseoso de refrescarse un poco, pues se sentía mareado

con el continuo beber y con el más continuo hablar y decir agudezas contestando á las burdas puyas que le dirigían los convidados. Al salir se topó con el espectáculo más raro que hubiera visto: el subteniente Récal, el novio, que lloraba como un niño de escuela abrazado á la tripa frondosa de su suegro. Ocurrió Pancho á ver qué acontecía y pudo oir que el zuavo se lamentaba por tener que abandonar la carrera militar.

—¡Dios mío! tartamudeaba un si es no es ajumado; ¡qué desgracia tan espantosa! Seis meses hace que recibí mi despacho de subteniente, y ahora acabo de solicitar mi retiro. ¿Podré vivir lejos del regimiento, alejado de los camaradas, sin comunicación con las cosas de la milicia? Veintinueve años llevo en ella, no he recibido una amonestación, no me he hecho acreedor á un arresto, no me ha perjudicado una mala nota en mi hoja de servicios; y ahora me voy, me voy sin remedio, abandono el ejército para dedicarme quizás á medir cuartillos de maíz, quizás á varear manta ó á despachar tlacos de especias surtidas... ¡Y mis pendones, y mis jefes, y mi carrera, y mis servicios, todo quedará olvidado sin que nadie vuelva á acordarse más de ello!

Y lloraba derramando raudales de lágrimas y descomponiéndose el adobo de la piel y destiñéndose las barbas.

Los campesinos, al oir que se lamentaba aquel hombrón que esa misma mañana había recibido las bendicio-

nes del cura, empezaron á hacer mil catálogos, figurándose quién sabe qué horrores; pero á poco cesaron de comentar, pues como no entendían palabra de francés, en cuyo idioma tenían los novios y el suegro la conversación que tanto les abstraía, pronto les dejaron tranquilos sin ocuparse más en fisgonearles.

— Por poco te desconsuelas, hombre, dijo Olivos con todo espacio. Vente con nosotros, con los mexicanos, que defendemos nuestra independencia sin importarnos un ardite de nada, y si abandonas pendones, oriflamas, cajas de guerra, clarines, compañeros y jefes, consigues todas esas cosas á nuestro lado, haciendo la guerra por una causa justa y grande.

— Pero ¿qué dices, Francisquín? ¿Ir yo á pelear contra mis compatriotas, contra mis hermanos? ¿Estás loco?

— Tan no estoy loco, repuso Pancho, que te voy á probar que nunca he estado más cuerdo. El imperio de Maximiliano no dura un año... ¿qué digo un año? seis meses no se sostiene; pero aunque se sostuviera, la expedición francesa se va, se va sin remedio: así lo oí decir en el cuartel general de mi jefe ahora que estuve á tratar cierto asunto...

— Pero mientras se van...

— Mientras se van tú peleas en Oaxaca, al lado de Porfirio, y allá no te encontrarás un francés ni para reliquia: no hay más que austriacos.

—¿Austriacos? Me los sé de memoria. Me encontré con ellos en Italia más de diez veces, y ya sé á lo que sabe el derrotarles y el hacerles huir, declaró Récal con petulancia.

—¡Pues zús contra ellos, Récal! exclamó Pancho.

—¡Zús! dijo Campardon.

—Dejadme espacio para reflexionar, rumió el subteniente. Ya habrá tiempo cuando haya pasado unos días al lado de mi hermosa mujercita.

—Como quieras, dijeron á una Pancho y su suegro.

Pancho estuvo en la sala oyendo la tabarra que le dió la señora Boldi, que se había agregado á la comitiva en calidad de convidada. La insignificante señora estuvo poniendo á Olivos al tanto de todas sus andanzas y aventuras: su marido estaba entre los imperialistas en calidad de proveedor, intendente ó no sé qué, y de seguro regresaría con un caudal, pues como era industrioso y hormiguita, sabría apandar cuanto le fuere posible para hacer una fortuna más que regular.

—¡El pobrecito ángel, exclamaba gimiendo la señora, trata de hacer negocio para los hijos que el cielo nos mande!

—¿Hijos, señora? dijo atónito Pancho. ¡Si Boldi creo que pasará de los sesenta años!...

—¡Ay, comandante, de menos nos hizo Dios!...

Al anochecer anunciaron una visita á quien hubo que



cumplimentar: era el comandante de la población, el famoso Gavito, que por haber estado de partida no había visto el matrimonio, ni se había sentado á presidir la mesa de la boda. Gavito era un viejo encorvado, cetrino de color, con los bigotes caídos y con un aspecto de sordidez y de insignificancia que daban grima. Brindó á la salud de los novios, dijo unas cuantas tonterías tartamudeantes á las muchachas y se retiró á buena hora.

— A descansar, exclamó guiñando el ojo á las novias, que ahora sí tenemos garantías. No habrá quién nos interrumpa aunque quiera... Aquí hay pantalones... Con el viejo Gavito no se admiten chanzas. Adiós, Nicanor; adiós, todos; buenas noches.

Y se alejó por el arroyo desempedrado y lleno de baches, haciendo mil figuras fantásticas, debidas en parte á las desigualdades del camino y en parte á la influencia de los tragos que se había metido entre pecho y espalda.



Cuando se retiró la concurrencia, Olivos se marchó al aposento que le tenían destinado. Ningún momento de su vida le había parecido tan solemne como aquél en que se veía á la puerta del cuarto en que le aguardaba la única mujer que le había querido. Enviaba hacia atrás la memoria y miraba á Violette niña, cándida y serena guardándole las provisiones que podía recoger en las horas del

tremendo sitio; la contemplaba luego tranquila y sonriente, brindarle el tesoro de su amor virginal; recordaba después sus dolores, sus sacrificios, sus pruebas de amor, y se convencía de que, debido á protección divina, gozaba de aquel tesoro de candor y de hermosura, mientras repetía quedito, como en aquella noche inolvidable: «¡Violette, Violette!» y sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas y que le quería reventar de emoción el pecho.



Al fin tocó con los nudillos la puerta, que dejaba salir, á través de las junturas, rayitas de luz que se pintaban en el muro frontero. Y luego, como nadie contestara, empujó las hojas, que al abrirse le mostraron á la doncella palpitante de emoción, trocado en carmín el alabastro de la cara, con la voz trémula, la mirada vaga y un dulce temor retratado en toda su persona.

—¡Violette, Violette!

—¡Panchito de mi alma!

Y cuando él se entretenía en referirle sus dudas, sus temores, sus placeres, sus sufrimientos, sus penas y sus esperanzas, y mientras desfloraba con un beso aquella boca que parecía nido de amores, vino á interrumpirles el ruido de un tiro que sonó á lo lejos.

—¿Oíste?

—No es nada; algún ocioso que disparó al aire su carabina.

Pero al fin quedó suspenso él mismo al oir otro disparo y luego cinco ó seis más, que fueron seguidos de muchos gritos, vociferaciones, insultos, aclamaciones, vivas y mueras. No cabía duda, se trataba de un ataque al lugar y él estaba desarmado, sólo, sin poder defender á su mujer de su alma.

Salió violentamente al corredor y se encontró á Récal, que hablaba con el padre de las chicas.

—¡A las alturas, hay que tomar las alturas! exclamó Francisco.

—¡Sí, arriba, á la azotea; hay que defenderse!

Mas cuando trataban de trepar por una barda adosada al muro, oyeron tocar violentamente la puerta y no tardaron en ver que entraba, seguido de diez ó doce embozados é iluminados por la luz de varios hachones, ¿á quién diréis? al propio Visoso, que sin dar ni pedir explicaciones, se echó en los brazos del comandante diciéndole á gritos:

—¡Victoria, victoria! ¡les ganamos viejo, barbón y borracho!... ¿No le había dicho, comandante, que vendría á verle el día de su matrimonio? Pues aquí estoy y luego luego nos iremos con Porfirio... Les pegué el gran palomazo, tasajo... Ya sabrán quién es Visoso. Gavito, el jefe de la plaza, su segundo y otros diez ó doce están allí para contarlo; y ahora, con cerca de trescientos hombres, dos piececitas de montaña, buena cantidad de municiones y otros menesteres, creo no me rechazará Porfirio... ¿Qué dice, tasajo?

Olivos dió muchos abrazos á Visoso y permaneció unos pocos minutos conversando con él, y como se despidiera para arreglar las cosas en el pueblo recién conquistado y para evitar una contrasorpresa posible, no dejó de decir unos cuantos piropos á la bella Violette.

—¡Pero qué guapa comandanta nos ha echado, amigo!... Esto es bueno y no de cobre... Mire que de éstas, pocas en libra... Por esos ojos, yo me condenaba... Prepárense, que mañana nos vamos.

A la madrugada tocó de nuevo en la casa, y después de un buen rato de esperar salieron los novios y el suegro.

—Pero ¿qué es esto? preguntó Pancho lleno de alborozo.

—Que me marcho á unirme con Porfirio y sólo á usted aguardo.

—Pues adelante, amigo Visoso. Vamos adonde guste...

— ¿Y esta niña? ¿se queda aquí ó se va á la misión?

Pancho interrogó con los ojos á la recién casada y ella se arrancó diciendo con naturalidad:

— Prometí que había de seguirte en próspera y adversa fortuna, y contigo he de estar siempre... Vámonos adonde quieras.

— ¡Bendita sea tu boca! exclamó el comandante besándosela con toda la efusión de su alma.

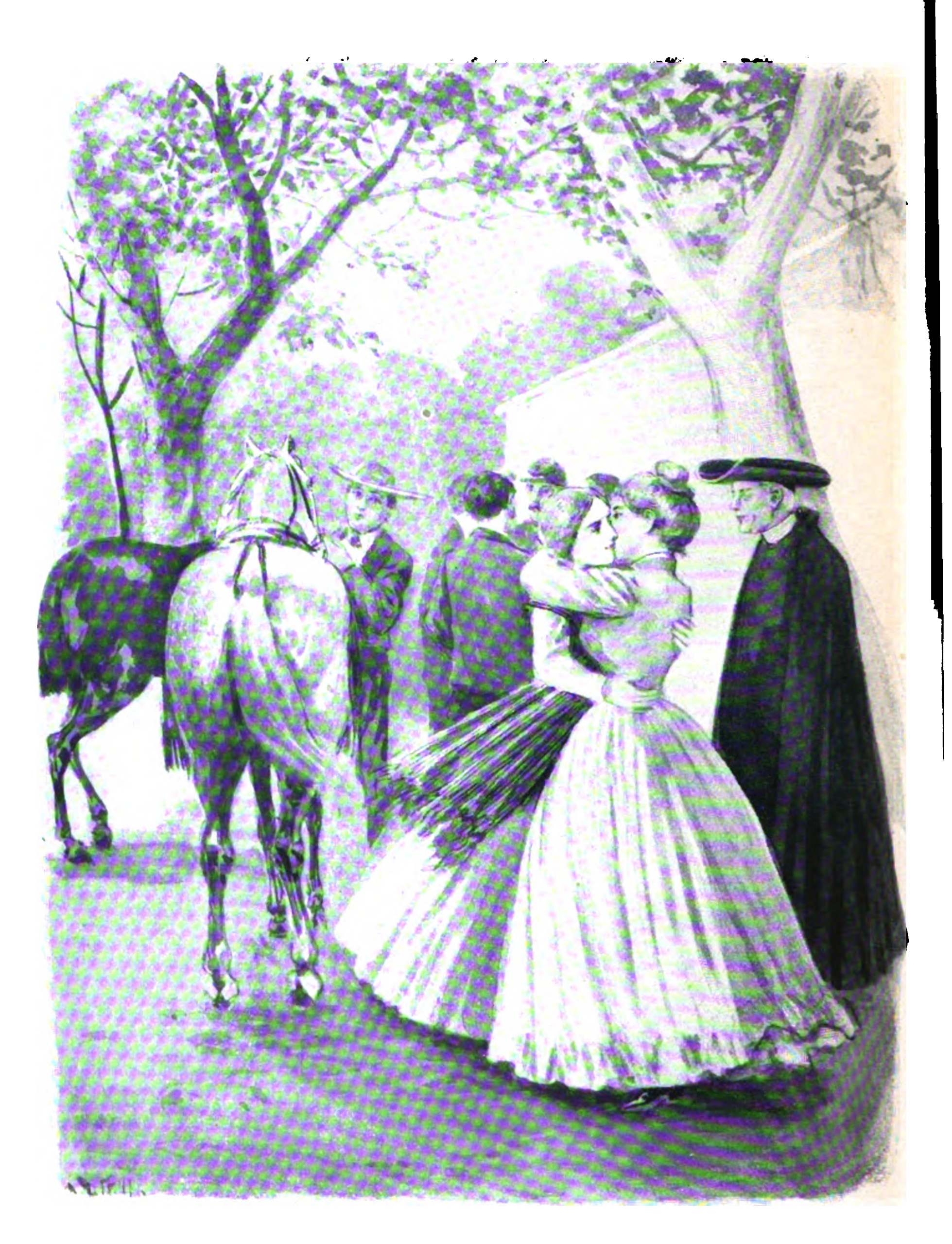
— Y tú ¿qué dices, Récal? preguntó Francisco al franchute que, triste, desmalazado, caídos los bigotes, hinchados los párpados y con cara de aplanamiento y mortificación, contemplaba la disputa entre los amantes.

— Yo, dijo tomando á su mujer por el talle, no me decido á nada todavía... Hay que pensarlo.

— No hay que pensar nada, amigo, exclamó Visoso con brusquedad. Deje usted el arrimo de las faldas y véngase, que tiempo le sobra de ser buen marido.

Récal no respondió; limitóse á apretar la mano de Nicole y á ver con aire de envidia á Olivos y á su mujer, que ya subían, ágiles y dispuestos, en los caballos que les traía arreglados Visoso.

— Vámonos con Porfirio, franchute, exclamó el guerrillero arriscándose con la mano izquierda el ala del jarano, mientras con la otra sujetaba la rienda de un prieto manos blancas que había pertenecido al difunto Gavito.

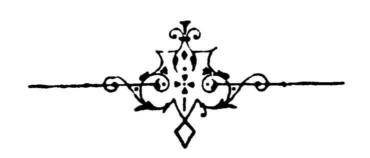


Despidiéronse con amor las hermanas, con muchas lágrimas...

— Yo no he de pelear contra mis paisanos, volvió á decir Récal encontrando el argumento que había expendido el día anterior.

Despidiéronse con amor las hermanas, con muchas lágrimas el padre y la hija, con grandísimo afecto los concuñados y Campardon, todos dieron muy rendidamente las gracias al buen Arcipreste, y al fin, picando espuelas á las caballerías, Pancho y Violette se pusieron al lado del gran Visoso, que marchaba con un placer que le salía por las cinchas de su caballazo prieto.

En Chila de la Sal se reunieron con Porfirio, que había avanzado hasta allí para proteger la incorporación del vencedor de Gavito.







CAPÍTULO IX

Miahuatlán

PANCHO había puesto en el equipaje de Violette un bultito manchado de tierra y envuelto en muchas telas impermeables; durante el camino había cuidado con gran esmero de que el paquete no sufriera pérdida ni menoscabo, y al incorporarse con Porfirio puso en sus manos aquel objeto misterioso que parecía caja de violín ó ataúd de niño.

—Señor, dijo lleno de emoción, le desenterré con grandísimas precauciones y corriendo algún peligro... Aquí está...

Y no supo decir más porque se echó á llorar como un chiquillo.

El general cogió con tanto ó más cuidado el fardo, le vió como para convencerse de que estaba intacto, rompió

el bramante que le sujetaba, abrió la tapa con la punta de un cuchillo de monte, descosió un lienzo que parecía una mortaja y dejó á la vista media docena de envoltorios flácidos, ajados y sin brillo. Luego, con la reverencia con que un sacerdote toma la custodia, extrajo un lienzo de un verde brillante que al desenvolverse dejó á la vista otro lienzo blanco, una figura y una letra bordadas de oro, y luego mostró un fragmento rojo.

— ¡Las banderas! dijeron todos.

— ¡Las banderas que tuvimos en San Marcos!

— ¡Las de Puebla!

Porfirio iba desenvolviendo con mano insegura aquellos trapos gloriosos, unos descoloridos y escuetos, destrozados por el tiempo, acribillados por las balas y con manchas color de café, otros claros, puros, flamantes, como si acabaran de desprenderse del bastidor en que les había adornado la bordadora.

— ¡Nuestros estandartes, nuestros queridos estandartes!... exclamó Porfirio lleno de emoción. Este es el del segundo de Oaxaca... ¿Ven ustedes estas manchas? Son de sangre, de sangre de valientes, de sangre de héroes... Sosteniéndole murió el noble Miguel González... Llevándole abrazado, diciendo unos versos muy lindos, animando á la tropa y envuelto en sus pliegues, cayó el cinco de Mayo el otro portaestandarte Manuel Varela... Con ésta al frente, animados por ella, resistimos en San Marcos... Esta

nos guió en San Agustín... Aquí está la de Santa Inés... Ninguna falta; no nos hemos hecho acreedores al reproche de Napoleón I: el regimiento que ha perdido su bandera lo ha perdido todo... No podía usted traernos regalo mejor, comandante Olivos... Viene de la patria que huellan los franceses, de la patria oprimida, de la patria triste y sola: ya la rescataremos, ya la ganaremos otra vez como ahora ganamos estas banderas... ¡Bendito sea este mensaje que le manda el México invadido al México libre! Como nuestros estandartes, nuestra patria resucitará al tercero día...

Entonces recordaron los oficiales aquel batallón de zapadores de San Luis, que sólo dejó su bandera en manos de los franceses cuando rodaron entre polvo y humo los últimos soldados que la defendían; aquel estandarte de un batallón de Guanajuato, que el coronel Rosado libró de caer en manos del enemigo en la horrible tarde de la toma de San Javier; aquel teniente coronel Rivera, que guardó el estandarte de su regimiento pegado á la piel, al lado del corazón, y que sólo se le pudo quitar traspasado de balas, cuando el pecho del valiente quedó despedazado después de la batalla de San Lorenzo. Y así se relataron episodios que llenaron de lágrimas los ojos de algunos, de recuerdos la mente de muchos, de dolor el corazón de pocos y de esperanzas el alma de todos, porque contemplaban próxima la salvación de la tierra que tales hijos tenía.

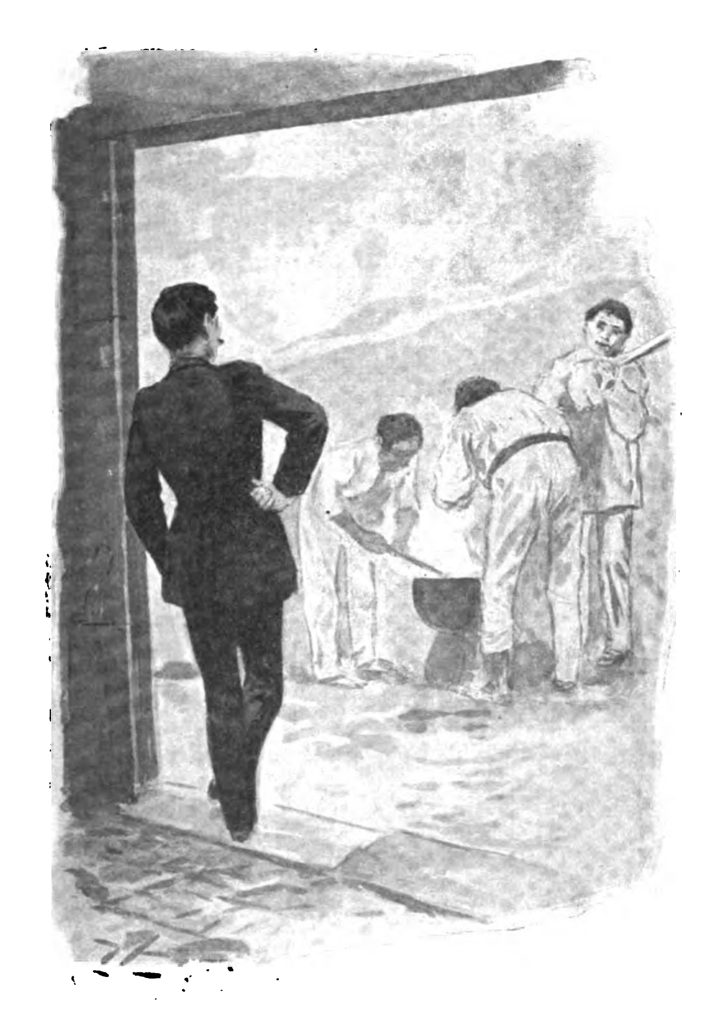


Violette siguió á su marido por Axutla, Tepeji de la Seda, San Juan Ixcaquixtla y Huajuapam (donde Porfirio, con una menguada tropilla, batió á Trujeque, obligándole á encerrarse al abrigo de fortificaciones). Por Tezoatlán fueron á Tlaxiaco y luego se retiraron á Chalcatongo para cerrar el paso á la brigada de Oaxaca; volvieron de nuevo á Tlaxiaco y á Nochixtlán y obligaron á un escuadrón de húngaros á encerrarse en Yanhuitlán. Continuaron su ascensión por la Mixteca alta hasta Ejutla, adonde llegaron el 30 de Septiembre en la noche, y á las diez salieron para Miahuatlán, pues tenían encima al enemigo con fuerzas y recursos superiores.

En el pueblecito que queda al pie de la sierra de Cuixtla, determinó el de Olivos que descansara la chica, pues aquellas larguísimas caminatas y aquel ir y venir continuos habrían acabado por hacerla daño y hasta por afearla; y aunque la francesa estaba como unas mialmas, Pancho quiso aprovechar los días que estuvieran allí, que no serían menos de diez ó doce, para buscarle hospedaje decente y manera fácil de vivir, pues no era cuerdo llevarla á la serranía tremenda y enriscada á buscar penas y sustos, que ya había probado bastante en el mes y pico que llevaba de casorio.

El día tres de Octubre, poco después de la hora de rancho, Olivos se asomó al zaguán del mesón por mover los miembros y quitarse de encima la modorra de la siesta.

El lugarejo se extendía solitario y triste, con sus casucas pardas y de techo pajizo, con sus árboles escuetos que



parecían grandes cabezas despeinadas y polvosas, con sus montones de basura en que hozaban cerdos y picoteaban gallinas, con sus caños de agua sucia corriendo por el

arroyo, con los rótulos chillones y disparatados de sus tendajos, y con su cinturón de montañas que iban subiendo, subiendo hasta perderse de vista, hasta convertirse el verde tristón y deslavado de los oteros, en el azul intenso y vivo de los altísimos picachos en que reposaban las nubes y nacían las tempestades.

Pancho permaneció contemplando aquel espectáculo trivial y parecido á tantos otros que tenía guardados en la retina, se apoyó en el marco mugroso y gastado de la puerta y miró á media docena de soldados que desarmaban los fusiles pieza por pieza, que empapaban en una cazuelita llena de aceite los muelles, los gatillos y los cañones, que quitaban cuidadosamente las cajas de madera y que luego frotaban todo aquel herraje con una badana hasta dejarle limpio y sin moho. El comandante se hizo á un lado para dejar que salieran los pocos y malos caballejos que componían la parte montable del ejército, y se fijó en aquellas pobres y asendereadas bestias, una emballestada, otra falta de herraduras, aquella con entuertos ó despeada ó apretada de pasmaduras ó de esparavanes ó de todo á la vez: eran ciento y tantas ediciones del caballo de Gonela. Los caballos caminaban con ese aspecto de tristeza y de resignación que suele revestir el rocín desgraciado y de mala estampa cuando no tiene que aparentar por decoro y ante las gentes un aspecto marcial de que carece, ó cuando no se siente enardecido y

lleno de coraje y echa en olvido caroñas y mataduras, marchando resuelto y brioso en contra del enemigo del hombre.

A poco Pancho vió dibujarse en el camino de Oaxaca la silueta de un jinete que avanzaba á toda carrera, y que sin desmontarse llegó hasta la puerta del hospedaje.

— El general... ¿Dónde está el general?

— En su cuarto se halla.

— Pues allá voy en seguida.

Y de rondón se metió con el potro herrado hasta el patiezote que se abría sin más preámbulo que el arco del zaguán, dejando ver las hileras de cuartos á izquierda y á derecha.

Algo habló con Porfirio, y el general, sin inmutarse, dijo á Pancho:

—Ensille su caballo y prevenga á los otros ayudantes... Pero vivo...

En menos que se persigna un cura loco estuvieron listos la docena de muchachos que formaban el Estado Mayor del jefe, y unos treinta hombres que podían servir de escolta.

— ¡El enemigo encima! fué la fatídica voz que se extendió en aquel momento pavoroso.

Los infantes empezaron á rearmar sus fusiles, los jinetes se precipitaron tras los sargentos que conducían la caballada, se empezó á sacar á toda prisa armas y

sillas de montar, y en pocos instantes el patio estuvo lleno de caballos, de gentes que preguntaban, de viejas que hacían aprestos de marcha, de bobos y charlatanes del pueblo y de jefes y soldados que ocurrían á saber las disposiciones de Porfirio.

—El coronel Manuel González se retira con los de á pie: va camino de Santa María.

— Ahora sale Ramos con la gente de á caballo.

— ¡Qué sorpresa!

—Nadie hubiera creído que Oronoz se moviera de Ejutla.

— Trae novecientos hombres de infantería, trescientos de á caballo, cañones, tropa francesa y austriaca y dinerito hasta hartarse: así mi galgo las pesca.

— ¡Pues maíz á las palomas, hijo! exclamó el mesonero, que creía en Porfirio como en la Santísima Trinidad.

— No es tan fácil: ahora les dan la zurra número uno á los de Díaz.

— Ya verá cómo no.

— Quiera Dios que así sea.

Ya el jefe se había puesto en marcha con su escolta, y Pancho Olivos, que le seguía de cerca, contaba entre las cosas memorables de aquel memorable día que no llegó á notar en Porfirio nada que diera idea de sobresalto, ni de temor, ni de arrogancia, ni de alegría, ni de pena: iba tan tranquilo como si fuera á empezar una jornada de las que

emprendía diariamente, dando las órdenes y disponiendo los detalles con la imperturbabilidad con que solía ordenar lo necesario para que no se estropearan los soldados ó para que no sufriera la caballada.

Ascendía la colina del Rancho Quemado y con toda la calma del mundo iba enviando ayudantes á cumplir órdenes. A poco moderó el andar del caballo, que caminaba á un trote regular, pareció que concluía un largo monólogo que venía sosteniendo, vió á todas partes, paró el caballo en firme y dijo estas palabras al comandante:

— Ya estoy determinado y sea lo que Dios quiera; vaya á decir al coronel González que se detenga donde usted le encuentre y que luego tome posiciones; y al general Ramos dígale que apresure la marcha...

Miró Pancho una inmensa polvareda que se parecía á distancia; miró media docena de figuras que se esfumaban entre el torbellino de polvo que el sol volvía de color entre violeta y naranjado; hizo mentalmente la cuenta de los que vendrían detrás; contempló á Porfirio acompañado sólo de un clarín de órdenes é interrogó con la vista al general. Este comprendió la vacilación de su ayudante, y con un relámpago en los ojos, como poseído de una fuerza interior que le mandaba y á la que no sabía resistir, le dijo con voz imperiosa:

— ¡Vaya usted á escape!

Así bajó Pancho la loma; iba con el alma en un hilo,



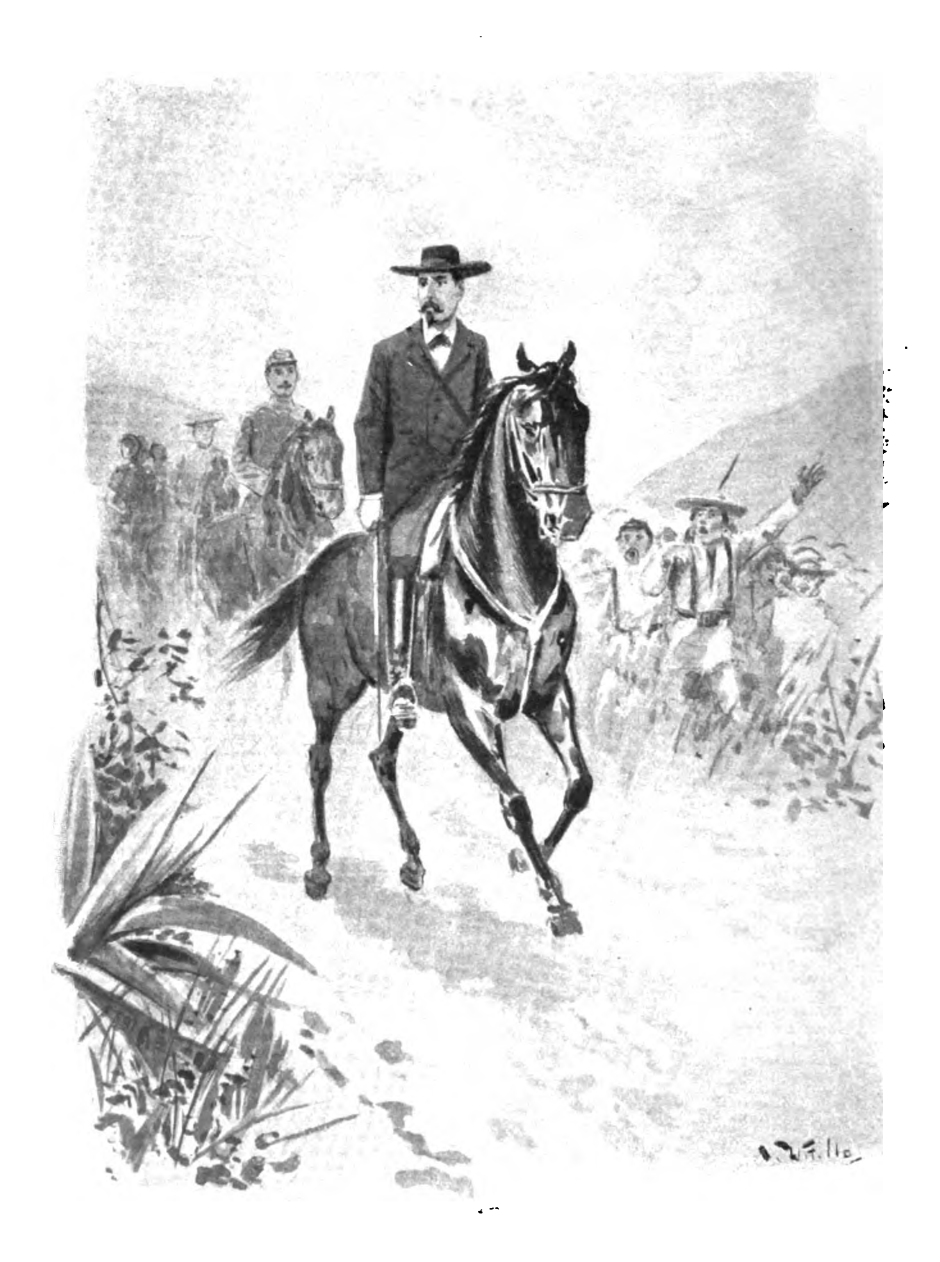
acezando, sudoroso, lleno de temor y de congoja, pues al voltear una barranquilla vió que las avanzadas del enemigo estaban á unos veinticinco pasos; que empezaban á tirotear el cerro y que el jefe se defendía con su pistola y el clarín con su fusil. Pensó en volverse, pensó en morir honradamente al lado de su general; pero recordó aquel «vaya usted á escape», y no tuvo ya más idea que meter espuelas al *cuaco* y llegar pronto adonde le habían mandado.

No habría podido afirmarlo bajo juramento; mas en su opinión á aquella hora el sol estaba cubierto por una nube negrísima y apenas se distinguía la senda que hollaba el caballo del cuitado ayudante. Al bajar la loma vió que la caballería empezaba á subir poco á poco el recuesto que quedaba á la espalda del punto en que Porfirio se defendía, y viendo al frente de la columna á Bravo y á Sánchez Gamboa, les dijo á voces y con toda la urgencia que el caso reclamaba:

— Pero ¿qué sucede, compañeros? Andenle aprisa, que el general quedó en peligro. ¡Andenle por Dios!

Mientras la caballería se apresuraba, oyó Pancho una tupida esquitera de tiros de rifle y luego dos disparos de cañón que le helaron la sangre. Era la batalla; no cabía dudarlo.

Olivos alcanzó á González cuando empezaba á subir el camino de Cuixtla. El coronel oyó complacido el mensaje,



Porfirio avanzaba á medio galope, seguido de su escolta.

detuvo la marcha, examinó el terreno y ordenó que algunos tiradores se colocaran en un magueyal cercano.

Pancho estaba seguro de que todo cuanto se hiciera ó se intentara sería poco menos que inútil; veía á los infantes casi desnudos, con fusiles de diferentes calibres, sin municiones y sin conocimiento del manejo de las armas; veía aquella barranca que parecía hecha de propósito para que perecieran en su fondo ejércitos enteros, y se daba á creer que aquellos imperialistas que no había llegado á mirar eran tantos, que bastarían para acabar con la pobre y errabunda tropa de Porfirio.

— Son más que nosotros, traen más gente, cuentan con cañones y con tropa extranjera; no hay que pensar en ganar. Aquí pereció Sansón con todos los filisteos...

Y cuando esto decía oyó una voz que salió de quinientos pechos, que repercutió en los montes cercanos, que puso en expectación á jefes y á oficiales y que hizo levantar la cabeza á los tiradores que estaban á la vera del camposanto. La voz aquella que Pancho había oído tantas veces, pero que entonces sonaba más espontánea y más cariñosa que nunca, era «¡Viva Porfirio!», grito de guerra que llegó á ser la contraseña de toda una generación.

Porfirio avanzaba á medio galope, seguido de su escolta y tan dispuesto, tan ágil, tan sereno y tan gozoso que daba gloria verle. Su indiferencia del principio (que en realidad no era sino concentración del ánimo) se había

trocado en brío y en animación; su mirada tranquila y honda, al parecer destinada sólo á introinspeccionarse y á definir el móvil de las acciones propias y ajenas, era brillante, enérgica, viva, y pasaba súbitamente de un objeto á otro; la nariz, de aletas finas, nerviosas y movibles, se ensanchaba como queriendo aspirar toda la atmósfera de aquel día, toda la savia y toda la luz de aquel lugar, todo el panorama de aquella barranca escueta, de aquellos cerrillos pelados, de aquel riachuelo, de aquel poblacho que quizás veía ya famosos y renombrados en su propia historia y en la historia nacional.

Mediante un movimiento que Pancho no supo ni llegó á comprender entonces, apareció á escape un golpe de caballería que venía seguido á corta distancia de una columna imperialista. Los caballos de los jinetes se acordonaban y disminuían el fondo, los jinetes asomaban las manos crispadas y los sables relucientes por sobre los jaranos de los que les seguían, se precipitaban á la carga acuchillando sin piedad á los que se escapaban, rompiéndoles espaldas y cabezas, brazos y troncos, y Porfirio contemplaba aquello sin pestañear.

— ¡Pero si son los nuestros!

— ¡Pero si son los de Ramos! rezongaban los infantes que veían aquel destrozo.

De repente, como si hubiera sido una respuesta á las censuras, sonó una descarga, una descarga cerrada y

uniforme que salió del magueyal, detuvo el camino de los orgullosos jinetes y permitió á la caballería republicana seguir retirándose por el barranco. El comandante vió que uno de los contrarios soltaba la rienda, alzaba las manos al cielo, las bajaba para tantearse el pecho, veía por última vez el campo verde, el cielo azul, los uniformes chillantes, todo, y que caía del caballo cuán largo era. Otro lograba echar pie á tierra, cogerse de un árbol, tenerse un rato, y luego, después de un vómito de sangre, deslizarse poco á poco, suavemente, lentamente, tristemente. Un tercero caía como herido de un rayo, abiertas las manos, espantado el rostro y con un pie cogido del estribo era arrastrado por el penco. Y más allá uno de quepis rojo con espiguillas de oro, dejaba caer de golpe la rienda y el arma; otro se cogía el brazo izquierdo, que colgaba sobre la cabeza de la silla como si fuera cosa muerta y disgregada del resto del individuo; un caballo erraba de una parte á otra con la crin erizada, un zarape verde por el suelo y unas árguenas apretadas de provisiones, y otro, tordillo quemado, parecía oler la pólvora y entender el toque de los clarines y quererse precipitar sobre el enemigo con la furia del jinete que le había montado...

La caballería volvió bridas á toda carrera, y Pancho oyó entonces tocar alto y frente á la derecha, quedando la fuerza de González en lo alto de una colina y alejándose

la de Ramos en dirección que el militarcillo ignoraba, pues aquél había recibido las órdenes directamente del general.

En lo alto sorprendió á Olivos el espectáculo de la gente enemiga encaramada en otro collado semejante al en que se hallaban los republicanos y separada de éstos sólo por un barranquillo de poca profundidad. Las columnas eran tres y podían contemplarse á la simple vista: una, la de la derecha, la formaban soldados de caballería de altanero porte, con lanzas en las manos y banderas en las lanzas, con enormes sombreros y formidables barboquejos, y mandados por oficiales de brillantísimos uniformes. La columna siguiente la componían soldados de á pie. Se notaban en ella asomos de uniforme: chacós legítimos ó deformados, algunos paños de sol diseminados en algunas nucas morenas, pantalones remangados hasta la rodilla, fusiles relucientes, y á veces botones amarillos, cintas y hasta galones. Pancho se fijó por primera vez en la cara de los contrarios y deploró no poder contemplarse la suya: bajo la capa de polvo que emblanquecía pestañas, cejas y cabellos, bajo la capa de mugre y bajo el pigmento morenuzco mate de los indígenas que tenía al frente, se veía un fondo de lividez, de expectación, de horror á lo que podía venir, que el muchacho no pudo menos de estremecerse recordando lo que tenía guardado en el pueblo y lo que podía dejar mediante la veleidad de cual-

quier bala tocada de locura. La tercera fracción, que era también de infantería, presentaba el espectáculo más raro que hubiera contemplado nunca el buen Olivos. Pantalones rojos de zuavos, pantalones azules de cazadores, pantalones cortos de belgas, sombreros con plumas, cascos relucientes, *calottes* coloradas ó azules, capas, dormanes, pellizas, charreteras, galones, todos los uniformes franceses, austriacos y belgas se hallaban allí haciendo un *pandemonium* de color, de brillo, de forma, de todo, cual si se les hubiera convocado solamente para deslumbrar los ojos y complacer el gusto.

Las tropas se contemplaron un momento como para medirse con la vista antes de medirse con las armas; luego partió un cañonazo, después varios tiros de rifle. Los republicanos respondían poco á los disparos de los imperialistas, pues les faltaban las municiones; los cañoncitos hacían mucho daño y parecía imposible contrarrestarles. Porfirio estaba pálido, se mordía el bigote, se azotaba las botas con el fuete y respondía con monosílabos á las interrogaciones que le dirigían.

— Mi general, la tropa que defiende el paso del río ya no tiene *parque,* dijo un oficial que llegó jadeante.

— Pues que armen las bayonetas.

— No todos las tienen.

— Los que las tengan.

Notando Francisco que el general dirigía constante-

mente miradas hacia una loma cercana, vió en lo más elevado de ella á un ranchero que parecía contemplar todo con indiferencia filosófica.

Las tropas de Oronoz se habían desordenado con un ataque de González; un batallón se había corrido hacia la izquierda; pero pronto se habían repuesto y la ventaja de los imperialistas continuaba sin interrupción. Porfirio seguía mirando hacia la loma, pero al fin, de seguro impaciente y nervioso, picó espuelas á su caballo y recorrió todo el frente de sus tropas seguido apenas de lejos por Francisco.

— ¡Amigos, hermanos, decía el general con la voz á un tiempo llena de energía y de cariño; no hay que flaquear, no hay que consentir en que se lleven ésta los imperialistas! ¡Adelante, vamos adelante, vamos á probarles á estos bellacos que somos los mismos soldados de oriente, que no cuentan todavía la primer derrota en esta campaña!.. ¡Adentro, oaxaqueños!.. ¡Adentro, soldados del cinco de Mayo, soldados de Puebla, soldados de la libertad!.. ¡Adentro, hijos! ¡Adentro, soldados de la patria!

Y como si hubiera sido obra de un filtro mágico y seguro, los excelentes muchachos se reanimaban, se consolaban, se sentían llenos de nuevo ardor.

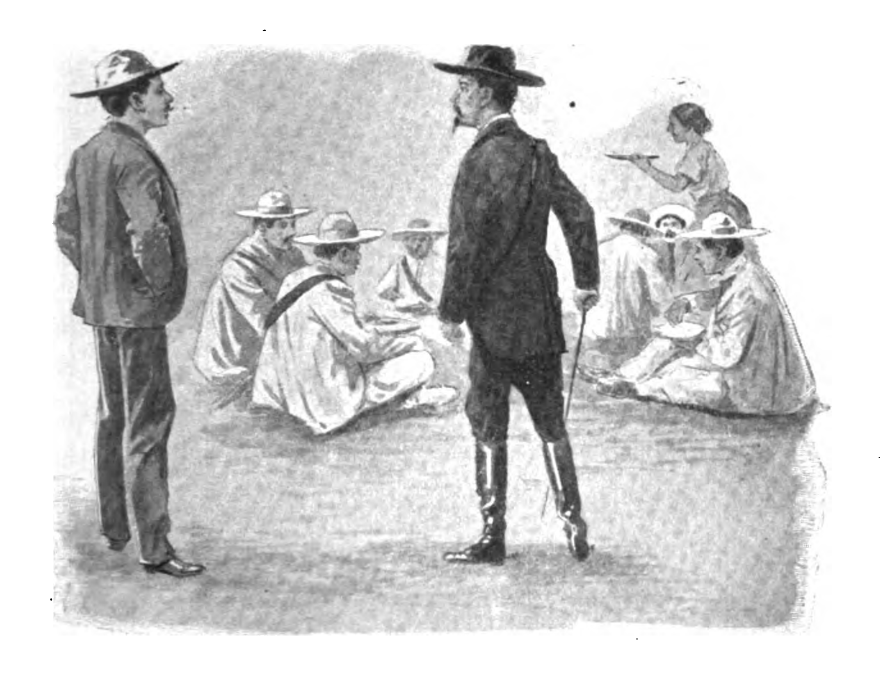
— ¡Viva México!

— ¡Viva Porfirio!

— ¡Viva la libertad!

Y tras aquellos gritos y aquel entusiasmo, todos los

que rabiaban de ira y de impaciencia considerando la pequeñez de sus elementos, conocieron que llegaba la hora de la lucha y del triunfo y de la gloria.



—¡Adentro, Oaxaca!... ¡Adentro, muchachos!... gritó Porfirio poniéndose á la cabeza de una columna y bajando la barranca montado en su caballo negro.

Y Pancho, que seguía de cerca al caudillo, le vió ágil, gozoso, bello y noble y agigantado: empuñaba con la mano derecha su espada gloriosa y con la izquierda señalaba á la tropa el camino de la posición del enemigo; en su rostro atezado se veía brillar como dos carbones incandescentes los ojos grandes, imperativos, llenos de prome-

sas, de coraje, de amenazas, de placer y de odio, y sobre la frente, como el ala misteriosa de un ave agorera, el mechón de cabellos negros que volaba al viento empapado en sudor de gozo y de angustia.

— ¡Adentro, muchachos!..

Y la tropa, antes amedrentada, triste y casi moribunda, seguía á aquel joven que la atraía y la dominaba. «¡Adentro!»; y la columna bajó hasta lo hondo del foso en que la quemaban y la hacían pedazos los disparos de la gente de Oronoz; «¡adentro!»; y subió, con ardor que no se hubiera creído jamás, la ladera del barranco, trepó hasta los labios de la enorme abertura y se encontró cuerpo á cuerpo con los aborrecidos imperialistas, que sin asustarse les recibían con la bayoneta calada...

Porfirio ya no necesitó valerse de la voz, ni del gesto, ni de la actitud; el combate estaba empeñado, empeñado á muerte; de una y otra parte salían enemigos, que primero se acometían con la bayoneta, luego se destrozaban con el cuchillo ó se golpeaban con las manos, ó se herían con las uñas; los republicanos llegaban con todo el ímpetu del mundo, los otros resistían á pie firme. Había ocasiones en que dos ó tres de los defensores del desfiladero se ensañaban contra uno solo de los que embestían; el atrevido caía al suelo, quedaba hecho trizas, pero luego venían dos ó tres de los del bando del muerto y daban cuenta con los primeros y otros acudían en defensa de aquéllos y se

formaban verdaderos racimos humanos dantescos, fúnebres, espantosos, en que aparecían aquí manos, allá bustos, en esta parte rostros, y en esotra pies crispados y descalzos, entrañas humeantes, restos de uniformes, quepis, charreteras, espadas y rifles. Los cañones enemigos batían sin cesar, aun con riesgo de herir á los suyos; pero no había quién les hiciera caso, y como no tardaron los de Porfirio en caer sobre las piezas quitándolas á machete limpio, el duelo se desenlazó por fin quedando por los que atacaban el pedacito de tierra lleno de matojos sangrientos, de piedras picudas, de espinas dolorosas, de huizaches y chaparros copados y repletos de pinchos. Más arriba quedaban el monte apretado de verdura y el cielo azul, invariable y clarísimo, por donde pasaban legiones de aves carniceras.

Olivos volvió cerca del general con el sable roto, despedazado el uniforme, el pecho enrojecido, la faz congestionada, sudoroso y acezando.

— Se ganaron los cañoncitos, mi general...

Pero el jefe le señaló la fracción que González había atacado y que al principio había cedido á su empuje; la tropa aquella se retiraba, parecía que los nuestros se calzaban el terreno; mas al fin se habían rehecho los extranjeros que formaban aquella originalísima columna y volvían conducidos por un oficial que hacía retroceder á la infantería de González. El valiente coronel, sintiendo

que fusilaban á su gente desde la altura, hizo otro esfuerzo para encaramarse, emprendió nuevo ataque y trató de reocupar lo perdido; mas en el momento en que le iba á auxiliar Díaz, vino un nuevo ímpetu de Oronoz, que consideró podía algo contra aquella menguada tropilla.

Se preparaban los unos á atacar de nuevo, los otros á conservar lo conquistado, cuando de súbito Porfirio se puso al frente de la tropa, mandó que dispararan los cañones y reanudó el combate con la reserva de Oronoz, tropa excelente y de refresco.

—¡Adentro, hijos!.. ¡Vamos, oaxaqueños! gritaba el jefe resuelto á jugar otra vez el todo por el todo... ¡Adentro, que delante de ustedes va su general, su amigo!.. ¡El que más avance no avanzará más que yo!.. ¡Campo, campo, que aquí acaba la canalla imperialista!..

Y cuando los soldados, enardecidos con el triunfo y medio locos con las frases del jefe adorado, se preparaban á deshacer aquellas tropas recién llegadas, que quizás les habrían deshecho á ellos, se oye un clarín, el clarín republicano, se ve un pendón, la vieja bandera del segundo de Oaxaca, aparecen muchos caballos á galope y á su lado el jefe que tanto se esperaba, Ramos, que llega esparciendo el terror entre los amedrentados imperialistas.

La caballería que bajaba desordenó á la de Oronoz; la infantería quedó en desorden por aquella carga brusca é inopinada: todo fué huída, confusión y muerte. El ala

izquierda quedó apresada por compañías enteras, y al tratar de huir los que quedaban eran deshechos por el fuego de los tiradores ocultos en el maizal; los oficiales corrían á buscar sus caballos, pero como los habían dejado juntamente con los bagajes, ocultos á la retaguardia, por donde había llegado Ramos, tuvieron que defenderse y morir á pie firme. La cosecha de prisioneros fué inmensa, pero mayor habría sido si de ella se hubieran curado los republicanos, que, no teniendo armas ni municiones, se limitaban á quitarlas á los fugitivos y á quedarse con ellas para seguir combatiendo.

Se escapaba la caballería, se escapaban los infantes, era el terrible sálvese quien pueda; pero seguía combatiendo un grupo compacto y duro que se había apoderado de una eminencia; eran aquellos oficiales extranjeros atestados de colorines y de galones, que, agrupados alrededor de su bandera, luchaban sin esperanza y sin tregua. Pero no había que pensar en que pudieran resistir; la noche se venía á toda prisa, y mientras el grupo republicano se ensanchaba el otro se disminuía.

—¡Ríndanse! gritaban los vencedores.

Pero á cada intimación contestaba el grupo heroico con más tiros, hasta que, repentinamente, cesó la resistencia y pudieron ser cogidos los pocos que rodeaban el estandarte. La noche avanzaba, la noche, que haría descansar el odio de los dos bandos. Sólo se oía el galopar de

algunos caballos, los lamentos de los heridos, los gritos de gozo de los vencedores: era la calma tras la brega formidable y recia...

*
* *

El primer cuidado de Olivos fué echar un ojo á los prisioneros. Se hallaban aglomerados en el patio del mesón de donde habían salido los republicanos antes de empezar la lucha, y los oficiales, que no eran pocos, ocupaban un cuarto larguirucho y mal alumbrado que se hallaba á cierta distancia.

— A éstos les truenan, le susurró por lo bajo un oficial que le acompañaba.

Y cuando trató de orientarse entre aquel mar de caras morenas, de cabezas rubias, de uniformes disímiles, de bigotes caídos y de carrillos, frentes ó barbas hendidas y manando sangre, vió que se le dirigía resueltamente un oficial, que, echándole los brazos al cuello, le dijo con efusión:

— ¡Pancho, Panchito de mi alma! ¡Bendito sea Dios que me permite verte! Tú te encargarás de decirle á mi Nicole que muero como un valiente...

— ¡Récal, zuavo de los demonios!, ¿pero quién se había de figurar que andabas por aquí?

— Ya lo ves, la fuerza de la sangre...

— ¡Qué sangre ni qué niño muerto!... Y usted, ¿qué hace por aquí, señor de Boldi?, le preguntó á un vejete que le tiraba por la manga.

— Tues, Tancho, me tarece que la tregunta...

— A usted sí le truenan, hombre de Dios.

— ¿A mí? si no era más que trovedor.

— Pero el general es inflexible con los traidores. Ya lo verá.



Empezó el vejete á afligirse, luego miró la cosa tan seria como se la pintaba su amigo y al fin se echó á llorar.

— ¡Si lo hacía tor mi familia... tor mis hijos!

Se rió Francisco á pesar de lo apretado del caso, recordando sin querer el cuento de guajolote estéril, y al fin, consolando á los presos lo mejor que supo, se marchó á ver al general. Porfirio estaba atareado en extremo: recoger armas, municiones, heridos y muertos, determinar cómo se había de levantar el campo, cuidar de una vuelta posible de la tropa derrotada, y, sobre todo, substraerse á los abrazos, á

los vivas y á las muestras de amor de los soldados, le quitaban todo el tiempo. Olivos empezó su discurso con circunloquios que juzgó del caso y la respuesta del jefe fué precisa y clara:

— Si no son oficiales republicanos, y, sobre todo, oficiales míos que se hayan desertado y pasádose al enemigo, cuente usted con las vidas de las gentes de que me habla... ¡Ah! le dijo pensando en que los prisioneros quizás no habrían comido aún; y como esos pobres, por caer á buena hora sobre nosotros, quizás hayan venido en ayunas, mande que les den algo de lo que se halle.

Pancho se apresuró á llevar aquella excelente noticia al cuitado Boldi, y á la hora en que más entretenidos se encontraban conversando sobre cosas diferentes, Récal hizo callar á su amigo y le obligó á oir.

— No oigo más que ladridos de perros...

— De un perro, dirás...

— De un perro coreado por todos los de nuestras *galletas* y las de ustedes.

— Es el perro del coronel Testard.

— ¿Y qué coronel es ese?

— El mío, mi jefe, el primer caballero de Francia é islas adyacentes... Debe de estar muerto ó herido de cuidado.

Pancho ocurrió con el chisme cerca de Porfirio, y el jefe ordenó la busca del cadáver ó del herido, si es que lo estaba.

Salió el de Olivos (que apenas había logrado saludar á su esposa, referirle que «tornaba vencedor» y contarle la captura de Récal) acompañado del zuavo, de una fagina de soldados y de un médico que iba á levantar y á curar á los heridos que se hallaran.

Aquel campo, que el oficial había recorrido á la luz del sol, en carrera vertiginosa, lleno de las terribles emociones de la jornada y á veces sin saber ni qué terreno pisaba, parecía á aquella hora más triste y más silencioso que á ninguna otra. Anduvo la barranca que había atravesado dos ó tres veces al galope; trepó á la orilla de la eminencia desde la cual las tropas de Porfirio habían aguantado sin cejar el empuje de los imperialistas; bajó al fondo del arroyuelo y llegó hasta el pedacillo de tierra que les había costado tantísimo esfuerzo calzarse. En todas partes no había más que silencio y tristeza: los heridos eran transportados al hospital que improvisó la inventiva de Porfirio; los muertos iban siendo levantados poco á poco, con precauciones infinitas, como para no lastimarles. Estaban en las posiciones más extravagantes, pacífica y dulcemente, cual si descabezaran un sueño; fieros y briosos, como si hubieran invocado en su último aliento á una deidad sanguinaria y vengadora; abrazados los de una y otra facción, como si la muerte les hubiera sorprendido en una efusión de cariño cordial y no en un acceso de tremenda rabia.

La colina del camposanto, donde sufrieron el primer rechazo los jinetes de Oronoz, estaba llena de difuntos de todas las categorías; en el fondo de la barranca había muchísimos cuerpos de republicanos, y en lo alto la mezcla era casi en la proporción de uno y uno.

No se veía en aquella hora sino las linternas de los que levantaban á los caídos; la luz se detenía en un punto, se veía á los camilleros inclinarse, detenerse un poco y continuar el camino hasta el lugar en que columbraban nuevos cadáveres. Más lejos se miraban sombras fugitivas de merodeadores que procuraban ocultarse de las gentes de la ambulancia, y más lejos aún, rompiendo el aire con su *cahahú, cahahú* intermitente y rudo, los lobos y los coyotes aullaban en la altura, olfateando un opíparo festín.

Récal, que marchaba guiado por el ladrido del perro, recorrió sin vacilar todo el campo, y cuando llegó al altozano en que había ocurrido la postrer refriega, se orientó buscando el punto en que se oía el lamentoso ladrar de la bestia.

— ¡Aquí, Argus, aquí!, gritaba Récal.

Un aullido largo y tristísimo contestaba al cariñoso llamado.

— ¡Argus, soy yo!

El animal taladraba las orejas con su ladrar constante, pero no se movía de su puesto.

— Pero ¿dónde estará el perro? decía Récal conmovido hasta lo indecible.



... á manera de esos lebreles de mármol que se ponían en los sepulcros antiguos...

De repente volvió un camillero cogiéndose una pantorrilla.

— ¡Demontre de chucho; me cogió un buen pedazo de carne!... ¡mire no más qué tarascada!...

— Allí está cuidando un dijunto y no se le desaparta...

En efecto, obra de un tiro de piedra, en la oquedad de una peña, entre retamas y lentiscos, yacía el cadáver del infortunado coronel. Se le veía el uniforme negruzco, tenía las piernas abiertas, los brazos en cruz, una herida en la frente y la cabellera alborotada y llena de sangre. A poca distancia se veía la espada y el revólver del valiente, y á sus pies, á manera de esos lebreles de mármol que se ponían en los sepulcros antiguos como emblema de la fidelidad, un perrazo negro que lanzaba aullidos lastimeros.

— ¡Aquí, Argus, aquí!, repetía el zuavo.

El perro miraba á los recién llegados, aullaba más tristemente, pero no se apartaba un punto del cuerpo. Dos soldados que quisieron acercarse se retiraron más que de prisa, por evitar el contacto con los dientes de aquel «candidato de la humanidad»; Récal, que se las echaba de conocedor del perrito y sus mañas, resultó con una dentellada que le llevó casi todo el pulpejo de la oreja izquierda. Hubo que atraillar al Argus para lograr poner la mano en el difunto.

Como ya se sabía que el comandante Olivos había ido

á recoger el cadáver del valiente Testard, cuando de vuelta llegó al cortijo, no hubo quién no saliera, lo mismo soldados que vecinos, á contemplar el paso de la lúgubre procesión. Venían delante Olivos y Récal, después sus soldados con un tapextle en que yacía el cuerpo muerto, y al fin el pobre Argus, triste, desalentado y apenas lanzando uno que otro ladrido de tristura.

Como Dios le dió á entender, cumplió Pancho la disposición del jefe de velar el cadáver de aquel valiente. Como pudo armó un tinglado que cubrió de paños negros, tendió al difunto boca arriba y con el uniforme bien limpio, y transmitió las órdenes para que la oficialidad velara el despojo mortal de aquel enemigo noble y osado.

—Bueno es, dijo el jefe, que registre usted los bolsillos del traje de Testard. Puede traer papeles ó recuerdos que convenga enviar á su familia.

—Mi general, respondió Olivos volviendo á poco, trae estas cartas y estos retratos... La espada tiene una inscripción ¿quiere usted que le traiga la hoja?

La espada tenía en relieve una inscripción que decía: «Ecole politéchnique-Promotion de 1855-Lieutenant Henri Testard - No. I.» Y por el reverso: «Patrie - Honneur.»

—¡Pobre muchacho! exclamó Porfirio; haber muerto como un aventurero, al lado de aventureros y defendiendo á un aventurero, cuando podía haber ofrecido su sangre á su patria!... Pero veamos los papeles... Este es el retrato

de una anciana, probablemente la madre.— «Pour mon adoré Henri.—Sa mère, Ciprienne.» Estas son cartas, cartas de familia... Pero aguarde usted; yo he visto esa letra. ¿Cuándo? ¿Dónde?... Lea usted un poco y así nos enteraremos.

No tenía más firma que «tu padre,» «quien bien te quiere», «el que te bendice»; pero el texto era espantoso: injurias á Napoleón III, á los ministros, á las Cámaras, á Bazaine, á Maximiliano, y frases como «Yo, en mi calidad de Mariscal», «Yo, representante del Ejército», que ya señalaban claramente al incógnito corresponsal. En una carta había un párrafo revelador: «Has de saber que en días pasados se habló aquí de la necesidad de reconocer como beligerante á Porfirio Díaz, que acababa de fugarse de Puebla. Contra mi costumbre, tomé la palabra en el Senado poniendo al tal Porfirio como no digan dueñas. Pintéle avaro, codicioso, asesino, secuestrador, infame é incapaz de cumplir la palabra empeñada. Y no juzgando bastante aquella andanada, añadí toques como el de que solía tomar presas á las mujeres en cinta y después de destazarlas muy limpiamente, les sacaba el producto de la concepción y le colocaba á guisa de trofeo en las bayonetas de los soldados. Yo no he visto nunca (aparte de unos cortos instantes en Puebla) al tal Díaz, pero esas cosas las sé de buen origen: me las contaron los auxiliares mexicanos que teníamos en Puebla.»

No cabía duda, quien escribía aquello era el Mariscal Forey, y el muerto era su hijo. El general sonrió desdeñosamente, echó una mirada al velón de sebo que se acababa á gran prisa, y señalando las prendas del pobre Testard, le dijo á Olivos con toda calma:

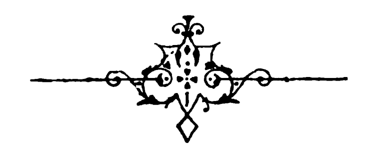


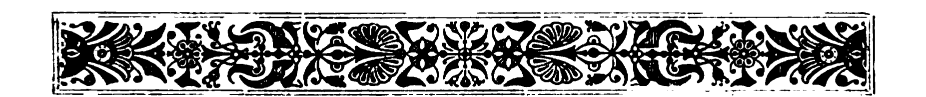
— Que mañana salga un propio á llevar esas cosas al ministro francés en México. Que vean cómo se porta con los enemigos esta hiena sanguinaria.

— ¿Y el perro, señor? interrogó Pancho con el deseo de que el general le cediera aquel noble y leal amigo.

— Que también se lo lleven... Y hay que escribirle una carta á Forey remitiéndole todo.

Al día siguiente, con asistencia de toda la tropa y de la oficialidad, se hicieron suntuosos funerales (con la pompa que consentían los menguados recursos del lugarejo) al coronel difunto, siendo enterradas poco después las otras víctimas de la batalla.





CAPITULO X

La Carbonera

Luego que pasaron los funerales del pobre Testard, y que expiaron su traición con la vida los veintidós oficiales mexicanos que se habían pasado al enemigo, el general mandó que se internara á la sierra á todos los franceses prisioneros, á fin de impedir que siguieran combatiendo á los republicanos. Pero Olivos no se sentía contento con que le sucediera aquello á su pobre pariente, y empezó á trabajar para que se quedara entre los de Porfirio.

— ¡Eso jamás! dijo enfullinado el viejo oficial; me marcho á la sierra, á la cárcel, al averno; mas no se verá que pida gracia.

— No seas imbécil ni te llenes la cabeza con necedades. ¿Acaso eres soldado francés? ¿Acaso hay aquí franceses

que formen tropa organizada y á quien debas no combatir? Respóndeme, mamarracho, respóndeme, franchute endiablado.

Violette, por su parte, insistió cariñosamente y en variedad de tonos para que Récal se pasara á los mexicanos, pues, como ella decía, solamente así estaría tranquila, sabiendo que había quién se interesara por el teniente coronel Olivos, que por cierto se mostraba tan encantado con el ascenso, que ya se proponía hacer montes y maravillas para calarse los galones de coronel y aun la banda de general, llegado el posible caso.

Todavía cerdeó un poco Récal, hablando de sus propósitos de hacer vida retirada y pacífica, de dejar el ejercicio de las armas y de emplear sus ahorrillos en trabajar al lado de su suegro.

—¿Y qué mal te hace, grandísimo tonto, luchar un poco contra estos traidores del diablo, ganar uno ó dos graditos más y luego ponerte á trabajar duro y firme, justificando tu pase á nuestras filas con tu deseo de servir un poco á esta tierra, que es la de tu mujer y que será la de tus hijos?

Ante lo de los hijos, á Récal se le alegraron las pajarillas y se decidió á consentir en lo que Violette y Pancho le pintaban con tanto primor; y como no había cosa que el general le negara á éste, Récal quedó admitido en las filas republicanas y siguió al lado del jefe sin dificultad ninguna.

Boldi, que tenía como norma el villano refrán de viva quien venza, ya se proponía como proveedor de los republicanos, y aunque nadie lo admitió ni le hizo caso, el maldito barrigón estuvo machacando hasta que con buenas palabras el general le despachó con viento fresco. Y como había quedado en libertad y extrañaba grandemente la casa, y el colchón, y los zapatos de orillo, y los mimos de su insignificante compañera, se despidió á toda prisa, no sin dolerse de haber perdido lo que había ganado sisando en la caja de los traidores.

***

El lunes seis, á buena hora, emprendió la tropa triunfante el camino que era natural y que indicaban las circunstancias: el camino de Oaxaca, adonde se había retirado Oronoz en unión de su caballería.

Pancho no se apartaba un punto de la compañía del jefe, y después de despedirse de Violette, emplazándola para Oaxaca luego que cayera ésta en poder de los republicanos, salió para acampar en la hacienda de Aguilera, donde Porfirio había establecido su cuartel.

Allí conoció Pancho un nuevo jefe, de quien había oído sólo elogios y más elogios: era Félix Díaz, hermano del caudillo de Oriente, y persona de quien todo el mundo alababa el tino, la inteligencia, la constancia, y sobre

todo, el valor: era tan atrevido, tan atrevido, que el ánimo de los más esforzados parecía junto al suyo prudencia pacata y aun temor bien acentuado. Don Félix acababa de apoderarse de una buena parte de la ciudad de Oaxaca, dejando á los imperialistas reducidos sólo á dos ó tres conventos, de los cuales había esperanzas de desalojarles por buenas ó por malas.



Don Félix Díaz

Una noche, que cabalmente fué la del quince ó diez y seis de Octubre, Porfirio y Pancho habían salido á recorrer las trincheras propias y á observar las del contrario, pues cabalmente estaban separados de éste sólo por una calle. Los mochos vivían, como suele decirse, con la barba sobre el hombro, pendientes de cualquier ruido y temerosos de un asalto ó de cualquier otra asechanza que les destanteara.

—Vamos á pasar la calle, dijo el jefe á su ayudante; ponga usted cuidado y salte al mismo tiempo que yo: píquele al cuaco, y así, cuando nos tiren del fortín contrario, ya estaremos á salvo.

Quiso su mala suerte que el caballo de Olivos se resba-



... preguntaba por el jefe y le entregaba un pliego.

lara á la hora de pasar la calle, que viniera en aquel momento la descarga de los maximilianistas, y que el caballo del ayudante no pudiera alzarse del suelo. Porfirio creyó perdido al muchacho, y pensando en voz alta exclamó:

—¡Ya mataron á este bruto de Olivos!

—Mi general, exclamó el jefecillo levantándose con trabajo y librándose á duras penas de quedar aplastado por la bestia, mi general, ¡cuánto siento que no le merezca á usted otra oración fúnebre que la de llamarme bruto!

—Suba pronto en mi caballo, ordenó el general alejándose á toda prisa y con un nudo en la garganta, pensando en la abnegación del pobre subalterno, que al caer y al sentirse próximo á morir, sólo recordaba el desvío del jefe adorado y no el riesgo en que se hallaba.

Cuando llegaron al campamento, les sorprendió un estafeta que á toda prisa y sin desmontarse, preguntaba por el jefe y le entregaba un pliego.

—Se le recogió á un correo que acaba de aprehenderse, dijo poniendo en las manos de Porfirio un sobre cerrado.

Porfirio se metió un rato á su tienda, y á poco, llamando á todos los ayudantes que por allí se encontraban *de cuajo*, prometiéndoselas felices y anunciando la toma de la plaza asediada, les fué dando diferentes órdenes que salieron á cumplir con la escrupulosidad que solían.

—Vaya usted, le mandó á Pancho, y diga á los coro-

neles Espinosa, González y Gorostiza que se me reúnan inmediatamente aquí, en Aguilera, trayendo todas sus tropas.

Olivos corrió á todo escape y dió los recados á los coroneles, que inmediatamente pusieron por obra lo que se les ordenaba.

La noche era obscura y metida en agua: negra la tierra, negro el cielo, negrísimos los árboles que extendían sus ramazones escuetas como apuntando á la bóveda de obsidiana: eran las tinieblas palpables de los días genesíacos. No se oía más ruido que el de las pezuñas del caballo de Olivos, coreado por los grillos y sabandijas del contorno y acentuado por el ladrar de los perros y el aullido de los coyotes, que á lo lejos parecían entablar diálogos agresivos. En uno de los puntos á que había llevado su mensaje, le interrumpieron el paso dos capitanes que habían tenido noticia de la determinación.

—¿De manera, mi teniente coronel, que nos retiramos de aquí, que levantamos el sitio?

— Nada sé, compañero.

— Mire usted que después de las ventajas que teníamos conseguidas, es una atrocidad el alejarse.

— Tal vez, compañero.

— Esto ha de ser con su según y cómo, dijo el que no había hablado: de otra manera nosotros mismos destruiríamos lo de Miahuatlán.

— Tal vez, compañero... Con permiso, que me espera mi general.

Y puso espuelas al caballito, mientras los capitanes se alejaban al tranco, y un trueno lejano que remugaba entre los montes anunciaba próxima lluvia. Cuando llegó á la hacienda de Aguilera y dió cuenta al general de todo cuanto había hecho, Porfirio le aguardaba ya montado y listo para marchar.

— A usted nada más estaba esperando. Vámonos á toda prisa, y usted se pone al frente de trescientos infantes que le designará mi hermano.

Pancho hizo lo que le mandaron, y á la media noche empezó á desfilar la columna, que parecía una manada de lobos negros y silenciosos caminando á la desbandada en busca de algún festín que hubiera olfateado á distancia.

— Pero estas son rarezas del jefe: ¡declararnos vencidos cuando la cosa iba mejor!... exclamaba uno de aquellos eternos descontentadizos, que suelen en todas partes querer entrometerse en lo que entienden menos.

— Es dejar á los mochos en posesión de lo que estaban resueltos á dejar, decía otro.

— Y alentarles, reflexionaba un tercero.

— ¡Lástima, reparaba un cuarto, que á uno no se le atienda; si no, se vería!

Y así se iban extendiendo las murmuraciones y los dichos, queriendo cada cual explicarse lo inexplicable y

penetrar las intenciones de quien pensaba en todo menos en sujetar al sufragio universal sus determinaciones de aquella hora angustiosa.

Las tropas llegaron á Etla cuando ya el día estaba bien claro; pero el general se corrió hasta hasta San Juan del Estado, de donde regresó dos ó tres horas después en compañía de un golpe de tropas que en lo maltratadas y peor trajeadas, á leguas daban á conocer la serie de trabajos que habían tenido que soportar.

—¡Pero si son las tropas de Figueroa! exclamaban todos.

—Los valientes serranos.

—Los que les dieron á los austriacos hasta debajo de la lengua.

—¡Que sean bien venidos!

—En Soyaltepec se echaron sus cien cabecitas de austriacos.

—Y en donde quiera han luchado con mucho brío.

—Son como ellos solos.

Eran, en efecto, los heroicos serranos de Figueroa, que llegaban fogueados, astrosos, mal vestidos, con pocos y malos fusiles, pero más valientes y más resueltos que nunca. Al frente venían Porfirio con el ademán tranquilo y satisfecho, y el comandante de aquel cuerpo, don Luis Pérez Figueroa, de tez tostada, de barba negra y de movimientos prontos y seguros.

Al avistarse los dos cuerpos, todo fué dirigirse plácemes los soldados, abrazarse y preguntarse por su vida y andanzas.

Poco después, acompañado de la caballería, salió Porfirio en dirección de Oaxaca; y las preguntas y las opiniones tuvieron nuevo pasto.

— ¿Y qué será esto? ¿Y qué significará esta salida intempestiva? ¿Y por qué jugará á las escondidas? eran las frases que se oían.

Y como estaban en babia, todo era hacerse cruces y formular conjeturas y pensar en cosas tan maravillosas, que sólo la desbocada imaginación de un corresponsal moderno puede inventarlas más grandes y gordas.

A las dos de la madrugada, cuando apenas terminaban los plácemes y las risas, dió Porfirio la orden de marcha: había que seguir caminando, pero antes se tenía que ascender á la meseta de la Carbonera, que se miraba claramente desde el punto donde las tropas descansaban.

La Carbonera es una alta planicie que tiene en su cima dos collados idénticos entre sí, que parecen los dos senos de una giganta.

Se eleva primero el camino ancho y recto, interrumpido bruscamente, casi al llegar á la cumbre, por una serie de matojos verdes que tapan la cinta blanca abierta por los pies de los caminantes.

La colina de la izquierda termina bruscamente en un

barranco tajado á pico, que presta escaso refugio; la de la derecha desciende menos bruscamente para rematar en peñascales, nopaleras y barranquillas; el centro de la meseta está ocupado por una faja negruzca que parece el ceño que da expresión á una cara fosca: es una ceja de monte amparadora de unas cuantas chocitas que suelen confundir el humo azuloso de sus hogares con el verde intenso de la apretadísima arboleda y con el pálido y difuso del imperturbable cielo de cobalto.

En punto de mediodía aguardaban las columnas con las armas embrazadas y listas para empezar la ascensión, y cuando Olivos, caracoleando en su caballejo, se presentó al general, que se ocupaba en dar las últimas órdenes, éste le dijo:

—¡Al fin llega usted, hombre de Dios! le tengo destinada la sección más lucida, ésta de trescientos hombres con que puede flanquear al enemigo y en caso necesario impedirle la retirada... Se situará usted al abrigo de aquel barranco, tras el cerrito de la izquierda: suba por la travesía que se abre aquí á nuestro lado... Espere mis órdenes.

Quizás el recuerdo de la tardecita de Miahuatlán, quizás el aspecto de aquel horizonte limpio y sin nubes, quizás la alegría de la gente, que marchaba á cascarse las liendres con la satisfacción con que hubiera marchado á una fiesta, influyeron en el ánimo de Olivos haciéndole prometérselas felices y convenciéndole de que todo iría

bien. Y como al que está contento le sale todo á pedir de boca, y como la gente lo estaba y como se reunía todo para que aquella jornada resultara tan brillante como parecía anunciarse, se empezó el ascenso de la vereda con satisfacción y alegría que nadie podía disimular.

Los mismos oficiales rezongones y cavilosos que habían pedido cuenta estricta de los movimientos y operaciones del general, hallaban ahora todo de lo más bien hecho y pensado.

— Es claro, decían, el levantamiento del sitio debe de haber venido de que el jefe recibió quizás noticia circunstanciada de la aproximación de tropas contrarias; la gira hasta San Juan del Estado tuvo por objeto la incorporación de Figueroa, y la vuelta con la caballería hasta Oaxaca, el deseo de hacer un alarde ante el enemigo á fin de que no creyera en el alejamiento de los sitiadores: todo perfecto, todo muy bien pensado, todo clarísimo; no cabe duda que tenemos un jefe que vale lo que pesa de oro. Yo comprendí desde luego lo que pasaba; pero me callé porque así convenía.

—¿Y ahora lo reconocen, bellacos?, les decía Récal con la risa en los labios. Mientras no entendieron lo que se hacía, todo fué ponerse foscos y preguntar si don Porfirio había perdido el juicio. Hoy que ven que está más cuerdo que todos ustedes, ya se dan humos de que estaban al cabo de todo.

Porque Récal ya había fraternizado con la oficialidad republicana, y aquella mañanita en que pidió como favor especial ir al lado de Francisco, se sentía deseoso de realizar proezas y alcanzar laureles que le hicieran grato á sus nuevos correligionarios y le acreditaran ante sus nuevas banderas.

Acababa de subir Pancho con su gente y no tardó en darse cuenta del panorama de la meseta donde debían pasar tantas cosas memorables. La Carbonera se alza bruscamente interrumpiendo la monotonía del terreno y sin ocupar más de mil varas en cuadro: una cuesta igual á la que tuvieron que ascender los republicanos, los imperialistas la treparon por camino inverso, y tratando unos y otros de madrugarle al enemigo, subieron jadeantes hasta coronar la eminencia. Mas parecía hecho adrede: en el momento mismo en que los de Porfirio llegaban á la altura y recorrían á paso veloz la meseta para salir al encuentro de los de Maximiliano, éstos asomaban las cabezas á lo lejos y en cantidad respetable empezaban á tirotear á los chinacos.

Desde su observatorio pudo ver Pancho aquella batalla geométrica, clara y segura que parecía más bien un simulacro ideado para instruir á jóvenes cadetes que un paso real, efectivo y tremendo de que dependía la suerte de varios miles de hombres.

A un tiro de fusil toman posiciones los dos combatientes; Félix Díaz se coloca en el centro con cerca de cuatro-

cientos hombres; Espinosa y Figueroa cubren las alas izquierda y derecha; tras de ésta se halla la caballería que manda Ramos, y á la retaguardia de aquél la artillería, compuesta de dos obuses lisos y un pedrero.

Los cañones del enemigo, que eran seis, rayados y puestos en buen lugar, tomaron la palabra en primer término, lanzando sobre los de Porfirio un fuego mortífero y continuo; y protegido por aquel auxiliar formidable, salió un buen golpe de tiradores franceses que avanzaron resueltamente hacia la línea de Porfirio, sin que al parecer se les diera un ardite de la granizada de fusilería y cañonazos que les llegaba.

Tan ruda fué la acometida, que Díaz necesitó para rechazarla mover la mitad extrema de cada columna; pero ni aun así pudo valerse la gente republicana: los contrarios hicieron un terrible empuje, y ayudados por su caballería, que era de la famosa húngara, estrecharon á los oaxaqueños, que no tuvieron á retaguardia más que el barranco y la ceja de monte. En trance tan apurado movió Porfirio su reserva, movió su caballería, dijo á los suyos algo que Olivos no pudo escuchar, y los republicanos, con nuevos bríos, con nuevo ardor, se precipitaron contra los otros, repasaron su línea de combate, hicieron que repasaran la suya los contrarios y llegaron hasta la colina en que estaban su artillería y su reserva...

Pancho había visto aquello como las cosas se ven en

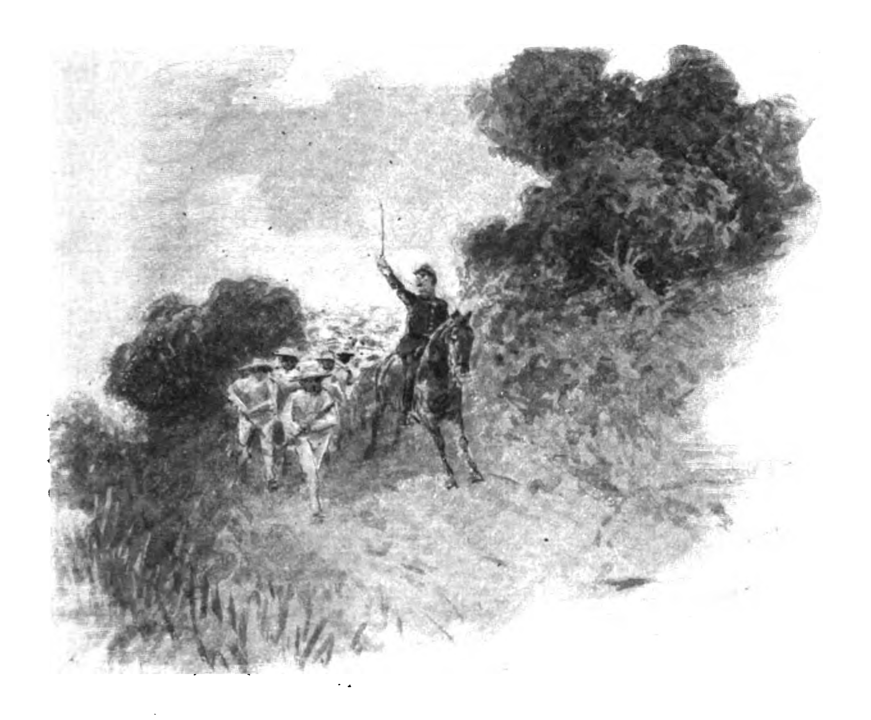


sueños: mudo, cuando hubiera querido gritar y poner en movimiento á todo cuanto estuviera cercano ó distante de él; quieto, cuando hubiera deseado salir matando, hiriendo y golpeando; sin tomar parte activa en aquello y sintiéndose cogido por una orden inflexible que no podía exceder, ni interpretar ni disminuir. Se estiraba los pelos del bigote, se azotaba las botas, mascaba hojillas de las jaras que crecían por allí y devoraba con los ojos todo el panorama, sin que, á pesar de su buen deseo, llegara á oir la señal que tanto esperaba. Vió cómo había perdido terreno la gente republicana, vió cómo logró recuperarle, vió cómo los imperialistas, desordenados y heridos de muerte, se refugiaban en su base de operaciones; y cuando pensaba que nunca le llegaría su turno, oyó un agudo toque de atención, luego un trompetazo prolongado, después otro toque. Pensó que le engañaba su buen deseo, mas, por si acaso, de nuevo puso cuidado, recordó la señal en su memoria, lanzó un grito á sus soldados, y á poco, claros, distintos, indudables, escuchó primero el punto de atención, luego el toque prolongado, al fin el nuevo punto de atención, agudo y penetrante como una hoja afilada. No cabía duda, era llegada la ocasión de entrar en juego, de batirse, de decidir tal vez el éxito de la batalla...

— ¡Ahora nosotros, mis amigos!... ¡Ahora, valientes!... dijo Pancho.

Y tras él se precipitaron como un alud aquellos tres-

cientos soldados que se dolían al tener inmóvil y sin empleo el arma que sabían capaz de matar y de producir estragos. Los imperialistas se retiraban á toda prisa ante Porfirio, que les seguía soberbio, deslumbrante, empuñando la espada, que parecía en su mano un haz de rayos



homicidas, levantando con su corcel un torbellino de polvo que parecía una aureola de fuego. Pero la retirada se convertía en fuga, en escapatoria vergonzosa al ver á los infantes de Olivos. Los imperialistas tiraban las armas y las cartucheras, rompían los cuadros intactos ó que trataban de resistir, cogían los caballos sueltos y trepa-

ban en ellos haciendo trizas los arneses y azotándoles con los frenos, bajaban vertiginosamente la pendiente de uno y otro extremo echándose por las barrancas, ocultándose en la selva, destruyendo los sembrados y deshaciendo las chozas. Los artilleros quitaban los atalajes de las mulas, subían en pelo y se alejaban á toda prisa; los infantes se quitaban el uniforme y tiraban los chacós al aire; los de caballería, que durante buen tiempo habían tratado de hacer frente á los republicanos, se contagiaban del pánico y salían escapados más deprisa que los otros.

Porfirio les siguió un largo espacio, pero á poco tuvo que tomar camino distinto, pues recorriendo las laderas sus soldados hacían gran cosecha de prisioneros y de armas. Récal cogió dos oficiales húngaros llenos de cordones y de dorados; Pancho hizo presos á dos coroneles y á un general, y todos recogieron mies tan copiosa de caballos, de armas, de equipajes, de dinero y de provisiones, que lo difícil no resultaba coger aquello, sino guardarle y poderle transportar.

A las siete de la noche terminaba la persecución, que dejaba en poder de las gentes de Porfirio recursos con que no habían contado.



El treinta y uno de Octubre Oaxaca se rendía á discreción, y el primero de Noviembre Pancho recibía el grado

de coronel, como recibían el de general Manuel González y Faustino Vázquez.

Por ese tiempo Pancho tuvo oportunidad de ver á su padre político, el ilustre descamisado Campardon, que se le presentaba con el riñón más bien cubierto y el pelo más luciente que nunca le hubiera visto: ya anunciaba al jefe y fundador de la casa Campardon y Récal, S. en C. (telas, ferretería y contratas con el gobierno) que ahora existe tan rica y bien cimentada como pocas en México.

Campardon, que tenía más trastienda que un almacén de ultramarinos, fingió que iba únicamente á saludar á su jefe y amigo; pero al fin tuvo que abrirse de capa con el yerno, cuya amistad cerca del jefe y cuyo valimiento excepcional le eran conocidos.

— Tú eres de pecho y por eso te lo digo: traigo una idea, pero me resulta muy peliaguda; y la verdad es que no hallo cómo espetársela á Porfirio. ¡Qué bueno sería que tú, como cosa tuya, por noticias que yo te he dado, por lo que te han referido, por esto, por lo otro, por todo, te le acercaras y, cantándole claro, le propusieras lo que aquí me trae!

— Pero ¿qué demonios es eso que usted se trae? Ya me está poniendo en alarma...

— Siempre has de tener tú ese ánimo de ratón casero que se asusta por todo. No hay ninguna conspiración de por medio, no se trata de acabar con nadie, sino solamen-

te de acarrearle verdaderos beneficios al ejército republicano. Ya tú sabes, yo soy más de este lado que del otro...

— Pues explíquese usted, que estoy en ascuas.

— Tú sabes que los franceses se van.

— Bien ¿y qué?

— Que al irse no se pueden llevar en una sola flota cuanto trajeron en cuarenta ó cincuenta.

— No entiendo.

— Y que como no pueden llevárselo tienen que dejarlo.

— Todavía sigo sin entender.

— Y que al dejarlo no les conviene regalarlo ni venderlo á don Maximiliano de Austria, con quien están peleados á muerte.

— ¿Y qué?

— Que como Porfirio Díaz cuenta con tantos amigos en el ejército francés y el mariscal le tiene un gran afecto, se ha pensado... pues... en cederle todo mediante precios irrisorios: un peso por fusil, un peso por uniforme con todo y zapatos; caballos, mulas y cañones casi regalados... Es la oportunidad del siglo: acabo de quedarme con la farmacia del hospital de Orizaba, que valía dos mil pesos, en doscientos; he comprado seiscientos caballos excelentes en mil pesos; adquirí mil cargas de arroz en setecientos duros y dos mil de maíz en cuatrocientos... ¡Es la chamusca! Pero como yo no necesito arneses ni fusiles ni chacós, he

pensado que le aprovecharían á nuestro Porfirio, que no dejará de sacarles la ley.

Pancho, iluso y todo como era, se figuró que en aquello había gato encerrado, é interrogó resueltamente á Campardon.

— Hablemos en plata: usted viene comisionado por Bazaine ¿sí ó no?

— Sí.

— ¿Y me autoriza para decirlo al jefe?

— Haz lo que quieras con tal de que no pases de allí.

Corrió Pancho á hacer el chisme á Porfirio, y cuando esperaba mirar aspavientos y oir palabras de extrañeza, sólo vió una desdeñosa sonrisa en los labios del caudillo.

— ¡Si ya lo sabía todo! Pero cabalmente he encontrado la manera de quedarme con esas cosas sin desembolsar una peseta: acabo de expedir una orden en que declaro contrabando de guerra todo cuanto los franceses abandonen, y así no necesito más que recoger lo que haya menester.

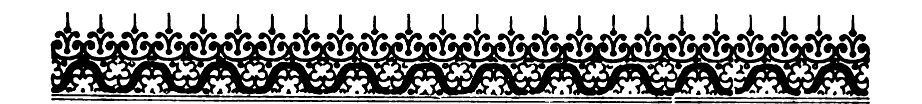
— Pero ¿qué no sería bueno aprovecharse de la buena voluntad de Bazaine?

— No, no hay que hacer caso de esas promesas ni que comprometerse en asuntos sucios. El mariscal me envió un mensaje haciéndome saber que podía entregarme á Maximiliano atado de pies y manos.

— ¡Qué atrocidad!

— Pero también el Emperador es otro que bien baila. Con Burnof, aquel francesito que remitió á Acatlán la avanzada de Acajete, me envió palabras de paz y concordia, y Burnof, como si fuera cosa propia, me dijo que quizás su amo se decidiría á entregarme la situación, pues me juzga más favorable á ellos que puede serlo Juárez. Mi respuesta fué hacerle saber que entre el llamado Emperador y yo no puede haber más relaciones que las que se consienten á dos beligerantes, y que lo único que deseaba era batirle ó que me hiciera pedazos. Ese fué el origen de aquel horrible estrépito de armas, caballos, artillería y gente de á pie que tanto les asombró á ustedes en Acatlán, pues me importaba demostrarle al embajador de Maxmiliano, que tenía quince ó veinte mil hombres listos para entrar en campaña; y ya se acuerda usted, todo se reducía á trescientos caballos que ejecutaron mil evoluciones durante la noche y merced á que había orden de no dejar á Burnof asomar la cabeza ni aun abrir la ventana de su prisión...

A los dos días se marchó el suegro de Récal y de Olivos, y á los tres empezaron á tener noticias del resultado de la circular de Porfirio.



CAPÍTULO XI

Dos de Abril

Noviembre y Diciembre del 66 y Enero del 67 los pasó el buen Francisco gozando de la dicha conyugal más completa. Porfirio marchó á Tehuantepec, infligió allí á los imperialistas tres golpes que les dejaron todavía más alelados y vacilantes que les habían dejado los anteriores, y ordenó á Pancho que le esperase en Acatlán, donde se le reuniría para concentrar sus tropas y emprender operaciones definitivas.

Aquel pueblo encantador, regado por frescas y cristalinas aguas, lleno de huertas y sembrados, se encuentra á la salida de la Mixteca Baja, distante casi por igual de Puebla y de México. Pancho, que por primera vez gozaba de un poco de calma y tranquilidad, recorría lleno de placer aquellos alrededores bellísimos en que se mezclaban las flores más delicadas y los frutos más sabrosos á los

besos más dulces y á las más lindas confidencias. A menudo, volviendo de las excursiones campestres, les llenaba la boca el frescor del anís que crece á la vera de los caminos y les embargaba el ánimo el fuerte aroma de las rosas y el delicado de los lirios. Y entonces, el brazo de la una en el brazo del otro y con la voz conmovida y placentera, aspiraban los perfumes, oían los últimos rumores del día que se acababa y veían la inmensa sabana en que asustado se levantaba para mirarles algún macho cabrío de luenga barba que se había quedado lejos del chinchorro.

Solían así apresurarse y llegaban á su casa lleno el corazón de ternura, los sentidos de deleite y el alma de profunda y santa melancolía.

El 2 ó el 3 de Febrero llegó Porfirio á Acatlán y permaneció dos semanas en el alojamiento en que Olivos había pasado su luna de miel. Se divirtió grandemente con los extremos de la enamorada pareja, le ofreció apadrinar de buen grado al hijo que le anunciaba con mil misterios y salvedades, y como también el general se ocupaba por aquellos días en concluir el idilio que entre manos traía, supo comprender las delicadezas de aquellos excelentes muchachos y celebrar sus extremos de ternura.

Diariamente le llegaban al general cartas, mensajeros y visitas, y tras leer aquéllas y oir á éstos, salía más contento y seguro que nunca.

— Amigo coronel, todo marcha á pedir de boca, decía Porfirio á Pancho haciéndole de sus confianzas: he extendido mi acción á Puebla, México, Tlaxcala y Veracruz y pienso, no en que descansen mis paisanos, pero sí en economizar un poco su sangre heroica. Lo cual no quiere decir que no vayan á darle á la patria en esta vez el contingente que ella reclama con tanta justicia, pues por allí anda Figueroa reuniendo tropas y no tardará en presentarse en Ixcaquixtla. Méndez y Alatorre levantan y movilizan soldados en Veracruz y en Puebla; el coronel Palacios está encargado de Tepeaca y San Andrés Chalchicomula; el viejo imperialista Rodríguez Bocardo, que pertenece ya á los nuestros, se encuentra acantonado en Tlaxcala con su gente; Roldán está con la suya en Acajete; Cuéllar amenaza á Chalco y Xochimilco; don Florentino Mercado organiza tropas en los llanos de Apam; Juan Espinosa se ha posesionado de Matamoros Izúcar, y Ramos instruye y recluta gentes en el sur de Puebla.

Al mediar Febrero, el jefe dió la señal de marcha, y Olivos tuvo que dejar los mimos y las caricias para salir á presenciar la concentración que le tenía anunciada Porfirio. En Ixcaquixtla se le incorporaron Figueroa, que llegó con matemática precisión el día que estaba dispuesto, acompañado de su brigada, y González con la suya completada con artillería, cuerpo médico é ingenieros. En Tepeaca llegaron á reunírsele Palacios con cuatrocientos

caballos, Sánchez Gamboa con trescientos y Espinosa con su batallón en alta fuerza. Méndez y Alatorre se presentaron en Huamantla, el uno con veracruzanos y con poblanos el otro.

El 9 de Marzo llegó frente á Puebla aquel núcleo probado tan duramente en las batallas anteriores; pero por lo mismo tan sufrido y tan heroico como quizás no habría ninguno en la República.

Récal, acostumbrado á la movilización á la europea, se maravillaba de que ocurrieran con tanta exactitud á una cita jefecillos dispersos y sin cohesión, indios que apenas tenían por gala un taparrabo que les resguardara de la intemperie, serranos que no conocían del mundo civilizado más que el poblacho que se hallaba cerca de su aduar, soldados que no recibían pre ni salario sino cada cien años, y personas, en fin, que podrían formar todo menos un ejército regular.

—Y toda es gente bragada, decía Pancho al nuevo capitán (pues á capitán había subido por su comportamiento en La Carbonera); Alatorre, que es el jefe de la primera división y cuartelmaestre del ejército, tiene una espléndida hoja de servicios en la heroica costa de Sotavento. A sus órdenes hay jefes como Guillermo Carbó, Carlos Pacheco y Juan de la Luz Enríquez, que son tan serenos en el combate como perseverantes después de la derrota y magnánimos tras la ganancia. En la segunda

división tienes á jefes como Méndez y Lucas, que han realizado en la guerra de montañas hechos gloriosos que recuerdan á los Viriatos y á los Zumalacárreguis; en la caballería están Palacios, Sánchez Gamboa y Bravo, que se pueden poner entre los mejores; y mandan brigadas Manuel González y Luis Figueroa, que tienen acreditado su valer con una vida entera de servicios y de abnegación. Olivares y Maldonado mandan á mil surianos, con que se completan seis mil hombres alrededor de Puebla.

***

La primera providencia del general fué apoderarse del cerro de San Juan, y luego, estrechando el perímetro del contrario y ocupando puntos fortificados, Porfirio llegó á tomar posesión de una parte de la plazuela de San Agustín, de otra de las calles de la Merced, de las manzanas de la Aduana y de muchas del barrio de la Luz.

Así continuó el sitio, ganándose hoy un punto, tomándose al día siguiente este ó el otro edificio importante, causando una derrota ó sufriendo un ligero revés; pero nadie dejaba de comprender que no era empresa llana tomar una ciudad bien artillada y defendida con un número igual de tropas al que se encontraba dentro.

Pensar en reducirla por hambre parecía locura, pues el Imperio se hallaba en aptitud de producir todavía



muchos disgustos á los republicanos; pensar en tomar islotes de manzanas, como habían hecho los franceses, era pensar en lo excusado, pues tiempo sobraba para que así recibieran los de dentro el auxilio que habían menester; pensar, por fin, en un asalto, era lo mismo que comprometer el éxito de todas las operaciones, perder lo ganado y exponerse á un seguro fracaso; desde el asalto á Guadalajara el 60, hasta los de Puebla en diferentes guerras civiles, asalto equivalía á pérdida segura, fuera quien fuera el que lo intentase.

De fatales resultados pudo ser la aventura comenzada por el teniente coronel Domínguez y que se resolvió en la pérdida de un brazo de uno de los jefes que Porfirio estimaba más. La cosa pasó así: Domínguez, que era de esa casta de valientes atrabancados que con su valor suelen hacer mucho más mal que bien, empeñó un ataque en la manzana de aquel mesón de los Nobles Varones que tanto conocía Olivos. El enemigo respondió por los propios consonantes y con un vigor que nadie se habría figurado; el cañoneo y la fusilería se hicieron generales en toda la línea, y Manuel González, que mandaba aquella serie de puestos avanzados, acudió al remedio de la situación, que era bien apretada á aquella hora. Dió sus órdenes, examinó el cariz de las cosas; pero cuando menos se pensaba vino de lo alto una bala de rifle que destrozó el codo de González é hizo que no pudiera continuar dirigiendo la

maniobra. Olivos, que llegó á poco en compañía de Porfirio, vió el momento en que sacaban al brioso general y presenció cómo la manzana fué tomada por las tropas de los sitiadores.

El día último de Marzo incendió el enemigo una tienda de la manzana que ocupaba el general Carreón. La tienda estaba apretada de combustible, y como peligraba la gente que la guarnecía y el fuego podía extenderse y el enemigo aprovecharse de la situación para hacer una salida, Porfirio corrió allá á fin de reparar el mal en lo que fuera dable.

— Ustedes aguarden aquí, ordenó Porfirio á los que le acompañaban. Voy á echar una ojeada y salgo en seguida.

Se metió, en efecto, mas apenas había entrado, se oyó primero un crujido espantoso, después un golpe terrible, como si hubiera venido al suelo toda la casa, y al fin se vió salir una gruesa nube de polvo y á un caballero de barba retorcida y bigote espeso que aparecía blanco como si nunca hubiera tenido un pelo negro. Pancho no conocía muy bien á aquel señor ni le había visto entrar á la casa derrumbada, así es que se quedó frío cuando en vez del general, á quien aguardaba, vió á aquel sujeto que gritaba atribulado:

— ¡Pronto, pronto, picos, escalas, gentes, todo!... ¡Acaba de caerse el techo sobre Porfirio!



Entre el estrépito y la confusión, exponiéndose á recibir un golpe de las innumerables vigas, tablas, adobes, cascotes y pedruscos que caían sin cesar, al grado de impedir oirse á los que hablaban, Pancho entró hasta la pieza en que Porfirio yacía. Estaba vivo, afortunadamente estaba vivo, ¡mas en qué estado! De bruces sobre un montón de escombros, con la cabeza y los bigotes grises y el vestido blanco como la nieve, la voz firme y entera, pero denotando que sentía un gran dolor, contestó al «¡Arriba, señor!» que le dirigió Pancho Olivos, con un «¿Qué pasó con Baz? ¿Dónde está Juan José?» que le dió á Pancho muchas esperanzas.

— Está bien, señor... Afuera está... No le pasó nada... Pero levántese usted, que estos malditos nos fusilan.

Y en efecto, les fusilaban los imperialistas casi á quemarropa, pues como ardían las ventanas y al fin acabaron por venir abajo, los enemigos metían los cañones de sus rifles por las rejas, que no tenían más defensa que la del fuego que salía de dentro. No tardó Carreón en salir por los balcones que no ardían y en alejar á los enemigos; pero no por eso la situación se mejoraba cosa.

— Estoy metido de medio cuerpo abajo... Llamen quien mueva esto.

Ya estaba lleno de gentes el cuarto, que, por cierto, seguía siendo visitado por los disparos de los imperialistas que estaban en la acera contraria; cada uno proponía un

plan, un remedio, un alivio ó un arbitrio infalibles; pero quien más hurgaba y se afligía más y daba y repetía y contradecía órdenes y sudaba y trataba de alejar á todo el mundo, era Luis Terán, que tenía cogido al general por un brazo y tiraba, tiraba con tal priesa y con tanto empeño y con vigor tan descomunal, que acabó por arrancar una queja á Porfirio.

— ¡Hombre, por Dios, no hales tan fuerte, que vas á llevarte uno de mis brazos en uno de tus tirones!

Pero el impresionable y nervioso Terán no hacía caso y seguía tira que tira, á riesgo de romper ó maltratar gravemente al jefe, pues era forzudo y nervioso como pocos.

Olivos salió á toda prisa, y habiendo encontrado á un oficial de artillería, le pidió una palanca, un gato, un madero cualquiera con que se levantara la mole que había caído sobre el general. El de artillería dió una alzaprima que formaba parte de la dotación de una pieza de sitio, y Pancho la llevó hasta el lugar en que Porfirio estaba cogido.

Los imperialistas habían sido alejados de la manzana frontera; una guardia de veinte hombres tenía cuenta con el orden en el exterior de la casa, y una multitud de oficiales de todas clases y que, de seguro, á aquella hora no tenían servicio, estaba estacionada en el exterior.

— Coronel, dijo uno, dispénseme mucho. ¿Es verdad que Porfirio está muerto?

—¿Es verdad, preguntó otro, que ni siquiera se puede sacar el cuerpo?

—Díganoslo de veras, porque si es así, le prometo que me la pagan estos mochos desgraciados.



—El general está vivo y espero que esté sano.

Rezongaron los curiosos algo que Pancho no pudo escuchar, y sin darse por satisfechos continuaron allí estacionados, creciendo el número á medida que el tiempo pasaba.

—Vaya, amigo, muchas gracias, exclamó Porfirio al ver á Pancho armado de su palitroque. Me saca usted de una situación muy apretada y me libra de que el excelente Luis Terán me ampute los brazos á tirones.

Y en efecto, en un santiamén se levantaron las vigas que oprimían las piernas del general, y éste quedó listo

para salir; pero tal impulso hizo el impacientísimo Terán, que tirando de Porfirio le sacó de entre los escombros, pero sin botas.

— Mi general, se atrevió á decir Francisco, allí afuera hay muchos oficiales que quieren verle á usted.

— ¿Desean hablarme de asuntos del servicio?

— No, mi general, sólo quieren verle.

— ¿Verme?

— Sí, creen que usted está muerto.

— ¡Qué locura! Dígales que salgo en seguida.

Y en efecto, salió; pero como la calle estaba llena á reventar y como los comentarios eran muchos y como la falsa nueva seguía circulando á gran prisa en todas las líneas, el general no tuvo más remedio que saltar violentamente en un caballo, y salir á recorrer los puestos republicanos en unión de su Estado Mayor, luego de mudarse la ropa y curarse las horribles quemaduras que había sufrido.

¡Qué entusiasmo, qué delirio, qué animación en todas las líneas! Se aclamaba al jefe, se le prodigaban los más dulces epítetos, se le llamaba con las voces más cariñosas y se daba gracias á Dios por su milagrosa liberación. No habían ojos que se hallaran secos, ni manos que no se agitaran, ni pechos que no estuvieran roncos por las aclamaciones y los vivas...

— Este Porfirio, advertía uno de su Estado Mayor, es

el hijo de la dicha: sufre un contratiempo y le sale en realidad un lance excelente. Que siga así muchos años.



Campardon había salido de Puebla al saber que se acercaban los chinacos, y se hallaba agregado al ejército en esa condición ambigua en que suelen encontrarse tantos paisanos que no son ni soldados cabales ni simples simpatizadores. Y como Violette había llegado de Acatlán, y Nicole había salido de la plaza, la familia quedó constituída en un momento.

Un día que Pancho se hallaba de servicio cerca del general, recibió la visita de su suegro, que estaba siempre deseoso de oler lo que se guisaba.

—Explícame á qué obedece lo de mandar lejos del campamento á los soldados enfermos y heridos. Eso ha de tener su más y su menos.

—Pregúnteselo usted al general.

—No se lo pregunto porque me contesta con una tontería... Pero, á ver, respóndeme: ¿no es muy significativo eso de que salgan para Tehuacán todos los impedidos? Para mí, se trata de levantar el sitio. Y más vale, porque al fin se había de hacer á la fuerza: Márquez acaba de salir de México y trae cinco ó seis mil hombres; y ya ves, no es cosa fácil resistir al que llega y hacerles frente á los que salgan.

Y el suegro tendría razón ó no tendría razón; mas lo que no cabía duda era que Olivos se sentía desalentado, enfermo, tristón y sin bríos. Aquella mañanita primaveral, aquel divino panorama que había contemplado tantas veces con amor inmenso, aquel ir y venir de tropas que habían sido su alegría, pasaban ante él como espectáculos extraños y que más que para alegrarle sirvieran para llenar su alma de desusada tristeza y de repentino temor: sobre sus ojos flotaba un velo negro que ensombrecía las galas de la campiña, el alegre espectáculo de la soldadesca y la gloriosa vida del campamento, que Pancho amaba más que la del hogar, más que la de las poblaciones y más que todas.

Bien entrada la noche de aquel día, Porfirio llamó á su alojamiento á todos los jefes que tenían en Puebla el mando de líneas ó de puestos simétricos con los que el enemigo defendía. La junta se efectuó en una casa que quedaba en el centro de los puntos disputados, pues se quería no alejar á los defensores de los lugares en que podía acontecer algo impensado. La pieza, que era vasta y desmantelada, no contaba con otra iluminación que la de una menguada vela de sebo que proporcionaba alimento y combustible á la llamita azulada, amarillenta y hedionda que se sostenía á expensas del pábilo lánguido y moribundo. La estancia la ocupaban Porfirio y su cuartelmaestre, don Ignacio Alatorre, y poco á poco fueron

llegando Cravioto, con aquel su rostro de sátiro, su mirar de lobo y su andar de chimpancé; Carreón, con sus ojos de colérico y su mandíbula de prógnata primitivo; Vázquez Aldana, con su continente impasible, su frente ancha, sus cejas que parecían dos pincelazos puestos con garbo y su mosquita grisácea y dispersa; Andrade Párraga, con su fisonomía escueta y sus ojos de miope incorregible; Pacheco, gallardo y fino, con aspecto de alemán ó de austriaco; Figueroa, galán y de buen porte, con la barba crecida y los ojos pletóricos de luz; Pinzón, más feo que una pesadilla, y Terán y Carbó y León y Cueto y Acuña y la flor y nata de la gente chinaca.

Cuando estuvieron reunidos, Díaz tomó la palabra y dijo en frase sencilla:

—Amigos, les llamé para exigirles un esfuerzo, un gran esfuerzo, mas también el último esfuerzo en nombre de la patria. Márquez está á una jornada de aquí y necesitamos batirle; pero no podemos dejar á Puebla en poder de los traidores, que aprovecharían el tiempo en fortificarse y quizás en introducir víveres y tropas, amén de que procurarían una salida. Hay, pues, que emprender un asalto, hay que procurar apoderarse de la plaza, y como el negocio no es llano, porque Puebla está bien artillada y defendida, sólo me atrevo á pensar en esto contando con la buena voluntad y con el valor de todos ustedes. No hay para qué decir que hay muchos riesgos que

correr y que habrá muchos que pierdan la vida: hablo con soldados y con soldados patriotas y la consideración está de más; pero por eso mismo estoy seguro de que contaré con todos y cada uno.

Nadie respondió ni nadie hizo observaciones: Porfirio había interpretado á maravilla lo que pensaban, y era inútil decir que estaban conformes y que obedecerían hasta la muerte.

El general formó diez y siete columnas; tres, fuertes de mil hombres y dispuestas para el ataque del Carmen, y catorce de ciento cincuenta cada una y destinadas á batir los diferentes puntos de la ciudad. Con el plano al frente y el compás en la mano, Alatorre y Porfirio fueron indicando á cada jefe su situación, la del punto que tenía que atacar, las posibles emergencias y la forma de obtener éxito cabal.

Luego explicó el caudillo la manera de emprender el ataque: la señal convenida era una luz que ardería en el cerro de San Juan. Se debían economizar las municiones siempre que fuera posible, pues andaban por las nubes; y nada menos se determinó que la gente de á caballo se deshiciera de los cartuchos con que contaba, en provecho de la de á pie, y si aquélla era atacada, se acordaría de que contaba con sables y lanzas. Los sitiados habían cometido un grave error dejando descubiertos por detrás sus parapetos: había que intentar el ataque de modo que

la acometida sobre una trinchera alcanzara su correlativo en la opuesta: así los fuegos del punto atacado herirían también á los del contrario, y los enemigos llegarían á figurarse que habían sido flanqueados y que se les atacaba también por la retaguardia. Los fosos debían rellenarse con sacos de paja, pues no había habido tiempo de preparar fajinas.

Pancho se sintió destanteado al ver que no se le señalaba mando de columna; pero el general, llamándole aparte, le dijo con cariño:

—¿Creía que me había olvidado de usted? Le señalo un cargo muy peligroso: que vaya con mi legión de honor, que, como sabe, está formada de oficiales que no tienen colocación en las filas, y que buscando los puntos mejor defendidos, trate de trepar á lo alto de las casas para introducir el desorden entre los defensores de los balcones, azoteas, ventanas y aspilleras... Escoja usted los oficiales que guste, adhiérase á los grupos que mire en peligro y trabaje como de costumbre.

—Si le parece á usted, señor, tomaré en primer término á mi pariente el capitán Récal.

—¡Ah, sí, el zuavo! Está bien; á ese y á los demás que usted quiera.

Reclutó Pancho á los que habían de ser sus compañeros y se concertó con ellos para unirse á la columna de «Juan Chiquito», que le parecía la más seriamente ame-

El general Díaz vitoreado por sus tropas el 2 de Abril.

nazada. En compañía de Récal pasó la velada en casa de Campardon, y, sin ocultar que ambos tenían entre manos una comisión muy peligrosa, se despidieron á buena hora para ir á la cita convenida.

***

Puebla dormía segura y tranquila; los oficiales, si no se hubieran topado con un escuadrón de caballería que estaba dispuesto para cubrir la posible retirada de las columnas de á pie, habrían pensado que estaban en la ciudad levítica y monacal de marras, cuando aún no se tenía á Puebla como punto de disputa ni habían caído sobre ella tantas bombas y tantas balas cuyo estruendo la había de despertar del secular sopor en que yacía. No se escuchaba un tiro ni un grito de alerta, ni un ¡quién vive! que interrumpiera la calma de aquella noche en que apenas brillaban las estrellas como ojitos claros que espiaran las idas y venidas de los bultos obscuros que se removían en el más obscuro pedacito de tierra.

Al peso de media noche llegaron con pasos tácitos los que habían de asaltar las trincheras. A las dos de la mañana se oyó el tronar de un cañón, luego el de una gran pieza de batir, después el de muchísimos fusiles. Contestaron los sitiados con grandes intermitencias y como con flojera; replicaron los de fuera con gran vivacidad y al

fin (podían verlo los de Enríquez desde su atalaya) el fuego se hizo general desde fortines, balcones, azoteas y puertas.

—Están allí casi todas las reservas, declaró Pancho en voz alta.

El resto de la plaza permaneció callado; apenas si un cohete azul que subió de Loreto fué contestado por otro rojo que subió de Guadalupe, rayando de arriba abajo la negra pizarra del cielo imperturbable. Pancho sentía en el alma no sé qué vaga tristura, no sé qué dolorosa melancolía que le daba como resultado de sus pensamientos esta convicción: «la empresa saldrá bien; pero yo quedaré en el sitio».

—¿Qué tienes, hombre? le preguntó Récal en voz baja. ¡Tú, el cantador, el entusiasta, el alegre, estás allí alicaído y hecho una momia de tristeza!

—Nada, nada tengo. Pienso en esto que nos aguarda.

—Nos aguarda el llenarnos de placer, y descansar y establecernos á nuestro gusto.

—Tal vez, tal vez, exclamaba el coronel apartando de su frente aquellas ideas.

Pero cuando terminaban aquel diálogo oyeron un punto de atención que á cuenta sonó en la garita de Cholula, que era el cuartel general de Alatorre; después, como si hubiera sido el canto de un ave madrugadora, respondió á aquella corneta otra que lanzó un trémolo en el

rancho de San Juan, y al fin una tercera repercutió segura y clara en la cima del cerro...

Pancho y sus amigos volvieron la cabeza adonde sonaba aquel reclamo y vieron incendiarse una gran tela que pendía de un andamiaje alzado en la cúspide del cerro; á su resplandor, que era rojizo, violento, terrible como de hornaza, como de fragua, como de fundición, vieron un hombre todo rojo con sombrero rojo, montado en un caballo rojo y señalando con la mano á las flechas, á las torres, á las espadañas, á las cúpulas, que brillaban con todos sus azulejos, con todas sus cruces, con todas sus estatuas y con todos sus mármoles, rojos, rojos como visión infernal, apocalíptica, siniestra.

En aquel momento se escuchó un inmenso alarido, un alarido que salía de sus mil bocas, una voz inorgánica, primitiva, arrolladora, formidable que gritaba guerra y venganza en medio de aquella noche negra y roja y ante los ojos claros de las estrellitas que se asombraban al ver removerse así á aquellos bultos obscuros.

¿Qué gritaban los hombrecillos aquellos? ¡Quién sabe! pero en un momento empezaron á avanzar resueltamente á través de aquella lluvia de lumbre, de aquella fusilería tupida y espantosa que salía de la trinchera, que vomitaba el balcón, que dejaba escapar el vano de la puerta, que llenaba el agujero imperceptible y que coronaba, como en una fiesta de fuego, la azotea coruscante y apretada de luz...

Pancho vió que una casa del costado de San Agustín trasudaba fuego y humo; entre el polvo y la obscuridad caían los republicanos como si hubieran sido las figuras de un juego de niños.

— ¡Aquí, Récal!, gritó; ¡aquí, amigos: acerquen las escalas! ¡Arriba!...

Y dando el ejemplo, trepó varios escalones, se cogió de un balconcillo de madera, apartó el arma del soldado que le cazaba desde la altura, sostuvo la escala é hizo frente á los que le disparaban desde dentro.

— ¡No se escondan, bandidos; no corran! decía Pancho con la furia retratada en el semblante y completamente olvidado de sus negros pesimismos.

— ¡Por esa escalera, Récal; arriba á la azotea!... ¡Desalójeles de esa recámara, Martínez!... ¡Usted, Domínguez, á mi lado!... ¡Vamos abajo, á echarles del zaguán!... ¡Ya está; vamos á ver cómo sigue la cosa en la azotea!...

No podía ir peor: el zuavo estaba cogido entre un lavadero y rodeado de diez ó doce enemigos.

— ¡Déjenle, que aquí estoy yo!... ¡Acércate, gabacho!

Mirándose auxiliado, Récal formó grupo con los de Pancho; mas éste vino á quedar reducido á no tener más auxiliar que su concuñado, pues los demás estaban muertos ó heridos. Como los parientes se encontraban armados, los dueños de la posición se mantuvieron á distancia; pero tan pronto como uno de éstos asomó la cabeza Olivos le

enderezó un tiro certero que le entró por la sien derecha; otro que quiso adelantar el cuerpo, recibió de lleno un balazo de Récal; un tercero que armado de lanza consiguió herir al zuavo en una pierna, se llevó un confitazo en el corazón y rodó sobre la citarilla cayendo al suelo. Los demás huyeron á toda prisa, pues los grupos de los bajos y del entresuelo subían á auxiliarles.

— ¡Es nuestra, es nuestra la casa, coronel!

— ¡Pues vamos á la trinchera! Ustedes quedan encargados de posesionarse de las otras azoteas y de hacer fuego á los de la espalda de San Agustín... Sígueme, Récal.

Salieron los amigos y vieron á los de Enríquez tiroteando la posición y posesionados de las paredes inmediatas. Pancho, guareciéndose en los sacos de paja que llevaban dos hombres, llegó hasta la orilla del foso, trepó hasta la cima de la fortificación y gritó con furia:

— ¡Por aquí, amigos, por aquí!

Y al saltar al otro lado cayó rodando en tierra.

. . . .

Media hora después se rendían San Agustín y la Catedral, que se habían defendido hasta lo último. Se oían truenos de salva, vivas y aclamaciones; el general, victorioso, recorría las líneas en medio de los aplausos de los suyos, y la aurora, saliendo de entre unas nubes de nieve y grana en que parecía que el rosa se bañaba en leche, alumbraba enseñas, cañones, caballos sueltos, hombres difuntos y heridos.

Un ordenanza se acercó á Porfirio y le comunicó algo al oído.

—¿Olivos?, preguntó con extrañeza.

— Sí, mi general, el coronel Olivos.

— Pues vamos allá.

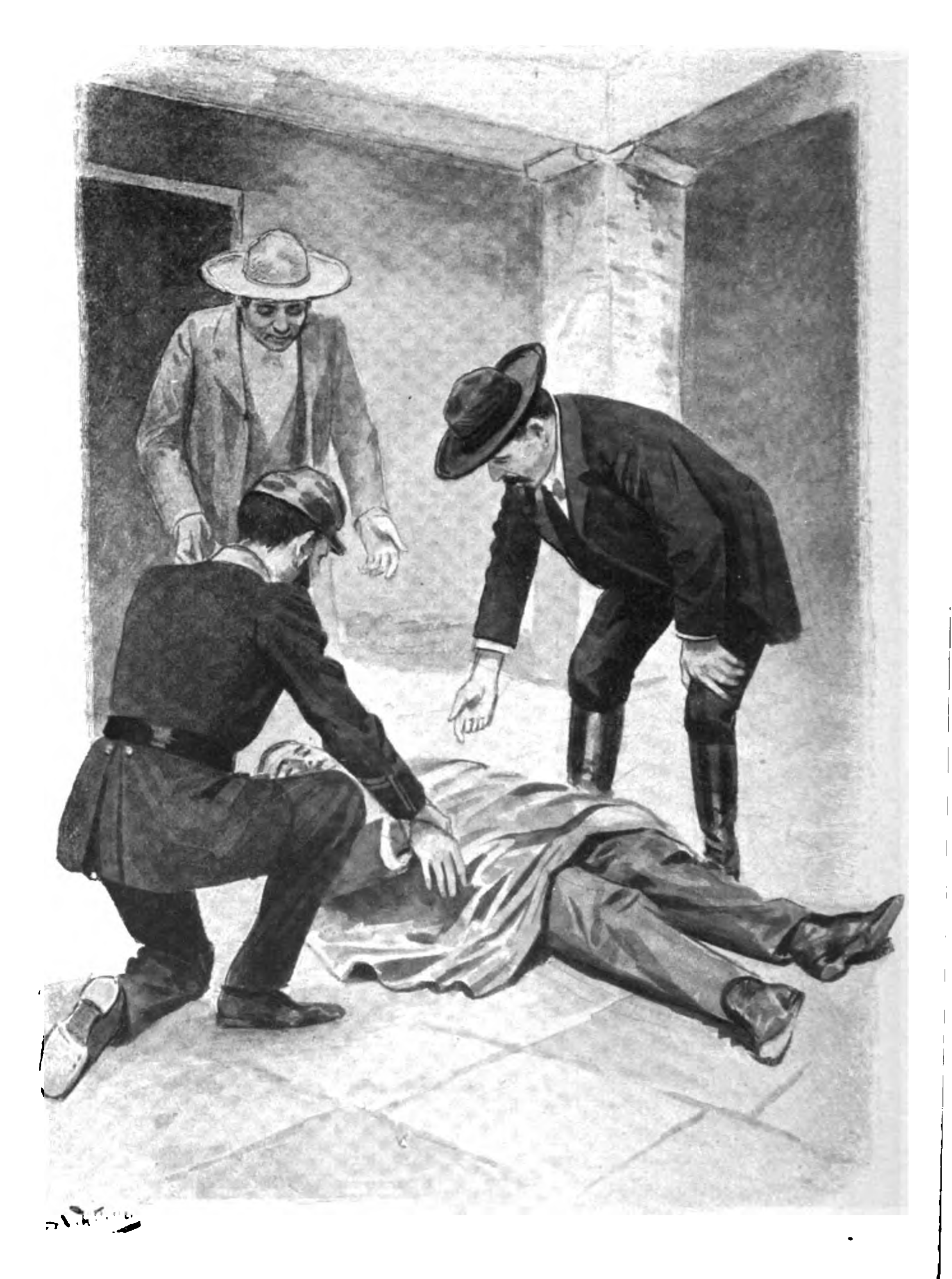
Y se metió por la calle de Misieses, donde vió un bulto tendido en el zaguán de aquella casa que había habitado Campardon y en que habían pasado tantas cosas memorables para Olivos. Tenía la cara, las manos, el cabello, el uniforme, todo lleno de sangre y de lodo; estaba pálido, desfigurado, jadeante. De la boca le salía un torrente de sangre negra como si la enviara una bomba que funcionara tarde y de mala gana; los ojos tenían esa expresión de frío, de miedo, de extrañeza, que tienen los ojos de los animales muertos en la caza; del pecho le salía un estertor que parecía el gorgoriteo de una marmita puesta á la lumbre...

Porfirio se acercó afligido, esperanzado, anheloso.

—¡Pancho, coronel, no es nada!... ¡Esto no es nada! Que venga Salinas, que venga Montes de Oca, que llamen á su familia!... ¡Pancho, amigo, pobre amigo, pobre amigo de mi alma!... ¡Soy yo, tu jefe, tu general... Porfirio!...

El moribundo cogió la mano del caudillo, la llevó á sus labios descoloridos y la conservó mientras tuvo vida.

El físico llegó á poco y levantó el capote con que Pancho estaba cubierto, alzó la camisa y descubrió en medio del pecho un agujero violeta que no sangraba gota.



— Perdido está, le quedan momentos...

— Perdido está; le quedan momentos.

— ¡Era el más fiel de mis amigos!, murmuró Porfirio con los ojos llenos de lágrimas.

Quizás oyó aquello Pancho, pues asió la mano de su jefe, la besó con las pocas fuerzas que le quedaban, arrojó una bocanada de sangre, lanzó un suspiro, se estiró cuan largo era y quedó sin movimiento, con la expresión de frío, de miedo y de extrañeza que tienen los animales muertos en la caza.

El general tuvo ánimo para separarse de allí; pero dijo en voz alta y con la voz mojada en llanto:

— ¡Que se preparen los funerales de mi amigo... de mi amigo el general Caballero de los Olivos!

Y se alejó al trote á ordenar lo que procedía después de aquella gran victoria.



AL QUE LEYERE

Estaba hace días registrando un legajo de papeles ratonados, que me ofreció en venta un sujeto que conoce mi debilidad por esas antiguallas, cuando mis ojos tropezaron, con grandísima sorpresa de mi parte, con dos firmas que conozco mucho: las firmas de Ignacio Ramírez *(El Nigromante)* y de Guillermo Prieto *(Fidel)*. Entregué al vendedor lo que me pidió por el papelorio, y me retiré á mi casa (que es tuya, lector, ya lo sabes) á registrar mi adquisición, que se me figuraba de grandísima importancia.

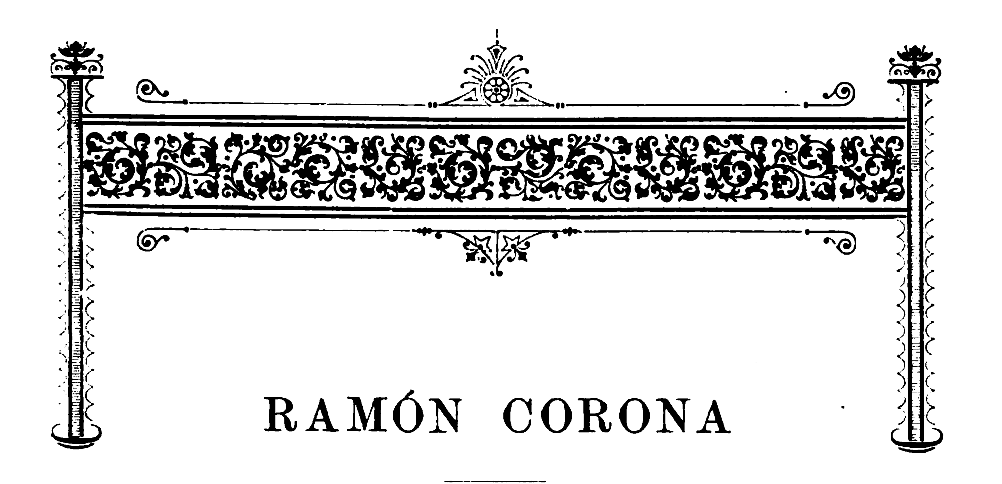
La colección comprendía escritos de viejos amigos que han desfilado por estas páginas, no sé si con placer ó disgusto de los que las han leído, y de buen número de cartas de Ramírez, Prieto y otros personajes de igual ó menor viso. Todo el legajo se refiere al cautiverio de los mexicanos en Francia, y á la gloriosa campaña de Occidente.

Después de leer y releer esas cosas, me entraron dudas acerca de la autenticidad de algunas cartas, por ejemplo las de Ramírez, pues las encontraba desmañadamente escritas, cuando es bien sabido que el famoso jacobino é iconoclasta implacable, aunque solía no creer en Dios, adoraba en las *Cuatro Poéticas* y en todas las retóricas. Sin embargo, tras de muchas dudas y vacilaciones, me decidí á dar por cierta la tal correspondencia, puesto que completa la que conocemos del célebre revolucionario.

En este *Episodio*, mi trabajo ha consistido en reunir, compaginar y poner en orden la colección de cartas; y aunque en muchas de ellas se refieren casos que ya se han relatado por menudo en la colección, no quise suprimir nada, temeroso de que me acusaran de truncar textos ó de adulterarlos, que son delitos imperdonables en concepto de los bibliógrafos y archiveros.

Ojalá, lector caro, que halles en esta colección de cartas la frescura, ingenuidad y candor que yo le he encontrado, y que te satisfaga en la medida que me ha satisfecho, á fin de que, si llega á toparse con otro legajo, te le pueda dar, sin gran escrúpulo de su conciencia,

El Autor y copista.



RAMÓN CORONA

SEGUNDA PARTE

CARTAS DEL DESTIERRO

Miguel Caballero de los Olivos á Eugenia Jecker y Ubiarco, su mujer.

Córdoba, á 4 de Junio de 1863.

Eugenia mía: hoy saldremos de esta ciudad, que Dios bendiga, porque ha sido con nosotros tan buena y tan generosa como pocas. Llevamos diez días cabales de permanecer en ella, y durante ese tiempo no nos han faltado ni los alimentos, ni la compasión, ni los mimos, ni el cuidado que podíamos apetecer: estas excelentes familias se han turnado en lo que toca á la atención y el cariño con los pobres prisioneros, y han echado entre sí guantes de dinero, ropa y alimentos para mantenernos á

todos, que somos como quinientos entre jefes y oficiales. Calcula por esto si habrá habido necesidad de que se esfuerzen los nobilísimos cordobeses y de que aflojen los cordones del bolsillo y las válvulas del patriotismo; pero en nada se les ha notado fatiga, ni desgana, ni indiferencia: hacen todo tan natural y tan sencillamente como si no costara mucho esfuerzo pecuniario y mayor esfuerzo patriótico, pues ayudarnos equivale á granjearse el sambenito de disidente, de desafecto, de enemigo de la intervención, de cualquier cosa, que no dejará de traducirse en multas, amonestaciones, encarcelamientos y fieros males. Dios bendiga, pues, á los buenos cordobeses, les aumente sus cosechas, haga crecer sus cafetales, vuelva todavía más bellas y más honradas á sus mujeres y á ellos más valientes, patriotas y generosos.

Pero no todo ha sido vida y dulzura, por más que tengamos razón de sobra para alegrarnos de nuestra prisión. Como sabes, salimos de Puebla el veintidós de Mayo; aún me parece ver entre el gentío estupefacto que nos aguardaba, tu deliciosa carita pálida y tus ojos llenos de lágrimas. Te confieso que tuve que hacer gran esfuerzo para no soltar el trapo al ver el rostro sonrosado de Miguelín, cuando tú le alzaste en vilo. En lo más hondo de mi cerebro guardo las imágenes de aquellas manecitas apretadas, de aquella carita roja, de la falla de encajes, de las mantillas de bayeta y de los pañales que dejaron ver las

piernas encogidas y los piececitos como capullos de rosa.

Fuera de la garita nos hizo una terrible *sommation* el oficial que nos iba custodiando: el que se moviera, el que



tratara de escaparse, el que hiciera señas ó mantuviera correspondencia con los campesinos ó los transeuntes, sería muerto como un perro y abandonado en el camino para escarmiento de los que atrás venían.

Los pobres deportados parecíamos figuras salidas de alguna hampa truhanesca y desaforada en que fueran los timbres mejores miseria y desnudez. ¿Te acuerdas de aquellos trajes que estrenamos al comienzo del sitio? En galones, espiguillas, alamares y bordados gastamos cuanto teníamos y quedamos debiendo buenos picos; pues bien, aquellos uniformes que nos parecían el acabóse de la elegancia, aquellos oros y aquellos paños, aquellos botones y aquellas charreteras se quedaron sobre los fortines, entre las tapias abiertas ó cerradas, detrás de las rejas, en manos de los franceses, en todas partes menos en nuestros cuerpos, donde sólo restaron unos pocos trapos desteñidos, desgarrados, tristes y sin bríos.

Quiso nuestra mala suerte que empezaran á saberse las fugas de los generales el mismo día de nuestra salida de Puebla; así, pues, las que se tomaron contra nosotros no fueron precauciones, sino rigores espantosos con que se trataba de impedir hasta que habláramos unos con otros. Sin embargo, no te puedo negar que el aspecto de aquella mañanita suave y clara, que aquel olor á tierra mojada y aquella hierba tapizada de perlas de bellísimo oriente, me hicieron cargar con ánimo el bastón que llevaba en la punta el hatillo en que se guardaba todo lo que tenía en este mundo sin contar á ti y al mamón que me enseñó por despedida su cuerpecito, que parecía un ramo de rosas empapado en leche.

Caminábamos tristes y pensativos cuando oímos el aletear de un gallo, luego su cacareo ronco y belicoso y al fin el gruñidito de placer que lanza después del calderón. Nadie reparó en aquello, pero como se repitió tres ó cuatro veces, nos dimos cuenta de que salía de nuestro grupo: era Inclán, Pepe Inclán, el gran Inclán, el loco Inclán, Inclán el famoso, que lanzaba aquel reto al gallo francés y le demostraba que el gallo de aquí no tenía nada que envidiar al otro, puesto que el nuestro no entendía de clavar el pico aunque se sintiera herido y desplumado. De allí en adelante, Inclán fué nuestra alegría y nuestra diversión.

El cura de Amozoc (como después los de Acultzingo y San Agustín del Palmar) echó á vuelo las campanas de su iglesia, al ver nuestra llegada, pues quizás trataba de dar á entender que la religión había obtenido un triunfo mediante la captura de los tercos defensores de Puebla, y que los que marchaban allí atraillados y humillados eran algunos heresiarcas cuya captura importaba celebrar por lo que en ello salía ganando la religión. Yo, que no tengo la cachaza del cura Morelos, no pude exclamar como el grande hombre cuando le metían preso á Teopicuacuilco: «Ya sé de estos gustos; qué bien se conoce que vengo aquí», sino que empecé á llorar desconsolado quejándome al cielo de la picardía del cura ó de la de sus adláteres.

Pero no me imitaron mis compañeros; cuando yo me

lamentaba con más aflicción, oí un grito, una carcajada, el chapotear del agua, y vi que Inclán nadaba como un pez en el tazón de una fuente que honra la plaza de Amozoc. Primero, se sumergió para salir en el otro extremo del recipiente, luego lo recorrió nadando á brazo partido, y por fin salió calado, moviendo la cabeza, alzando los brazos, ensayando un paso de pavana y derramando gotas por todas partes.

— ¡El loco, el loco!, comenzamos á gritar.

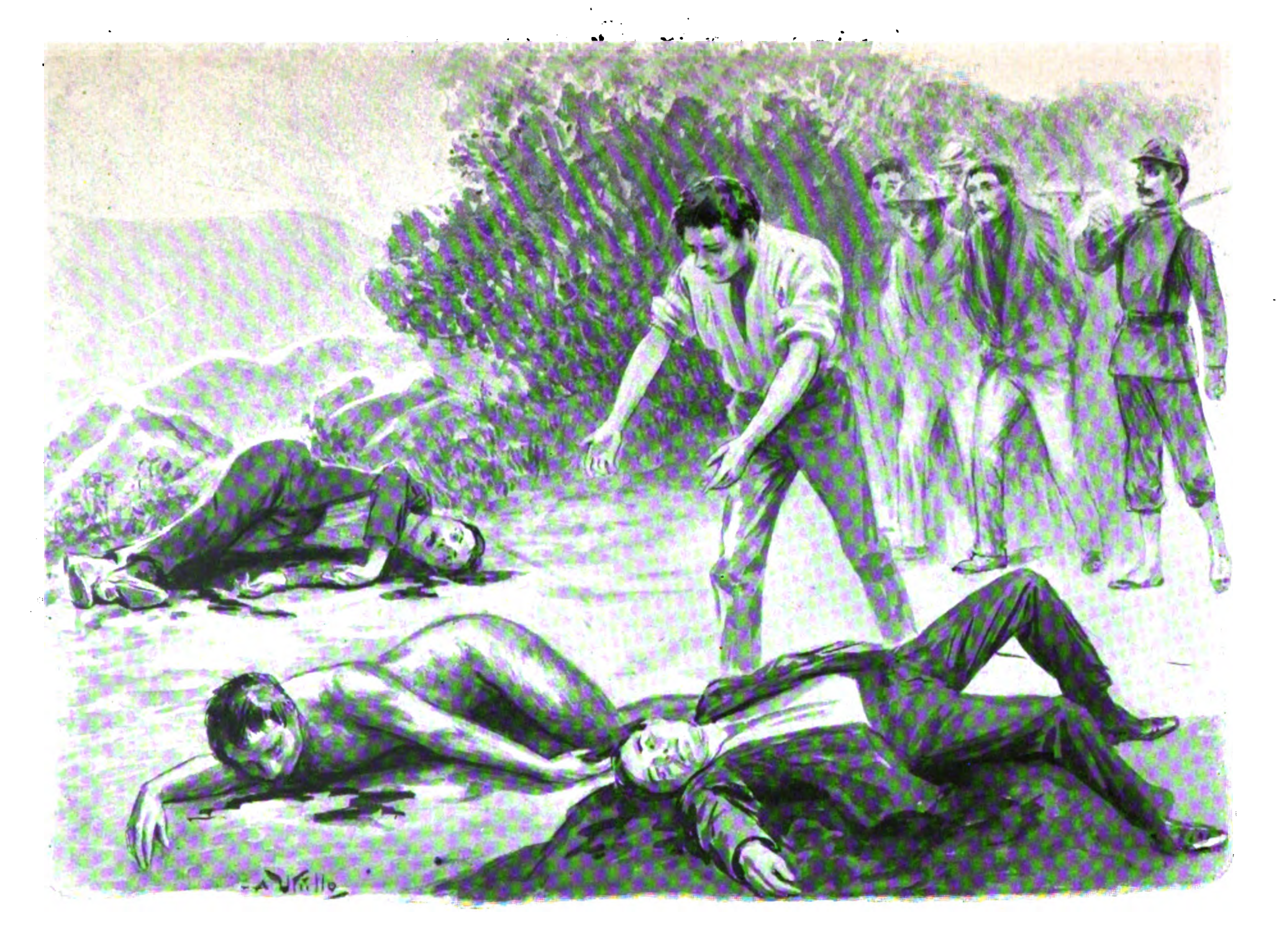
— ¡Maldito loco, qué remojón te has dado!

— ¡Ah, loco!, ¿y qué ropa te mudas ahora?

Los zuavos que nos custodiaban, al ver que salía de las filas un hombre, se espantaron, cogieron marrazos y rifles y estaban prontos á disparar contra Inclán cuando oyeron lo de *loco*.

— ¿Loco? nos preguntaban... ¡Pobrecillo!; la gracia de Allah, caminará con nosotros... ¡No hay que maltratarle, no hay que hacerle daño!... No necesitó más Inclán; cuando menos lo pensábamos echaba á correr sin que nadie le detuviera, se subía á los árboles, gritaba, nos decía insultos, manejaba los fusiles de los zuavos y hasta solía pegarles con varas que arrancaba en el camino. Y los pobres orientales no sabían decir más que «¡pobre loco, pobrecillo!... ¡Es un favorito de Allah!».

A las doce el sol comenzó á picotearnos, y á pesar de que nos cubrimos más que de prisa con el pañuelo que



...vimos tres cadáveres tendidos en el camino...

llevábamos enrollado en el sombrero, y de que tratamos de arrimarnos á la margen del camino, que estaba sombreado por algunos matojos y unas peñas elevadas, no tardamos en salir á una sabana blanquizca y arenosa que nos causaba dolores de cabeza, para empezar á descender una cuesta tan larga y triste que creíamos no iba á concluir en cien años.

Es tal el miedo que sienten nuestros guardianes al pensar que podemos escaparnos, que apenas se acerca á nosotros un indio compasivo y receloso, queriendo obsequiarnos con un jarro de agua ó con un *tapique* de tortillas, ya la escolta está sobre él golpeándole y haciéndole la graciosa oferta de dejarle seco de un tiro. Sólo Inclán, mediante sus cabriolas y sus gestos, sus carreras y sus dichos, logra imponerse á los argelinos, nuestros guardianes, que le ven con temor supersticioso y le conceden cuanto se le antoja.

Pero llegó á perder momentáneamente su prestigio el buen Inclán: la noche que siguió á la de nuestra salida se escaparon dos cabos y un sargento; oimos gritos, ¡quién vives!, carreras, golpes y varios tiros que sonaron como disparos de cazadores; luego se restableció el silencio. Pensamos en una falsa alarma, pero al día siguiente, apenas habíamos salido del paraje, cuando vimos tres cadáveres tendidos en el camino; uno estaba completamente desnudo y tirado á mitad de la senda, los otros dos

estaban con sus uniformes, recargados sobre unas peñas, llenos de sangre, con los ojos abiertos, con la nariz al aire, pálidos, retadores, llenos de brío en su inmovilidad. Al ver los cadáveres Inclán se olvidó de su papel, tomó al pobre indio desnudo, que parecía dormir en la tierra húmeda y fangosa, le dijo no sé qué cosas conmovedoras y tristes, y acabó dirigiéndose á nosotros:

—¡Camaradas, juremos vengar, á estos amigos, á estos hermanos nuestros!...

—¡Tú no es loco; tú es un furbo fripón!, exclamó el oficial cogiéndole por el brazo.

Inclán comprendió que había llevado su papel más allá de la cuenta y que empezaba á hacer verdaderas locuras; quiso enmendar el paso y se lanzó á tales excesos, que acabó por hacernos desternillar de risa y por aplacar la suspicacia de los franceses.

Pero aquí interrumpo esta relación para seguir mañana, pues va haciéndose larguísima la carta.

(Al día siguiente):

Como decíamos ayer, Génie de mi alma, nuestro camino va haciéndose cada día más monótono y antipático. Casi todas las tardes llueve, al extremo de no quedarnos trapos secos sobre la persona; los caminos se ponen fangosos, resbaladizos, de manera que se siente horror de dar un paso por ellos; los caminantes se esconden ó apresuran el paso; de los ranchuelos y jacaluchos se ven solamente

los montones de hoja seca acumulada en hacinas colosales, y los perros, hoscos y gruñidores, nos ladran como anunciándonos que no debemos llegar adonde ellos disfrutan del fogón en que suena el palmoteo de la mujer que *echa* las esponjadas y sabrosas tortillas, crepitan las rajas de leña y perfuma el aire la boñiga recién cosechada en el campo.

Adelante, adelante; y adelante vamos hasta llegar á un corral tristón y destinado á encierro de bestias, en que no hay más lecho que el que ofrece el suelo húmedo, más comodidad que los terrones desnudos y tristes, más cortinajes que el viento y la lluvia y más música que los alertas de los centinelas y el *cacahú, cacahú,* de los coyotes, contestado de lejos por el ladrido de los perros, que parece el golpear de una maza sobre una tabla...

Dormimos mal, con sueño pesado y duro, atestado de siniestras visiones, y salimos de él con la conciencia de que es necesario fugarnos, gritar, hacer algo.

—No hemos dado palabra, me decía la otra noche el general Cosío; estamos, pues, libres para marcharnos á la hora que lo deseemos. Si me hubieran determinado que me presentara en París, en Constantinopla ó en el fin del mundo, yo ocurriría allá si hubiera dado mi palabra; pero cuando me llevan con tal lujo de precauciones, tengo el derecho de intentar lo que me plazca. ¿Ó no, capitán?

—Si usté fuga, yo mata, dijo un sargento que debe de

haber sabido algo de español. Fucados, todos fucados; generales, jefes, todos los presos... Yo mata todos...

Nos miramos comprendiendo que había que seguir el ejemplo de los otros y descansamos ya tranquilos y satisfechos: podíamos y debíamos aprovechar la oportunidad de evadirnos.

A la mañana siguiente el día amaneció claro y limpio. Nosotros amanecimos por nuestra parte tan listos y dispuestos como no habíamos estado nunca. Avistamos á Orizaba, y desde que la avistamos, conocimos que nos hallábamos en terreno amigo; un obrero limpio y guapo con quien topamos se quedó mirándonos con interés; dos más que salían de un taller, tras de hablar un rato entre sí, se quitaron los sombreros y nos saludaron; en la esquina inmediata, un grupo de hombres y mujeres prorrumpió en un grito que nos sorprendió grandemente: «¡Vivan los defensores de Puebla!», dijo; y un poco más allá vociferó un borrachín: «¡Vivan los mexicanos honrados!».

No se necesitó más para que los custodios se indignaran y embistieran contra nosotros atropellándonos con los caballos y dándonos golpes de plano con los sables.

— ¡Formen, formen; vista á la izquierda! gritaba con furia el valiente coronel Hennique... Tome nota, sargento, de las calles y las personas de donde han salido esas voces... Adelante á toda prisa.

Y nos introdujeron al convento de San José de Gracia, donde ya se encontraban varios cientos de prisioneros, entre ellos todos los generales.

Inclán puso inmediatamente el paño al púlpito de su locura. Empezó por procurarse trapo blanco, una brocha humo de ocote, y luego que tuvo aquello se puso á pintar un gran rótulo que decía:

Expendio de pasajes gratis á la Martinica

Celebramos el humor chistoso y maleante de Inclán, pero no estábamos muy de acuerdo con emprender el viaje á la insalubre islita del Atlántico. Cuando más ardientemente discutíamos, el mismo oficial que nos había anunciado el fusilamiento como recompensa á nuestros bríos, se nos acercó dando tumbos, y dijo señalando el papelón del cuento:

— ¡Oh, no; Martinique, no, Francia, Francia sí!

— ¡Oh, Francia! exclamó Inclán; muy bien; vamos á Francia, que al fin á eso hemos aspirado todos durante nuestra vida, á ver Francia, á ver esas Europas de Dios. ¿Que nos llevan bajo partida de registro? No hay cuidado; no por eso París ha de dejar de ser París, ni Mabille, Mabille, ni Folies Bergères Folies Bergères... Vamos á Francia, que es el país de Badinguet, de Eugenia y de Pepe Hidalgo... ¡Qué diablo! Yo estoy resuelto á ponerme al habla con Napoleoncete y á arreglar con él algunos asuntillos... Aquí nos esperan golpes y contrariedades, allá nos

aguardan satisfacciones y buena vida... Vamos á Francia...

— Sí, dijo alguno; vamos á Francia, que al fin tiempo ha de sobrar para volver á nuestra tierra.

— Ya lo creo, y también para fugarse.

— ¿Quién habla de fugarse? interrumpió Inclán.

— ¿Quién? Luis Terán, que ha echado de la prisión más de diez jefes, sencillamente haciéndoles quitarse el uniforme y asegurando que son mozos de tal ó cual hacienda y de tal ó cual persona.

— Pues nosotros no haremos esas cosas. A Francia vamos.

— Si puedo, yo me fugaré, dije en voz alta: me he comprometido á servir á mi país y seguiré aquí si me dejan; sólo que de nada sirva mi buen deseo me marcharé adonde me lleven.

— Adiós, don Quijote de la Farsa.

— Llámame como quieras, que al fin tú has de hacer lo mismo que yo.

— ¿Que voy á hacer lo que tú, pedazo de cachiporra? Tú no podrás admirar nunca con un fervor tan grande como el mío, á las preciosas criaturas que acaban de entrar á esta prisión en busca de no sé qué venturoso amante, padre, marido ó hermano.

— Son en nuestro encierro como el ángel que vió Tobías en medio de la noche, advirtió uno que se picaba de poeta á lo Carpio.

— Son encantadoras, dije admirado.

— Son, exclamó un orizabeño, las tres Zamoras, hijas de don José Miguel, Pepa Llera, Matilde Calatayud y Lupe Martínez, todas muchachas de lo más granadito del lugar.



— ¡Y qué guapas son!

— ¡Y qué patriotas, y qué templadas, y qué buenas!

Se acercaron á nuestro grupo, y con la sonrisa en los labios nos preguntaron:

— Caballeros, ¿alguno de ustedes desea fugarse?

— Yo, señorita, respondí á la más linda.

— Pues aguárdenos usted un poco; se nos ha acabado

la provisión de trajes y necesitamos algunos más para satisfacer todos los pedidos.

— ¿Trajes, señorita? ¿Y qué trajes son esos?

— Los de nuestros padres y hermanos, que son los únicos que podemos poner á disposición de los amigos de Puebla.

— ¿Y cómo los introducen ustedes?

— Debajo de las ropas, entre la crinolina y las enaguas. Así saqué á González Ortega: se quitó el uniforme, se plantó un vestido de paisano, y á la calle.

— Y yo á Patoni.

— Y nosotras á don Ignacio de la Llave; como es tan grandote de cuerpo y tan conocido en Orizaba, tuvimos muchísimo trabajo para evitar que le cogieran.

— Yo saqué á Bernardo Smith y á Octavio Rosado.

— Y yo traté de echar fuera á don José María Mendoza; pero el maldito no se dejó querer. Nos dijo... ¿qué nos dijo, tú?

— Un latinajo. ¿Cómo era? ¡Ah, sí! *fugite, parte adversæ:* no habéis de conseguir hacerme faltar á mi palabra aunque seáis diez veces más hermosas de lo que sois.

— ¡Vaya un viejo loco! ¡llamar partes adversas á las criaturas más lindas que hay en este país!

— Déjese usted de floreos, exclamó la más determinada de las chicas; tenemos que hacer y todavía no discurrimos de dónde podremos sacar tantísimos trapos como necesitamos.

Salieron aquellas niñas y siguieron por un buen rato el ruido, la boruca, el entrar y salir de gentes, el discutir sobre la fuga y el no hacer caso de los franceses ni de sus cosas.

— Ya van fugados quinientos.

— Algo más.

— Échale cincuenta más.

— Súbele hasta cien.

— ¿Y los franceses?

— No la huelen.

— Pero á la hora que se enteren de lo de Ortega, sí nos lucimos.

— Ya estaremos en la calle, y entonces...

Esperaba con ansia á mis salvadoras, cuando empecé á oir gritos de la guardia: «¡A los calabozos!... ¡Hay que encerrarles!... ¡Incomunicado todo el mundo!»

Y en efecto, nos encerraron en los cuartos mas fétidos y obscuros que pudieron hallar, y allí nos tuvieron hasta la hora de la salida. En cuanto á las muchachas, después nos enteramos de su triste fin: una moza de esas que llaman del partido, que vivía al lado de un oficial francés, denunció el cómo y el cuándo de las escapatorias; se indignó el general de los gabachos, se tomaron en la cárcel las precauciones que sabes, y á las excelentes criaturas las metieron en las *Recogidas*, entre borrachas, ladronas y pícaras. Parece que hubo rasgos conmovedores: la señora

viuda de Zamora, que está muy enferma y anciana, fué aprehendida sin que hubiera tomado parte en las hazañas de sus hijas; pero cuando quisieron separarla de las niñas, una de éstas, la más joven, llamada Cristina, se cogió de las faldas de la madre y se empeñó en que la encerraran con ella. Las demás entraron á los calabozos cantando los *Cangrejos* y riéndose de los antipáticos verdugos, que bufaban de la rabieta, como te lo puedes figurar.

El 28 salimos para Córdoba, y estamos haciendo lo que presuntuosamente llamamos nuestras maletas; si Dios no lo remedia hoy nos moveremos para Veracruz.

Todo lo que nos acontezca te lo escribirá muy pormenorizadamente tu

Miguel.

Aumento: Me figuro te quedarías con deseos de saber la suerte de las pobres muchachas que entraron á las *Recogidas* por el delito de habernos ayudado. A los pocos días salieron de la prisión; así me lo dijo un amigo que pudo influir por ellas y servirlas, asegurándome también que su encierro no fué tan duro ni tan cruel como hubiera podido ser, debido á la ayuda que les prestó la mujer más rara de estos tiempos en que se ven tantas cosas raras.

La tal mujer se llama Ignacia Riechy, tiene cosa de cincuenta años, es alta, recia de miembros, fea como un cólico al amanecer y con cara hombruna y de pocos amigos. Es nativa de Guadalajara, y según parece, se le metió

entre ceja y ceja, desde que esta guerra fué un hecho, que debía salir al campo y luchar al lado de los republicanos.

Contarte cómo procuraron disuadirla de esa idea y cómo trataron de inculcarle que su lugar no estaba atacando ni defendiendo plazas, hiriendo ó recibiendo heridas, matando ó exponiéndose á que la mataran, es cosa que no se podría poner en una carta. Pero ella, erre que erre, ha lanzado á la porra las hilas, los ungüentos y el propósito de curar llagas más ó menos procedentes de la guerra, y se ha calado el sombrero jarano, las botas federicas, el pantalón y la blusa roja, y con un par de pistolas de arzón á la cabeza de la silla se ha puesto al frente de los chinacos.

Ya anduvo por Jalisco, estuvo en México y peleó en Acultzingo al lado de Arteaga. Allí la hicieron prisionera y se la trajeron á Orizaba, donde quedó encerrada en las *Recogidas*.

¿Es un marimacho á estilo de algunos que nos cuenta la fama? ¿Es una loca más ó menos temible que se propone hacer el Quijote patriótico? ¿Es una mujer útil y cuerda que cree prestar servicios á la causa? No lo sé, pues quien me cuenta estas rarezas me refiere que la Riechy no sólo no es una perdida, sino que se le tiene por una virtud arisca y llena de esquivez. Aunque á los cincuenta años no debe de ser carga muy pesada la de llevar á cuestas una virginidad que no codician ni los difuntos.

Vale.

II

Del mismo á la misma

Tejería, 8 de Junio.

Esposa mía de mi alma:

Hemos tenido un camino dichoso. Si se exceptúan el calor, los mosquitos, el cansancio, la incertidumbre del porvenir y algunos otros particulares, todo es perfecto en el mejor de los mundos posibles. ¡Loado sea Dios! Los auxilios que nos proporcionaron los buenos cordobeses y el cambio de escolta han sido de excelente agüero para nosotros; ya no nos atosigan para que andemos más aprisa que una locomotora; ya no nos falta el necesario sustento, ya parecemos personas y no presidiarios.

Como te figurarás, el famoso Inclán ha hecho nuestras delicias. Ayer nos contaba el paso del loro, que no deja de tener su gracia. Siendo reaccionario y ayudante de Miramón, Pepe Inclán dió tales disgustos á su jefe, le molestó tanto é hizo tales trastadas, que el presidente no tuvo otro remedio que desterrar al loquinario á la sierra de Puebla, al lado de Oronoz.

Habían pasado varios meses sin que Miguel maliciara que existía Inclán, cuando cátate que una mañana recibió Concha Lombardo, la esposa del general, un loro que le

enviaba de regalo persona desconocida. Era un perico grandullón, de plumas erizadas, de ojos rojizos que revelaban desconfianza, rehacio á las caricias, disgustado ante las sopas, desdeñoso á la bebida y dispuesto á la riña, para la cual parecía como si afilara las uñas agudísimas y el corvo y reluciente pico. Mandaron el loro al comedor, y nadie volvió á acordarse de aquel huésped silencioso. Llegó Miguel á medio día; empezó á comer y como no hablaba, preocupado quizás por algún negocio que le trajera intranquilo, guardaban silencio la esposa, los niños, los ayudantes y los criados. De repente el perico se esperezó, miró al sesgo, lanzó un gruñido, y luego, claro y distinto, gritó con todas sus fuerzas:

— Miramón, acuérdate del pobrecito Pepe Inclán.

Y «Miramón, acuérdate del pobrecito Pepe Inclán» estuvo repitiendo durante la hora de la comida, y repitió en la de la cena y en la del desayuno y en todas las horas, al grado que el cuitado presidente ya no se acordaba de Degollado, ni de Ortega, ni de Márquez, ni de Echagaray ni de Cristo que lo fundó y tuvo que consentir en que volviera Inclán á México...

Pero esa hazaña nada vale en comparación de la del cinco de Mayo. Inclán y su amigo Névraumont recibieron orden de salir para Puebla; ocurrieron al Ministerio y allí les entregaron sus pagas de marcha; pero los excelentes oficialitos dilapidaron el dinero y se quedaron en la

ciudad. Supo el caso don Manuel Doblado, mandó llamar á los muchachos, les dió una cuarta parte de otra paga y les determinó se marcharan en seguida, so pena de enviarles atados de pies y manos y con orden de que les colocaran en las trincheras. Obedecieron los tunantes aquellos y se presentaron á Zaragoza el día cuatro de Mayo á la media noche.

— No tengo lugar para ustedes, no tengo nada, todo está ocupado; pero, en fin, preséntense en la brigada de caballería... en la brigada de Antonio Alvarez.

— Mi general, si no tenemos caballos...

— No sé, no me importa, respondió don Ignacio... A ver qué hacen, á ver qué les ocurre.

Como se les había ordenado, se presentaron á Alvarez al día siguiente, y don Antonio, que estaba ocupado de veras, se limitó á mandarles que se colocaran al frente de la tropa que iba á cargar, pues se figuraba que irían provistos de lo que habían menester.

— Mi general, no tenemos caballos, respondieron los traviesos oficiales.

— No me importa; me les mandan y yo les coloco donde debo colocarles.

— ¿Pero, sin caballos?

— Se montan en un popote y van á su sitio.

Y en efecto, cuando la caballería de Álvarez cargó contra la retaguardia francesa, iban al frente de las tropas

Pepe Inclán y Névraumont, montados en popotes y llevando otros popotes empuñados para empezar el ataque.

Pero la hazaña estuvo á punto de costarle la vida á Inclán. Tan pronto como vió que un cazador de Africa caía al suelo, se montó en el caballo, recogió la *calotte* que había dejado un zuavo, y vestido con sus pantalones bombachos, su dormán negro y sus polainas se dió á recorrer la línea excitando á las tropas. Apenas le vieron los chinacates y empezaron á decir á voces:

— ¡Un zuavo, un zuavo! ¡muera Francia!

— ¡Hijos, soy yo, soy yo, el comandante Inclán!

— ¡Mentira! ¡á él; abajo!...

— ¡Hijos, por Dios!...

Fué necesario que ocurriera á salvarle un jefe que le conocía; de otro modo la habría pasado muy mal.

Veracruz, 9 de Julio.

En estas y las otras llegamos á Tejería, de donde nos transportaron á Veracruz en el ferrocarrililo que hay en servicio. Somos 467 jefes y oficiales, de teniente coronel abajo, y en el puerto nos encontramos á todos los generales, que son diez ó doce.

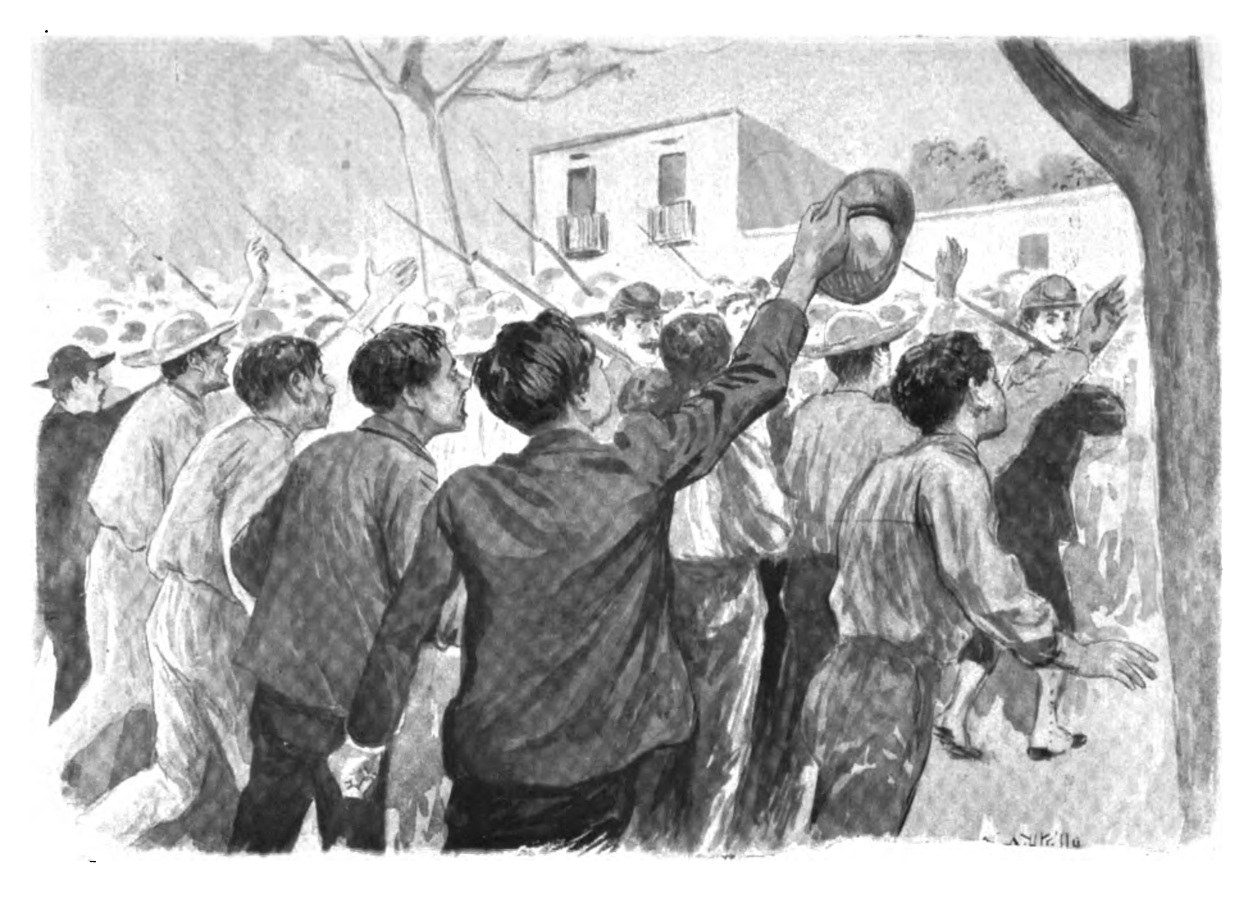
Mendoza, el loco Mendoza, ya sabes, nos recibió con un enorme sermón. Eso era lo que esperaba, que estuviéramos firmes y sin desertarnos; eso era lo que mandaba el honor militar; eso era lo que la patria nos exigía; eso era

lo que debían haber hecho los perjuros que se escaparon... Cierto que no habían dado palabra; pero las leyes de la guerra son las leyes de la guerra y... ¡Ah! ¡y si el insigne general supiera que no nos habíamos fugado sólo porque no habíamos podido!...

Don José María estaba para dar gusto. Sus botas, aquellas botas que eran respecto de todas las botas del mundo, como prefiguración y símbolo, su sombrero montado, su levita de vuelos y su voz y su mirada y su actitud y su gesto eran para infundirle risa á cualquiera.

—Pollo, me dijo llamándome aparte; le veo medio alicaído: eso no está bien... ¡Qué mujer, ni qué hijo, ni qué ocho cuartos! Primero es el deber y el decoro militar... Nosotros tenemos que volver por acá con todos los honores... con todos los honores... de mi cuenta corre... Que llegue yo á París, que hable con cierta personita, que le refiera lo que hemos hecho, y puede estar seguro de que nos irá de perlas... de mi cuenta corre... Pero no hay que amilanarse ni que colgar el pico... ¡Qué diablo; de menos nos hizo Dios!...

Y se fué á repartir consuelos á diestra y siniestra, participándole á todo el mundo que luego que hablara á la famosa personita todo quedaría como un cabello. Inclán, que se ríe de todo, cree que la personita de que habla Mendoza es el director de algún manicomio; pero



— ¡Viva México libre! ¡Viva González Ortega! ¡Viva Juárez!...

yo, al ver su confianza, pienso que algo habrá de verdad donde tan seguramente habla del caso.

— No te canses, dice Pepe; él y yo vamos á ser los beneficiados: entramos al más lucido manicomio de París y ustedes se limitan á pasar por un tonticomio, que es lo que les conviene por andarse creyendo en palabras de Mendoza.

Al llegar á la Heroica ya nos aguardaba un buen golpe de gente que al principio nos vió con sorpresa, pero que pronto empezó á manifestarnos su buena voluntad. Nos obsequiaba con tabacos, dulces, dinero y hasta ropas, nos estrechaba la mano y nos miraba con inmensa simpatía. Una jarochita de ojos de brasa y cachirulo dorado fué la primera que soltó un «¡Vivan los vencidos de Puebla!» que nos llenó el alma de alegría. A ese grito siguieron otros y otros más, gritos en que palpitaban el cariño hacia la patria y el odio á la gentuza que nos conducía. «¡Viva México libre!» «¡Viva González Ortega!» «¡Viva Juárez!» «¡Viva Mendoza!» «¡Viva Berriozábal!» «¡Viva Llave!» «¡Viva Porfirio Díaz!» eran las voces que se escuchaban, con acompañamiento de una que otra piedra dirigida á los simpáticos salvadores de nuestra nacionalidad. Los franceses se espantaron, quisieron deshacer aquella reunión que se les figuraba anárquica y subversiva, trajeron su artillería, la abocaron en la plaza de armas y en la del muelle, disolvieron los grupos á culata-

zos y determinaron empezar el embarco sin pérdida de tiempo. A nosotros nos metieron en el *Darien*, que nos condujo hasta el surgidero de Sacrificios. Dicen que nos llevarán después á otra fragata que será la que nos conduzca á tu Europa de tu alma.

De todo te dará cuenta tu

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

24 de Junio de 1863.

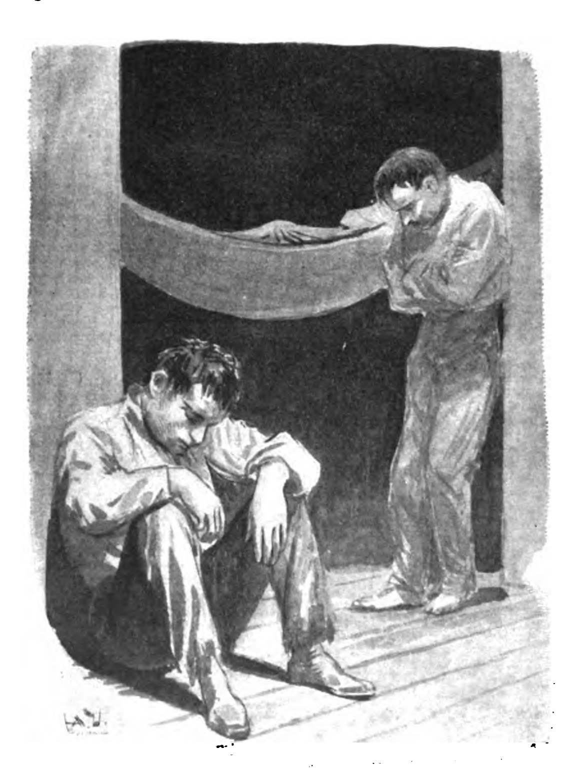
Génie de mi corazón: como conozco la entereza de tu ánimo, te refiero todo cuanto me ha acontecido sin quitar punto ni coma, pues sé que no porque te enteres que soy momentáneamente desventurado vas á poner el grito en el cielo ni á desgreñarte creyendo que no me volverás á ver ni á gozar de mi compañía. Esto no puede durar, no puede ser constante, no puede prolongarse mucho tiempo: se necesitaría volver de revés el eje moral del mundo para que fueran eternas estas espantosas subversiones de la justicia.

En mi anterior no te conté algo que vale la pena que conozcas porque te dará idea del temple de la gente. En el momento que los franceses nos reunieron en la playa á fin de hacer un postrer recuento, Inclán se puso en primera fila, alzó la cabeza, tosió, carraspeó, movió los

brazos y empezó á cantar el himno nacional. Tú, que te burlas tanto de esa música santanista, de ese salmo de iglesia protestante, de esos versos macarrónicos, ripiosos y faltos de inspiración, te habrías conmovido oyendo primero la vibrante voz de Inclán, luego el coro de cuarenta ó cincuenta jefes que con él cantó y al fin el caudal de quinientas ó seiscientas voces que repetía estrofa por estrofa aquella invocación á la patria, aquel saludo á la patria, aquella promesa á la patria de morir por ella. En las estrofas del himno pasaban el panorama de México con sus montes altísimos, con sus valles ubérrimos, con sus ciudades, con sus iglesias, con sus conventos, con sus casas viejas y roñosas, con sus hombres, con sus mujeres, con sus preocupaciones, con sus odios, con sus placeres y con sus penas. No eran los versillos de Bocanegra los que lanzaban nuestras bocas, eran los de un canto nuevo, extraño, doloroso y grande. Adiós á nuestra patria oprimida, adiós á nuestras familias abandonadas, adiós á la vida libre, adiós á todo lo amado, á todo lo que habría hecho nuestra delicia... Y el coro repetía aquellas cosas, y recalcaba la estrofa haciendo acudir el llanto á nuestros ojos, y sentíamos toda la amargura que encierra el abandonar la patria llevados por la fuerza de una invasión desatentada... Todos cantaban, todos lloraban y hasta en el cordobán que el gran Mendoza tiene por piel del rostro, ví lágrimas que me hicieron comprender que en el inte-

rior de este hombre hay algo más que ordenanza y táctica, y que quizás existe un alma capaz de conmoverse y de querer...

No quedamos en el *Darien;* éste se destinó á los sesenta y cuatro coroneles y generales con sus Estados Mayores;



á nosotros se nos mandó á la fragata *Cérès,* que, si no lo sabes, está destinada á conducir deportados á Cayena. Poca es la diferencia; entre los criminales de grillete y los defensores desgraciados de una patria debilitada y pobre, apenas pueden los franceses establecer matiz alguno. Allá ellos.

Al llegar á la *Cérès* se nos introdujo á los calabozos que frecuenta lo más escogido de la delincuencia europea. Son pequeños espacios en que no se ve ni para remedio un asiento, una cama, un mueble cualquiera; por toda gala nos repartieron, al llegar, unas cuantas hamacas; pero

como las tales hamacas son pocas y nosotros somos muchos, tenemos que turnarnos á fin de gozar por igual de la única ventaja que nos han otorgado los hidalgos representantes de la hidalguísima nación francesa. Cuando no alcanzamos hamaca dormimos en el duro suelo, soportando los tumbos que á la embarcación le place.

El diez de Junio nos dimos á la vela para Francia, pues aunque la *Cérès* es un vapor de buen andar se procura la economía de combustible y se camina poco á poco izando las velas, que nos dan idea de lo que deben de haber pasado nuestros insignes antecesores, los galeotes, pues sólo nos falta que nos coloquen en los duros bancos de una galera turquesca para que parezcamos personajes de romance de Góngora y Argote. Sin embargo, la semejanza no deja de existir, pues nos vemos

A los hierros de una reja
La turbada mano asida,

como el protagonista de la bella poesía de don Luis.

Has de saber que nuestro navío tiene calabozos, rejas y toda la *mise en scène* que es del caso, así es que del espectáculo del mar en calma ó alborotado, de las puestas del sol, de los cambiantes de la atmósfera y de la manera con que se dibujan las costas á los ojos de los pasajeros, podemos decir tanto como del paraíso de Mahoma. Lo

más que nosotros conseguimos al acercarnos á los hierros de nuestra prisión es ver una poca de agua sucia y borbotante, á veces llena de espuma y á veces cortada por trozos de cualquier cosa informe que pasa violentamente, y tan cerca de nosotros, que creemos podríamos cogerla con la mano. Sólo nos da idea del mar algún pez de más ó menos porte que suele deslizarse al alcance de nuestra vista. Si esperabas, pues, descripciones á lo Lamartine ó á lo Teófilo Gautier, has perdido tu tiempo, pues esto es algo menos que una prisión; es un baúl que apenas tiene á nuestras órdenes una hendedura por la cual podemos arriesgar un ojo.

En un pedacillo de veinticuatro metros estamos juntos treinta y ocho oficiales; no hay, pues, lugar de emprender grandes paseos, ni de darse el gusto de caminar en uno ú otro sentido: tenemos que estar acostados ó sentados, y cuando la mayoría se pone en pie y viene el más insignificante tumbo de la embarcación, allí es el caerse, el golpearse, el derrumbarse y el darse más encontrones que era menester.

El día catorce tuvimos algo que nos causó positivo dolor. Un excelente muchacho llamado Pedro Reguera, perteneciente al segundo mixto de Veracruz, empezó á sentirse mal: no le hacían buen estómago los frijoles y las lentejas agorgojadas, ni gustaba de la carne manida, ni podía resignarse á comer las mil inmundicias que nos

arrojan nuestros carceleros; la disentería comenzó á manifestarse con todos sus horrores, y á los dos días de navegación no cabía duda de la suerte que le aguardaba; ya no podía mantenerse en pie, tenía fiebre altísima, no soportaba nada en el estómago y deliraba sin cesar. Su idea era que se encontraba en herraderos, que coleaba, que lazaba, que echaba peales, que hacía, en fin, lo que había hecho en el oculto ranchuelo en que había pasado su vida.

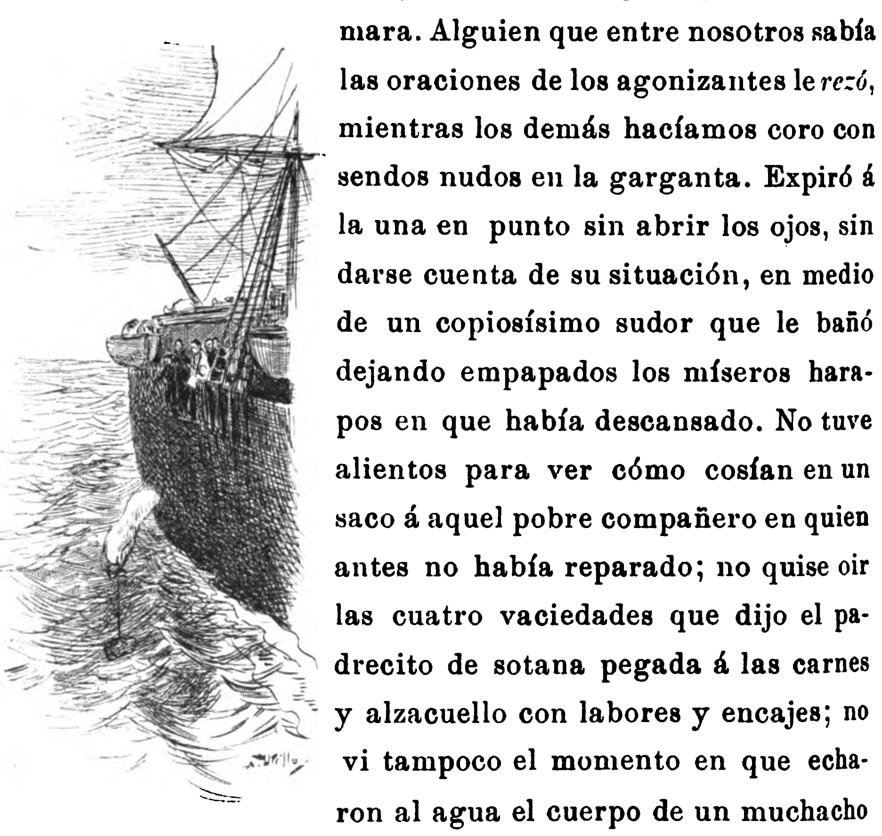
Le dimos aviso al jefe encargado de nuestra custodia, y á las veinticuatro horas entró en nuestro albergue acompañado de un viejo de barbas amarillentas, tez amarillenta, ojos amarillentos y espejuelos amarillentos, que se cubría con un paletot flácido y caído, también de color amarillento, como los zapatos y el sombrero del extraño vejestorio.

— Sí, sí, dijo mascando un purillo del matiz de su persona. Sí, se trata de una disentería de los trópicos: hay todo el cuadro característico de esta clase de enfermedades; lengua saburrosa, hígado abultado, meteorismo, fiebre, delirio... Está bien; acá mando unas cucharadas y unas píldoras... Que beba un poco de vino con agua, y que se prepare al último trance... Ya vendrá el limosnero... Las píldoras se darán cada media hora, la bebida cada dos horas...

Y luego, dirigiéndose al capitán encargado de cuidarnos, le dijo negligentemente:

— Negocio de poco rato... alisten todo.

A las diez tomó Reguera la primera cucharada, y á las diez y media cayó en un sopor del que no volvió á salir. Le dimos fricciones, agua caliente, lo que podíamos en nuestra situación; pero sin conseguir que se reanimara. Alguien que entre nosotros sabía las oraciones de los agonizantes le *rezó*, mientras los demás hacíamos coro con sendos nudos en la garganta. Expiró á la una en punto sin abrir los ojos, sin darse cuenta de su situación, en medio de un copiosísimo sudor que le bañó dejando empapados los míseros harapos en que había descansado. No tuve alientos para ver cómo cosían en un saco á aquel pobre compañero en quien antes no había reparado; no quise oir las cuatro vaciedades que dijo el padrecito de sotana pegada á las carnes y alzacuello con labores y encajes; no vi tampoco el momento en que echaron al agua el cuerpo de un muchacho humilde y obscuro, que había cumplido con su deber y muerto como bueno... Allá, á lo hondo del Océano, iban las ilusiones, los anhelos, el patriotismo y todo lo que había llenado aquella alma sincera y noble. ¡Que el agua le sea leve!



El diez y seis supimos que estábamos frente á las costas de Cuba; pero sin que llegáramos á contemplar sino una faja sucia, grisácea, triste y fétida en que se mecían fragmentos de embarcación. El día veintitrés arribamos á las Bermudas, donde estuvimos seis días contra nuestra voluntad. Es el caso que, al disponernos á la salida, el capitán mandó izar las velas, pues soplaba un vientecillo que le pareció auguraba que caminaríamos un buen trecho en tiempo breve.

Nunca lo hubiera hecho; al acabar de soltarse los trapos sobrevino un terrible vendaval que amenazaba concluir en un momento con el armatoste que nos servía de prisión. Mandó el capitán arriar las velas; mas bueno era el viento para soltarlas: las hinchó de tal manera, tanto las zarandeó que no parecía sino querer burlarse de los esfuerzos de los marinos, que oíamos correr sin cesar, lanzando gritos ininteligibles, pero que han de haber significado: «hay que trabajar y que trabajar duro, porque de otra manera nos vamos á hacerle compañía al señor de Neptuno».

Por fin, á las diez ó doce horas de brega de los marineros y de bailoteo por nuestra parte, una de las velas se rompió de arriba abajo, con lo cual el peligro se alejó y pudimos estar un poco más tranquilos.

El primero de Julio, reparadas las averías del barco, seguimos nuestra ruta; el seis tuvimos la pena de saber

la muerte del capitán Anastasio Larios, de un cuerpo de Jalisco: el veinticinco perdimos al teniente coronel Domingo Bernal, que fué echado al agua frente al puerto de Brest donde (Dios sobre todo) desembarcaremos mañana. Tanto Larios como Bernal murieron en calabozo distinto del nuestro; por eso no vi su muerte ni me enteré de nada relativo á su agonía; sólo sé que á los dos se les llevó la horrible disentería causada por la pésima alimentación, la cual consistía, por la mañana en una medida de café mezclado con una hierba amarga que llaman achicoria y una copita de ron para los que lo cataban. A las diez nos daban chícharos secos, y por la tarde unos frijoles blanquizcos, tan lánguidos y sin substancia que se sentían deseos de ofrecerles una dedadita de manteca á fin de que se reconfortaran un poco. Los otros días teníamos una variación: los frijoles se servían en la mañana y los chícharos por la tarde. En el mes y medio que duró la navegación tuvimos carne dos días, uno nos dieron arroz y todos los viernes una rajita de queso tan delgada y fina que parecía aire condensado. Un día pusieron á nuestra disposición unas grandes latas de carne conservada: pero al abrirlas... ni Lázaro en la sepultura: aquello tiraba para atrás al que poseyera menos olfato.

Desde nuestra salida de las Bermudas tuvimos una importante innovación: el general Mendoza fué á nuestro barco, y previo permiso de los jefes nos lanzó una fraterna

reprendiéndonos por nuestra inconformidad con los decretos del destino. Acabó determinando que, con cargo á su peculio particular, nos sirvieran todos los días un plato de papas. ¡Papas, papas, como si Su Señoría el cuartelmaestre no nos hubiera echado bastantes! Pero las papas... no fueron más que papas: el comandante de la *Cérès* tenía orden de no darnos más que la mitad de una ración ordinaria de marino por barba; y aunque nuestros jefes hicieron una colecta para costearnos algo más y algo mejor que lo que venían dando, el oficial no tuvo más remedio que mostrar su libro de órdenes, en que constaba que teníamos que sujetarnos al cincuenta por ciento de lo que comen estos gandules.

Los domingos nos subían sobre cubierta y un marinero daba vueltas á un organillo de Berbería, que nosotros escuchábamos con toda la tristeza que debía infundirnos nuestra situación. Los malditos franchutes se asombraban de no vernos cantando y bailando (hombres con hombres; puáh) como si no tuviéramos en el cuerpo más que satisfacción, y ellos en nuestra representación solían echar un zapateado y lanzar por la proterva boca alguna de esas canciones marineras que parecen aullidos de bestia cogida en la trampa. El organillo nos producía un beneficio, pues mediante él lográbamos saber cuánto llevábamos navegando: nuestro viaje duró ocho *cilindros* y ocho quesos, ó lo que es lo mismo, dos meses.

El día 25 nos trasladaron al *Darien,* que nos llevó á Lorient el 26. Ese día desembarcaron los generales con sus Estados Mayores y se les condujo á Evreux. El 27 desembarcamos 99 jefes y tomamos el ferrocarril para Tours, adonde íbamos desterrados. En los demás días desembarcaron: el 28, 97 oficiales con destino á Blois; el 29, 96 que iban á Bourges; el 30, 100 oficiales para Mont-sur-Allier y el 31, 100 para Clermont Ferrand.

Ya te diré cómo sigamos y lo que me ofrezca de nuevo la suerte. Entretanto les envío á ti y á Miguelín lo único que puedo mandarles: un abrazo y todo mi cariño.

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

Tours, Octubre 1.º de 1863.

Mi adorada Eugenia: no sé por qué se ha dicho (creo que el Dante fué quien lo dijo) que no hay tormento mayor que subir los peldaños de la escalera ajena; se conoce que el buen señor no navegó en los calabozos del buque ajeno, pues si tal hubiera hecho, no sólo subir los peldaños, sino hasta treparles de rodillas le habría parecido la cosa más llana y sin importancia que pudiera pasarle.

Apenas desembarcamos y hallé simpáticos al vaporzote que nos había traído, á la *chusma diligente* que nos conducía, al puerto, á las gentes, á la tierra, al cielo, á todo. En la prefectura nos hicieron firmar un papelón en que

protestábamos nos presentaríamos en Tours, y después de la firma nos entregaron trescientos y pico de francos que nos servirían para llegar al punto de nuestro destino. A las diez de la mañana tomamos el ferrocarril, y á las ocho de la noche estábamos en Tours.

Ya tú conoces estos campitos franceses, tan limpios, tan verdes, tan recortados, tan sin una mota, ni una hierba mal puesta, ni una planta fuera de su sitio; parecen los campos de nacimiento que con verde ultramar, piedrecitas de hormiguero y lama levantan los chicos de nuestra tierra. Los árboles están tan bien podados, las cunetas tan limpias, todo lo que se ve tan llano, tan raso, tan sin colinas, que se comprende cómo la civilización se ha infiltrado hasta en la naturaleza volviéndola tan correcta, fina y bien criada como es cerril, corriente y salvaje la de nuestro país. Venían en mi compartimiento el teniente coronel Pérez Milicua, el comandante Inclán y el general Cosío; todos se morían de risa al verme encantado con el espectáculo de aquellas torrecillas que parecían estar edificadas sobre el cortés y elegante follaje de los chopos, aquellas casitas de tejado rojo junto á cada una de las cuales pastaban sin falta ninguna dos vacas que comprendían el papel que desempeñaban en el paisaje, y allá, lejos, lejos, la silueta de un gran pueblo iluminado por la luz de un sol que no le pide favor al sol americano.

Yo hubiera querido recorrer el terreno con el hatillo al hombro, recostándome en las cunetas, tomando sombra bajo los árboles, bebiendo un vaso de vino en los figoncillos de títulos retumbantes que miraba á distancia é interrogar á los campesinos que con la pipa en los labios y la azada al hombro oían pasar el tren del ferrocarril sin detenerse siquiera á mirarlo.

Al llegar á Tours nos condujeron á la prefectura, nos notificaron que estábamos presos bajo nuestra palabra, que podíamos salir hasta dos kilómetros fuera del poblado y que teníamos que ocurrir cada sábado á firmar en un registro que se hallaba en la prefectura.

Dicho y hecho: apenas habíamos llegado, cuando se nos presentó el coronel Henry, jefe del Estado Mayor del ministro de la Guerra. Nos puso de hábiles, honrados, leales y constantes que no había por donde cogernos y en seguida se lanzó á proponernos terminantemente que suscribiéramos un acta de adhesión al régimen que se estableciera en México. Como la mayor parte de los presentes no había comprendido el discursito de Henry, yo tomé la palabra y lo volví al español lo mejor que supe.

—¡Oh, joven, dijo el coronel con zalamería, me parece que usted y yo podemos entendernos! Se me figura un buen patriota, una persona razonable, y con cualquiera de esas cosas basta para que comprenda y haga comprender á estos caballeros cuánta razón tengo en lo que digo. ¿Qué resuelve usted?

—Que si hubiera querido, respondí, traicionar á mi país y faltar á mi palabra, tiempo para una y otra cosa me habría sobrado en México sin tener que pasar tantos días de galleta con insectos y de *petits pois* sin manteca.

—Pero...

—No hay pero que valga, señor coronel; yo no acepto, y me figuro que no aceptará las proposiciones de usted ninguno de mis compañeros.

—No lo crea usted, exclamó sonriendo mefistofélicamente; ese camino está andado ya y no se tardará en saber que hay entre ustedes gentes razonables.

—Judas les llamamos nosotros.

Tras el altercado los prisioneros nos metimos en un *cabaret* á tomar un bock de cerveza á salud de la patria ausente y á prometer que ni las sugestiones, ni las amenazas, ni los halagos ni nada nos haría desistir de nuestra franca y resuelta actitud.

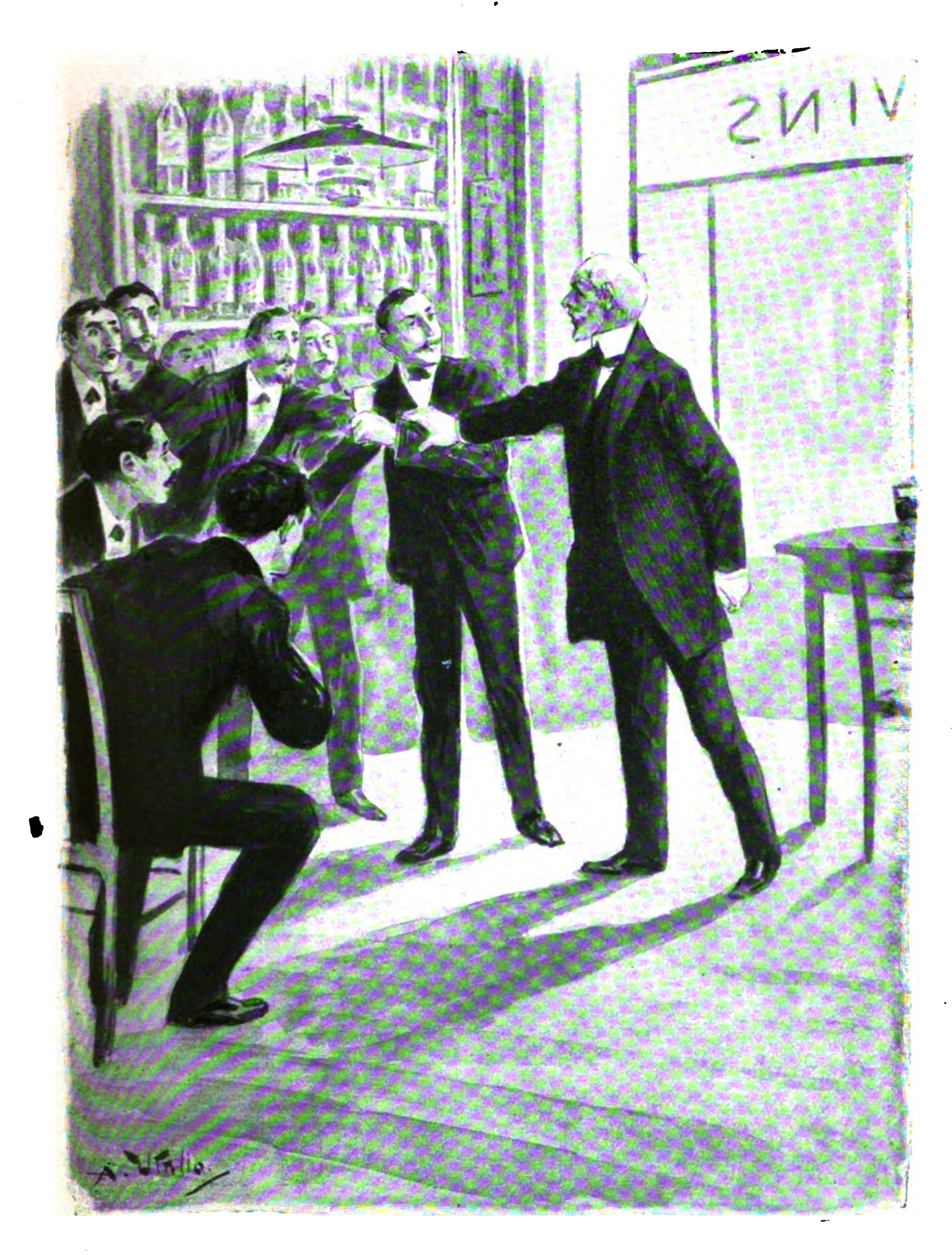
Tomó la palabra Inclán y habló con una elocuencia, con una sinceridad, con un entusiasmo que no pudimos menos de aplaudirle dándole gracias por el aliento que nos proporcionaba. Uno de los más entusiastas era el teniente coronel Mestre, que repetía con glosas y comentos las frases de Inclán, celebrando su oportunidad. Distraído se encontraba por allí un vejete hasta de sesenta años, alto, moreno, huesudo, con bigote encerado y barbilla escasa. Oyó lo que nosotros hablábamos, quizás conocía un

poco de español y pudo enterarse del espíritu de la conversación; ello es que sin que lo notáramos, dejó su periódico de *L'Autorité* que leía con atención, se acercó al grupo, y en el momento en que el teniente coronel Mestre levantaba el vaso y abría la boca para pronunciar un discurso, el vejete levantó airado la mano derecha, dió un golpe con ella al vaso de Mestre y le gritó tres ó cuatra veces: *¡traidor, traidor, traidor!* Decirte que quisimos precipitarnos sobre aquel intruso y hacerle tiras, casi es nada; lo habría pasado muy mal si Pérez Milicua no se hubiera interpuesto.

—Dejémosle hablar, gritó mientras trataba de calmarnos. Esto significa algo.

—Señores, exclamó el burgués limpiándose la cara con un gran pañuelo de hierbas y colocando de golpe sobre el mostrador la copa de *absinthe*, yo no puedo ver con calma que traidores infames beban en compañía de gentes que están resueltas á seguir fieles á su patria... Ese acaba de firmar su adhesión al gobierno que establezca Francia en México: yo le he visto salir de la subprefectura, yo he visto el momento en que le entregaban... no sé cuánto, los treinta dineros de su traición... Perdónenme, no he querido ofenderles; ha sido un pronto, un pronto que no pude evitar...

Mestre, que había querido arrojarse sobre el excéntrico. se detuvo al oir lo que decía, y cuando Inclán dió



— Señores, exclamó el burgués limpiándose la cara...

las gracias al viejo obligándole á tomar un bock en nuestra compañía, el traidor salió de escapada y sin decirnos adiós.

Pero, desgraciadamente, no fué el único que firmó su adhesión al Imperio; también lo hicieron otros muchos bellacos que, temerosos del hambre y de la miseria, vinieron á hacer lo que podían haber hecho en México si lo hubieran deseado.

Este ha sido el término de tantas promesas y de tantísimas fanfarronadas; aceptar cuanto ofrecen los que por ahora son dueños de nuestra suerte. Pero, Dios mediante, no lo hará tu

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

Tours y Abril 20 de 1864.

Adorada Eugenia mía de mi alma: antes de referirte nada, te contaré cómo estuvo aquí el general Mendoza con deseo de verme y comisionado ¿por quién dirás? por tu madre, la insigne Josefina Ubiarco, que vino de embajadora, intermediaria, ministra, ó no sé qué, de los traidores de México ante S. M. Napoleón el Chico.

El maldito viejo (que entre paréntesis, viene hecho un currutaco) trató de demostrarme que debía firmar cuanto me presentaran, pues según parece ya tenemos ó estamos

próximos á tener en México un emperadorcillo más ó menos auténtico.

—Es el príncipe Maximiliano de Austria, un gran genio, un hombre superior, un filósofo... Será Marco Aurelio en el trono... será Trajano poniendo en paz á aquel remoto país nuestro... Loado sea Dios... y usted, amigo, en la verde; Josefina tendrá un gran cargo en la corte: será dama, consejera, ministra, ¡qué sé yo! los Emperadores la quieren, la miman y, lo que es mejor, la oyen: tiene una gran cabeza y una gran ambición; hemos de verla llegar muy lejos...

Naturalmente, despaché á Josefina, á Mendoza y á todas sus proposiciones adonde no volviera á escucharles; pero él ha venido otras muchas veces con la canción. Ultimamente trajo la tema de que había de aceptar dinero, que me facilitaba sin más propósito que el de hacerme merced y buena obra.

—Ya me lo devolverá á mejora de fortuna, pollo rezongón; ya me lo devolverá cuando haya triunfado ó se haya resuelto á aceptar los favores de su suegra.

Y como yo me rehusara otra vez, me dijo con cierto garabato:

—Bueno, hombre, bueno; haga lo que le dé la gana... Por mí y el cura... Eso sale poniendo de más. No imite á los perros de rancho, que cuando les arrojan la carne, primero la revuelcan y luego se la comen. Si ha de ir á

México y ha de entrar por el aro y ha de ser dueño de esas millonadas que disputa su suegra, no significan nada esos caprichitos de niño mal educado... Yo cumplo dejando á su disposición el dinero en la sucursal del *Crédit Lyonnais;* diga media palabra y esos francos serán con usted.

Dí la media vuelta y no contesté palabra á Mendoza, que se retiró barbullando quién sabe qué necedades incomprensibles.

El día diez y ocho del pasado se embarcaron en Cherburgo todos los oficiales sometidos al Imperio, que son seis generales, veintisiete jefes y ciento veintiocho oficiales. Su alma en su palma, con su pan se lo coman y allá se lo haya.

El quince de éste tuvimos otra vez al coronel Henry, que vino armado de nuevos argumentos: *papam habemus,* es decir, tenemos ya Emperador, y es una locura oponerse al voto nacional, que está bien claro en favor del Imperio.

Henry nos reunió en el cuartel de la gendarmería, y nos habló así:

—Ya sabréis, amigos míos, que México ha tenido á bien darse un nuevo gobierno, en vez del régimen espantoso que tanto le deshonraba á los ojos de las naciones cultas. Ha llamado á su trono á un príncipe justo, sabio, tolerante, honrado y leal: es un grande hombre. Vosotros

tuvisteis cierta sombra de razón en oponeros á la regeneradora expedición francesa mientras Francia no manifestó sus intenciones y mientras el país no dió á conocer su deseo. Ahora ya está todo bien definido y claro. Francia no trata de intervenir en los negocios de México, y México acaba de manifestar su voluntad en pro del archiduque Maximiliano, cuyo gobierno está reconocido por Francia, Austria, Bélgica, España y el Papa...

Soltamos el trapo á reir cuando oímos que el Papa le prestaba su apoyo á Maximiliano, y Henry, con muestras de mal humor, nos preguntó:

— ¿De qué os reís? El Papa es persona muy respetable, y además es soberano temporal de Estados muy valiosos.

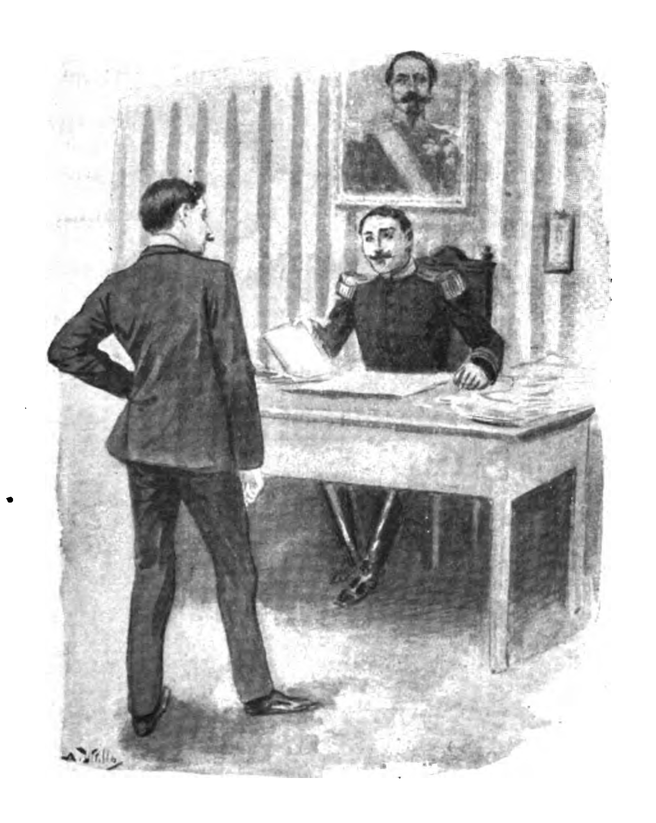
Nos reímos nuevamente, y entonces Manuel ¿Loera tomó la palabra y combatió con razones y hasta con chistes cuanto nos había dicho Henry.

— No sé, no sé nada, acabó por exclamar el coronel; á mí no me importa que os sometáis; no vengo á discutir ni á poner academia de derecho internacional; vengo á hacer conocer órdenes rigurosas á que tengo que sujetarme y sujetaros. ¿No queréis cumplir? Vosotros reportaréis las consecuencias; ¿queréis cumplir? pues mucho mejor y que os aproveche. ¿Qué decís?

— ¡Que viva la República Mexicana! contestamos todos en un solo grito.

Henry se levantó amostazado y fué llamándonos uno

por uno al cuarto del oficial de gendarmes. Cuando me tocó mi turno, por cierto bastante tarde, Henry me recibió con una amabilidad extremada.



— Aquí está vuestra hoja de servicios; los prestasteis muy buenos desde el cinco de Mayo; os portasteis con valor en el sitio de Puebla; luchasteis sin cesar contra nuestras tropas y se os tiene por un buen oficial... Acordaos de esos servicios y no los despreciéis... Establecido en México un gobierno nacional, es probable que os otorguen

los ascensos que merece vuestra conducta. ¿Qué respondéis?

— Que no me someto.

— Imitad á muchos compatriotas vuestros, gentes de buen sentido y conocedoras de la situación; se han juramentado diez y ocho jefes y cuarenta y tres subalternos, os vais á quedar abandonado, sin recibir el sueldo que os acuerda la benevolencia del Emperador...

— Coronel, le dije con vehemencia, hablo al hombre de honor, no al dependiente del Gobierno francés que viene á cumplir una comisión más ó menos penosa. Si Francia se hallase invadida algún día, como México lo está ahora, ¿aceptaríais una propuesta así?

— No; el honor y la patria son lo primero, me respondió con noble y súbito arranque.

— Pues eso digo yo; y tened entendido que abrigo la seguridad de volver á México, y que mientras allá existan cinco hombres que empuñen la bandera republicana, yo seré el que complete la media docena, yo seré el que luche sin cesar.

Me tendió la mano emocionado, diciéndome al salir:

— Y bien, capitán, si algo se os ofrece mientras permanezcáis en Francia, dirigíos á mí, que tendré gusto en serviros.

El día veintitrés se embarcan en Cherburgo los nuevamente juramentados, y según me escriben, de los seiscien-

tos y tantos prisioneros que llegamos á Francia, sólo quedamos ciento trece limpios de la mancha de traición.

Si la tuviera, no sabría cómo abrazarte tu esposo que te idolatra.

Miguel.

P. S. Te acompaño una carta de Josefina y un giro de Glyn Mills y C.ª á cargo de Martín Daran. Creo no hay inconveniente en que aceptes esa corta cantidad, ya que no puedo yo enviarte ni un céntimo.

DEL MISMO Á LA MISMA

Tours y 1.º de Julio de 1864.

Adorada niña de mi corazón: ¡malditas sean las leyes de la guerra y el bribón que las inventó! Siempre he oído decir que es obligación del país que captura á un hombre y le lleva prisionero fuera de su patria, restituirle á ella una vez que la paz se ha hecho ó que no se desea ya tener la garantía de la persona del preso. Mas los cochinos franchutes, que Dios confunda, después de traernos de mala manera y de tratarnos como á bestias, todavía se rehusan á devolver á su tierra á todos aquellos que no han aceptado la inmunda sumisión. Así son ó así se interpretan las sonadísimas leyes de la cortesía internacional por estos que se dicen representantes de ella.



Hoy recibimos noticia de que no se nos ministrarían más los doscientos francos que se venía entregándonos para vivir mal y pobremente, y se declara que estamos en libertad absoluta para marcharnos adonde nos dé la gana. ¡Bonita libertad, sin una peseta para movernos ni manera de conseguirla, siquiera sea vendiendo nuestro pellejo, que es lo único con que contamos!

Yo me propongo salir, averiguar, pedir trabajo, hacer cualquier cosa; pero no rebajarme hasta solicitar auxilio de estos bribones, que si hay justicia en el cielo pagarán con las setenas. Y lo peor del caso es que mi burguesa ya está al tanto de nuestra penuria. Es una vieja campesina de cara redonda, color de remolacha, gorda como un tonel, con una cofia llena de escarolas y una voz repleta de notas ríspidas. Al llegar á casa me dijo con toda la frescura del mundo cómo sabía que el Emperador nos había retirado su ayuda y quedábamos sin nada vendible ni pignorable: que como cabalmente el día de ayer habíamos liquidado cuentas, convendría me marchase, pues sus marmitas no darían una gota más de caldo, ni sus gallinas un huevo más para mí.

Recurriendo á toda mi elocuencia, le pinté con frases expresivas cómo la retirada del auxilio de Napoleón nada nos importaba; cómo recibiríamos de nuestras propiedades de *lá bas* los dineros que antes no podían llegarnos á causa de que el Emperador no consentía que nos mantu-

viéramos con francos que no fueran los de su imperial caja; pero que ahora, ya libres, podíamos disponer de todo lo que deseáramos. La dejé tranquila, aunque no tanto que no conociera que la duda la corroía, por la manera con que me miraba con sus ojillos amarillentos que despedían reflejos como los de los céntimos nuevecitos.

El diez y seis nos significó el prefecto que debíamos salir del territorio del Imperio, pues á S. M. no le convenía que estuviéramos en sus dominios. Le hablé asegurándole que uno de los nuestros estaba á punto de muerte en el hospital de Tours y que no nos parecía humano dejarle allí.

— Bien, bien, me respondió; pero el enfermo no necesita cuarenta personas que le asistan. Quédese uno y los demás salgan sin excusa ni pretexto dentro del plazo que he dispuesto... Usted, dijo dirigiéndoseme, puede ser quien se quede; sus amigos deben salir.

Todos salieron el día diez y ocho, añadiéndose á los que formaban nuestro grupo varios oficiales que venían de Blois. Desde ese día me constituí de guardia en el hospital, donde agonizaba el pobre coronel Gómez del Villar. Don Ramón, como se llama el pobre enfermo, se desanimó grandemente al saber la partida de los compañeros.

— Siquiera tendré, me dijo afligido, el consuelo de morir hablando español, y no en este idioma de perros que me choca más que mis pecados.

— ¡Qué morir ni qué morir, coronel! Pronto se aliviará



usted y nos marcharemos á la tierra; nadie tiene derecho de morirse cuando su patria se encuentra en la situación en que se halla México.

—No lo crea usted, no volveré ya; pero esté seguro de que muriendo como yo muero se sirve á la patria... Que vean que ni los halagos ni las promesas pudieron vencer á un pobre enfermo, y que un obscuro soldado vencido reta desde su camastro de hospital, á Napoleón sentado en su trono.

—Calle usted, hombre, y no diga tonterías; mucha guerra le ha de dar usted al señor de Bonaparte.

—No, no, guerra no; pero sí me quedará el placer de haber muerto como hombre honrado.

Don Ramón tiene la más rara enfermedad del mundo: nada le duele, de nada se queja, pero le ha atacado una languidez tal, que por su gusto estaría todo el día con la cabeza en la almohada sin abrir los ojos para ver ni la boca para comer ni para hablar cosa. Es la nostalgia, el terrible mal del país, que le hace detestar cuanto procede de Francia ó tiene relación con ella.

—¿Sabe usted cómo me aliviaría? me dijo una tarde que le visité. Echando unas *colas*, *desquebrajándome* un brazo al bajar á escape una cuesta tras de un becerro, comiendo unas buenas enchiladas y gozando del sol, de aquel sol nuestro, que alumbra de veras, que nunca se mete, como el de aquí, entre nubes de hoja de lata, ni

parece al medio día un chiqueadorzote amarillo... ¡Aquella sí es tierra, aquello sí es vivir!... ¡Aquello sí es tierra, amigo, me dijo con los ojos inundados de lágrimas... aquello es el paraíso!... ¡Feliz usted que volverá á verle!

Un día me le encontré más tranquilo.

— Verá usted cuando volvamos allá. Tengo un ranchito que vale lo que usted no se figura: maíz, trigo, chile y hasta algodón, todo produce; como que tiene parte de tierra fría y parte de tierra caliente: una preciosidad... El monte es bueno, y de ganado, como doscientas cabezas. ¿Qué le parece? ¡Ya verá qué temporadas nos pasamos luego que echemos hasta el último gabacho de nuestra tierra!... Tengo mi esposa, que es un tesoro, y dos niños... ¡Pobrecitos, lo que habrán pasado sin mí!... No crea, los compañeros me excitaban á que me juramentara; pero no, ¿cómo les había de dejar tan fea mancha á los inocentitos? Volveré, volveré allá y entonces les pagaré en cariño y en atenciones, á los hijos y á la madre, lo que les ha quitado esta madre eterna nuestra que se llama la patria...

Al salir me dijo la monja que cuida al pobre don Ramón:

— Perdido ¿verdad? perdido sin remedio: dice el médico que no pasa la noche.

— Pero si acaba de conversar conmigo de volver á nuestro país, y dice que se siente muy bien.

—¿Ha hablado? Pues hace seis días que no toma más que una cucharada de caldo y tres que no pasa gota de alimento. Es admirable que siga viviendo... Véngase luego si quiere estar con él este último rato.

En seguida regresé y me encontré al pobre enfermo en distinta situación:

—¿Sabe lo que me mata? Este maldito olor, este olor á ungüento, á calentura, á orinal, á no sé qué... Si me sacaran de aquí, era yo dichoso...

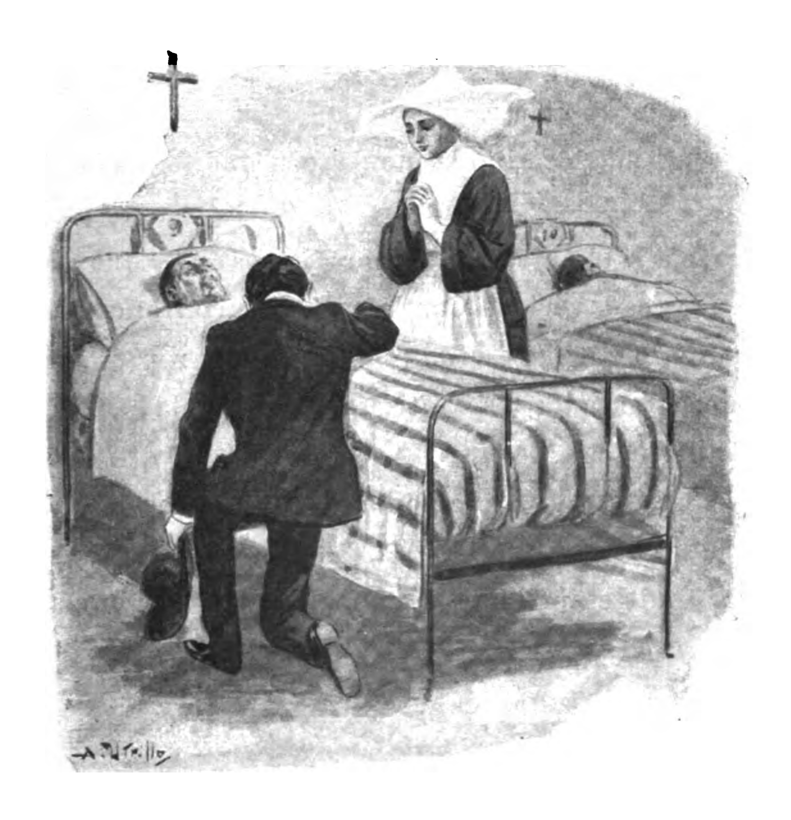
Se aletargó un rato y luego despertó con distinto tema.

—Me voy á morir... ahora sí es de veras... Siquiera tengo á mi lado á un amigo, á un paisano, á un hombre honrado... Salúdeme al general Huerta, á Pérez Milicua, á Manuel Cosío... Algún día ustedes serán gobierno... no se olviden de los míos, no consientan que mis pobres muchachitos se pierdan ó se vean obligados á aceptar algo de esta gabachada cochina: que sean siempre honrados, que sean siempre mexicanos... Usted recoge las cosas que me guardaban y dispone de ellas... Aquí tengo veinticinco francos: los había ahorrado para mi pasaje: ¡ya verá usted qué ilusiones!... Gásteles usted y acompáñeme al sepulcro...

Algo más trató de hablar; pero todo fué incoherencias y delirios: ranchos... zuavos... Napoleón... México...

Pareció que besaba, que hacía zorroclocos á un niño; luego se quedó sin movimiento... Mas estaba vivo aún,

pues se le veía el jadear continuo del pecho; en los ojos ostentaba un livor que le formaba sombra hasta cubrirle las mejillas; éstas tenían un matiz apergaminado; la nariz estaba afilada, el cabello en desorden; las manos, que se



hallaban fuera de las ropas, hacían arabescos y trataban de coger algo invisible. A poco se serenó, y ya en reposo le empezó un ronquido que parecía el golpear de un péndulo tomado de orín. Al amanecer, cuando la luz, luz de hospital, empezaba á colarse amarillenta y triste por los

vidrios del ventanón que daba á un patio, expiró el pobre coronel en medio de una gran paz.

Yo me incliné sobre la cama y besé largamente las manos de aquel hombre honrado, de aquel patriota leal y firme; á poco empecé á oir gritos, puertas que se abrían, voces de mando, pasos frecuentes: era el día, la luz, el movimiento, la vida...

—¿Ya murió? dijo la monja con indiferencia profesional.

Le señalé el cuerpo y le amortajamos antes que viniera la rigidez cadavérica. Con los veinticinco francos de don Ramón y lo que me dieron por sus pobres ropas, compré un modesto ataúd, y solo, triste y desconsolado, le acompañé al sepulcro.

Ya verás, pues, que no ha sido la semana tan alegre como hubiéramos querido.

Pero entretanto que podemos tenerla, te abraza con toda su alma tu

Miguel.

Del mismo á la misma

San Sebastián y Enero de 1865.

Eugenia mía: ¿te acuerdas de aquel excelente muchacho Chardon que cogí prisionero en Puebla? Al salir de allá me dió una carta para su padre, un viejo profesor de

latín en el liceo de Orleans, y hurgando en mi pobre baúl me hallé el documento uno de los días pasados. Le remití, y me quedé aguardando la respuesta, pues creí que de allí me podrían venir auxilios ó consejos para salir de mi penosa situación.

Debo advertirte que había acabado ya con los poquísimos francos que mis compañeros me habían dado; que no tenía dinero ni de dónde obtenerle, y que sin ese auxiliar indispensable era imposible pensar en salir de aquí ni de ninguna parte.

Conflicto espantoso y que daría materia para una novela de enredo: el prefecto me manda salir, puesto que ya terminó el objeto para que permanecí en Tours, y la patrona me manda quedarme, puesto que no le pago lo que por justísimo título le adeudo.

Al fin vino Chardon, pero no el viejo, sino un chico de veintiocho años, hermano de Nicolás y llamado Luciano. Lucien es el mozo más simpático y el temperamento más veleta que ha parido madre. Todo le entusiasma, todo le alegra, todo le entristece y todo le abate. En catorce horas que hemos estado reunidos ha hecho catorce mil proyectos, los ha desechado, se ha afligido por el fracaso, ha descubierto nuevos arbitrios, ha reparado, reflexionado, héchose objeciones y resuéltolas: es de una fertilidad de imaginación que hay que reirse de Alejandro Dumas y de D'Ennery.

Sucesivamente me ha propuesto ser industrial, librero, conspirador, periodista, comerciante, colonizador en Argelia, jefe de negociado en un ministerio... ¡qué sé yo! Pero como para ensayar cualquiera industria, para establecerse como colono, para trocar productos y para todo se necesita dinero (en nuestro país dicen que hasta para pedir limosna se necesita un saco), los proyectos bien concebidos, bien planteados, bien resueltos, al fin vienen á estrellarse contra las *impurezas de la realidad* y quedan nugatorios sin nuestra culpa.

Pero de algo me ha de servir esta máquina de hacer proyectos y alguno ha de ser aplicable á mi situación.

Entretanto, él y yo estamos comiendo á costa de madame Dupin, que no solamente acorta las raciones y las disminuye en cantidad y calidad, sino que también las mezcla con una dosis grandísima de mal humor, de grosería y de ordinariez. ¡Todo por la frívola é insignificante razón de que le adeudo cuatro meses de pupilaje!

¡Y pensar que si quisiera podría disponer de las cantidades que mi suegra tiene depositadas á mis órdenes!

Te envía un abrazo tu

Miguel.

Del mismo á la misma

San Sebastián y Enero de 1865.

Esposa mía de mi corazón: no te figuras, en verdad, toda la serie de contratiempos, desventuras, calamidades, penas, duelos y quebrantos que me ha rodeado en estos días. Mi vida se parece más á una novela de aventuras que tira á lo picaresco, que á la existencia plácida, tranquila, sin sustos y sin emociones que mi padre había imaginado para mí cuando me consiguió aquel puesto de cincuenta duros mensuales de dotación en el Ministerio de Hacienda.

Tres días duramos juntos Chardon y yo en ellos; nos contamos vidas, aventuras, estado actual de los negocios, proyectos para lo porvenir, secretos de familia, opiniones políticas y todo lo que puede constituir materia de comunicación entre dos personas. Entre los mil tópicos de conversación llegué á referirle cómo tenía depositados y á mi disposición un par de miles de francos que tu madre me había dejado, contándole al mismo tiempo cómo pensaba no tocar aquel dinero, que se me figuraba maldito y contaminado de traición.

Nunca tal hubiera hecho. Chardon me llamó del tonto, del majadero, del Quijote y del hombre teórico y sin seso. Por primera vez le vi insistir en una idea y declararme que había encontrado nuestro camino, pues todo lo anterior no valía, porque carecíamos de las especies monetarias indispensables.

—Conspirar, conspirar es lo que nos toca... Hay que darle al Imperio un golpe de muerte; hay que echar abajo á Napoleón. Estoy en relaciones con el mayor enemigo que tiene ahora el gobierno imperial... ya usted se imaginará quién es... Bien; conozco igualmente á un amigo que vale un Perú para ciertos asuntos: es un químico que sabe la manera de fabricar ciertos artificios más de lo que se figuran los burgueses... Si pudiéramos lanzarle á Badinguet uno de esos tremendos ingenios y volarle en compañía de la de Teba y del chicuelo que ha nacido de los dos, era el nuestro negocio hecho: acabábamos con los opresores de Francia, echábamos al demonio el régimen que oprime á la patria de usted, dábamos al traste con la intervención francesa en México, y todo lo hacíamos... con el dinero de su suegra de usted, ó lo que es lo mismo, con el dinero del Emperador de México, ó lo que es lo mismo, con el dinero del Emperador de Francia... ¿Qué tal? ¿Verdad que es maravilloso?... Yo creo en la Providencia, y estoy seguro de que ella nos ha puesto en contacto para que realicemos esta obra de justicia... ¿Qué dice usted?

A nadie le deja indiferente eso de ser instrumento del propio Dios para el arreglo de los negocios del mundo; así es que, sin esperar á que Chardon agotara su elocuencia, estuve conforme con todo y en compañía suya fuí á sacar del Banco el dinero depositado.

Dos ó tres días comimos y bebimos en grande, aunque

sin darle nada á la patrona, temerosos de que echase de ver nuestra súbita riqueza y nos denunciara. Al tercero, cuando dormíamos, nos despertaron voces, gritos, protestas y golpes en la puerta de nuestra bohardilla: era la policía que llegaba á aprehendernos llevándonos á la cárcel del lugar.

Al día siguiente, muy temprano, el prefecto me llamó á su tribunal, y después de hacerme aguardar larguísimo rato, me recibió para endilgarme una filípica tremenda. El prefecto no era ya el caballero bien criado, amable, untuoso, fácil y de buen carácter que conocía. Se había efectuado un él una metamorfosis semejante á la que dicen se ha de operar en Dios, que de padre amante y bondadoso se convertirá en juez inexorable de vivos y muertos.

— ¡Sois un granuja, un pícaro! me dijo todo rojo y congestionadas las pústulas que le matizaban el rostro; ¡sois un pícaro indigno de la benevolencia imperial! Habéis llamado acá á un vagabundo reconocido, á un bribón que hace gala de querer mal al gobierno. Es verdad que el tal tiene más de jactancioso que de peligroso, pero eso no quita que se haya visto con malísimos ojos vuestra unión con él... Se le han recogido al tal Chardon, vuestro digno compañero, un ejemplar de *La Lanterne* de Rochefort, el borrador de una carta admirativa y ridícula dirigida á Blanqui y mil ochocientos cincuenta francos en oro... El gobierno de S. M., que debía ser con vos tan riguroso

como con vuestro cómplice, no quiere de ningún modo aplicar medidas extremas que os darían mucho en qué pensar; sabe bien que habéis andado por *auberges* y *cabarets* diciendo tonterías acerca del régimen imperial; que os jactáis de querer mal á los funcionarios del Emperador y que os proponéis hacer y tornar... Sabed que no os tomo á lo serio, que os creo un chiflado inofensivo que se reúne con un chiflado peligroso, y que por toda pena os impongo la de salir de Tours dentro de dos horas, y de Francia inmediatamente que lleguéis á la frontera, en donde os pondréis á la mayor brevedad posible. Y cuidado con tonterías que os han de costar caras: vais vigilado, aunque no lo notéis, y cualquier desafuero, por insignificante que sea, os ha de traer muchos dolores de cabeza.

Quise hablar, quise defenderme, quise protestar; pero el maldito currutaco me impuso silencio.

— Andad, andad, me ordenó, y que no me obliguéis á que os mande sacar por la gendarmería.

Y aquella tarde salí, convencido de que no conviene conspirar en mala compañía, é interesado en el alma por la suerte de mi amigo... y la de mi dinero.

La primer providencia de mi patrona fué secuestrar mis cortísimos bienes, que consistían en el uniforme que traje de México, en dos vestidos de paisano, uno para el diario y otro destinado á honrarme los días de fiesta, en las camisas de don Ramón y en unas cuantas chucherías

que les había comprado á ti, á Miguelín y á mis padres con lo que conseguí ahorrar de la soldada que recibía de S. M. Napoleón el chiquillo.

Eran las seis cuando dejé el albergue de Mme. Dupin; acababa de internarme en una carretera cercada de árboles cuando se hizo de noche. Apenas transitaban por aquel camino unos cuantos labriegos que me veían al sesgo como preguntándose: «Pero ¿qué escapado de presidio es éste? ¿qué racimo de horca se pasea con tanta frescura por aquí?» Y apresuraban el paso, no sin volver el rostro para observar si les seguía.

Caminé dos ó tres horas: la noche era negra como tinta, y la ennegrecía más aún aquella masa de árboles que se aglomeraban más allá del límite del camino, como ejército de gigantes que cuchicheaba consultándose cuál sería el momento propicio de empezar el ataque.

Las granjas, con sus luces radiantes á través de los vidrios que cubría de vaho tenue la niebla de la noche; las iglesias con sus agujitas presuntuosas; los perros que ladraban en la lejanía; el rumor de los arroyos que rezongaban tristemente; las voces aisladas de los campesinos, todos los rumores de aquella noche, todos los espectáculos de aquella hora temida, se incrustaban en mi cerebro produciéndole un vago temor, una seria y solemne inquietud.

Al fin caminé cosa de dos kilómetros sin encontrar



habitaciones, sin oir ruidos, sin saber si me encontraba en un desierto ó en un lugar habitado. Comenzaba á caer una lluviecita fina y tenue que se aglomeraba en la ropa como polvillo blanco. No había casa donde llamar, y si la hubiera habido no habría tenido esperanzas de que me aceptaran en ella. Anduve deprisa y apenas me topé con unas paredes agrietadas que podrían servirme de refugio. Al entrar me espantó algo como el estornudo que resonó en la obscuridad; luego vi levantarse un esqueleto enorme que se me dirigió con pasos tácitos y acompasados: era un viejo *matalote* quizás perdido, quizás abandonado por su dueño, que al convencerse de que el que entraba no quería pegarle ni cargarle las espaldas llenas de mataduras, se echó de nuevo á recibir la nevasca, al abrigo de un trocito de techo que había existido en aquel solar triste y extraviado.

Yo permanecí un buen rato como esperando al ángel que había de convertir en plumón de cisne el plumón de nieve que descendía lento y tristón; en cama confortable el suelo duro y apretado de guijarros y en techo encubridor la bóveda negra de aquella noche implacable. Al fin la lluvia me hizo acogerme al rinconcito en que se había guarecido el caballo; me arropé en mi capote lo mejor que supe, eché la espalda contra la pared, apoyé mi rostro sobre la tabla del pescuezo, mi pecho sobre el lomo lleno de mataduras, é introduje mis pies por entre los cuartos

traseros de mi nuevo amigo, el único á quien podía acudir en tierra gala, porque era el único que no sabría que yo era un paria dejado de la mano de los hombres... y quizás de la de Dios.

Con el calorcillo que salía de la bestia fuí recobrando el mío, y á poco me dormí con sueño blando y tranquilo, como si me encontrara en el colchón más mullido. Al amanecer me desperté satisfecho; concilié el sueño otro poco y desperté cuando el sol pugnaba por salir entre nubes de hoja de lata, como decía mi inolvidable don Ramón. Me levanté dispuesto á seguir mi camino; valía Dios que la carga de mi equipaje no me embarazaba mucho, pues le llevaba puesto.

Media legua más allá compré una libreta en un mesoncillo que se abría en aquellos momentos. Al darme el pan el mesonero me miró, miró con desconfianza la pieza de plata que le entregué y le dijo á una vieja de cara roja y corpiño rojo, que traía un paraguas rojo en las manos rojas de sabañones:

— Y la tía Fortoul ¿perdió al fin sus coles?

— Sí, señor Laglu, las perdió sin remedio, como el tío Magloire perdió su hermosa gallina blanca, y la señora Martín sus pañuelos, que quedaron tendidos en la hierba, y los señores Lacoque la llave de su granero.

— ¡Háyase visto cosa! ¿Y los gendarmes? ¿Qué hacen los gendarmes, mi querida señora Dodu?

—¡Oh, los gendarmes trincando alegremente, señor Laglu! No se ve otra cosa que los gorretes de piel en todas las *auberges* del distrito.

— Pero ¿cómo no cogen á tanto desalmado vagabundo como anda por allí?



— Y no le quepa duda á usted, amigo mío, de que esos pillastres son los que hacen tantas atrocidades.

— Ya lo creo, señora, hay cada tipo...

— De dar miedo, señor Laglu. Unos con cara de españoles ó de italianos ó de bohemios ó de demonios corona-

dos, han dado en recorrer el país con más frecuencia que debieran.

—Figúrese usted cómo tendrán su *cadier judiciaire*.

—Si le tienen, señor Laglu...

—Eso es, si le tienen, que en las tierras de salvajes de donde proceden quizás no se use tal cosa.

—¡Qué va á usarse!...

Y luego dirigiéndose á mí:

—Y vos, buen hombre, ¿á dónde vais?

—A España, señora, á San Sebastián.

—¿Sois español?

—No, señora, soy mexicano.

—¿Y á dónde cae eso? dijo de mal modo el hombre.

—En América.

—Sí, señor Laglu, allá, allá abajo, donde está el hijo de los Lantin.

—¡Ah, sí, donde hay esa guerra!

Y me miraron con mirada de inteligencia y continuaron su charla mientras yo me despedía... olvidándome de pedir la vuelta del franco con que había comprado el pan.

Anduve toda la mañana bajo aquel cielo pardusco, entre aquel lodo pegajoso y antipático, vigilado por los ojos crueles, suspicaces y maliciosos de los campesinos que transitaban por allí. A las tres ó cuatro de la tarde me apretó el hambre y sentí la necesidad de pedir de

comer á quien quiera que fuese. Un burgués que pasaba en un carricoche me miró de pies á cabeza, fustigó su caballo y siguió andando; dos campesinos me insultaron llamándome ladrón y fullero; en una casa me echaron los perros; en otra me ofrecieron llamar á los gendarmes. Ya se sabía mi presencia en aquellos andurriales; ya se hablaba de las cosas que había hecho ó podía hacer y se me señalaba con el dedo como un criminal peligroso.

A eso de las cuatro ó cinco de la tarde me dejé caer en la margen del camino, muerto de frío, muerto de hambre, muerto de vergüenza y de dolor.

No sé cuánto tiempo estuve allí, en parte aletargado y en parte renegando del egoísmo de aquellos miserables. Ya era de noche cuando sentí que me golpeaban un tacón claveteado y la culata de una carabina. Luego vi que dos caras peludas, dos gorros enormes, dos tahalíes y dos fusiles se inclinaban sobre mí.

—¡Levántate, bellaco, sinvergüenza, pillastrín! Te haces el muerto para ver qué pescas. ¡Vamos á la prefectura, canalla!... ¿Que te mueres de hambre? Allá contarás esas faramallas y dirás también el paradero de la hermosa gallina blanca del señor Magloire.

—Y de los rosales de la señora Petit.

—Y de los panes que faltan en casa del tío Pichecart.

—Allá te las compondrás, vagabundo.

— Allá responderás, indecente.

— Y pensar, compañero, que por estos bellacos pierde uno, al grado que le tratan de flojo é incapaz.

— Ya oyó usted lo que contó *la aubergiste*.

— Y el administrador de correos.

— Y el recaudador.

— ¡Indecente! dijo uno de ellos enseñándome el puño, ¡yo te probaré que no te burlas de la gendarmería!

— ¡Yo te daré tu merecido!

— ¡Camine bien y derecho, borrachón! me ordenó el más viejo dándome un sopapo.

— ¡Haya ladrones! ¡Como saben éstos fingir todo lo que les da la gana!

— Es su oficio...

Me llevaron ante la primera autoridad del pueblo, un viejo alcalde ventrudo y malmodiento, que me dijo con cara de triunfo:

— Al fin caíste, bellaco; seis semanas hace que anda tras de ti nuestra gendarmería, y hace tres ó cuatro días que estabas como perdido.

Le dejé hablar y luego le mostré la orden que había recibido para dejar á Tours, probándole que mi estancia en la capital del departamento no había tenido interrupción ninguna. Me oyó y luego me mandó meter á la cárcel, una pieza larga y fría en que siquiera no soplaba la horrible ventisca que en el exterior. Dos horas después me

llamaron, me pusieron en la mano una pieza de cinco francos y me ordenaron que saliera.

. . . .

A poco pasaba un riachuelo y entraba en territorio español

Tu Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

San Blas y Abril de 1865.

Génie de mi alma: al fin estoy en mi tierra después de esta terrible odisea que parece inventada y no realizada. Hemos sido los últimos en salir y por cierto de los peor librados.

Al llegar á San Sebastián me encontré con un espectáculo que nunca me hubiera aguardado: en vez de aquellos rostros plácidos, de aquellos uniformes relucientes, de aquellas onzas liberalmente gastadas y de aquella alegría de los tiempos del sitio; en vez del vigor y la entereza de los primeros días del destierro, me hallaba con caras foscas, con barbas crecidas, con ojos enconados, con cóleras, iras y disgusto. Nadie tenía ya ni restos de uniforme; apenas había burdas chaquetas y recios capotones de paletos; nadie contaba con casa adonde ocurrir ni con patrona que le hiciera la comida; sólo existían jornaleros que fabricaban sus migas con sus propias manos y que ganaban un mísera y honrada subsistencia.

Aquellos quinientos prisioneros, aquellos excelentes muchachos que no pensaban más que en proezas guerreras, que habían salido de su país con el propósito de tornar á él con la frente muy alta y muy limpia, se habían convertido en treinta y ocho trabajadores que no parecían tener parentesco cercano ni remoto con aquellos lucidos oficiales. Pero así como acompañan al oro muchos pedruscos informes é inútiles, así á este núcleo probado y escogido le acompañaba mucha escoria vil y baja que se separó á medida que los golpes del mortero fueron triturando la parte inferior y dejaron reluciente y claro al rey de los metales.

La tarde que llegué á San Sebastián y conté mis penas á los compañeros, éstos me contestaron:

—Pues lo que es aquí no tendrás temores por la comida: hay trabajo y trabajo constante. Prepárate y levántate temprano, que cabalmente tenemos en cama dos tenientes y tú irás á trabajar para que ellos coman.

Me dió pena preguntar qué trabajo era aquél, aunque por haberme dicho que faltaban dos tenientes me figuré que se trataba de ocupación militar.

Al amanecer, cuando el sol todavía no apuntaba, me despertaron los tres muchachos que dormían conmigo en el cuarto que se había alquilado para que durmiéramos. Me levanté con unas agujetas que valían cualquier cosa; pero como había que obedecer, obedecí también cargando

un colosal zapapico que puso en mis hombros uno de los amigos. La luz aparecía clara, dulce, velada y cándida, y al mismo tiempo que la aurora se levantaba un olor á brea, á salmuera, á jarcias y á mariscos que parecía anunciar la presencia del puerto mejor que el amontonamiento de cosas informes que se distinguía á la derecha y que luego supe eran redes, barcazas, velas, remos y aparatos de pesca.

Trepamos una colinilla, anduvimos por un sendero, subimos por una roca y pronto superamos un castillo que se empinaba sobre una eminencia como fisgoneando al mar.

— Aquí es, dijo un compañero que iba de boina, pantalón corto, medias y un garrote en la mano.

— Aquí es, y tú, exclamó el capataz dirigiéndoseme, no puedes empezar por trabajo fino, como el que sabemos hacer los viejos; derriba este muro, que fuerzas te sobran para ello, y haces lo que te mande Noriega.

—Vaya en gracia, pensé, ¿conque albañiles somos ahora y no hay modo de ganársela de otro modo? Bien está: es cien veces preferible arrancar piedras que dejar de comer.

Al principio manejaba la piqueta con torpeza, pero pronto entré en calor y empecé á arrancar pedruscos con una priesa que daba gloria verme. Cuando llevaba un buen rato de echar los bofes en aquella pared, más dura que el corazón de un malvado, le pedí un cigarro á uno de los compañeros.

—¿Cigarro? me respondió. Es la falla, amigo mío. Ya nadie fía cigarros, ni comida, ni alojamiento, ni nada: estamos hundidos. Espérate á la hora del almuerzo, que no tardará en traer ó en mandar el socio cocinero, y quizás encuentres allí quién te dé una poquita de picadura.

—Lo que sí me dirás es qué significa este trabajo y cómo se consiguió; que yo me vuelvo cruces sin hallarle la punta al negocio.

—Muy sencillo, respondió el otro pasando el instrumento entre dos piedras, hendiendo la argamasa y haciendo saltar uno de los peñascos. Muy sencillo: el general Huerta ha sido nuestro padre en este horrible destierro, y á quien el país no le pagará nunca sus trabajos en favor nuestro; ha movido cielo y tierra para conseguir que nos auxilien las gentes caritativas. Les ha escrito á Prim, á don Miguel de los Santos Alvarez, á don Salustiano Olózaga... al Nuncio y al Moro Muza, pidiéndoles que nos ayuden. Pero quiere la pícara casualidad que cuando Prim está mejor dispuesto, me le destierran á Oviedo, que el gobierno de la Reina mira de reojo las cuestaciones á nuestro favor creyendo atraerse la enemistad de Francia: que los progresistas se acoquinan y sacan cualquier miseria y que en la imposibilidad de ponernos un parche en el ojo y salir mendigando por los caminos, don Epitacio consiente en que aceptemos este trabajo y nos ganemos honradamente nuestras dos pesetas diarias, con que come-

mos la pobre menestra qué necesitamos para no morirnos de necesidad... Entretanto, nuestro jefe hace los imposibles: le escribe á Nueva York á don Matías Romero, le escribe á Londres á don Jesús Terán, le escribe á París á don Manuel Terreros, propone en venta sus haciendas de Michoacán, se multiplica, imagina, piensa, trabaja, lucha... y sobre todo nos consuela, nos anima, nos fortifica, nos sostiene, nos hace ver que no hay mal que dure



cien años... ¡es mucho hombre don Epitacio!... Nuestra asociación es para dedicarnos á algún trabajo manual, para sostener á los compañeros enfermos y para protestar contra las picardías del gobierno francés, contra las infamias de los mochos y contra las pichicaterías de nuestro gobierno.

Seguimos trabajando toda la mañana, y cuando el sol estaba en la mitad de su curso fuimos á almorzar en alegre compañía los treinta y dos amigos que estábamos en aquel lugar por el querer caprichoso de la suerte.

Estábamos á la sombra de un paredón, oyendo á lo lejos los tumbos del mar y disfrutando de un solecillo que parecía la sonrisa de un rostro lacrimoso. Nuestra ración era abundante y sabrosa, el vinillo bueno, el hambre mucha, el contento grande, elementos que bastaban y sobraban para que nos sintiéramos satisfechos y alentados. Pérez Milicua, que era el jefe de la asociación de jornaleros, inauguró la comida brindando por mí, que había soportado con tanta resignación los malos tratamientos de los franceses. Traté de contestarle, pero al querer decir algo empecé á titubear, trastabillé, me paré y acabé por beberme un gran trago de peleón y por derramar muchas lágrimas. Cuando quise averiguar por qué restábamos tan pocos, uno de los amigos me dijo con alegría:

— Pero ¿qué te pensabas que éramos no más los que estamos en este banquete? Más que nosotros son los que se encuentran en México, entrándole al desorden y dándole muchos dolores de cabeza á don Maximiliano y á los franceses. Unos se han marchado, como González Cosío, resueltos á promover bola en la ribera americana de México y hasta á engancharse en el ejército antiesclavista de los Estados Unidos, si no pueden pasar á nuestro país... Manuel Loera se llevó á ocho á sus propias expensas y otros salieron de aquí en diferentes fechas. Tenemos cartas de todos ellos y son para morirse de risa...

— Ya lo creo, observó uno, que es graciosa la entrevista de Loera con don Matías Romero.

— Le andaba zanqueando en Saratoga, en Nueva York, en Wáshington, en todas partes, y al fin consiguió la promesa de que les mandarían en buque de vela de Nueva York á Matamoros.

— Haciendo cincuenta días de camino.

— Curioso también otro lance de Nueva York, adonde los habían conducido bajo promesa de pagar, en llegando, el treinta por ciento del pasaje, que importaba cuatrocientos pesos. Al arribo no tenían ni una peseta, y Loera anduvo llamando á todas las puertas como un mendigo, pidiendo el dinero sin que nadie se lo quisiera prestar. Don Manuel Doblado se lo facilitó y le dió un barquito que le llevó hasta Brazos de Santiago.

— ¡Vaya una aflicción de Loera!

— Y razón que le sobraba; como que si no soltaba la plata, el capitán se cogía de una cláusula del contrato en virtud de la cual, caso de que no se pagara, tenía derecho de tripular su barco con los oficiales que escogiera.

— Pero gracioso lo de los Brazos de Santiago.

— No tiene cuate.

— Es colosal.

— Cuéntelo usted.

— Pues hombre, que nuestros amigos se reunieron en Nueva York con otros que antes habían llegado, que en

compañía suya se fueron á Brazos de Santiago, y que allí, como nosotros lo hemos hecho aquí, determinaron formar una asociación para protegerse en buena y mala fortuna. Había comisiones para arbitrar fondos, para hacer gestiones ante nuestro gobierno, para buscar la comida y para guisarla... De los que tenían á cargo la importantísima tarea de buscarse recursos eran Pancho Mena y don Manuel Ortiz de Zárate, que se pasaban días enteros en la playa espiando á los guachinangos colosales, que apenas solían pescar los negros del contorno, vendiéndoles á los mexicanos á precios bajísimos... que solían no tener los nuestros... Un día, á la hora en que quemaba más aquel sol canicular, Mena y Ortiz de Zárate empezaron á hacer señas llamando á sus compañeros. Se presentaron tres ó cuatro; «No, todos», gritaban los pescadores. Ocurrió el grueso de la comitiva y empezó á cobrar de la cuerda que tenían los dos oficiales; tiró más y salió más; caló por mayor tiempo, y cuando todos pensaban que iba á aparecer un ballenato... salieron ciento sesenta y nueve metros de verga, que se vendió á buen precio al patrón de un barquillo que allí estaba estacionado...

— Debíamos escribir un libro con nuestras aventuras.

— Como que debíamos, y si uno de nosotros supiera poner bien la pluma, había de relatar por nota lo que nosotros le contáramos. Venderíamos miles de ejemplares.

— Ni las aventuras de *Periquillo*.

— Ni las de Casanova.

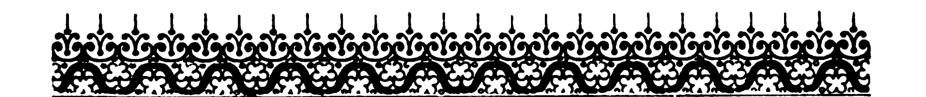
Quince días más duré trabajando con aquellos excelentes muchachos. El seis de Febrero tuvimos gran expectación: acababa de ser llamado á París nuestro jefe, Pérez Milicua, que regresó á poco trayendo la cantidad necesaria para la travesía de los treinta y ocho mexicanos tan duramente escarmentados por la suerte. El veinticinco de Febrero regresó tío Pérez, el veintisiete nos embarcamos en Pasajes y dijimos adiós á la tierra hospitalaria de España; el tres de Marzo arribamos á Liverpool; el cuatro salimos para Nueva York en el vapor *City of York;* llegamos el diez y nueve al gran puerto americano, y el veintitrés zarpamos para Colón en el *Occean Queen*. Anclamos en Colón el día primero de Abril, atravesamos en ferrocarril el istmo de Panamá y en la noche nos embarcamos para Acapulco, en el vapor *Golden Hunter*. Llegamos á Acapulco el ocho de Abril por la tarde. Las excelentes familias surianas no desmintieron su vieja tradición de hidalguía y generosidad: nos hospedaron, nos agasajaron, nos trajeron en palmitas y nos proporcionaron cuanto necesitábamos—dinero inclusive—para que pudiéramos salir del puerto ó internarnos en tierra. Aquí se deshizo la sociedad de cariño que teníamos fundada: veinticinco jefes y oficiales marcharon á incorporarse al Ejército del Centro; un subteniente fué á Zacatecas y seis oficiales quedamos aquí. Yo, que procuro reunirme con ustedes, salí para

San Blas el veintiuno, pues tuve la suerte de encontrar vapor que me condujera hasta este puerto.

Pronto, pues, te abrazaré descansando un poco de mis terribles daños. Entretanto, aquí les envío á ti, á mis padres y á Miguelín uno, dos, tres, diez, cien abrazos muy apretados.

Miguel.





CARTAS NIGROMANTICAS

De don Ignacio Ramírez (El Nigromante) á don Guillermo Prieto (Fidel).

Durango y Julio de 1863.

Fidel muy querido: al fin puedo tenderme un poco, sino á reposar, cosa que de seguro no lograré en muchos días y aun en muchos meses, sí á reconocer el sitio y á averiguar dónde me encuentro: como las accidentadas de comedia puedo repetir aquello de «¿En dónde estoy?» pues lo cierto es que un nombre, un nombre geográfico más ó menos sonoro y evocador de memorias, le dice pocas cosas al cerebro cuando el mismo cerebro no es quien ha guiado al cuerpo en su peregrinación.

¡Qué carrera, Fidel mío, qué carrera tan espantosa, tan larga, tan sin interrupción! He corrido más que tú,

más que Manuel Ruiz, más que Zamacona, más que Lerdo, más que Zarco, más que toda la comisión permanente y ¡admírate, hombre de poca fe! más que el propio don Benito; y aquí me tienes en esta tierruca de Ginés Vázquez, del cerro acerado y de las muchachas de dientes amarillentos; aquí me tienes en esta tierruca en que «cuatro reales vale un chango» y en que te encuentras los alacranes metidos no sólo en las hendeduras de las camas y entre los ladrillos y sobre las paredes y adornando los muebles, sino también entre las hojas de los libros y entre los labios de las mujeres, y hasta enroscados á tu propia lengua.

¡Es mucho Durango este!

¿Que cómo llegué aquí? Es muy fácil... de contarse, aunque no tanto de llevarse á cabo.

Pues, señor, que se anunció la entrada del maldito Forey, que creíamos iba á permanecer alejado de nosotros por meses y hasta por años, supuesta la valerosa defensa que tú y tus amigos y los amigos de tus amigos tenían organizada. ¡Cómo me reía de la cara del pobre barrigón y de la manera que se pelaría las barbas de coraje, viendo que después de la encerrona de Puebla venía otra encerrona en México, tras de murallas y con elementos mejores que los que habían tenido los pobres soldados de Ortega! Pero en su sabiduría estratégica dispusieron ustedes otra cosa, y no hubo más que obedecer.

Todo andaba muy mal por México: los afrancesados

sin disfraz, muchos neutrales y muchísimos que habían probado su ardiente republicanismo denunciando casitas de manos muertas y obteniendo adjudicaciones ventajosas, todos, todos, se pusieron de parte de los franceses aclamándoles y celebrando su llegada como la de los salvadores de la patria, como la de los autores de nuestra futura emancipación. Y no sólo andaban allí los Lazpitas, los Salas, los Castros y los Galicias más ó menos Chimalpopocas; sino también los Schiaffinos, los Mathieu de Fossey y los Mirandas, aquel Pascual Miranda de quien has dicho tú:

Pascual Miranda, grandote,
Hermoso cuerpo gentil;
Su aspecto así, mujeril,
A pesar de su bigote.
Quiso hacerse liberal
Y lo tomó por lo serio;
Después se pasó al Imperio
Robándose un dineral.

Y como yo no soy pillo para meterme con los mochos, ni soy tonto para irme del lado de los empleados que acaudilla don Benito, ni tengo dinero para declararme gente de arraigo y cortesano de todos los regímenes, me decidí á marcharme por mi lado; y á fin de que nadie adivinara ni llegara á percatarse, y ni aún conociera el aroma de mis combinaciones estratégicas (que es lo que hay que ver), salí de México poquito á poco, con un bastón en una

mano y la otra libre para poder ir señalándome las distancias adonde pensaba llegar, los paisajes ante los cuales había de extasiarme y otras cosillas que me importaban mucho.

Llevaba andada buena parte del camino, pues ya veía las lomas de Tacubaya y la casa de Escandón, cuando un alma caritativa, cubierta por el cuerpo gordo y chaparrón de un viejo compadre mío, me quitó el báculo, me subió en un caballejo que llevaba del diestro y me entregó sable y revólver (que en caso ofrecido me propongo vender al mejor precio, pues ya que como armas ofensivas no puedo utilizar esos chismes, los utilizaré como armas defensivas... contra el hambre).

Y así, caballero en mi matalón, salí del Distrito Federal decidido á defender la patria. Mis aventuras, mis penas, las gentes con quien me encontré y los riesgos que corrí, materia será de otra carta que no tardará en escribirte tu amigo

El Nigromante.

DEL MISMO AL MISMO

Mazatlán y Agosto de 1863.

Guillermo nunca olvidado: ya te figurarás por qué salí de Durango. Pasaba por los alacranes y por el dejito de la tierra y por el calorcillo tórrido que enerva y disgusta:



...muriéndose del hambre y del cansancio y desertándose á millaradas.

por lo que no podía pasar era por la amenaza de un periódico de Pancho Zarco. Llegó el hombre á su país completamente resuelto á acabar con la gabachería, y para el efecto pensó en fundar ó fundó ya (que todos los malos agüeros se realizan sin falta) un periodicote que se llama ó se llamaba ó se llamará *La Acción;* y yo, naturalmente, emprendí el vuelo y me escapé antes que ver que se hiciera ó cooperar á que se hiciera (pues ya me había convidado para formar parte del *cuadro* de redactores) acción tan mala y espantosa.

De México salimos ciento y tantos, hombres, mujeres, muchachos, todos, en fin, los que tenían vergüenza *(quorum minima pars fuí)* ó que tenían temor de que el nuevo huésped no fuera con ellos tan generoso como el antiguo. Camino de Toluca me encontré á nuestras valientes tropas. Hijo, ¡qué desconsuelo, qué pena, qué horror! Los pobres muchachos sufriendo de la disentería, pereciendo del tifo, muriéndose del hambre y del cansancio y desertándose á millaradas.

¿Y qué querías que hicieran los pobres, si no tenían sueldo, ni rancho, ni vestuario, ni nada, y cuando sus jefes, óyelo bien, aquel Rangel y aquel Garay que anunciaban que iban á comerse al jefe francés con toda su oficialidad, se quedaron en México á pasearse por las Cadenas en compañía de sus excelentes familias, en las noches de luna?

Don Juan José de la Garza me resultó el mamarracho más guapetón que ha nacido de entrañas femeninas, y fué menester que llegara Porfirio Díaz, ese chico en quien tengo depositadas tantísimas esperanzas, para que concluyeran aquella fuga y aquel pánico. Porfirio mandó fusilar á unos pocos insubordinados, y aunque le rogamos en favor de los reos algunos humanitaristas que hemos leído á Víctor Hugo. él se estuvo firme, y á nosotros nos mandó á paseo y á los rebeldes á la eternidad.

En cambio de estos pobretes que creyeron posible seguir el ejemplo de sus jefes, ¡qué espectáculo nos ha dado esa terrible chinaca brava, que es la admiración, el terror y el asombro de las gentes! Había chinacos de grandes barbas, de inconmensurables sombreros jaranos, de caballitos bailadores, de voces descompuestas y ríspidas y de hazañas más ríspidas y descompuestas que las voces. Unos se llamaban *Guías de la República;* otros *Terror de los franceses;* otros *Mata-zuavos;* otros, *Los amigos de la muerte;* y mezclados con todos ellos unos cuantos chicuelos generosos, patriotas y de vergüenza, que serán los que se estén á pie firme y mueran honradamente cuando ya ni el polvo se vea á los de las barbotas.

Ya sabes que el pobre *Nigromante* es muy desgraciado en sus predilecciones: se inclinó á La Llave, y murió como tú y yo sabemos y como yo no quisiera morir, trágica, innoble, obscura, misteriosamente... Se inclinó á

Patoni, y resultó que Patoni era un réprobo á quien había que perseguir.... por razones que no se tardará en conocer de pe á pa.

Pero *El Nigromante* no descansa en su tarea de buscarle un caudillo á la patria: debo de tener trasconejada, entre la escasísima sangre española que me tocó en suerte, alguna gotita de sangre vizcaína de la más reconcentrada, y esa maldita gota me obliga á ser tan terco y tan posma como tú me conoces. Por eso he inventado un jefe que, ó lleva nuestros ejércitos á la victoria, ó me obliga á quitarme el nombre, el apellido y el remoquete.

Ya te veo debatirte, fruncir las cejas, estirarte los pelos alborotados, quitarte los anteojos y gritarme:

—Pero, ¿quién demonios es ese caudillo? ¿Pertenece á los pocos iturbidistas que nos quedan? ¿Es liberal? ¿Es conservador? ¿Peleó en el Gallinero con Moctezuma? ¿Traicionó con Santa Anna? ¿Politiqueó con Couto? ¿Conspiró con el padre Miranda? ¿Sufrió zurras en compañía de Degollado? ¿Corrió con Miramón? ¿Estuvo en Puebla con Ortega?

Y yo, con la peor intención del mundo, te respondo:

—No, Fidel gobiernista; no, Fidel honrado; no, Fidel sincero; no, Fidel súbdito espiritual y temporal de don Benito, no tiene mi hombre ninguno de esos timbres de gloria, pues si alguno tuviera dejaría de ser mi hombre. Este ni se ha pronunciado nunca contra la libertad, ni ha

politiqueado en los pasillos de la Cámara, ni tomó parte en el tratado Mac Lane, ni denunció fincas nacionalizadas, ni disfrutó de prebendas, ni es escéptico, ni codicioso, ni ladrón, ni bellaco, ni tiene nada de lo que ahora se necesita para figurar dignamente en los partidos... Tiene valor, tiene civismo, tiene habilidad, tiene talento, y (asómbrate, hijo) tiene amor á México y cree en que ha de triunfar.

Ya me figuro estarás pensando que mi hombre es algún *homúnculus* que, como Wagner en el poema de Goethe, acaba de salir de la retorta diciéndome: «Quiero andar, quiero moverme».

No hay tal: el hombre estaba ya inventado, ya había nacido y yo no hago más que presentártelo: se llama Antonio Rosales.

¿No te dice nada este nombre? Claro que no, pues su dueño nunca hizo antesala en los ministerios, ni te escribió cartitas zalameras pidiéndote por amor de Dios un empleíto, ni te ha llamado nunca genio, ni ladrón, ni mártir, ni salvador de la Patria (así, con mayúscula) como si la Patria fuera el eterno don Benito, única persona á quien tú has salvado. Y como tú no conoces más que á tus aduladores y á tus detractores, de seguro ignoras á Rosales ó piensas que es algún ente de razón que he inventado para chancearme.

Rosales es zacatecano, nacido en Juchipila, pueblo que

mil veces me ha descrito, situado en una garganta de montañas que parecen un escupitajo de la naturaleza contra el cielo en los días en que la nebulosa terrestre era algo así como la república mexicana astronómica, un país constantemente pronunciado que aguardaba para entrar en quietud el enfriamiento y la solidificación—cosas que aguardamos nosotros en unión de un prójimo que empuñe el gran palo y le esgrima contra todo el mundo.

Rosales estudió en el seminario de Guadalajara y allí se instruía en el *trivium* y el *quadrivium* cuando oyó el clamor de la patria, desgarrada por la terrible é inicua invasión americana. Salió Rosales á la defensa de nuestra madre común y luchó con gloria en Palo Alto y la Resaca, y al concluir aquella maldita guerra se metió á su casa sin pedir que le dieran ningún entorchado ni prebenda, ni diploma, ni cruz. ¿Raro el hombre, verdad? Le dió por periodista, cosa que no abona su sentido práctico; y allí me le tienes redactando *El Panderito,* periodiquín satírico, y escribiendo versos que no llegan á medianos, en compañía de aquella pléyade tapatía que tú cantaste en una de tus odas más bellas.

Vino á radicarse á Sinaloa, y aquí fué nombrado Secretario de Gobierno, tomando parte en todas las batallas que se han librado contra la mochería.

¿Te ríes porque llamo batallas á encuentros en que toman parte Cajen, ó Lozada, ó Calatayud?

Pues, ¿qué otra cosa fueron muchas de las batallas de griegos y romanos, las de las ciudades italianas de la Edad Media y las de nuestros antepasados los mexica, que á lo más se disputaban una legua de terreno ó algún bosquecillo?



Desde que se anunció la invasión francesa, Rosales no ha descansado en su tarea de disciplinar, disponer, corregir, animar, enardecer y levantar estas regiones, y para mí es el jefe de más prestigio que existe por aquí, como espero lo será pronto en el resto de la República. Un solo rasgo suyo te dará idea del hombre.

No hace mucho que ancló en las aguas de este puerto un vapor inglés de buen porte. Los marineros, conforme es en ellos vieja costumbre, se emborracharon y riñeron entre sí y con los perdularios del puerto, negándose á pagar lo que habían consumido en la taberna de la pen-

dencia. El cantinero, que no tiene por los extranjeros el grande y terrible respeto que sienten González Echeverría ó Doblado, mandó dar una soberana paliza á los marinos.

Saberlo el capitán del vapor inglés y ponerse hecho un demonio de ira, fué todo uno: pateó, juró, dijo, prometió, alzó las manos al cielo y acabó por pedir una satisfacción á las autoridades del puerto. Como no le contestaron tan pronto como quería, apresó la goleta mexicana *Reforma* y á remolque se la llevó al costado de su barco, haciéndose á la mar en seguida.

Los ojalateros, que abundan aquí como en todas partes, pusieron el grito en el cielo declarando que aquello era un ultraje á la nación,—cosa que nadie ponía en duda, – que los ingleses se prevalían de su fuerza,—en lo cual hacían muy bien, ya que esa es la ley universal,—y que no era posible rescatar la goleta porque no teníamos elementos,—teorema indudable que iba teniendo el cariz de axioma.

Y cuando todos gritaban no sé qué de leyes internacionales, y de respeto al pabellón, y de necesidad de no dejar pasar aquello sin castigo, un mocetón delgaducho, de cabellera alborotada, cargado de hombros, un poquito bisojo, un poquito inclinado de cabeza, con una barba á lo Juliano y una pelambrera que parece un *mal país,* se alzó y dijo con sencillez:

— Yo rescataré la goleta.



—¿Usted, Rosales? le preguntó Corona con asombro.

—Yo.

—¿Y en qué barco?

—En el *Colón*.

—¡Pero si es una cascarita de nuez!

—En efecto; por lo mismo no pienso llevar mucha gente.

—¿Quiénes le acompañan á usted?

—Granados y otros dos oficiales.

—Haga usted lo que quiera.

Y puso en sus manos la orden para exigir la entrega de la *Reforma* y una explicación por los agravios.

Los ingleses se alegraron al ver que se acercaba un vaporcito que les hacía señales, y dejaron pasar á los intrépidos expedicionarios.

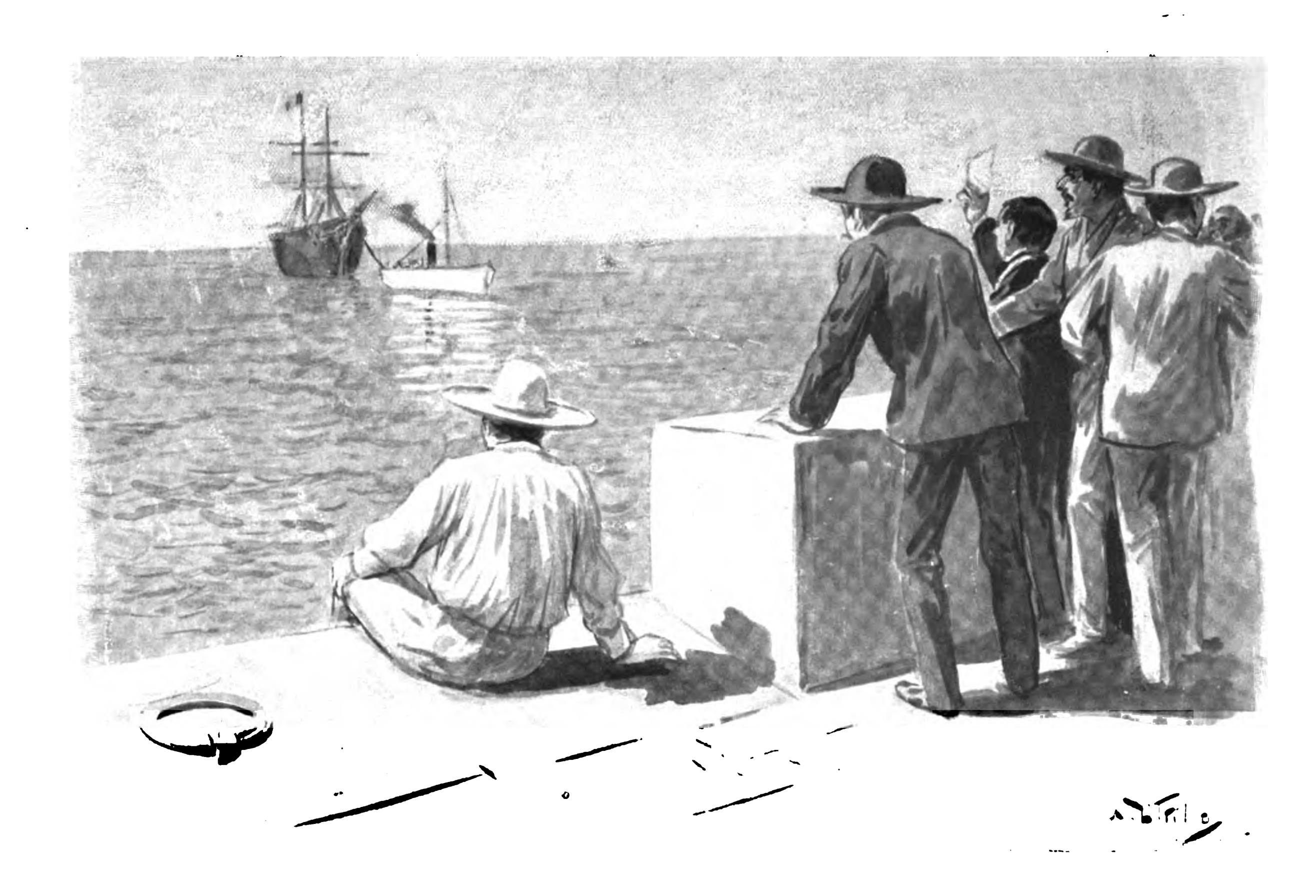
—Viene usted á darme la satisfacción que solicité, ¿no es eso?

—Sí, señor, vengo á traérsela á usted.

—El proceder de los mexicanos fué verdaderamente irregular é indigno.

—Vengo á traerle á usted la satisfacción, siempre que usted me devuelva la goleta que apresó arbitrariamente y faltando á la equidad, á la razón y á todos los usos internacionales, y que me dé, en cambio de la nuestra, otra satisfacción por su incalificable atropello.

—¿Y si me rehusara?



— Cuando la gente vió todo eso se quedó abismada...

— Tendría que tomar otras providencias.

— Puede usted tomarlas.

— Mira, le dijo á Granados, baja á toda prisa y préndele fuego á la Santa Bárbara, mientras yo le prendo fuego á este inglés atrabiliario.

Y luego, creyendo que vacilaba, le ordenó:

— Mejor yo seré quien vuele la Santa Bárbara, y tú quien te encargues de este sujeto.

El inglés había permanecido sin pestañear, fumando un habano y sorbiendo á tragos una copa de *old sherry;* pero al ver tan determinados á los oficiales les dijo satisfecho:

— Son ustedes unos valientes; llévense la goleta.

Les trató á cuerpo de rey, les dió de comer y de beber, fraternizó con ellos, canjeó sus excusas con las que Rosales llevaba escritas, y allí me tienes al expedicionario volviendo á Mazatlán con la goleta *Reforma,* trabajosamente remolcada por el *Colón*. Cuando la gente vió todo eso se quedó abismada y sin comprender cómo había podido realizarse tan tremenda hazaña.

— Es que llevaba la resolución de traerme el barquito ó de que me mataran, respondió Rosales con sencillez.

Conque ya puedes notar que, por lo menos el valor, anda á una altura que ya quisieran todos los Garzas del mundo.

Adiós y hasta la otra.

El Nigromante.

De don Guillermo Prieto (Fidel) á don Ignacio Ramírez (El Nigromante).

Monterrey, Mayo de 1864.

Nacho mío de mi corazón:

Cuenta formal la leyenda
que hubo un cura muy ladino
muerto por armar contienda
por los chismes del vecino.
No le faltaba su taco,
pero le sobraban penas;
y oye, Paco,
murió por cuitas ajenas
el cura de Jalatlaco.

Dispensa que me arranque por peteneras antes de empezar la contestación de tus cartas; pero la verdad es que tú y yo estamos de esta suerte por imitar con tantísima fidelidad al señor cura de Jalatlaco, de dulce memoria.

Tú, empeñado en buscarle el pelo al huevo, andas dando tumbos y desbarrancándote en aquellos precipicios más llenos de misterios que la cueva de Montesinos; yo, en medio de este calor y de estos arenales y de estos riesgos diarios, acaricio la idea de reconciliarles á ustedes, á ti y á don Benito, cosa que me figuro tan fácil que todo será ponerles frente á frente para que se den un abrazo. Lo único difícil es ponerles frente á frente...

De todos estos brincos, de todas estas huídas, de todas

estas peregrinaciones, sólo una cosa me duele: el alejamiento de México. ¡Si yo tuviera aquí los jorongos de mis leperitos, la cuera de gamuza con brichos, la chaqueta rabona, la faja roja, el calzón apretado, el tacón con herraduras! Y luego, ¡las mujeres, las legítimas peladas, las chinas!, no las encuentras aquí ni para remedio. Yo toleraría todas estas cosas si tuviera por lo menos una de aquellas

Con la pestaña arriscada
y los ojos al dormir;
que no se atranque por nada;
mire usted que es buen decir...
De breve cintura
que arroja la sal,
que envidie hasta el cura
mujer tan cabal.
Zagalejos de mascadas
con sus vivos de listón
con las puntas enchiladas
y zapatos sin tacón...
Cuando se tercia el rebozo
dan ganas de estornudar...
¡qué brazos para un retozo,
Santo Niño de San Juan!...
Nadita de guante,
Mangote ni un chis;
carnita flamante
que no hay en París.
Su risa es de par en par
para enseñar su marfil.
¡Oh, y quién pudiera al pasar
una mordida pedir!

Y no son sus dientes
juzgados de Dios,
que nada postizo
conoce mi amor.

Ya sabrás que el famoso padre Miranda, el eterno pronunciado, el conspirador eterno, el que imaginó el Imperio, murió después que acababa de conseguir una canonjía como premio á sus afanes. Le acompañaron en el último trance seis ó siete obispos que le despacharon con todas las reglas de su arte. Yo creo en la Providencia (bien sabes que no soy ateísta como tú); pero á veces se me ocurre que la tal señora podía anticipar un poco ciertas cosas. Nada menos, ¡cuántas calamidades se habrían evitado si el Señor carga con el bueno de don Francisco Javier por los fines del año de 1860!

La muerte del simpático tonsurado me inspiró la siguiente

ELEGÍA

Venid, moscos, chacales, *zopilotes*,
Sauces llorones, fúnebres cipreses;
Gatas austriacas, cárabos franceses,
Ancianas de bigotes,
Sepultureros, parcas gemidoras,
Y de lechuzas quejumbrosa banda,
Y en coro funeral lloremos juntos
La gran traición. Pasóse á los difuntos
¡Ay de nosotros! el doctor Miranda.
¿Quién pudo imaginar que tan travieso,

Tan vivo, tan chistoso,
Con tal sagacidad y tanto seso
Se le ocurriera el pensamiento ocioso
De largarse al imperio de los muertos?
¿No ha sido éste el mayor de los entuertos?
¿Quién correrá desde Poniente á Oriente
Con gracioso disfraz de carbonero
Llevando al retortero
A la más refinada policía?
Lloremos ¡ay! en tan menguado día.
¿Quién puede reemplazar tanta destreza
Y aquella actividad más que de ardilla,
Ni su fecunda y pícara cabeza?
Era del sansculote pesadilla,
Mercurio de roquete y solideo,
Maquiavelo de tiara y de sotana
Que por zurrarle á Juárez la badana
Hubiera ido á las aguas del Leteo.
Más que columna fué polín de Salas,
El ídolo del clero,
Su Pegaso, su Fígaro, su Palas.
Sin el prosaico antojo de morirse,
Hoy fuera confesor de la devota
Emperatriz Carlota;
Y habría llegado á ser, si no se escapa,
Patriarca, Obispo, Cardenal y Papa.
A su lado Pelagio era un enano,
Barajas una triste chuchería,
Un átomo Munguía,
Feto de un mes el célebre Sollano,
Y el padre Covarrubias un bendito
Que junto al gran Miranda valía un pito.
Mas ¡ay! aconteciéle lo que al loco
Que le tocó la grande en un billete;
Cobró la lotería,
Que fué de su existencia el solo antojo,

Y tuvo tal exceso de alegría,
Que al tocar las talegas cerró el ojo.
La aurora se eclipsó de un hemisferio,
La hoguera se apagó, la luminaria
De toda la manada reaccionaria.
¡Llorad, llorad, oh momias del Imperio!

Porque lo tendremos, sí; tendremos Imperio, queriéndolo ó no, y tú y yo y los que como nosotros piensan quedaremos en gran minoría.

Pues, señor, la cosa es hecha;
Tendremos Emperador.
Habrá corte á la francesa
Con sus nobles *comme il faut*
En que figuren unidos
Mathieu de Fossey, Bonhomme,
Zermeño, Márquez, Taboada,
Y Méndez y Miramón.
Será la modista Hortensia
Sin duda, dama de... honor.
Y las escueleras Vázquez
Dejarán de dar lección,
Y en vez del Padre Ripalda
Leerán las gentes de pro
Los libros entretenidos
Del alegre Paul de Kock.
Por supuesto que tendremos
Una brillante legión
De austriacos, ya decididos
A dar pruebas de valor
Casándose con las viejas
Que quieran la intervención,
Porque sólo *intervenidas*
Por un milagro de Dios

Hallarán las tales momias
Quienes les hablen de amor.
Vendrán de París las modas,
Los libros, la ilustración,
Cocineras á bandadas,
Peluqueros á montón.



Se ordenará que los chicos
Olviden el español,
Y que hasta las beatas recen
En la lengua de Dantón.
Aprenderán las muchachas
El cancán fascinador
Y habrá cosas... Dios eterno,
Que no puedo decir yo.
Almonte será ministro

Y Lozada... ¿por qué no?
¿No ha sido Salas regente?
Pues ninguno ha de ser peor.
De moralidad no se hable,
Pues cuenta la intervención
A Dupin entre sus jefes,
A Barrés como escritor.
Pretenderá Labastida
Que haya mucha procesión;
Volverá el padre Munguía
A publicar su Razón;
No volverá la *Estafette*
A decir de buen humor
Lo que dijo con acierto
De aquel periódico atroz.
— El Imperio, por supuesto,
Ha de tener su *impresor*...
¿Quién será? ¿Será Cumplido?
¿García Torres? ¡Qué sé yo!
Pero ha de ser sin remedio
Uno de ellos ó los dos.
— Ya tienen en Rafael Castro
Un magnífico escritor,
Que escribirá por dinero
La historia de esta cuestión
En el indigesto estilo
De aquel emborronador
Que siente con el estómago
Y no con el corazón.
— ¿Poetas? ¡Vaya si tienen!
Ya verá el Emperador
Cómo maneja Segura
El bello idioma español.
— Nada les falta; la corte
Va á ser una bendición;
Ha de ser allí la vida
Una vida de primor.

El nuevo régimen anda arañando la cubierta en busca de nobles que contribuyan á dorar la situación. ¿Quiénes serán los tales nobles? ¿Será el chato Salas? ¿Será don Teodosio Lares, prez de los reaccionarios santurrones? ¿Será Barrera, ó de la Barrera, como ahora se llama? ¿Será Márquez, asesino de niños, mozo de la Zozaya y fiera de profesión? ¿O será aquella maldecida bruja, ideal de Concha y de Apodaca, memento del canónigo Lazpita, triste desliz del lego Maturana? Yo sólo sé que

Bailando están las chicas
Que viven sin amor,
Rabiando por un novio
De la legión de honor.



Al ver en Sánchez Facio
Tan bella distinción,
No hay un viviente garfio,
No hay un recaudador
De esos que en los caminos
Propagan la invasión,
Que no envidie á Moreno,
A Gener y á Bonhomme,
Que de fijo son cruces
De la legión de honor.



De Bonilla se cuenta
Que un tiempo en que le empleó
Santa Anna, ni el tintero

De plata hubo perdón;
También cierta cebada
De Guatemala, y ¡oh!
Cuando jugando á espadas
Los juegos del amor
Su suegro triunfos de oro,
Vivaz le barajó...
Una cruz á Bonilla
De la legión de honor.



Márquez, el asesino
Que al mundo horrorizó
Es (chúpense los dedos)
Señor Comendador;
Bien pudiera de diablos
Formar una legión,
Pero es el compañero
De Bazaine y Morau.
Su pecho ¡oh noble pecho!
Nido de la traición,
¡Magnífico santuario
De la legión de honor!!



Ya Saligny la obtuvo;
De entonces con furor
Redobla el chato Salas
Sus besos al alcohol;
De Barrés tiene envidia...
De ajenjo un botellón
Agota cada noche
Después de puesto el sol.
Dénle una cruz que penda

De un grueso salchichón,
En cognac conservada
O que la riegue el ron,
Y Baco hará un saludo,
De paz y bendición
Al ver esos dos tunos
En la legión de honor.

* * *

Gálvez, el compañero
De Neigre, está feroz
De ver que sus fazañas
No obtienen un favor:
«Si hay pícaros con cruces,
Por más me tengo yo»,
Y sus amigos claman:
«Le sobra la razón.»
Él y Chávez que se unan
En la legión de honor.



Conozco cierta vieja
Que se anda sol á sol
Tras zuavos y argelinos
Con incansable ardor...
Y lleva á sus dos hijas
Con ellos *sans façon.*
Alguno, que alarmado
Peligros advirtió
De cosas que se pierden
Una vez y no dos,
Escuchó esta respuesta
Que frío le dejó:
«No le hace... serán cruces
De la legión de honor.»

***

Si quieren de esas joyas
Vestir á Napoleón
Y que se desportille
El austriaco de amor,



Si quieren un muñeco
Tan fatuo cual ladrón,
De mico la cabeza,
De hiena el corazón,
Miguel Arroyo es digno
De la legión de honor.



La Salas y la Vega
La Fraunfeld y otras dos
De aquesas que á Carlota
Darán un tocador...
Proporcionarlo pueden...
Conténgame el Señor,
Pero decirles puedo,
Jurarles puedo yo...
Que esas y sus amigas
Saben tanto primor,
Y que en achaques de honra
Es tal su perfección,
Que un calvario merecen
De la legión de honor.

Del Nigromante á Fidel

Mazatlán y Marzo del 64.

¿No había vaticinado, Fidel de mi alma, que por aquí habría algo famoso? Pues lo hubo; pero no como yo pensaba, promovido ó sostenido por Rosales, sino causado por otros excelentes muchachos, que han tenido la habilidad y la suerte necesarias para darle un buen achuchón al orgullo francés.

Hace como tres semanas que llegaron aquí Gaspar Sánchez Ochoa, á quien dejó cojo de la pierna derecha un proyectil de San Javier; Miguel Quintana, un chico más valiente que león africano; Cleofás Tagle y Marcial Bení-

tez, electos oficiales del cuerpo de Ingenieros, y algún otro que ahora no recuerdo. Procedían del ejército de Uraga y habían corrido más peligros que te puedes imaginar: iban á una jornada de distancia del camino de Ghilardi, y cuando este honrado y valiente general cayó en manos de sus enemigos y fué fusilado, apenas pudieron los ingenierillos de mi historia escaparse y atravesar la sierra de Durango. Aquí luego que se les vió llegar, empezaron los chismitos y las intrigas: unos decían que la misión de los militares era destronar al gobernador, don Plácido Vega; creían otros que venían mandados por don Plácido y otros pensaban que don Benito en persona les había dado amplios poderes para hacer y deshacer por este rumbo.

Entre si eran galgos ó podencos, los soldaditos empezaron á fortificar el puerto y á arbitrarse recursos y tropa. El ramo de recursos andaba por las nubes: don Plácido se había llevado casi todo cuanto había aquí, y en cuanto á tropa, solamente para guarnecer á Mazatlán se necesitaban seis mil hombres.

Sánchez Ochoa y compañeros no se arredraron por tan poco: siguieron en sus tareas, y cuando ya todo empezaba á estar listo, se supo, cabalmente el miércoles santo, que aparecía por Puerto Viejo una fragata francesa, *La Cordelière,* con seis cañones por banda, seiscientos hombres de tripulación y otros tantos de desembarco. Desde el Muelle hasta la Marisma y desde el Astillero hasta la Garita de

Mazatlán. Panorama de la ciudad y su puerto.

Tierra, todo Mazatlán se conmovió al anuncio de lo que iba á ver. Y lo que vió fué lo siguiente...

Pero antes que te diga lo que vió, déjame que te describa el *teatro de los sucesos,* como dicen no sé si Guillermo Valle ó Guillermo Shakespeare.

Mazatlán, con sus 18.000 habitantes, su fama legendaria, su proverbial riqueza y sus bellezas naturales, es, sin disputa, la ciudad más interesante del Estado de Sinaloa, á pesar de que, en cierto sentido, le dispute Culiacán ese puesto. Emporio del comercio marítimo de occidente, la falta de vías terrestres de comunicación y su consiguiente aislamiento han mermado un poco su importancia mercantil, sin que deje ésta de ser muy alta ni de aventajar mucho á su rival sonorense, Guaymas, que le supera en condiciones naturales. Mazatlán no las tiene como puerto; los buques anclan á varias millas de la costa, y el tráfico de pasajeros y de carga se hace por medio de lanchas, pangos y un vaporcito remolcador. Aun en estas condiciones, el paso de la barra, cuando la mar está picada, es peligroso, y en los recios temporales, cuando las olas azotan con furia la playa (espectáculo imponente y encantador) son frecuentes los naufragios de los barcos que no han podido alejarse oportunamente de la costa.

El caserío de la ciudad, visto desde el mar, principalmente por el lado de las «Olas Altas», presenta un aspecto encantador, tendido á lo largo de la ribera, sobre la falda

del pintoresco lomerío. Dentro de la ciudad el aspecto cambia completamente. Las calles son estrechas, sucias y torcidas, y exceptuando la iglesia nueva, torpe y ridícula imitación del estilo ojival, y algunos edificios comerciales modernos, carece enteramente de construcciones notables. Lo que llama la atención del viajero é impresiona agradablemente, es el movimiento que se nota en la ciudad, sobre todo en los barrios comerciales y las cercanías del muelle. Mazatlán es esencialmente una población de trabajo, y entre aquel ir y venir de peatones y carruajes no se nota esa miseria y abandono de nuestro pueblo, que tan dolorosa impresión causa en la mayor parte de las ciudades del interior de la República. El pueblo es limpio, alegre, bullicioso y desconoce por completo la miseria. El alto comercio cuenta con varias casas millonarias, y su contacto mercantil con San Francisco de las Californias ha desterrado de estas gentes la apatía y el odio al trabajo que caracterizan á los moradores de las tierras calientes. Hay en este pueblo algo muy particular: así como el día lo consagra exclusivamente al trabajo, la noche la dedica á la juerga y al holgorio. A las nueve de la noche, casinos, cantinas y billares se hallan llenos de parroquianos, entre los cuales abundan alemanes y españoles, adueñados en Mazatlán de los principales negocios. A esa hora todo es beber y jugar, y después de la trasnochada, todo el mundo va á sus ocupaciones con religiosa puntualidad. La música

de los *gallos* suena hasta la madrugada, y proverbial es el lucimiento de los bailes *mazatecos ó mazatlecos,* llenos de alegría, elegantes y costosos; y de fama el lujo con que se celebran las fiestas del carnaval, las cuales no ceden en brillo más que á las de Mérida, y con las que sólo Guaymas suele competir en ocasiones. La afición al juego es desmedida, y año por año, en el paseo de las Olas Altas, bajo carpas de manta enjalbegada y adornadas con derroche de lujo, al son de las orquestas, entre los gritos de los gallos y el rasguear de las guitarras, los aficionados á Birján son desplumados por los implacables banqueros. Sobre el verde tapete se tienden hasta 100.000 onzas mexicanas, y de muchas leguas á la redonda acuden los viajeros á la feria, que es, para los más, motivo de diversión, y para los menos, oportunidad de redondear magníficos negocios.

El paseo de las Olas Altas es la nota característica de Mazatlán. Difícilmente puede imaginarse un panorama más bello que el del mar visto desde ese punto. Las olas vienen á romper con estrépito sobre los escollos que erizan la playa, y eso á toda hora, sin cesar en su ruido ensordecedor, y no tardará ciertamente el padre océano en dar cuenta de toda esa porción de la costa. Mar adentro, á tres ó cuatro kilómetros, dos enormes rocas se alzan muchos metros sobre la superficie de las aguas y dan otra nota pintoresca al paisaje. Una puesta de sol, desde aquel

sitio, es incomparable, y á esas bellezas se añaden las que prestan al puerto, tendido sobre el mar, sus cerros cubiertos de eterna verdura, sus palmeras que le dan el tinte característico de nuestros paisajes costeños, y su vegetación lujuriosa.

La Cordelière dirigió su ataque contra las fortificaciones que se empezaban á alzar en Puerto Viejo, á la espalda de la nueva bahía, y nosotros dirigimos nuestras visuales al espectáculo desde el cerro de la Nevería. Tan interesante eminencia estaba cambiada desde muy temprano: ya no se veía en ella rastro de piedras ni de árboles ni de tierra vegetal; todo era sacos de *pongée,* sombreros de Panamá, barbas rubias, sombrillas blancas, trajes blanquísimos, caras morenas, ojos de brasa, pies chiquirritines y piernas... ¡ay, qué piernas, como las que sólo se ven en este Mazatlán de mis culpas!

La mañana era clara, el cielo diáfano, el sol picón y excitante, el chismorreo sin fin. Dos lanchas cañoneras andaban de aquí para allá, haciendo evoluciones de las cuales maldito lo que entendíamos los profanos. De repente se adelanta una de las lanchas y empieza á cañonear el puerto, otra la sigue y una tercera avanza un poco después. Tres cañoncitos de los nuestros se presentan, y á cielo abierto, á la luz del sol, sin prevalerse de fortificaciones ni atajadizos, contestan á las lanchas por sus propios consonantes. De pronto se oye un golpe seco, un cru-

jido, muchas voces; acaba de entrar una bala á la lanchita causándole no sé qué horribles desperfectos, pues se aleja renqueando con trabajo—dispensa este término terrestre del menos marino de los mortales.—Los mirones aplaudimos frenéticos.

Sánchez Ochoa andaba por allí montado en un caballito negro que daba gusto, y reprendiendo á uno, alentando á otro, excitando á aquél, ora dando vivas á la República, ora dándose á todos los demonios, era el alma de la defensa, el *tuautem* de todo el negocio.

Más seguro y más grande habría sido nuestro triunfo si el capitán Miguel Quintana no hubiera querido rodar personalmente una pieza para activar las operaciones. Una bala de las lanchas contrarias vino de pronto, y en aquel momento, entró por la cajuela, inflamó la pólvora y dejó al buen Quintana ciego y atolondrado. Acudieron á prestarle auxilio y le encontraron negro como la tizna de cara y manos, denegrido el traje y el sombrero, sin vista y sin movimiento; pero pronto, seguro y diciendo á voces:

—¡Tiren, no ha sido nada; sigan tirando, muchachos, que con otra se van mar adentro los franchutes!

Pero, ¿quién iba á tirar? Tagle yacía en el suelo contuso y maltrecho; habían muerto á un soldado y á un sargento y tres artilleros estaban heridos. Mas tampoco había á quién dirigir los tiros: las lanchas se alejaban dejándonos boquiabiertos á los espectadores, que al fin con-

vinimos en que no había pasado la cosa de un reconocimiento, en que á su costa habían reconocido los franceses que todavía les falta la cola por desollar.

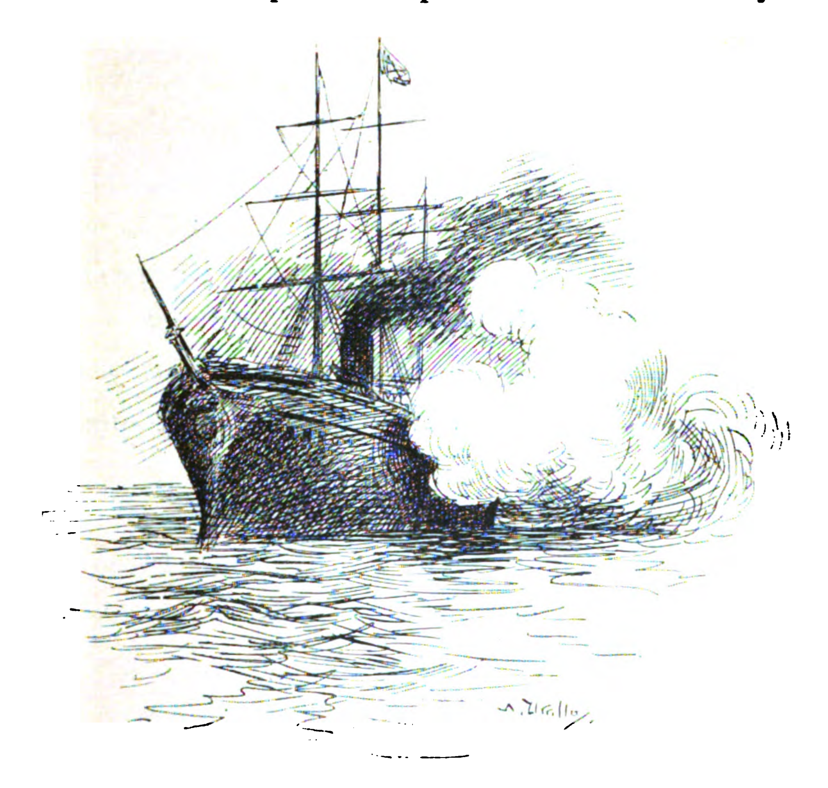
Jueves y Viernes santos, como días de recogimiento, los emplearon los piadosos franceses quizás en azotarse con rebenques, quizás en comer pescados secos, quizás en hacer preparativos para vengar su fracaso del miércoles.

El sábado á buena hora, luego de desayunarme con la calma debida, subí al cerro de la Nevería, donde me dijeron que la *Cordelière* en persona acababa de arrojar una bomba de ciento veinte libras contra el grupo de trabajadores empleados en levantar fuertes, matando é hiriendo á varios; pero tú ya conoces á nuestros pelados: recibieron el confitazo entre risas, algazara y vivas á México y siguieron arrancando piedra como si tal cosa.

Entonces avanzó una piececita de á doce, la única que teníamos servible, pues las demás eran tan pequeñas que no alcanzaban siquiera los trescientos ó cuatrocientos metros que á ojo de buen cubero me figuro distaría de la playa el armatoste de la *Cordelière.* Al mirar el cañoncito, los de la fragata comprendieron que ya tenían objeto sus tiros, y por seis horas, es decir, desde la una de la tarde hasta las siete de la noche, estuvieron disparando sin cesar queriendo desmontar la pieza colocada en la playa, la cual estaba en tan mal predicamento, que no respondía á

todos los tiros de su contraria porque los oficiales estaban temerosos de que no resistiera mucho tiempo.

El panorama era el siguiente: en el mar, la fragata volteando de tiempo en tiempo uno de sus costados y dis-



parando su andanada contra la playa sin conseguir desmontar á la piececita; en la orilla del mar, Sánchez Ochoa montado en su caballito negro, impertérrito, quieto, seguro, dando sus órdenes y mirando con absoluta estoicidad los torbellinos de agua y arena que levantaban los proyectiles, ora cayeran en el mar, ora fuera de él; más

lejos el cañoncito del cuento haciendo blanco en la fragata, agujereándola y causándole muertos y heridos; y arriba, más arriba, nosotros, los mirones, el coro, que aplaudía, que gritaba, que silbaba cada vez que se oía el *crac* de la bala del cañón nuestro al penetrar en los costados del buque enemigo.

A las siete la *Cordelière* disparó su última andanada: Sánchez Ochoa mandó preguntar por qué no contestaba nuestra pieza: ya no podía; estaba desmontada; no por los tiros del contrario, sino por los muchos que ella había disparado y por la debilidad y mala construcción de la cureña y los afustes... Era tiempo: la *Cordelière* se retiraba humillada y rezongando, y la marea se encargaba más tarde de patentizar el triunfo mexicano arrojando á la playa trozos de madera y de hierro que vinieron á besar nuestras costas juntamente con la espuma del Océano.

Describirte ahora el entusiasmo de las lindas mazatlecas, de los esforzados mazatlecos, de tu amigo que esto escribe y sobre todo el desprecio y la burla de los marinos ingleses y norteamericanos que vieron el caso, exigiría mucha tinta y papel. Los tripulantes de la fragata inglesa *Charibdis* convidaron á Sánchez Ochoa y á su oficialidad á una comida en su barco, y allí pusieron á los pobres franceses de torpes, ignorantes y para poco que daba gusto oirles. ¡Ojalá que pronto pueda enviarte muchas noticias como esta!

El Nigromante.



DE FIDEL AL NIGROMANTE.

Monterrey, Octubre de 1864.

Sabrás, Ignacio querido,
Ciertas nuevas de la corte,
Que es archivo de grandezas
Y colección de primores.
El correo suele decirnos
Cómo detonan los bronces,
Cómo suenan las campanas
Y cómo aquello es disloque,
Delirio, gloria, algazara
Y confusión y desorden.
Pero lo que no se sabe,
Porque pocos los conocen,
Es ciertos detalles íntimos
Que revelan que se esconde
En lo oculto de estas gentes
— Mochitos ó *sans culottes* —
El veneno que corroe
Al famoso Juan Almonte.
— Alias conde don Julián —
Al arzobispo don Opas
(Como le dicen por mote
A Pelagio Labastida)
A Salas, Fraunfeld y Vega
Y á Schiaffino el de la *estrofe*.
Aquel Fernando Ramírez
Que ha formado un almodrote
Con antiguallas y leyes,
Con libertad y censores,
Acepta ya un ministerio

De los criados anteanoche
Por su Majestad austriaca.
Dicen que le dijo flores
Doña Carlota, que un poco
Vaciló; pero que entonces
Le cantó Maximiliano
Tantos y tales loores,
Que á la postre soltó el queso
El pobre chino, y quedóse.
Siempre me dió mala espina
Este ídolo de tezontle
Que nada entre las dos aguas
Como buen moderadote,
Por más que el día de la entrada
No quiso poner faroles.
Yo le compuse hace poco
Unos versillos atroces,
E hice otros á una muchacha
Que les tiró á los gritones
Unos retratos de Juárez,
Para que les dieran coces
Mulas como el chato Salas
Y de Orizaba el buen conde;
Allí van unos y otros;
Dispénsales sus errores.

Al primer ministro del austriaco, don Fernando Ramírez, alias «El Chino».

¡Oh! tú, fiel anticuario
Enemigo del futuro,
Que tan mal finges lo puro
Como bien lo reaccionario.



Comentador de Prescot,
De los archivos gusano,
Que lo mismo eres cristiano
Que adorador de Astaroth.

*
* *

Científico entre científicos,
Zurcidor de historias viejas,
Que te has quemado las cejas
Descifrando jeroglíficos.

*
* *

Especie de raro astrólogo,
Que conforme á tu deseo
Eras guardián del Museo,
Su murciélago, su arqueólogo.

*
* *

De algún ídolo crisálida,
Que esperó á la edad dichosa
De salir ya mariposa
Aunque sin color y pálida.

*
* *

Para ir á chupar la miel
De alguna regia corola,
Y ser gala y gala sola
De algún imperial dosel.



Tú, el filólogo, el legista,
El poligloto, el paleógrafo,
El compilador, el geógrafo
Que empinó al pobre de Arista:
Tú, el que meneando la cola
Ante un ministro de España,
Volviste como maraña
La convención española.
Faltábate en tu carrera
El indisputable honor
De ser el primer traidor
Que obtuviese una cartera.
¡Ministro de Relaciones!
¡Qué más quieres! Tu manía
De ver tu sabiduría
Admirar á las naciones!
Por supuesto vas á ser
El fígaro del austriaco,
Su minerva, su dios Baco,
Y el mentor de su mujer.
Con tu erudición perfecta
Les vas á probar, en suma,
Que el cetro de Moctezuma
Les viene por línea recta.
Y por tenerles más gratos
Con tan lindo parentesco,
En un ídolo grotesco
Vas á encontrar sus retratos.
Fácil te será trazar
Rayas á lo tonto y loco,
Para juntar con Texcoco
A Viena y á Miramar.
Luego, las damas de honor
Van á ofrecerte sus almas,
Y á llevarte entre sus palmas
Por gozar de tu favor;

Y he dicho que ofrecerán
Sus almas, porque en lo físico,
Cuando quieras morir tísico
En coro te abrazarán.
La Salas te hará una salva
Por tus ojitos azules;
Y la Almendaro y la Tules
Te acariciarán la calva.
Zamacois será tu vate;
Y si te ataca la gota,
Te dará mamá Carlota
Sopitas de chocolate.
¡Oh, Fernando! ¡hombre de seso!
Camela á la real consorte
Y vas á estar en la corte
Como ratón en el queso.
¿Quién pensara, voto á tal,
Que tanta sabiduría
Había de servirte un día
De pierrot de carnaval?
Si mueres de reconcomia
En el Museo susodicho,
Prepara desde hoy un nicho
Donde te luzcas de momia.
Y así como á la celada
Del primer conquistador
Le diste un lugar de honor
En tu mansión empolvada,
Do los ídolos están
Entre un millón de trebejos
Tan rotos, sucios y viejos
Que hasta compasión me dan;
Prepara un escaparate
Ó la estaca de una mona
Para poner la corona
Del madrugador magnate

Y agrega en el gran registro
De aquel antro sepulcral,
Esta diadema imperial
Velada por un ministro
Que á manera de veleta
Vivió en el pícaro mundo,
Con talento tan profundo
Que al fin perdió la chabeta
Y se hizo traidor inmundo.

A la niña Barreda, lanzando en un vítor el retrato de Juárez para que le hicieran pedazos

Niña tierna, que en la aurora
De tus infantiles gracias,
Eres volcán de entusiasmo
Y eres de venganza llama;
Cuando miré tus arranques
Y tu saña arrebatada,
Dije, para mis adentros:
«¡Vítor! el refrán no falla:
De tal palo tal astilla
Y tal fruta de tal rama.»
Torna mi mente á los tiempos
Del libertino Santana,
Cuando era palacio nido
De venenosas tarántulas,
Donde Birján era el ídolo
Y do á Baco se adoraba;
En que rufianes y tahures
Decidían de la patria
Y la renta del tabaco
Era de tu abuelo ganga;
En que siguiendo el adagio,

Que dice, con eficacia:
«Un clavo saca otro clavo,»
Tu mamá desventurada,
Halló á Barreda de alivio
De los males de Santana,
Y un cojo sacó á otro cojo
De un piélago de desgracias;
Así el tafetán nos cura
Del desliz de una navaja,
Y á la irritación suceden
El mucílago y las malvas;
Así á modista incipiente
Le presta el disfraz la máscara,
Y en el carnaval alterna
Con la nata de las damas.
Tu papá, que no es un ave
Que se ande siempre en las ramas,
Entra en el Ayuntamiento,
Los archivos desbarata...
Mete el garfio, y el origen
Se encuentra allí de tu casa...
Ya miras que en mamotretos
Dos fuentes así no se hallan,
De una nobleza más limpia
Y de una mejor prosapia;
Que si quitas las carrozas.
Las plumas y las espadas,
Quedarían en sus hechos
Medio diente con la Paca.
¡Oh! si te bulló la sangre
Al mirarte en la algazara
Y dijiste: al agua patos,
Y alborotamos la frasca...
¡Ni más ni menos tu abuelo
Gritaba Paz Octaviana,
Llevando doquiera á su hija,

Que Octaviana se llamaba...
Para ver quien Paz quería,
Para consuelo de su alma!
La gente de honor, si mira
Tras de su cuna una mancha,
Con santa virtud la borra,
Y con virtudes la lava...
Pone su conducta pura
Sobre la triste desgracia,
Y respetuosa la historia
Tal vez enmudece y pasa...
Pero tú dijiste: «guindas
Echemos á la tarasca,
Y, sus... á la mar pelillos
Que soy del Imperio criada»;
Y pepenaste de Juárez
Llena de furia la estampa,
La misma con que tu padre
Liberal se acreditaba,
Para no entregar los bonos
Cuando redimió tu casa...
«Al hereje monarquista
Háganle trizas, muchachas.»
Y al muñeco enfurecido
Contunden y descalabran;
Y una pincha sus narices,
Otra rompe sus quijadas,
Como *al hígado* gritando
De chicos una parvada,
Papelote derrotado
Destroza con algazara ..
Así en las misiones antes
Un lienzo el padre arrojaba,
Con el demonio pintado,
Para terror de las beatas.
¡Y qué sustos y qué glorias!

Qué aspavientos y qué zambra!
Mas preguntando al demonio
Un fraile que por qué causa
En una misión más quieta
Tan de mal humor estaba,
Le respondió echando chispas:
«Porque no me han hecho nada.»
Ya Juárez tiene ictericia
Y está de luto su causa...
Fidel, ardiendo de envidia,
Porque no le han hecho nada.
Pero cobra aliento, niña;
Otra estampita, muchacha,
Michaud las tiene de sobra
En un rincón rezagadas.
Por si quisiere la suerte
Que se vengue la canalla,
Y prepare de otro templo,
Con otro puro otra trampa.
Aliéntate, que mil veces
Te dirán: «¡Bravo, muchacha,
De tal palo tal astilla
Y tal fruta de tal rama!»

Fidel.

Del Nigromante á Fidel

Mazatlán, Octubre del 64.

Mi querido viejo Fidel: pensaba envolverte la noticia en algún bomboncillo agradable y comunicártela en dosis homeopáticas, á fin de que cuando te enteraras ya estuvieras de mi parte y me aplaudieras con pies, manos, an-

teojos, melena hirsuta y vestido grasiento; pero yo soy de esas personas que, cuando reciben encargo de preparar discretamente á alguien para hacerle conocer la muerte de un deudo, no saben decir más que «ya se murió», sin otra perífrasis ni circunloquio. Por eso te espeto la nueva sin preámbulos ni exordios, y aquí la tienes: conspiro.

Sí, Fidel, conspiro con todas mis fuerzas. ¿Contra los franceses? No, hombre; conspiro contra don Benito, que se ha empeñado en salvarnos de la invasión y que se porta, por sí y por apoderado, con una poltronería que da grima.

Y no me salgas con retóricas, ni te alces los pantalones con los codos, ni te acomodes los anteojos, ni prepares una de tus frasesotas de efecto diciéndome que eso es desgarrar el manto sagrado de la patria, y ayudar al invasor, y extender la discordia entre hermanos, y todas esas cosas que expectoras en los clubs y en la Cámara cuando hay Cámara, dinero para pagar las dietas y ganas de discutir.

Conspiro contra un tal García Morales, ó mejor dicho, conspiré, puesto que ya está fuera del gobierno y que colocamos en el puesto, como ya te figurarás, á mi querido Rosales, á quien, quizás por ser invención mía, considero muy capaz de enderezar las cosas de la guerra en este rumbo. García Morales es un excelente sujeto, honrado, servicial, atento, generoso y amante de cumplir con la ley. ¡La ley en estos tiempos y en estos rumbos! Por su gusto, ni un vista se haría de la vista gorda, ni un admi-

nistrador de aduana se distraería con los fondos de su oficina, ni un abogado robaría á sus clientes, ni una mujer engañaría á su marido (y por aquí hay algunas que dan en esa pícara manía), ni un escribiente faltaría á su oficina, ni un cura á su iglesia, ni un escribano á su notaría. Pero, en cambio, amigo mío, de nada sirve, nada prevé, nada organiza, nada entiende: es la estatua del comendador encargada de echar á los franceses; es uno de esos maridos comineros que con tomar las cuentas á la cocinera, limpiar la jaula del sinsonte y enseñarle al perico el *Santo Dios,* creen cumplir largamente con su deber... mientras el vecino se mete á la recámara convertido en Marte y le convierte á él en Vulcano y á su conjunta en Venus. Y como en nuestro interés está que los franceses no *vulcanicen* á la República, propuse á estos bravos guerreros que le echaran una zancadilla al buen señor García Morales y le mandaran adonde no hiciera daño. Rosales aceptó con alborozo: creo que hasta se enrojeció su piel amarillenta por la icteria, y brillaron sus ojos, en que dormitaba la luz de un verso hondo y sentido, aunque cojo y maltrecho. Corona no fué tan fácil de convencer: le repugnaban el cuartelazo, la infidencia y el pronunciamiento. Yo me reí de sus escrúpulos, le demostré que no se peca en materia grave deshaciendo las hechuras de don Benito; pero él se resistía y acabó por proponer no sé cuántos paliativos que le resultaron tan eficaces como las

cataplasmas que se le ponen á un difunto. Al fin accedió, y la cosa quedó arreglada y concluída: García Morales ya no es gobernador y lo es Antonio Rosales.

¡Qué berrinche van á hacer todos ustedes, los que cercan al grande hombre!

Tuyo,

El Nigromante.

DEL MISMO AL MISMO

Mazatlán y Octubre del 64.

Fidel muy querido: pocas novedades, y las que hay son viejas; por eso voy á entretenerte con algo que me acaban de contar Alfredo Chavero y Nacho Altamirano. Chavero ha recorrido un itinerario más largo que el de los cruzados y ha hecho más hazañas que el mismo Godofredo, cuya historia, contada en bellísimas octavas por el Tasso, llevaba en la mano cuando le ví embarcarse en Guaymas. Ha sufrido la fiebre amarilla en Colima, ha tenido dos ó tres comisiones tremebundas de don Benito y las ha llevado á cabo con un ardor que ni le envidio ni me considero capaz de emular; ha luchado con don Plácido Vega y ha hecho á sus veinte y tantos años más que muchos que ya están chochos ó chocheando.

Altamirano ha compuesto poemas, ha dicho discursos, ha sobornado tropas, ha visitado á don Juan Álvarez procurando demostrarle que debe hacer la guerra con sus



D. Antonio Rosales.

pintos; y, lo que es más grave, hijo mío, cosa que no haremos tú ni yo, se ha alistado en las filas y anda disparando tiros donde quiera que hay ocasión de enviarlos á un pecho francés ó á un rostro tiznado de traidor.

Pues bien, estos muchachos me refirieron de sus odiseas cosas que bastarían para llenar varios tomos de sabrosa lectura; pero como muestra cojo este botón, que es de rosa exquisita.



D. Blas José Gutiérrez Flores Alatorre

¿Te acuerdas, Fidel, de un licenciado pelantrín, tragón de pulque, gordo, extravagante y chistoso? Cuando Arista tuvo por aquí no sé qué dares y tomares con Pomposo Verdugo, que era el gobernador, le enviaron á la metrópoli atado codo con codo. Tiene el nombre más largo de México, pues se llama Blas José Gutiérrez Flores Alatorre, y es capaz de alborotar un panteón, de volver locos á los siete durmientes, de calumniar á la Venus de

Canova, de procesar al caballo de Carlos V y de matar á media humanidad á puras impertinencias.

Blas recorre estas sierras con la comodidad que recorrería la calle de Plateros, y hace y ha hecho una cantidad tal de chistes y locuras que creerás que me burlo de ti si llego á contarte la cuarta parte de ellas. Cuando empezó la invasión, Blas llegó á San Luis, y tras de besar las manos de don Benito y pedirle su paternal bendición, se metió por los vericuetos de la sierra madre, sin más aperos que sombrero ancho de pelo de conejo, chaparreras de pelo de chivo, chaqueta de pelo de astracán y armas de agua, vaquerillos y tientos con todo y pelo: parecía un oso montado á caballo. Pero no era tal oso ni nada que lo valiera, sino un enviado del Gobierno de la defensa nacional, que llevaba y traía mensajes sin más interés que prestar servicios á este pobre país que tanto ha sufrido por causa de sus servidores.

Unas veces dormía Blas en lo alto de los picachos relucientes de nieve; reposaba otras en el fondo de barrancos surcados por arroyuelos miserables; hoy pedía hospitalidad en un ranchejo de tres jacales y al día siguiente tendía sus chivarras al abrigo de unas ruinas que dejaron los aborígenes. Y trepando montañas, bordeando desfiladeros, vadeando ríos, sufriendo un sol que parecía fuego y un aire que rasuraba como navaja de Rodger y una lluvia que penetraba al cuerpo como si fuera un puñal buido

y un calor que entorpecía las facultades y acababa con las energías, el intrépido viajero llegó un día por aquí haciendo reir con sus hazañosos hechos á cuantos querían escucharle.

—¡Todos son, les decía á Chavero y á Altamirano, pues yo no pude gozar de ese espectáculo porque había ido á San Francisco á convencer á Rosales de que debía volver por acá; todos son, gritaba á voz en cuello, falsos como una peseta de plomo, traidores como un estilete y venenosos como la cavalonga; no queda más hombre honrado que yo!

Altamirano, Chavero, Angel Hermosillo y Anacleto Herrera y Cairo, que llevaban armamento y órdenes para Uraga, se embarcaron en Mazatlán en la goleta nacional *Colima*. También Blas tomó pasaje en el navichuelo decidido á llevar sus chaparreras hasta la otra extremidad del mundo. De mujeres sólo iban dos: la linda suriana con quien nuestro Nacho acaba de casarse, y una muchachuela agradable y locuaz llamada Teresa. Margarita Altamirano era fruto prohibido; así, pues, las atenciones de todos se consagraron á la veleidosa é inconstante Teresa, que aceptando hoy á uno, lisonjeando mañana á otro y al día siguiente burlándose del de más allá, les tenía á todos frita la sangre en términos que ya amenazaba un rompimiento.

Obrando Blas como precavido, señaló un *modus vivendi,*

que consistía en el compromiso que todos contraían de no cortejar á Teresa, aunque estuvieran muriéndose de amor por ella. Los dos primeros días todo caminó admirablemente; pero al tercero notaron que el capitán miraba con impaciencia hacia el Sur, que pasaba el catalejo á su segundo, que éste confirmaba lo que el primero parecía sospechar, que discutían ambos y que por fin señalaban un puntito obscuro que aparecía en el horizonte y que se volvía mayor á medida que más se avanzaba.

—¿Qué mira usted, capitán? ¿Se puede saber qué discuten usted y este oficial? preguntó Blas con curiosidad.

—Aunque yo no quisiera que ustedes lo averiguaran, lo sabrían á poco rato: parece que se acerca un barco de gran porte y que viene dándonos caza.

—¿A nosotros?

—Los que vestimos y calzamos.

—¿Y será barco francés? preguntó una de las señoras.

—O yo me engaño mucho, respondió el segundo de á bordo, ó es *La Cordelière*, que debe de haber tenido soplo de nuestra salida, del cargamento que llevamos y de nuestro destino.

No se había equivocado el oficial: manchando el azul del cielo con el humo de sus chimeneas, que parecía un rebaño de ovejas negras que caminaran por el aire; acezando como titán obeso que llegara tarde al punto de

cita; perfilando claramente sus chimeneas elevadas, sus velas morenas y su casco obscuro, y levantando un torbellino de rizada espuma, aquellos cuitados mortales pudieron ver las fatales letras *La Cordelière*, que pusieron carne de gallina hasta á los pechos más animosos, menos al broncíneo de Blas, que parecía hecho á prueba de emociones.

No habían podido discutir mucho los infelices pasajeros, cuando una bala de cañón pasó destrozando algo de la obra muerta y causando estragos en el aparejo.

— ¡Arriarla!..., gritó violentamente el sobrecargo á un grumete señalándole la bandera.

— ¿Qué se va á arriar? preguntó frenético el hombre de las chaparreras de chivo.

— La bandera, le respondió Chavero, pues ninguno de los del barco era capaz de responder á semejante pregunta.

Blas vió ondear en lo alto el gallardete con su significativa tricromía, contrastando con el azul del cielo, como hecha para el mar en calma, con su flexible elegancia que parecía impulsar el barco en vez de las velas que zumbaban agitadas por el viento.

— ¡Ese trapo no se baja!... ¡no hay que arriar la bandera!, gritó con voces de energúmeno el excelente Blas.

—¡Calle usted, so bestia!, le dijo un marinero de malos modos.

—¡No me callo, vociferó otra vez el licenciado de las chivarras de *guangoche;* no me callo, *jijos de la tiznada!*

Y disparó contra la embarcación enemiga un pistolón Lefaucheux que portaba al cinto.

Ya era tarde: cincuenta ó sesenta marinos franceses estaban en la cubierta del *Colima* y cogían presos á los expedicionarios.

—¡Yo no me rindo!, gritó Blas bajando á toda prisa con el revólver en la mano.

Un francés salió disparando contra el loquinario, que bajaba ladrando á voz en cuello:

—¡Voy á volar la Santa Bárbara!... Verán lo que hace... un mexicano... de vergüenza.

Pero sucedió lo que tenía que suceder: á los primeros escalones Blas se derrumbó cuan largo era y el gabacho pudo cogerle sin mucho trabajo.

—¡Pícaros, canalla... infame canalla!, balbuceaba el vencido pero no domado jurisconsulto. Tienen miedo de los mexicanos... ¡Cochinos... que se vengan á... á luchar conmigo... sabrán quién es Blas José Gutiérrez Flores Alatorre!... ¡Que venga á luchar conmigo, á solas, en singular combate, el que se considere bueno!... ¡El que se considere valiente, verá que aquí hay quien le dé hasta debajo del alma!...

Nadie hizo caso de los últimos jadeos de Blas, que fueron acompañados de una enorme cantidad de insolencias peladunas.

— Señores, gritó al poco rato un oficial francés, el comandante me manda decirles á ustedes que les pone á elegir entre ir á la Martinica y pasar á poder de Lozada.

Altamirano, que hacía de dragomán, repitió el tranquilizador mensaje, y Gutiérrez, poniéndose en pie, gritó con ademán trágico:

— ¡Que nos fusilen á todos!

— ¿A todos, Blas?, preguntó uno de los presentes. Fíjese en que hay señoras.

— Aquí no hay señoras, ni señores, ni nada... aquí no hay más que mexicanos... ¡A volar la Santa Bárbara!...

No acababa de decir aquello cuando un par de negrazos le cogían por las espaldas y le llevaba á empujones hasta *La Cordelière.*

— ¡Infames, gritaba Blasillo convulso de rabia, infames! ¡ya me las pagarán todas! Quisiera que alguno fuera bastante hombre para batirse conmigo... conmigo, sí, cuerpo á cuerpo, á pecho descubierto... Ya verían.

Y volvía á su tema cien veces, lo mismo cuando le encerraban en una cámara de marineros, que cuando le llevaban la menestra y cuando se topaba con cualquiera de sus compañeros.

Al día siguiente les trasladaron al *Colima,* donde estuvieron tan libres como antes, con la sola diferencia de

que en esta nueva ocasión iban pendientes de una guindaleta y remolcados por *La Cordelière*.

Uno de los días de aquella eterna navegación, cuando el cielo estaba más tranquilo, empezó á soplar un viento



retozón, que á poco se convirtió en vendaval deshecho; el día se obscureció como si le hubieran metido en tinta; la mar alborotada escupía hacia el cielo emborrascado el frágil armadijo del *Colima;* las dos señoras lloraban encomendándose á Dios; los hombres permanecían callados,

de barriga sobre el entrepuente... No tardaron en anunciar que el buque hacía agua, que no tenía gobierno, que sólo le salvaría el poderoso apoyo de la fragata, hecha de seguro á soportar estos malos ratos... Los presos se pusieron á la brega, unos á las bombas, otros á cuidar el velamen, los otros á ayudar en sus tareas á la marinería; pero al fin, rendidos de hambre, de fatiga, de tristeza, mareados, hambrientos, enfermos, se tendieron en donde la fortuna les deparó, aguardando el momento de ahogarse...

Al amanecer despertaron en una radita pacífica y de fácil acceso; el día era tranquilo, la mar de leche, el sol picante, el calor fuerte. Esfumábase entre el vaho azulino del Océano una costa vaga, cerúlea, ornada á trechos de árboles de un verde obscuro que se desvanecía en las montañas que servían de término al paisaje.

— ¿En dónde estamos? preguntaron.

Pero no había quién les diera razón, ni tenían manera de desembarcar, pues no había ni un mal bote pendiente de los costados del pobre *Colima,* que por su salvación le debe un retablo á la Virgen de la Soledad de Santa Cruz. Al fin aparecieron dos canoas que se acercaban al buque preguntando si había carga que desembarcar.

— La había, dijo uno de los pasajeros, mas ahora la guarda el buque que nos conduce.

— ¿Qué buque?

— El que nos remolca.

— No hay buque ninguno.

En efecto, *La Cordelière* había desaparecido: roto el cabo que sujetaba los dos barcos, cada uno había tomado su ruta.

Pintarte el contento de los náufragos, referirte sus comentarios, reseñarte sus proyectos. sería cuento de nunca acabar; basta que sepas que á poco desembarcaban en Chamela, puertecito de Jalisco, que allí comían, descansaban, se tranquilizaban y seguían su camino. Blas, que no había abandonado ni un instante *las de chivo*, se plantó en tierra satisfecho y empezó á comer, sin decir palabra, los plátanos que liberalmente le brindaban aquellos árboles.

Lo que sucedió después merece carta separada, que te enviará el puntual

Nigromante.

Del mismo al mismo

Mazatlán y Noviembre del 64.

Fidel de mi alma: como decíamos no sé qué día de estos, nuestros amigos llegaron sanos y salvos, aunque no secos y hartos, al famoso puerto de Chamela, que probablemente no has oído mentar nunca, á pesar de todas las ocasiones que has sido ministro. Llegaron, y luego trataron de internarse en tierra de Jalisco, pues les importaba

evitar la persecución de los imperialistas. Contarte cómo cuatro de aquellos desgraciados se vieron en la precisión de comer coquitos de aceite por todo alimento, y cómo tuvieron que hurtar las acometidas de los tigres, las celadas de los deseosos de congraciarse con los traidores y las oficiosidades de los amigos, sin duda que te obligaría á componer una oda morrocotuda, y yo, que no quiero tan mal á las patrias letras, pongo punto en boca, temiendo que con tan ligeros apuntes te despepites y nos des un rato de órdago.

Altamirano, la bella Margarita y el buen Chavero se embarcaron en el primer patache que pasó por aquí. Nacho, que es grandilocuente y bien hablado como tú le conoces, me dijo con trágico ademán: «Dejo el terror y la intriga y la codicia á mis espaldas; el pobre Guillermo está indignado. Desde que salió de México ha visto muchos jugadores y pocos caudillos. Estas aguas me van á llevar á mi Acapulco, á mis costeños, donde no se ve una baraja sino para velar la vista del combate ó para celebrar la victoria. Permaneceremos firmes, independientes. Y si el viejo se acuerda de que fué el colaborador de Guerrero, moriría con gloria; á Diego toca esa herencia de lucha, de inmortalidad».

Los otros expedicionarios... los otros expedicionarios pasaron penas y horrores de que vale la pena que te enteres

Blas empezó á notar, á las primeras de cambio, que el general Herrera y Cairo faltaba al compromiso acordado: enamoraba á Teresa, y lo que era peor, ella parecía recibir bien las amabilidades del simpático mozo. Lleno de cólera, de ira, de despecho, de rabia, el chistoso papiniano llamó aparte al general y le dijo:

— Parece que usted enamora á Teresita, y que ella...

— Ella y yo hacemos lo que nos da la gana, contestó el otro, que cabalmente traía la panza llena de copas.

— Es que...

— ¿Es qué?

— Es que hay compromiso pendiente y...

— ¿De qué compromiso habla usted, señor menguado?

— Del que contrajimos de no enamorar á Teresa, señor altanero.

— ¡Eso acabó ya, hombre de Dios!, exclamó Herrera riéndosele en las barbas al licenciado.

— Pues entonces... me considero hábil para decirla lo que me parezca.

— Sí, hombre, dígaselo usted, que no dudo irá á caer rendida ante sus chivarras.

— Mis chaparreras no tienen que ver en el asunto.

— En el asunto tiene que ver toda la persona de usted, que es de lo más cómico. Usted cree que va á pasar á la historia con todo y chaparreras.

— Lo que yo crea ó deje de creer poco le importa á usted.

— Y tan poco, que le dejo á usted allí plantado y diciendo impertinencias.

— ¿Impertinencias? Vea cómo habla, señor general; creo que eso no me lo repite usted en lugar solitario...

— Solitario y poblado, como usted lo desee.

— Le aguardo esta noche en el cementerio.

— Estaré puntual.

Anacleto Herrera y Cairo siguió bebiendo como una cuba; Blas José Gutiérrez Flores Alatorre fué á hacer sus aprestos de guerra, y para el efecto reunió todas las pistolas, sables, fusiles, mosquetes, yogas, bocamartas, tercerolas, trabucos, pólvora, balas, cortadillos y municiones de agua y balero. A las nueve llegó al panteón del pueblo de la Purificación, punto donde pasaban los hechos de esta verídica historia. Depositó cerca de una tumba todo su arsenal, y se sentó á aguardar á Anacleto, que en aquel momento se desprendía de los brazos de Teresa y se echaba entre pecho y espalda la trigésima novena copa de rojeño. A las doce llegó el general, y empezó á trepar la tapia del panteón, sin pensar que el otro estuviera allí. La noche era negra como la conciencia de Almonte; los árboles cuchicheaban no sé qué cosas al acercar sus copas, y luego de hacerse largas reverencias se separaban murmurando y decididos á no acercarse más... Otro golpe de viento les unía, sacando de sus hojas un zumbido monótono que se prolongaba hasta lo más distante de los cerros

lejanos, devolviéndole centuplicado y ampliado hasta causar terror.

En medio de aquella negrura Blas distinguió ó creyó distinguir un bulto que se deslizaba por la pared.

— ¿Quién va? preguntó con voz de fagot.

— Yo voy, jijo de la...

— Pues tenga, tal por cual...

Y empezó á disparar tiros en la dirección en que oía las voces.

— Ahora verás, chivarrudo indecente, respondió Anacleto fusilando á las pobres cruces, pirámides y obeliscos del cementerio.

Como un cuarto de hora duró el fuego graneado, hasta que Herrera cayó herido.

— Levántese, compañero, que mi honor ya está satisfecho, exclamó Blas con hidalguía.

— ¡Muela á su madre, desgraciado! rugió Anacleto disparando el último tiro de su arma.

Pero como no hizo negro (que blanco no podía hacer) se entregó en manos del vencedor, que le condujo hasta el pueblo poniéndole en manos de Teresa.

Y en manos de Teresa le dejaremos, que para la otra tengo algo famoso que referirte: *paulo majora canamus.*

Tuyo.

El Nigromante.



—Yo voy, jijo de la...

DEL MISMO AL MISMO

Guaymas, Febrero de 1865.

¿Te acuerdas de aquella octava real de mi invención?

Mira á los de Sonora. Tienen llena
De harina cada bolsa. Es su pinole;
Su desayuno, su comida y cena;
Su agua fresca, tortilla, pan y atole.
A veces comen carne, pero ajena;
Les gusta asada, y para boda en mole.
Más ilustrados son en Sinaloa;
Suelen comer la carne en barbacoa.

Pues sujeto al régimen de pinole me encuentro, Fidel amado, sin que me consuele del apartamiento de la carne más que la consideración de que siendo uno de los enemigos del alma debo abominarla como á mis propias culpas. Pero aquí no se trata de alimentación, sino de algo mejor que el pan y que todos los productos de la naturaleza y de la industria.

Se trata, ¡oh Fidel! de una batalla ganada, de una batalla en que hemos obtenido algo que no sea un parte rimbombante, una comunicación de machote, varios ascensos y una derrota efectiva, entera y verdadera. Rosales, aquel Rosales de quien te he hablado tantas veces, acaba de dar la zurra hache á los franceses, que llegaban más *bombásticos* y más faroleros que nunca.

Ya sabes que Mazatlán se encuentra desde los fines del

año anterior en poder de la canalla; el Estado de Sinaloa, excepto unos cuantos puntos que poseen los republicanos, es de los amigos del austriaco; en Culiacán mismo se cantaba, aunque á la chita callando y sin grandes aspavientos por no irritar el geniecillo de Rosales, lo mismo que pones tú en boca del famoso don Fadrique:

Te abraza el güerito; me alegro infinito;
¡Ay, hija, te pido por yerno á un francés!

Ya se alistaban los lechos para que descansaran los simpáticos aliados; ya se cortaban las flores que habían de ceñir sus frentes de héroes; ya se restregaban las cacerolas en que habían de cocerse los potajes con que habían de relamerse los encerados bigotes, cuando Rosales se levanta un día sabiendo que acaba de desembarcar una expedición en Altata. Alista sus soldados (no pasarían de trescientos), recluta otros cien entre aguadores y vagabundos del lugar; se pone al frente de ellos, y diciéndoles: *Muchachos, voy á defender á la patria: el que quiera seguirme que me siga,* sale rumbo á Altata sin saber cuántos iban tras él ni si había servido de algo su discurso.

La mañana del 22 de Diciembre las dos fracciones de tropas estaban frente á frente: Rosales tenía en el centro de su batalla cuatro piececitas de montaña, enfilando el camino carretero un pequeño trozo de infantería; á la iz-

quierda estaba el batallón mixto que mandaba Jorge Granados con dos cañones más; á la derecha estaba el llamado batallón *Hidalgo,* mandado por Ascensión Correa. La caballería quedó de reserva.

Los franceses contaban con traidores y argelinos de los más viejos y valientes, y eran por todos quinientos hombres. Su seguridad de la ganancia era tal, que conducían impresas las proclamas que habían de dirigir á los culiches ó culiacaneros — que de las dos maneras les llaman las historias — luego de entrar á su tierra.

El tiroteo duró como media hora; pasada ésta ordenó Rosales una carga á la bayoneta; su disposición se cumplió sólo en parte, pues muchos de los peladitos reclutados á última hora arrojaron al suelo los fusiles... ¿Para correr? No, para luchar cuerpo á cuerpo con los feroces argelinos, que les excedían en habilidad para manejar el fusil; pero no en fiereza ni en ardor.

La carga, sin embargo, fué decisiva; los franceses empezaron á perder terreno y cuando ya retrocedían, el empuje de los dragones de Tolentino completó la derrota.

Los franceses tuvieron cosa de trescientos prisioneros, más de cincuenta muertos y heridos, y cayeron en poder de los nuestros el comandante Gazièlle del *Lucifer*, siete oficiales más, una bandera, armas y municiones y muchísimas cruces y cintas. De los traidores escapó aquel tipo bulle bulle, metesillas y sacabancas de Jorge Carmona,

á quien bien empleado le habría estado tener una entrevista á solas con Rosales.

Lo curioso, lo más curioso de todo, es que después de esta batalla entraron á Culiacán más prisioneros que vencedores. Me parece que no ha habido en el mundo muchas refriegas así.

Hubo en la batalla rasgos curiosos: el capitán Martín Ibarra consiguió lazar una pieza de artillería y llegar con ella hasta el campo republicano.

Un zuavo quiso besar la mano de Rosales, y el héroe se rehusó diciéndole: «¡Quite usted! en mi país no se acostumbra besar la mano á los hombres».

Un francés, rendido ya, disparó su pistola al teniente coronel Granados hiriéndole en el estómago. Sabiéndolo Rosales, mandó pasar frente á Granados á todos los prisioneros, decidido á castigar con la muerte al que había herido á traición á su compañero. «No está, no lo veo aquí», dijo Granados. Después se supo que sí se hallaba presente el heridor y que el generoso Granados no le denunciaba por evitar su muerte.

El veintitrés de Diciembre se levantó el campo, conduciéndose á los prisioneros, que en efecto entraron á Culiacán *en medio del regocijo de la población,* como ellos anunciaban en sus proclamas.

El ejército vencedor llevó en hombros y con todos los honores de la guerra el cadáver del capitán Fernando

Ramírez, que murió valientemente al dar la carga á la bayoneta.

Ya ves, Guillermo, cómo no todo ha de ser pierde, y cómo alguna hemos de ver los mexicanos. El triunfo de San Pedro nos venga de muchos fracasos, y á mí me pone (por lo menos ante tus ojos) como un profeta mayor, es decir, de los que aciertan algunas veces; que de los menores, esto es, de los que se equivocan siempre, ya lleva tiempo de ser tu regocijado y satisfecho

Nigromante.

Del mismo al mismo

Guaymas, 1865.

Viejo muy querido: basta ya de hazañas épicas (no hípicas como las de ustedes); ya no quiero referirte triunfos, vergüenzas, rasgos de valor, desfallecimientos y cobardías; todo eso está de más, ya que poco se consigue con ello.

Ya no quiero ser cronista de Rosales, á quien me tiene arrumbado por estas tierras el celo indiscreto—ya que no la ambición declarada—de sus émulos republicanos. Ahora voy á hacerte una poca de historia particular de este pobre desterrado, cojo como Tirteo, olvidado como Scipión y pobre como... tantos pobres que en el mundo han sido.

Hace quince días estaba en el pueblo de la Noria; había caído en mis manos un ejemplar de la edición de los *dezires* del Archipreste de Hita, y me reía para mis adentros hallando que no discrepo mucho del retrato que el desenfadado poeta hace de su persona:

Sennora (diz la vieja): yol veo á menudo,
El cuerpo ha bien largo, miembros grandes, trefudo,
La cabeza non chica, belloso pescozudo,
El cuello non muy luengo, cabel prieto, orejudo.
Las cejas apartadas prietas como el carbón,
El su andar enfiesto bien como de pavón,
Su paso sosegado es de buena razón,
La su nariz es luenga, esto le descompón.
Las encías bermeias, et la fabla tumbal,
La boca non pequenna labios al comunal,
Más gordos que delgados bermeios como coral,
Las espaldas bien grandes, las munnecas á tal;
Los ojos ha pequennos, es un poquillo bazo,
Los pechos delanteros, bien trefudo el brazo,
Bien complidas las piernas, del pie chico pedazo.

Y he aquí que sigo leyendo, y que cuando llego á aquello de

De talle muy apuesta, de gesto amorosa,
Donegil, muy lozana, plascentera et fermosa,
Cortés et mesurada, falaguera, donosa,
Graciosa et risuenna, amor de toda cosa,
La más noble figura de cuantas yo haber pud...

miro la figura más bella de mujer que he visto en mi vida; blanca, de pelo castaño, de ojos azules, graciosa, bien proporcionada y con unos andares, y con un modo de

hablar y con un chiste en los ademanes y un brío en las actitudes y un garabato que no sé con qué compararles.

Pasó acompañada de una vieja gorda que en los tiempos de Pedraza no ha de haber estado del todo mal, y de



un viejo con cara de susto. que al ver que me fijaba en la muchacha me miró con ademán de reto y blandió un roten que portaba en la mano derecha como diciendo: «atrévete y verás».

¿Quién es esta preciosa criatura? ¿Es hija del par de vejestorios que andan cosidos á ella como la sombra al cuerpo? No lo creo; habría que suponer que el padre Dante era profeta y que para el caso había escrito aquello de

Candida rosa nata in dura spina.

¿Es una hembra del partido? Imposible; ella parece más bien

Fija de algo et de alto linaje,

como dice el poeta de mi cuento.

¿Es...? ¿Qué sé yo lo que es? Pero sí se nota á legua que no procede de esta tierra, donde desde las señoras más encopetadas hasta la última hembra de las que trafican en las Olas Altas tienen un aspecto así, arrestado, provocativo, insinuante y... diré la palabra para que no se me indigeste, encantador. Pero como las últimas son demasiado burdas para mí y las primeras se reservan para los alemanes ó americanos que ocurren á estas felices playas, me resigno á mi abandono y sigo con las conjeturas.

Si no temiera que te burlaras de mí y que pensaras que estaba yo enamorado á lo tonto, te diría que me parece la muchacha una figura mística, un modelo de hada, de ondina, de ser misterioso y vago que me hechiza y me produce escalofríos...

Hasta otra, Guillermo mío; á ver si para entonces ya se calmó un poco el ardor que ahora siente

El Nigromante.

Del mismo al mismo

La Noria, 1865.

Hijo mío Guillermo: reina la paz en Varsovia: he hablado ya con la ninfa y la encuentro más bella, más interesante, más donosa y más delicada que nunca.

¿Y quién piensas tú que es el vejestorio que le sirve de rodrigón? Pues nada menos que nuestro amigo, el licenciado don Germán Caballero de los Olivos, excelente ciudadano que amaban Payno y Lafragua, que aceptaba don Benito y que no dejaba de mimar el jesuitón de Lerdo. ¿Ya le recordaste? Sin duda que sí, y sino te diré que él fué quien empezó el proceso contra los asesinos de Cañedo, el que acompañó á Arista hasta Nanacamilpa y el que les peroró á las turbas el día que Juan José Baz se erigió en el atrio de la Catedral como la estatua ecuestre de la despreocupación.

¿Ya le recordaste? Yo no guardaba ni memoria de su persona; pero al verme pasar él se fijó en mí y ahora fué á hablarme y á ofrecerse muy servidor mío.

La vieja es mujer de Olivos, y la niña es su nuera, porque está casada con un hijo del licenciado.

Y vaya que se presentan casos en este mundo: ¿de quién te figuras que es mi adorada parienta cercanísima? Pues de Jecker, hombre, de Jecker, del famoso Jecker; la pobre se casó con el chico de Olivos, mediante no sé qué sucesos melodramáticos, y como Germán tuvo vergüenza y se salió de la corte, ha andado con todo y nuera buscando alguien que se apellide republicano de buena ó de mala manera á fin de ofrecerle sus servicios y su persona. Ha andado ya por San Luis, por Jalisco, por Michoacán y ahora está aquí, pues el muchacho se halla al lado de Corona.

Yo voy á ver si le quiebro el ojo al diablo, y si dedicándome á amar á tan bella criatura consigo que ella me quiera un poco.

Esas esperanzas sostienen á tu amigo,

El Nigromante.





CARTAS DE LA GUERRA

MIGUEL Caballero de los Olivos, á Eugenia Jecker y Ubiarco, su mujer.

El Rosario, 1865.

Hijita mía de mi corazón: no recuerdo si la carta era muy larga ó si el tiempo era muy corto; lo que sí recuerdo es que te escribí muy compendiosamente lo que hubiera debido poner con muchos detalles y pormenores, á fin de que no te cupiera duda acerca de por qué no me reuní con ustedes tan pronto como quise.

Al desembarcar en Acapulco me proponía, ante todo, pasar á Michoacán, incorporarme á Arteaga y á Salazar y correr la ventura que el cielo quisiera depararnos; pero ¡mala peste! cuando más decidido estaba á ello, un amigo que no sé si maldecir ó bendecir me habló de lo apretado

de la situación de los republicanos, de su falta de armonía, de su indisciplina y de su poca significación. Y cuando yo le argumentaba con la necesidad de estar contigo y con mis padres, él me rebatió diciendo:

—¿De qué época es la última carta que le escribió á usted la señora? ¿De Octubre del año pasado? Pues jure que no está en Michoacán, porque su padre de usted, que según me cuenta es persona sensata, de seguro se separó ya de aquellos liberales. En ese lado, Arteaga pelea con Salazar, Salazar con Régules, Régules con Riva Palacio y todos con todos... De allá vengo y le puedo decir la neta. En Occidente todo va como unas mialmas: con decirle que yo, que soy reparón y difícil como un padre confesor de monjas, estoy asombrado con lo que pasa, le digo todo. Allá tenemos manera de echarle bala al francés hasta que se nos canse la mano, y hay jefes que... ¡alabada sea la Virgen! Ya no les pongo defecto como valientes á todos estos; pero si sacamos á mi general Salazar y á mi general Régules... En fin, que me tienen muy ofendido. Cogemos aquí el primer barquito que quiera llevarnos á San Blas, nos internamos en el Nayarit para evitar la persecución de los imperialistas, que ocupan el terreno llano, salimos al Rosario, y allí... ancha es Castilla: estamos en los dominios de Corona, de Angel Martínez y de toda la bola de liberales... En Sinaloa es muy fácil para usted informarse de los suyos, hacerles salir de donde es-

tén, llevarles á su lado, atenderles en sus gastos y tener cuenta con todo lo que se refiera á su vida... ¿Qué dice? ¿Se anima? ¿Le hace frente? Por aquí, puede estar seguro de que no pasará el Mexcala sin que no le aprieten el pescuezo y no llegue ni Dios á enterarse del asunto: por allá también tiene usted riesgo de perder, pero en cambio lleva muchas probabilidades de ganar; y ¡qué diablo! si le dan un tiro, usted antes se lleva muchas cabecitas... Y cuando todo turbio corra, y nos derroten los franceses y nos obliguen á evacuar aquello, pues, amigo, con taparnos las narices, sumirnos un poco y aparecer en San Francisco de las Californias, todo queda al pelo... Pero, ¡figúrese



usted si van á acabar con nosotros! á mi buen tanteo, tiene México por Occidente como mil leguas de costa; ya verá el gentío que necesitan los gabachos para dominar

en eso... Y si consiguieran dominar, piénsele no más cuántos miles necesitarían para el interior... Allá no hay pierde, amigo capitán, allá no hay más que una oportunidad que no sé cómo se presente otra, de darles á los pillos hasta en el cogote... ¿Qué dice? ¿Le hace frente? *Obrediós...*

El capitán Ginés Martínez es hombre flaco, de miembros mal compuestos, atezada la color, de pelo crespo y escaso y de ojos chiquirritines, rojizos y encapotados; la estatura es alta, la voz ríspida, los dientes buenos. Cuando se le ve accionar parece que se mira á un monazo vestido de charro dejar caer sus brazos descoyuntados, menear la cabezota, reirse y bailotear: se extraña no verle trepar á los árboles, contando como cuenta con unos pies cuadrados, grandotes, que parecen llevar desde su nacimiento el cuero crudio que les cubre, y con unas piernas escuetas, flacas y apretadas de tendones que no tienen pantorrillas ni para remedio. Cuando habla, hace la misma cara que un mono comiéndose una nuez, y cuando se ríe abre una boca grandota y unas encías cafés que muestran hasta la muela del juicio.

Yo no deseaba otra cosa que encontrarme con un hombre así, con un hombre que, habiendo andado las siete partidas del mundo, fuera capaz de pilotearme llevándome por los bajos intrincadísimos del piélago militar y político de estos tiempos. Me convenía, pues, el hombre, y en sus manos me puse suplicándole se apiadara de mi inexpe-



... tomamos nuestro pasaje el excelentísimo Pasamonte y este honrado...

riencia. Él prometió socorrerme en mi cuita como generoso, dándome lecciones que habría que oir.

—Le digo que desde Juárez y Ortega hasta el último subalterno, todos son para mí como la retama. A todos les conozco como si les hubiera acabado de desensillar. Yo le sé podridas hasta al lucero del alba... ¡Ay, las cosas que he visto! Por eso dicen que para Ginesillo de Pasamonte, como me puso Guillermo Prieto, no hay hombre vivo, ni mujer honrada, ni caballo bueno... Y no le extrañe oirme llamar Pasamonte, porque así me dice todo el mundo: á mí mismo me pasa olvidarme de que soy Martínez, hijo de Andrés y de Antonia Correa, y creo que en efecto me llamo Pasamonte ó Parapilla, como me puso ese diablo de versero del Guillermo... Ni me pregunte qué quiere decir eso de Pasamonte, porque ni lo sé ni nunca lo he sabido. Allá un muchacho del primer ligero de Toluca —le perdimos en Calamanda, murió de un balazo aquí, en la caja del cuerpo, Dios le guarde— me decía que ese nombre era sacado de la historia de un loco ó de un general ó no me acuerdo de qué. Pero, en fin, Pasamonte ó Parapilla ó Martínez, me tiene á sus órdenes. Usté está muy tierno, muy mocito y al fin y al cabo necesita dirección. Véngase conmigo y verá cómo no se arrepiente.

En la primera canoa con honores de goleta que tuvo á bien pasar para Occidente, tomamos nuestro pasaje el



excelentísimo Pasamonte y este honrado y valiente capitán, y luego que dimos tierra en San Blas y conseguimos caballos y guías que con nosotros se metieron en la sierra, emprendimos el viaje hasta el Rosario, de donde hoy te escribo.

En la próxima verás lo que en ese viaje le pasó á tu

Miguel.

Del mismo á la misma

Rosario, 1865.

Génie de mi alma: mi amigo Pasamonte me proveyó de mula, silla, sombrero jarano, armas de agua, dos talegas para los alimentos y todo lo demás que podía necesitar.

— Con los cincuenta pesos que le tocaron á usted después del guante que echaron los amigos de Acapulco, apenas alcanzaba para tantísima compra como había que hacer. Sin embargo, le salvé siete pesos tres reales y tres tlacos que nos servirán para el camino.

Y sacando un librillo de memorias empezó á leer:

— Mula tordilla comprada á *Grabiel* Angeles, ocho pesos tres reales.....

— Déjeme usted en paz: no quiero oir una palabra.

— Es que todo está en regla.

— Pues porque está le mando á usted que se calle la boca.

— Como usted quiera, pero ya sabe que las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

Y emprendimos nuestra ruta, yo gozoso y lleno de placer porque ya sabía que contaba con un destino; Pasamonte, haciendo gala de una indiferencia que parecía la tranquilidad de un ídolo de chiluca, en que apenas hubiera modelado el artífice primitivo agujeros que indicaran el lugar de las narices, los ojos, la boca y las orejas, miraba todo inclinado sobre la minúscula cabeza de la silla de su bestia, componiendo alguna gualdrapa ó grupera que salían de su lugar ó fumando algún cigarrillo con el gesto simiesco que es su especialidad.

Y el espectáculo merecía alguna atención mayor que la que le dedicaba mi mentor: ora enormes montañas coronadas por gruesos pinos que desplegaban en la altura, como lujuriosos pabellones, sus cimas verdes que el viento agitaba con estrépito; ora barrancas profundísimas; ora enormes acantilados bajo los cuales se agitaban las nubes, rugían las tempestades y se contemplaban campos inmensos, sementeras bien cuidadas, pueblecillos que se ocultaban en las gargantas de las montañas y que parecían hechos en una cáscara de nuez y el mar que se desarrollaba como el dorso de una serpiente de plata que corriera de norte á sur, de oriente á poniente, de uno á otro viento, llenándolo y alumbrándolo todo... Hacíamos noche algunas veces en algún ranchuelo insignificante en que no sabían

hablar español más que el cura y el maestro de escuela, si acaso les había ó había siquiera uno de ellos; otras en poblachos que ostentaban hierba en las plazas y calles, y en que no se veía un rostro humano; otras en haciendas colosales, amuralladas, almenadas, llenas de torres, garitones, puentes y aspilleras y hechas para resistir la acometida de todas las legiones que vomitara la serranía.

Y mientras yo me admiraba con aquellos primores, y deseaba unas veces detenerme á mirar una cascada, y otras contemplar un río y á veces examinar una planta y á ratos dormir una siesta ó guarecerme de una tempestad, el maldito *chango* me hacía seguir siempre, empujándome sin cesar, como si hubiera sido el Judío Errante y yo un arrendajo suyo.

—Andele, amigo, que no tenemos tiempo de irnos deteniendo. Podemos caer en manos de Lozada, y entonces, anda vete; nos fastidiamos... ¿De modo que usted no conoce á Lozada? ¿Pues entonces á quién conoce, amigo? Le dicen el rey del Nayarit... ¡Epa, mula, *Golondrina,* no te espantes!... Si hasta los animales le tienen miedo: no más de oirle mentar hasta se les arruga el cuero.

Este indio, este pobre que ve, con su costalito al hombro y su cara de idiota, luego que recibe la orden de Lozada sale más que de prisa: con armas si tiene armas, desarmado si no tiene machete ni fusil, siempre con su guaje para el agua y su saca de pinole... Y cómo se trans-

mite la noticia de Acaponeta á Santa Teresa, de Santa Teresa á Mezquitic, de Mezquitic á Santa Catarina, de Santa Catarina á las Lajas, es cosa que sólo ellos saben; es el caso que ya quisieran nuestro gobierno ó el de Maximiliano ó cualquier gobierno del mundo, contar con los medios de comunicación con que este bandido cuenta...

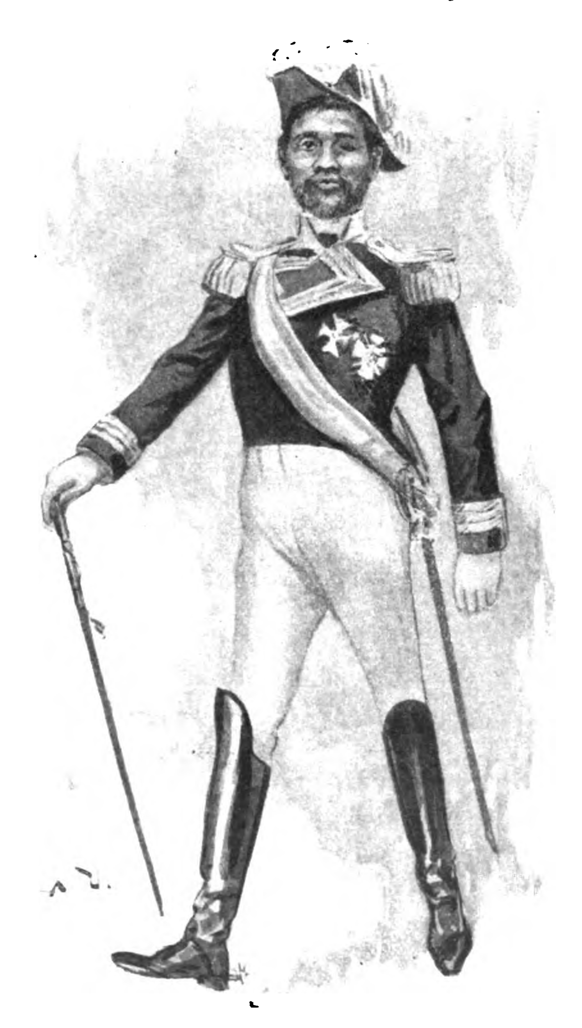
Volvió el rostro el guía, que iba andando delante de nosotros sin más envoltura que su taparrabo adornado con grecas, y el buen Parapilla prorrumpió, luego de descabezar un cigarro:

—¿Que quién es? No se lo digo porque se necesitaría un año para contárselo: Manuel Lozada, como se llama el rey del Nayarit, nació en el pueblo de San Luis—San Luis de Lozada le dicen ahora por más señas.—Era un muchacho cerril y sin instrucción cuando se le ocurrió *jurtarse* á una indita de la propia hacienda en que vivía. El propietario montó en cólera, y como el muchacho había huído, mandó poner presa, meter en el cepo y azotar á la madre del delincuente, que murió á consecuencia del bárbaro recurso. Nunca lo hubiera hecho; volvió el indio, entró á la finca, hirió al dueño, se llevó consigo animales y aperos de labranza, reclutó á la mayor parte de los hombres útiles del rancho y se marchó á la sierra. A poco las persecuciones del gobierno y la protección de los Barron, que necesitaban de él para sus contrabandos de platas, le hicieron grande: empezó á hablarse del indio fuera del

cantón de Tepic, de Guadalajara se enviaron tropas destinadas á llevarle vivo ó muerto, se organizaron batidas, se puso á precio la cabeza de Lozada, se le dió varias veces por muerto... Todo aquello no servía más que para que el muy bribón se creciera y para que los indios pensaran: pues tanto nos le persiguen, debe de valer mucho. Se formó entonces una guardia de honor de Lozada; todos los indios se creían obligados á morir por él, todos buscaban su compañía y hasta hubo gentes civilizadas que en papeles escritos le llamaran «el vengador de la raza indígena», «el que había de rescatar su país del dominio de los blancos», «el que había de devolver á los pueblos las tierras que les habían quitado los hacendados»...

De Lozada se dice todo: unos cuentan que es generoso, honrado valiente y bondadoso; otros le pintan como un indio que por vengativo, cruel é ingrato debe espantar á á los de razón. Lances sobre el rey del Nayarit... los hay á montones: cuentan que cuando le gusta una muchacha la manda traer, la mima, la agasaja, vive en su compañía; pero á la hora que la chica le fastidia ó tiene otra en puerta, lleva á la primera á un precipicio de los muchos que abundan en estas sierras, la hace voltear la espalda al desfiladero, la empuja por el pecho y la hacer caer al fondo del barranco... Por allá se ve el cuerpo flotante en el aire, y en las peñas, en los palos y en los picos se miran trozos de enaguas, sangre, algún ceñidor... Horrible ¿verdad?

La luna salía entre los sabinos del picacho próximo, opaca, tristona, como si hubiera llorado; las hojas y las ramas se destacaban en el cielo lechoso como si éste fuera un gran lienzo gris perla, la luz que se colaba entre los troncos hacía brillar como cintas de plata los hilillos de agua que había dejado la lluvia; el silencio era inmenso; las mulas y el guía caminaban sobre un colchón de hojas secas; un perro aulló levantándose de la puerta de una choza, le siguieron diez ó doce, amarillos unos, negros otros, cafés los más, y sus matices se distinguían en la noche suave y tibia como deslavados, como aclarados, como disminuídos. Pasamonte se apeó para componer la



montura y me dijo silabeando las palabras á fin de acomodarlas al esfuerzo que hacía:

— Aquí no nos quedaremos, que se corre riesgo en poblado. Vamos siguiéndola... Cuando salimos, tomando una vereda que Ginés conocía muy bien; éste siguió sin interrupción:

— Como feo, es feo el tal Lozada; es de cuerpo regular, más bien alto que bajo, tiene el color moreno, la nariz ancha, los pómulos salientes y el cabello alborotado; usa por barba unos cuantos pelos, y tiene tuerto un ojo, que perdió pescando con cohetes en un río. Usa traje medio indio, medio catrín; pero podía muy bien ponerse el que deseara: Maximiliano acaba de mandarle el uniforme de general de división, el bastón correspondiente, y por supuesto, el despacho que le acredita para recibir la paga y las consideraciones anexas á su empleo. ¿Qué tal?

Aquí llegaríamos, cuando salió un buen golpe de indios de entre los árboles. Todos portaban, según me pareció, palos y flechas, uno solo llevaba pistola y otro hacía brillar en la mano una punta de espada muy reluciente y que nos cegaba con sus reflejos. Nos intimaron que nos diéramos, alzando las trancas con ademán amenazador.

Yo creí necesario echar mano al revólver; pero Pasamonte, sin alterarse cosa, preguntó en voz alta:

— ¿De quién es esta tropa?

— De don Domingo Nava.

— Pues que venga acá Domingo, que tengo que hablar con él.

Se adelantó un indiazo de vestimenta casi idéntica á la de sus subordinados y se apartó á hablar con mi amigo. A poco volvió éste diciendo al jefecillo:

— Conque, adiós, y que todo sea para bien.

Y le abrazó con un cariño que daba envidia.

— Pueden seguir, aulló quizás en su lengua el capitán.

Y la tropa, armada de palos y flechas, con los carcajes á la bandolera, los taparrabos bien puestos, embijadas las caras y sin zapatos ni nada que lo pareciera, se perdió en el primer grupo de árboles, mientras nosotros seguíamos caminando al tranco de nuestras bestias. Al día siguiente llegamos á Acaponeta.

Pronto seguirá la narración de sus aventuras tu

Miguel.

Del mismo á la misma

El Rosario, 1865.

Génie de mi corazón: sigo refiriéndote los sucesos de mi viaje, que quizás no encuentres tan monótono como yo me temo.

— ¿Qué le parece? Me dijo el *chango* de la Parapilla estirando la jeta y guiñando los ojillos llenos de malicia. Si le dejo, se arma una de los diablos: balazos, cuchilladas,

palos y flechazos; y usted habría tenido ó que rendirse ante el número ó que salir hecho pedazos, como les ha sucedido á tantos que se la quieren echar de valientes con esta indiada. Yo sé el cuento mejor que usted y me guío mejor con mis mañas que ustedes con todas sus retóricas y con todas sus pistolas. ¿No le parece? A este Nava le conozco ¡uh, *dendequeaque*! Hace como seis años me quedé enfermo en la sierra, cuando lo de Coronado, y éste me sirvió mucho, como saben servir los malditos cuando les da la gana... No más fuí y le hablé, y allí está hecho un terrón de amores: que sí que pasemos, que no hay cuidado; y hasta me ofreció mandar un correo que vaya por nuestro camino, adelantándose por veredas extraviadas, para que nadie se meta con nosotros ni nos moleste en lo negro de una uña...

Y como yo tomara informes sobre las cosas de Sinaloa, Parapilla habló así:

— Allí no hay Rosales, ni Sánchez Ochoa, ni Martínez, ni nadie; á todos les conozco como si les hubiera acabado de desensillar... Figúrese no más: como á mis manos les conozco... como si les hubiera acabado de desensillar... Rosales es valiente... ¡caramba si es valiente! el que no ha visto pelear á Rosales no sabe lo que es entrarle á los quites y mates; pero, amigo, tiene un geniecito... Con decirle que junto á él Arteaga es una paloma, y Régules un manso cordero y Salazar un Juan de buena alma...

Y honrado, eso sí; pero, amigo, quitando eso, le gusta todo lo que les gusta á las gentes grandes... le conozco como si le hubiera acabado de desensillar... no más eso le digo. ¡Ah, qué Rosales!... Y en cuanto á los otros, don Gaspar no está en Sinaloa y los demás son como la retostada; de lo que no trajo Allende en la maleta... Como si les hubiera acabado de desensillar... Así les conozco.

Corona es otra cosa; con decirle que le veo desde que era así, chiquillo. Porque no vaya á creer, Corona tendrá á lo sumo su edad: veinte años en 58... al 65... van siete... Pues cuando mucho veintisiete años tiene; no tiene más. Bueno, pues decirle cómo empezó es cosa de dar risa. Ya verá que este Ramón estaba solo y su alma... es decir, no solo, porque tenía á su lado una hermanita menor á quien dar que comer... Figúrese no más la cosa... Yo no sé porqué; pero ello es que siendo Ramón de por allá, de las orillas de la laguna de Chapala, se encontró un día en Motaje, que es aquel mineral que divisamos saliendo de Acaponeta, á la derecha, como se pasa el río.

El pobre muchachito no sabía leer y solo se enseñó, con muchísimo trabajo; no sabía escribir, y solo aprendió, imitando las letras de los libros. Como no podía trabajar en las minas, pues ni para tenatero le querían, porque era chiquillo y parecía endeblucho, se dedicaba á hacer recados, á llevar bultos pequeños, á todo lo que tenía aspecto de trabajo y que no era en realidad más que

una forma de que se valían las gentes para darle limosna... Creció y le admitieron de dependiente en una tienda; pero el dueño era más amargoso que las tripas del bule: le trataba á puros ajos y cebollas y me le volvía tan largo, dizque con la intención de que se hiciera hombre y no flojeara y desquitara la de adentro .. El infeliz había perdido su nombre, porque todo el día no oía más que «Muchacho tal... Esto lo ha de haber hecho este maldito... ¿Cómo no tienes cuidado, tal por cual?... Yo te enseñaré á mirar por lo ajeno, jijo de...»

Estaba el chico atontado, sin discurso, vuelto un infeliz, cuando vacó un puesto de dependiente igual al que tenía. Ramón fué con el dueño de la casa, que se llamaba don Jesús Gómez Cuervo y que era y es un hombre excelente. Aceptó Gómez Cuervo los servicios de Ramón y empezó por entregarle las llaves de la tienda, cosa que no había hecho nunca el cernícalo del amo anterior.

La primer mañana que el nuevo patrón fué á su tienda, encontró al dependientillo en pechos de camisa y escoba en mano, barriendo el piso.

—¿Qué hace usted allí? preguntó Gómez Cuervo. ¿Qué hace, don Ramón?

—Señor estoy barriendo la tienda... me levanté temprano, y mientras vienen los marchantes...

—Que no le vuelva á ver barriendo nunca, don Ramón. Usted es mi dependiente, el encargado de cuidar mis intereses; no es un criado.

— Pero, señor, exclamó el muchacho lleno de confusión.

— Lo dicho, don Ramón: usted no tiene que dedicarse á barrer.

Y fué tal el influjo que ejerció en el ánimo del dependientillo el que le dijeran que no era criado sino custodio de los bienes de su jefe, y el que le llamaran siempre y por siempre don Ramón, que acabó por desear instruirse, por vestirse bien, por leer cuanto papel caía en sus manos y por escupir en rueda entre los notables del pueblo.

Corona era guapito como un ángel varón, fuerte y ágil como él solo: yo le vi quebrar un caballo bruto en pelo, hacerle cejar, emprender la carrera y pararle en seco como si tal cosa... Ahora, en eso de treparles sin peal á los becerros, colear, travesear en el cuaco, correr gallo, apostar *cinturitas* y la mar de juegos, era número uno: parecía que ya su *sinio* le llevaba por allí, y que estaba preparándose para lo que había de ser después.

Ya usted se figurará que Ramón era el gallito del pueblo: las muchachas le ponían ojitos tiernos, y los papás y las mamás encontraban muy de su gusto á aquel mozallón robusto, fuerte, callado, trabajador, que no tenía ni sombra de vicios y que sabía ganarse la plata con facilidad.

Pero la más entusiasmada fué—¿quién había de ser? —la hija de su patrón, que se puso como una mantequilla por el muchacho. A don Jesús le pareció la cosa de perlas

y se propuso casar á la pareja, que le parecía hecha para eso, para ser dos en uno. ¡Mas quien lo dijera! á Ramón no le gustaba la chica, y si no dijo nones cuando le propusieron el caso, tampoco se entusiasmó ni creyó que le había caído la lotería. Estaba hónradamente dispuesto á sacrificarse, ya que tanto le debía á su amo, cuando éste le llamó aparte un día:

— Don Ramón, le dijo; usted no quiere á la niña.

— ¡Señor, por Dios!

— No la quiere usted y va á sacrificarse, figurándose que si no lo hace, yo me enfullino con usted.

— Señor, yo no creo eso.

— ¡Qué no ha de creer!... Le devuelvo su palabra, don Ramón; pero... usted lo comprende... no puede continuar en mi casa.

— Señor, como usted lo ordene.

— Pues eso ordeno, mi amigo; que se marche usted y que sea dichoso en otra parte.

— Como usted quiera, señor.

— Adiós, don Ramón, dijo emocionado el patrón; cuando lo desee, recoja sus ahorros.

— Adiós, señor, respondió el muchacho llorando á mares.

Se separaron amo y servidor, y ese día empezó la carrera de Corona.

Pero hoy no puedo seguir contándote esa carrera: el

pábilo de la vela empieza á esparcir círculos de sombra; hiede el sebo y la luz se va apagando. Hasta mañana.

Miguel.

Del mismo á la misma

El Rosario, 1865.

Mi adorada Génie: la historia de Corona, que me refirió Ginés hasta ponerla al día, es como te la voy á contar:

Corona entró como administrador del mineral de Motaje, negociación de que eran dueños Gómez Cuervo, el antiguo patrón del comerciantillo y el español don Juan Antonio de Aguirre, radicado en Tepic.

Corona sabía diariamente todas las picardías, robos, muertes, violaciones, raptos, incendios y devastaciones que cometía el terrible Lozada; y como muchacho que era, ponía de vuelta y media á sus paisanos que soportaban aquella plaga.

— Ni lo digas otra vez, Ramoncito, que te *ispones,* le gritaban los viejos enclavijando las manos. Mira que el indio tiene espías en todas partes y que las paredes oyen... Cierto que duele tener que desprenderse de la becerrita más chula, y del maíz que se destinaba á semilla, y del frijol escogido, y del dinero que se ha ahorrado en años de apretarse la tripa; pero, hijo, eso no tiene remedio: ¡quién sabe cuándo vengan otras cosas! lo que es ahora estamos fundidos.

—Pues por eso lo estamos, respondía decidido el muchacho, porque no hay quién se le pare enfrente á ese indio ojo de ostión.

—Pero ¿quién quieres tú que le haga rostro, hombre de Dios? A ustedes los muchachos todo se les figura fácil y creen que el monte es orégano desde donde empieza hasta donde acaba; pero en cambio nosotros, los que tenemos el colmillo duro, comprendemos que no todo lo que se quiere se puede, y que más vale *aprudentar* y no andarse con soflamas. Así, ya nos figuramos que tenemos nuestras cosas arregladas y que todo marcha á pedir de boca: es como si el gobierno nos impusiera contribuciones. ¿Qué más da pagar en Tepic que pagarle á Lozada?

—Sí, eso está bueno cuando se trata de maíz ó de frijol ó de reses. ¿Y cuando se trata de muchachas, de sus hijas de usted, vamos al decir? ¿Está así de conforme?

—Yo, ¿qué quieres que te diga, hijo? Conforme no lo estoy nunca, pero me resigno, me resigno; es la resignación del ahorcado.

—Pues yo no me resigno.

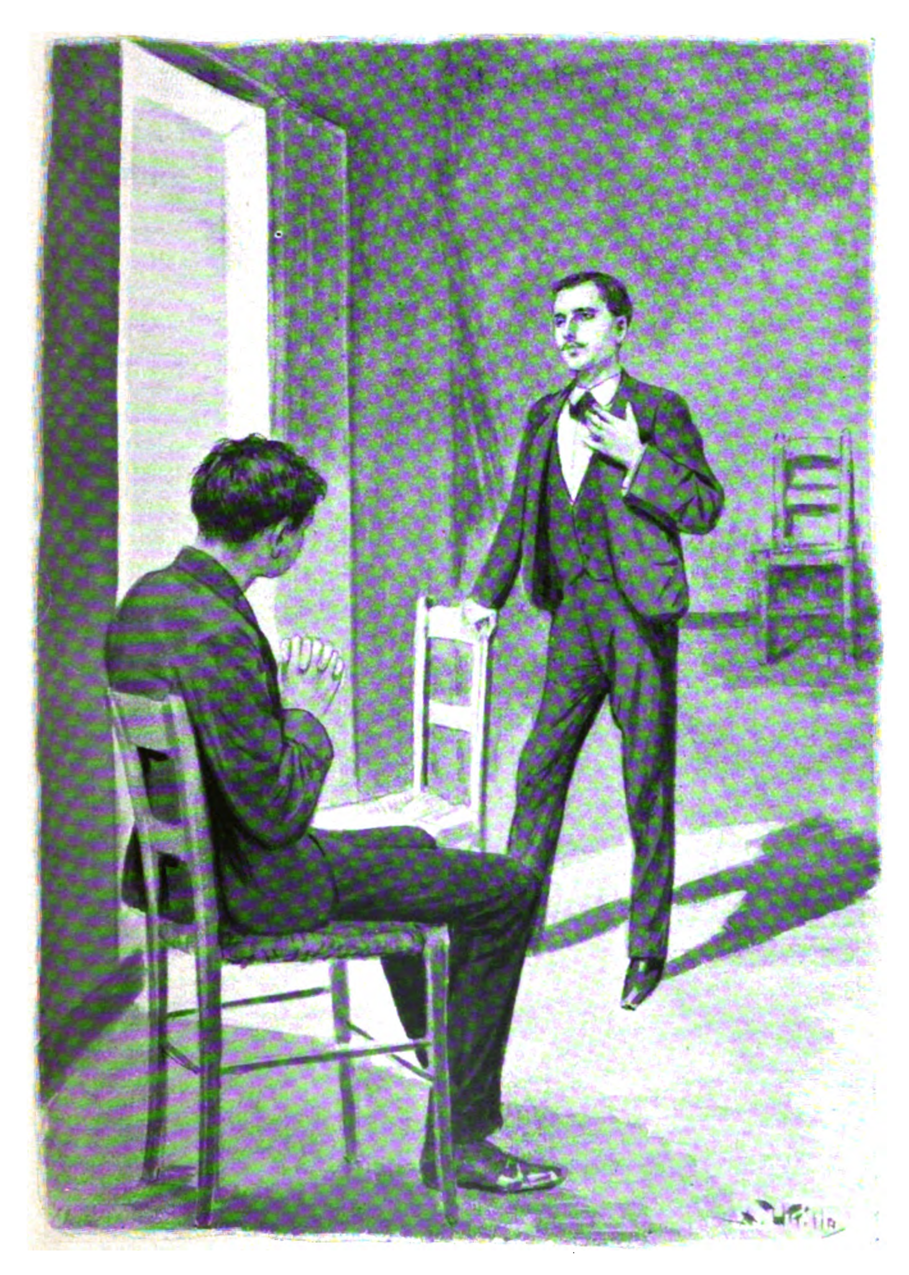
—¿Y qué piensas hacer?

—Sacudir el yugo de este ladrón.

—Pero, si empiezas tú porque no hay quién haga cabeza.

—Yo hago cabeza.

—No te metas en los pies de los caballos, Ramón. ¿Qué



—Pues por eso lo estamos, respondía decidido el muchacho...

vas á lo que no has perdido? Atiende tú á lo tuyo y deja el mundo rodar.

—¡Qué bien se conoce que usted es un viejo!

—¡Y qué bien se nota que tú eres un muchacho sin experiencia! Ya te digo, cuida tu casa y deja la ajena; come camote y no tengas pena.

Pero no todos eran tan egoístas como el que pongo por ejemplo: don José María Villanueva, socio de la compañía de Motaje y hombre ya entrado en edad, pero que comprendía cuánta justicia llevaba Ramón, le alentó para su empresa; pero haciéndole comprender que no bastaba con el buen deseo para salir adelante, sino que se necesitaba espiar una oportunidad favorable.

La oportunidad llegó, pues á fines del 58 se supo en Motaje que acababa de apoderarse de Guadalajara el general Degollado; que don Pablo Lagarma acababa de pronunciarse por la Constitución con algunos batallones de los que guarnecían el puerto de Mazatlán, y que no tardarían en pasar por Acaponeta, seguidos de ciento ochenta hombres, los jefes Mendía y Campuzano, que iban á reunirse con Lozada. Así nació la idea de empezar una revolución que se parece tantísimo á la del cura Hidalgo.

Corona contaba por todo caudal con cinco fusiles mohosos, que encontró escondidos en el tronco de una higuera, y con diez hombres, que le había llevado don

Lucas Alemán. Además, tenía la llave de la puerta de la torre, que había conseguido mediante cinco pesos.

Acaponeta estaba guarnecida por diez y ocho hombres, que por infelices y para poco que hayan sido servían para cuidar la población que guardaban en su poder; pero Corona y los suyos empezaron á esparcir nuevas de si habría un pronunciamiento en Acaponeta, si no sería la cosa en Acaponeta sino en Motaje, si acabaría el reinado de Lozada y si don Jesús Gómez Cuervo enviaría ó no enviaría tropas que ayudaran al jefe que acababa de brotar.

Por supuesto, que las probabilidades todas estaban contra Corona.

—¿Qué va á hacer, hombre? decían los viejos que presumían de conocer el mundo y de tener el colmillo duro. Sí, Ramoncito es un excelente muchacho: él honrado, él trabajador, él cuidadoso de las cosas que le confían; pero ¿qué va á atreverse á matar un hombre quien no es capaz de matar una pulga? ¿Qué va á mandar bandidos y á meterles dentro de un zapato, quien no juega, ni bebe, ni fuma, ni enamora, ni mata, ni pelea, ni hace daño á nadie? Ramoncito es como la muerte de Apango, que ni chupa, ni bebe ni va al fandango... Él para empleado estaría que ni de oro; para vivir en Guadalajara, dueño de una buena fortunita, ni mandado hacer; pero teniendo que marchar de bracero con Rojas y que pelear contra Lozada, no me le den.

Y la verdad es que llevaban razón los *mormurones,* pues aparte de su gusto—¡y qué bueno lo tenía!—por las muchachonas, yo no le conocí nada que se pareciera á esas cosas terribles que creen las gentes han de ser en los guerrilleros y chinacates lo que es el queso en los frijoles. Pero para que vieran que no era hierba y la olieran con recelo, una noche oyeron los vecinos de Acaponeta un toque de vanguardia y marcha, muchos cohetones que tronaban en el aire haciendo ladrar perros y salir gentes á las puertas, y muchos gritos de «¡Viva la Constitución!», «¡Vivan los mazatlecos!», «¡Adentro los del Rosario!» «¡Qué buen regimiento el tercero de línea!» «¡Qué preciosa infantería!» «¡Qué templados son los de Sinaloa!» y otros así que hicieron creer que en aquel momento llegaban todos los contingentes liberales de México, con el exclusivo fin de posesionarse de la insigne plaza de Acaponeta.

Los diez y ocho infelices que custodiaban el lugar tomaron soleta largándose adonde nadie volviera á verles, y largando también las armas que iban á servirles para acabar con los pronunciados.

Al otro día entraron los liberales á Acaponeta; eran ya setenta hombres y contaban con diez y siete fusiles. El resto iba armado con palos, garrotes, lanzas, y hasta flechas.

Pero no fué de puros triunfos el tiempo aquél; Corona sufrió buenos porrazos, y sólo al cabo de algún tiempo

pudo poner frente á frente de los conservadores un núcleo que valiera la pena.

Toda esa historia, triste unas veces, alegre á ratos, penosa á trechos y heroica siempre, llena de dolores, glorias, miserias, abundancias, rasgos de ingenio y rasgos de audacia, toda esa historia me la refirió Parapilla con entusiasmo sin igual. Cuando concluyó soplaba un vientecillo refrescante que era como un hálito salubre que cayera sobre la frente de la noche; asquerosos animaluchos, de los que llenan aquí el aire cuando se avecina una tempestad, caían sobre nosotros introduciéndosenos por los intersticios de la ropa; á poco una gran ráfaga de aire alzó las hojas, arremolinó el polvo y trajo consigo gotas de agua; luego empezaron á caer tibios goterones que parecían grandes cuartillas de cobre, y que al absorberse en la tierra le arrancaban un aroma de germinación, de placer y de vida. Al fin se desencadenó una tempestad de las de tierra caliente, que inundó caminos, llenó álveos de arroyos y ríos, desgajó árboles, arrastró viviendas y á nosotros nos obligó á meternos en la nuestra, á hurtar las caricias del agua, que seguía descendiendo como enorme manto cristalino.

Lo que me contó Ginés lo sabrás mañana.

Miguel.



Del mismo á la misma

Rosario, 1865.

Mi Eugenia de mi corazón: quizás desees conocer cómo terminó la narración del infatigable capitán Ginés Martínez.

— Amigo, ¿sabe lo qué es cajeta? ¿Cómo se escapó el bueno de Corona de caer en las garras de Uraga? Ese Uraga, amigo Olivos, era y es el primer farolón de estos tiempos. ¿Se acuerda de la piocha? ¿Y de los espejuelos de oro? ¿Y de la cara de mariscal de Francia? ¿No le conoce? Pues no ha perdido cosa... ¿Y sabe lo que le digo? Que el mayor y más buen amigo que ha tenido es el general Woll... Allá voy, allá voy á decirle por qué: porque le echó abajo una pierna el veinticuatro de Mayo del 60. Yo vi, yo vi todo: ¡si les conozco como si les hubiera acabado de desensillar!... Le levantaron lleno de sangre; con este huesito largo, este que tenemos aquí, roto cerca de la choquezuela... No se lamentaba ni daba gritos, pero, amigo, la cara era como de pan de cera... como de papel. Le llevaron á la casa del cónsul alemán, un viejo gordo, tragón de cerveza, que se enflautaba el primer vaso todavía en la cama—tío Oetling se llamaba... — «No ha sido nada», dijo cuando el cirujano le volvió á la vida; «que siga el ataque».—«Mi general, le contestó un médico, no

sé si Jiménez Castro ó Lauro Guzmán, las columnas van ya de retirada: murió Contreras Medellín ó va muy mal herido; murió...» — «¡Cómo de retirada, malajo! eso no es seguir mis órdenes; debieron...» Y quiso pararse violentamente; pero las fuerzas no le ayudaron: cayó desvanecido en la cama. Tres horas después estaba charlando con Woll, que también iba lastimado... ¿Qué tal?

Ni le diga lo que era don José López Uraga cuando mandaba el ejército del Centro: tenía á sus órdenes una chinaca para dar miedo, y él no lo sabía ó no lo quería saber. Cuando le oíamos mover la pata de palo de aquí para allá en el piso de su habitación de Sayula, que por cierto estaba en alto, nos echábamos á temblar como azogados. Al bajar era lo chistoso: «Así no se saluda, señor comandante... ¿Qué pasó con el quepis, coronel?... Esa capa no es de reglamento, Españita... ¿Qué botones son esos, Reguera?... Lucido anda usted, don Antonio...» Y así por el estilo, hasta cansarnos, hasta volvernos locos. ¿Qué íbamos á saber nosotros, chinaca brava, puro hachero revueltito con mocho, qué íbamos á saber de uniformes, ni de presillas, ni de saludos? A nosotros que nos hubieran dicho: «¡á machetear á esos!», «¡vénganse contra los de la orilla del arroyo!» y estábamos listos; pero de chistes de milicia no entendíamos. ¿Para qué es más que la verdad?

¿En qué íbamos? ¡Ah, sí! bueno: ¿pues quiere creer que

cuando nosotros estábamos amarrándonos la tripa y aprendiendo á hacer caravanas y enseñándoles á los muchachos el ejercicio, el maldito cojo, Uraga, ya les había bailado el agua á los franceses, y si me rindo si no me rindo, vivía lleno de vacilaciones? Porque eso que no me lo cuenten á mí; ganas de pasarse le sobraban; pero tenía un cerote de los demonios y temía que le hiciéramos pedacitos á la hora que algo le hubiéramos sabido. Con los jefes, tínguili tínguili: á Salazar, á Arteaga, á Echegaray, á Ornelas, mucho de «compañero» y de «éste sí es valiente, y valdría más si no fuera tan calaverón», y «éste luciría mucho si no fuera tan caprichudo», y «ya verán qué ejército vamos á levantar», y cosas así. Pero no jugaba á cartas vistas: unos tales Gómez Farías, hijos de aquel don Valentín, que dicen era más honrado que la honradez, esos tales... Ya les iba á decir jijos, cuando el padre nada merece; pero ellos por sus hechos... En fin, que ya andaban de correveidiles entre Uraga y Bazaine y un padrecito de Guadalajara que le decían Caserta... ¡Porquerías, sinvergüenzadas, enjuagues de políticos! A todos les conozco como si les hubiera acabado de desensillar... ¡Caramba, pues el aguardientito es de ley! raspa y se sube... ¿No se resuelve? Pues á su salú...

¿En qué ibamos? ¡Ah, sí! bueno: pues Uraga nunca había pasado á Corona; le chocaba como á sus culpas no más al verle tan sencillote, tan á la buena de Dios, vestido

con un trajecito negro y llevando un sombrero que no valía una peseta entre amigos. «¡Qué generales, qué generales tenemos! ¡como yo dure un poquito en estas cosas he de hacer una escarda de generales que habrá que ver!»

Pero esas eran levas; en realidad, queriéndole ó no, buscaba á Corona y trataba de atraerle á su puerquísima causa. Cuando don Ramón salió á encontrar á Uraga en Tecalitlán, el general en jefe le citó para Zapotlán, preguntándole si no le convendría tomar el mando de alguno de los cuerpos que rodeaban á su persona. Corona respondió que juzgaba inútil ir á quitar del frente de sus fuerzas á un jefe cualquiera, cuando él tenía sus bebederos en otra parte, entre los costeños de Acaponeta. Uraga ni siquiera respondió á aquello, sino que, volteando la espalda, dejó á Corona ofendido y lleno de rabia.

Pero Corona no se embarcó en el Manzanillo, como tenía pensado: el general Arteaga se enfermó de pronto; Corona tuvo que substituirle en el mando de la división y ponerse á las órdenes del cojo... Por cierto que así salió mejor, porque de haberse embarcado... pero no quiero enredarme; otra vez le diré esas cosas.

Bueno, pues tiene usted para bien saber y yo para mal contarle, que un día salió en la orden del cuartel general, la de que todos los jefes y oficiales habían de estar á cierta hora para oir el voto de gracias que se iba á dar al teniente coronel don Ciro Uraga Obregón—ahora hijo del

don José—por el informe que la inspección había rendido sobre su buen comportamiento... Su buen comportamiento—¡muñeco maldito!—ha sido ponerse á la disposición de Maximiliano y estar sirviéndole de oficial de órdenes lo mismo que el tata. ¡Jijo de la grandísima!... Yo desde entonces me figuré todito, porque les conozco como si les hubiera acabado de desensillar.

Bueno, pues que Corona, que estaba chiviándose de este alto de puro berrinche que le causaban las majaderías del viejo, pidió permiso para no estar en la ceremonia é ir á recibir á Arteaga, que ese día se presentaba ya restablecido. El general le dió la licencia; pero á la vuelta, allí te quiero ver, escopeta; le recibió Uraga con una vela de los demonios, pues no sólo no había ocurrido á donde le mandaban, sino que tampoco había dejado que fueran los oficiales de su división. Corona dió una excusa, pero Uraga estaba hecho un demonio: ni se conformó con la reprimenda ni oyó las disculpas; mandó suspender á Corona, por un mes entero, en el mando de la división, para castigarle por la falta de atención al príncipe heredero; y aunque Arteaga procuró que se levantara el castigo, ó que por lo menos no se publicara, don José se estuvo firme y no concedió nada.

En eso se acerca Douay con toda su gente; Uraga se propone resistirle y sitúa su cuartel en la hacienda de San Marcos; coloca sus reservas en el mesón de la finca,

establece los hospitales en algunos ranchos á retaguardia, y á la cuarta división me la manda al Cerro Blanco... ¿Usted no conoce aquello? Pues es muy fácil: supóngase que esta copa es el volcán de Colima... Bueno... Esta otra será el Cerro Blanco, y por todo este camino, que lo fingimos con el tequila tirado en la mesa, hacemos el camino de Peaya... Peaya está aquí; es este salero... Bueno, pues



Corona, que tenía por todo trescientos hombres de tropa mediana, empezó á recorrer aquello de manera que se convenció de que había por allí un punto por donde podía meterse todo un batallón si sentía ganas de ello. Lo comunicó á Uraga y el viejo se enchiló como si hubiera oído algún improperio. «Entrege usted el punto al general Arteaga».—«Pero, mi general, mi deber me manda comunicarle á usted...» «¡No hay deber que valga!...» «Mi general, una sencilla observación...» «¡No me gusta que se me

hagan observaciones!», gritó el farolón pálido de la rabieta. «Mi general;...» «No hay general; usted viene á decirme esas cosas para ver de no cumplir mis órdenes y para desmoralizar á la tropa». «Mi general, yo creo... me parece que no desmoralizaré á los señores generales presentes relatando lo que he visto...» «¡No me replique usted!» «Replico lo que es mi derecho y mi obligación», dijo Corona viendo ya círculos violados con cerco amarillento y sintiendo que iba á hacer una sonada. Intervino en eso el general don Ramón Iglesias, que había estado presente á la disputa, dió la razón á Corona, calmó á Uraga y puso todo en paz.

Pero las cosas no habían de acabar allí: el secretario de Uraga, un licenciadete llamado Buen Romero, y que por cierto le hizo á su jefe más máles que bienes, llamó aparte á Corona y le dijo debía poner su firma en un manifiesto que el ejército dirigía á la nación protestando del mote de juarista que se le daba y diciendo que iba sólo á defender la independencia nacional. El jefe Corona quiso enterarse de lo que decía el papelón que se iba á firmar; el secretario interrogó á Uraga con la vista sobre si podía hacer aquello; el general dió su permiso de mala gana, y cuando Corona leyó el escrito preguntó con esa malicia ranchera que es tan curiosa, si no hacía falta mencionar allí la Constitución y las Leyes de Reforma. «¡Qué falta van á hacer esas cosas, hombre! respondió Uraga reportándose.

Es cierto que Juárez es el presidente y que se dice constitucional, pero ahora no hay Constitución ni Reforma ni nada, y nosotros no vamos á hacerle el caldo gordo á don Benito.

Corona consideró que una rebelión declarada en aquel momento, en que Uraga podía mandarle fusilar, darle de baja con pésima nota y frente al enemigo, ó por lo menos levantarle un caramillo y mandarle procesar empapelándole hasta la consumación de los siglos, era la peor salida que podía ocurrírsele. Decidióse, pues, y poniendo su firma en el acta se retiró á pensar cómo dejaría aquel vericueto.

Por aquellos días, teniendo, como quien dice, á los franceses en las purísimas narices, no pensó Corona en la manera de salir de aquel aprieto; mas apenas se retiró el enemigo, empezó á labrarle más y más aquella especie de deserción de sus principios viejos, siempre confesados y nunca desconocidos... Después de pensarlo mucho, se levantó un día de mañana, cogió la pluma y *crac crac,* escribió una cartita á un periódico de Colima, explicando que al protestar que defendería la independencia de la patria quedaba sobrentendido que también defendía la Constitución y las Leyes de Reforma, que era la precisa consecuencia... Ya falta poco; pero nos tomaremos la del estribo, la penúltima... A su salud.

Bueno, pues que—¡caramba, ya estoy medio *tuturusco!*

—pues que Uraga se puso como un chilaquil al ver la carta de Corona, y le mandó otra en que, á vuelta de insultos, le decía que no tenía derecho para ver en sus actos reticencias ni reservas. Que bien sabía que no era capaz de tener una buena ó mala idea sin manifestarla, y que procediendo con su genial franqueza, le hacía presente que desde mucho tiempo antes tenía de él un pésimo concepto, fundado en que por su causa se había perdido la brigada de Tepic, sucediendo lo mismo con los pertrechos de guerra que se habían enviado por el Manzanillo; y por último, que sus observaciones sobre la defensa del Cerro Blanco le habían hecho indigno de pertenecer al ejército que mandaba, por todo lo cual esperaba que pidiera pronto su licencia, que estaba pronto á concederle.

Al leer aquella carta Corona no tuvo ya duda ninguna: ciertos eran los toros; el cojo Uraga, aquel á quien todos los liberales le parecían liberales de agua tibia y todos los constitucionalistas, constitucionalistas de contentillo, aquel para quien Ocampo era un sacristán disfrazado, Juárez un beato, Degollado un cazurro y todos unos mochos más ó menos declarados, Uraga, repito, era, en fin de cuentas, un traidor y sólo un traidor.

Corona tenía y tiene á su lado á un hombre de oro y capaz de hacer por él todos los sacrificios: don Juan B. Sepúlveda se llama ese sujeto, y la verdad, no tiene cuate como vivo y tremendo. Es de cuerpo regular, moreno, de

ojos grandotes, lambrijillo, tardo para hablar, difícil para decidirse; pero en resolviéndose le da un disgusto á Dios Padre. Con decirle que es el que tiene la llave de la despensa en el ejército de Corona, se lo digo todo: el dinero que hace falta, las ropas, la comida, cuanto han menester lo busca Sepúlveda no sé dónde, quizás debajo de las piedras; es de lo más tracista y de lo más endiablado. A uno le impone un préstamo, á otro le suplica le facilite lo que ha menester, á una vieja la adula hablándole de sus mocedades, á un cura le cuenta las impiedades que hacen los franceses, á un alemán le da cerveza y le ofrece que todo se arreglará cuando venga la república y á un americano le dice de Wáshington y los hombres de allá; ello es que saca el dinerito y que la tropa no carece de nada y que se puede emprender expediciones y que se trabaja sobre seguro, como no se trabajaría si Corona tuviera que atender á juntar la plata y á luchar contra la gabachada.

Bueno, pues este Sepúlveda, que es vivo como una punzada, leyó la carta y le dijo á don Ramón: Bueno, lo que éste tiene es un humor de los demonios porque no pudo jugarle el dedo en la boca... ¡Es más canalla!... Usted lo que ha de hacer es eliminarse antes que le eliminen: éste es capaz de todo.» Don Ramón habló entonces con Arteaga. El pobre estaba todavía en cama: ya sabe usted, el balazo que le dieron en Acultzingo, que le mana podre y sangre hasta dar asco. «Hombre, usted está viendo

visiones: no hay nada de lo que se figura».—«¿Cómo que me figuro, don José María? Papelito jabla; no le quepa duda de que éste voltea chaqueta el día menos pensado».—«A usted sí que le convendría voltear la suya, que está muy luida de por los codos... No, hablando seriamente; para mí, Uraga no es traidor».—«¿Quiere oirme, general?» preguntó Corona con solemnidad. «Si no nos prevenimos, este cojo nos madruga... ¿Vamos alzándonos contra él y nombrándole á usted en su lugar?»—«No, eso no; cualquier cosa antes que eso».—«Como guste, mi general; pero yo me voy, me voy adonde pueda servir de algo».—«Pues antes déjeme hablarle, sondearle, enterarme de cómo camina».—«A usted le hace guaje, don José María: usted juzga el pecho ajeno por el suyo y no sabe que así como usted es de valiente y de leal es él de falso y de bellaco. Vamos desconociéndole».

¡Quién nos había de haber dicho que Corona estaba en lo justo y que lo que él proponía entonces, cuando podía haberse salvado todo el ejército, se había de hacer más tarde, cuando ya no había remedio posible!... Pero, en fin, ahora ni llorar es bueno. Estas cosas se hacen á su tiempo, porque para luego es tarde.

Arteaga, con todo y su panza y con todo y sus once ovejas, fué al cuartel del general en jefe, que le diría no sé qué, pues que volvió al lado de don Ramón lleno de recriminaciones... «¡Hombre, por Dios, qué mal había juz-

gado usted á nuestro jefe... No sólo no es un traidor, sino que ni enojado está contra usted. Dice que celebra mucho haber conocido á un hombre de la energía y de los pantalones de usted; que quiere hablarle á solas, de amigo á amigo, y que está seguro de que usted no pensará en irse ni tanto así». «Ya es muy tarde, dijo don Ramón—esto me lo contó Sepúlveda, ya usted sabe, el trigueñito: le conozco como si le hubiera acabado de desensillar—ya es muy tarde, mi jefe. Ya es muy tarde: el tiempo dirá quién ha tenido razón». «Adiós, amigo, que le vaya bien».

Mas veo que se está durmiendo: otro día le contaré cómo estuvo el paso de Corona á Zacatecas, su entrada en Sinaloa y la mar de cosas que tengo pendientes. Ya verá lo que es bueno.

Cuando llegaba aquí, oímos un estrépito grande, dos tiros, muchas voces, carreras de gente, cerrar de puertas...

Mañana te diré qué era aquello, pues deseo tenerte un poco atenta á mis relatos. Tuyo siempre.

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

Presidio, 1865.

Nena de mi alma: ya estoy en Presidio, es decir, ya estoy en la población llamada así y que á cuenta debe de haber sido alguno de tantos lugares que el gobierno español destinaba á custodiar los caminos contra los indios y

á impulsar la formación de poblados. Te explico todas estas cosas para que no llegues á figurarte que me tienen guardado otra vez en lugar seguro por causa de mis culpas. Lo primero que vi...

Pero antes que te diga lo que vi y lo que no vi, quiero decirte el suceso de la última noche que pasamos en el Rosario.

Es, pues, el caso que á poco que se oyeron los gritos, los insultos, los tiros, los redobles de tambor y el cerrar de puertas, signos que anuncian indefectiblemente el riesgo en que se halla un lugar, se escucharon voces de placer, palmoteos de abrazos, frases que indicaban antiguo y bien enraizado conocimiento.

—¡Pero, si son ustedes!...

—¡Caramba, qué modo de anunciarse!

—Yo habría jurado que eran los de Lozada.

—¡Qué Lozada ni qué demonios!

—Pos ya lo ven; todo está explicado.

Era una partida de los de Corona, que venía en busca de armamento, provisiones, ó no sé qué, y que cuando llegaba más confiada al pueblo del Rosario, era recibida á tiros por sus propios amigos. Pronto se deshizo el enredo, y las dos secciones fraternizaron llenas de gozo. Nuestro mesón quedó apretado de soldadesca—hombres y mujeres, ya lo sabes—y el buen Ginés, que es de lo más comadrero, metesillas y sacabancas que he topado en mi vida, co-

menzó luego á interrogar á aquellas gentes sobre los sucesos de la guerra.

— Pero ¿qué quiere que le digamos, mi jefe? Yo estoy aquí tan apolismao y dao á la porra que, con perdón de usté, ya no podré hacer nada ni moverme más en mi vida... Desde lo de Veranos, no puedo ver la mía.

— ¡Pues cuéntemelo, hombre, dijo Ginés; vamos á ver cómo estuvo eso de Veranos!

— Cuéntalo tú, suplicó el soldado á un viejo de venerable barba blanca y que al parecer ejercía mando sobre la tropa.

— Lo contaré yo, dijo el barbudo sin hacerse de rogar.

Y al empezar el relato mojó los labios y empapó el gaznate con el tequila de una trigueña que con su tapón de olote, su hilo al cuello y su tufo acariciador excitaba la codicia del soldado.

El cual, tras de limpiarse con el envés de la manga y de escupir una saliva espesa que pronto se confundió con el polvo que llenaba la carretera, empezó así:

— Lo de Veranos fué ahora en Enero, días después de la zurra que nos dieron.

— ¿Zurra, sargento Perales?

— Sí, señor, una zurra de las que no hay muchas en libra. Con decirle que mi general Corona tuvo que echarse por un voladero... Fué cabalmente el primer día de este año, en el Espinazo del Diablo... La esquitera de tiros era



– La contaré yo, dijo el barbudo sin hacerse de rogar...

de no entenderse; parecía un granizal de los que caen raras veces por aquí... Ya no sentíamos lo recio, sino lo tupido; estábamos medio locos, aguardando no más la hora en que nos tocara nuestro confitazo... y á la difuntería. Figúrese no más; mil quinientos contra doscientos. Pos por no hacerle el cuento largo, tiene que estábamos cerca del jefe Jesús Ortiz, Pascasio Moya, los dos Contreras, Juan Castañeda, Pablo Prieto y un servidor... Mi general tenía cerquititas, como estamos usté y yo, á *Botas,* su asistente...

—Mi general, le decíamos, escápese su mercé, que todavía es tiempo.

—No, quiero ver qué pasa con Saavedra.

Y no le miento; no había perdido su color, estaba fresco como la fresca mañana. De repente que se viene abajo Pablo Prieto, y luego vemos caer á Jesús, y después á Antonio Contreras, y cuando Pascasio iba á hacer este movimiento, que la bala le entra por aquí, por la ingle, Dios me guarde, y echa la maroma y cae al fondo del barranco... La cosa estaba fea; pero mi general sin hacer caso y todavía preguntando por Saavedra. Cae otro y luego vemos á los gabachos... aquí, á una distancia que nos habrían podido matar si no hubieran querido asegurarnos... Les oímos cuando llegaron hablando en su lengua: *güiri, güiri Curona... güiri, güiri...* Mi general ni volteó; se adelantó un poquito, se aseguró la pistola, y al

voladero... Y por allí vamos Juan Contreras y Botas y yo... Mi general tomó más vuelo y cayó sin un raspón; los gabachos estaban arriba, gritándonos de seguro insolencia y media... Apenàs les oíamos el *Curona*, *Curona,* á medida que se retiraban... Pos que volteo los ojos y no me encuentro más que á *Botas* en pie; el pobre Juan se había quebrado el pescuezo, porque cayó así, boca arriba... De mi general, ni razón ni nuevas; se había ido por el fondo del barranco; por cierto que allí se encontró á Pascasio hecho una compasión. Mi general cogió agua de un remansito, se la dió en la boca al pobre, le puso á la sombra de un madroño, le colocó en la pierna una liga pa que no se vaciara en sangre y siguió su camino descalzo, con la ropa hecha peazos, muriéndose de sé y de hambre. Usté ya conoce eso de la sierra: hay más jaras, y unos espinos, y unos peñascales, y unas cosas que... ¡Jesús me valga!

Mi general anduvo todito el santo día trepando lo más y bajando barrancas y enfilando arroyos... ¿Agua? Dios la diera... ¿Comida? Ni de dónde sacarla: el pobrecito se contentaba con chupar las pencas de nopal que veía por allí... Y nosotros estábamos comiendo y bebiendo hasta *atoyarnos,* cuando nuestro general andaba como coyote perseguido: habíamos llegado al rancho de un amigo, y con perdón de usté, hasta nos la *colocamos*... ¡Lo que es el mundo!

Mi general ya se moría de la sé y de la hambre y de la calor; pero siguió caminando hasta las siete que empezó á refrescar un poco: bebió agua de un venerito que vió por allí y echó á andar de nuevo. A las ocho serían cuando llegó al rancho de don Jesús Guerrero, onde le dieron de comer, de beber, una mula para que se retirara y un muchachito para que le guiara.

El maldito *Botas,* que parece perro, cosa de las cuatro se sintió mejor de la *briaga,* y dijo dice:

—Yo voy á precurar á mi general; está en el Palmar ó en el ranchito de don Jesús. Allí le caigo.

—¿Tú qué sabes, hombre? Mi general quén sabe dónde esté si vive.

—¿Si vive? Vivo está y en el Palmar ó en ca don Jesús.

—¡Tú que sabes!

—Digo que está en el Palmar ó en ca don Jesús.

Y como se levantó y no podía quedarme solo, le seguí por aquellas barrancas de Dios.

Pos, amigos, que por no hacerles el cuento largo, á las nueve sería cuando llegamos á ca don Jesús.

—¡Alto ahí!... ¿Quién vive? ¿Qué regimiento? Era mi general que ya estaba en su mula, acompañado de unos cuantos dispersos y listo pa seguirla. No nos hartábamos de besarle las manos y de darle gracias á Dios de que le hubiera sacado con bien.

A Guerrero, el general le mandó una cartita en que le

dice que le agradece mucho lo que hizo por él, y que sólo muerto lo olvidará, y que guarde la carta para que le premien cuando ganemos, y muchas cosas muy bien puestas hasta donde acaba con un Ramón Corona que da gusto.

El primer cuidado de mi general jué que se supiera que todavía estaba vivo, pues se decía que los franceses le habían fusilado: ya ustedes saben lo que son. Bueno, pos á mí me tocó llevarles el parte á los de Rubí... La verdá, la verdá, la pura pelada, si á mí me hubieran dicho que mi general era así de querido me habría asombrado... Mejorando lo presente, pues ni el Santísimo Sacramento.

Bueno, pos el general Rubí me llamó aparte y me preguntó santo y seña de la redota, y de cómo se había escapao el jefe y de todo.

— Bueno, pues ahora vete á comer, Perales, que en la tarde tendrás que dar la vuelta.

— Como lo mande mi general, le dije haciéndoseme agua la boca al considerar lo que me darían aquellas gentes.

Hubo su pozolito y sus frijoles, y unos chicharrones sin exprimir y un tequilita... A las dos de la mañana don Domingo me llamó.

— ¿Estás listo, Perales?

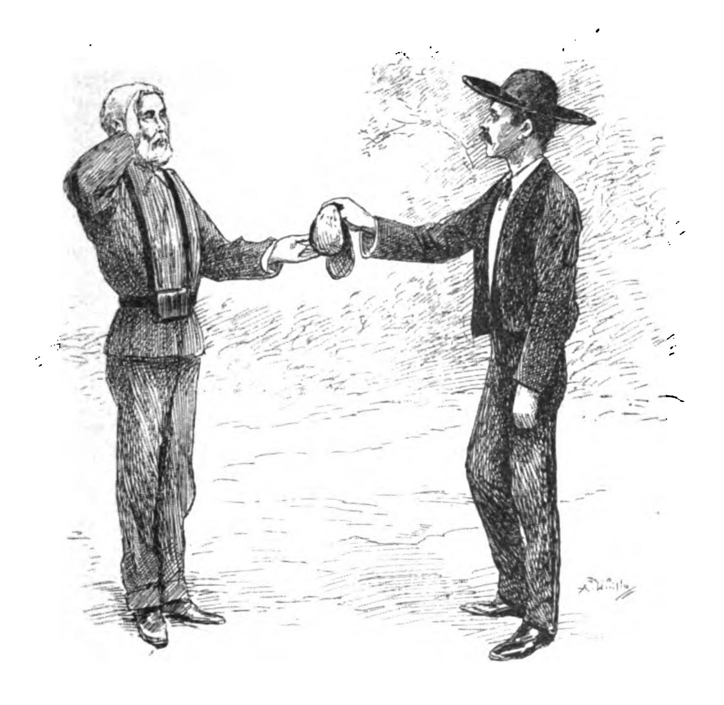
— Listo, mi general.

— Bueno, Perales, pues vas con el general y le das esta carta y le dices cómo nos alegramos aquí de que haya

salido con bien, y para ti estos cien pesos. Y me alargó una redecita llena de pesos duros.

— Mi general, ¿pa mí? ¿Pa mí, mi general?

— Si, hombre, pa ti: no has venido á avisar que vive un perro, sino el general Corona, nuestro padre, nuestro jefe.



Yo tomé la bolsita sin chistar más, y cuando la guardaba en el seno añadió Rubí:

— Con gran trabajo se juntó entre la oficialidad y la tropa; pero eso mismo te probará cuánto se quiere aquí al jefe.

Al ratito salía del campamento, oyendo todavía los gritos de ¡Viva Corona! ¡Mueran los franceses!

Empinó la trigueña el buen Perales, y cuando veía cielo y botella, nadie le interrumpió sino para decir:

— Á la suya.

— Que usté la tenga.

— Que se le vuelva enjundia.

Siguió luego relatando la jornada de Veranos; pero yo aquí interrumpo para dejarte descansar un poco.

En este intervalo te envío un beso larguísimo, un abrazo apretado y tres caricias á Miguelín. Tu

Miguel.

Del mismo á la misma

Presidio, 1865.

Güera mía de mi corazón: Perales siguió de este modo:

— Usté, mi capitán (por Ginés) conoce el lugar de Veranos: está lo mismo que siempre, á la falda de una loma, conforme se baja de un cerrito que le domina, y á la derecha del río que también llaman de Veranos. Bueno. supóngase que aquí está el río; bueno, pos aquí está una ilesia... Aquí á la izquierda, está una casa grandota, y un poco más lejos, aquí, á la derecha, como quen va á Siqueros, otra casa más chica. Los gabachos se parapetaron aquí, en la casa grande, aquí pusieron sus cargas, y luego extendieron su trinchera hasta por acá... Aquí está el camino que va al Espinal, aquí el que va para el Verde; éste llega á la Puerta de San Marcos.

El barbudo nos había puesto el plano de la acción señalando las casas con copas, la iglesia con la botella, los caminos con tortillas, el río con una servilleta y las tropas con chiles verdes que sacó del salero que había servido en la fiesta.

— El diablo es el don Angel Martínez, siguió el relator con la mirada fija en el vaho azulino que se levantaba de un pantano á la vera de la ruta; el diablo es el don Angel. El maldito tuvo soplo de que llegaba la pila de franceses —dicen que eran algunos dos mil—y llamándome á lo reservado me dijo dice:

— Sargento Perales, ¿serías capaz de llevarle una noticia al general?

— A sus órdenes, mi general, le respondí cuadrándome.

— Pues vas y le dices que esto y que lo otro y que jué, que vino y que tornó y que volvió... Y le dices que no he querido escribírselo por la prontitú y porque no te aprehendan y te truenen y el golpe resulte del demonio... Ya tú me comprendes.

— Sí, mi general.

— Que viene una juerte coluna de Durango, de escolta de purititas mercancías... Que ya escaparon como seiscientas mulas de carga, pero que cabalmente en este istante y momento podemos alcanzar á los gabachos que cogieron pa Jacobo, ó á los que se quedaron aquí y que no tienen mulas ni madre que les parió; y ó dejan aquí

los bultos ó le entran á los mates cuando á nosotros se nos antoje.

Yéndome por travesías le dí alcance al general y le dije todo como era, y que esto y que lo otro y que jué y que vino... Quién sabe qué le diría mi general al secretario, porque al ratito ya estábamos montados, y á poco llegábamos al Verde y allí nos encontramos á Rubí y á Correa y á toda la gente buena, y le dijeron al general que habían dejado, ora los franceses, en el punto aquel, ciento cincuenta soldados del sétimo y cincuenta arrieros, cada uno con su cagalumbre, y la gente que habían podido reclutar, que era poca... Hacía un calor, que con perdón de usté nos íbamos en manteca... Una cosa de quedarse uno de á seis con la marcha y la asoleada y todo lo que vino...

En puntito de las tres nos juntamos con nuestros amigos, y ya saliendo el sol se formaron las colunas. Anacleto Correa—¡probecito, parece que le estoy mirando! chatito, trigueño, jetón, con los ojitos chiquillos y apenas pintándole el *boz*—Anacleto se fué por Siqueros; Jesús Peraza tomó el camino como vamos pa Veranos; Isidoro Peraza se jué por la mera orillita del río; y el general, con don Angel y una guerrillita tomó el camino de Cerritos...

Por cierto que al pasar frente á nosotros vi á mi general en su caballote alazán, de esos que les dicen árabes. Se detuvo á hablar con mi jefe, Correa, y con esa gracia

que tiene pa que le quera el mundo entero, nos dijo viéndonos listos en nuestros cuacos, digo:

—Muchachos, á portarse bien, que ora va de veras; ó nos matan, ó nos remediamos con esos tanates de pesos que traen estos sinvergüenzas... El que entre primero á la casa fortificada... ya sabe: su cuera plateada, su sombrero alemán, su caballo fino y cincuenta pesos duros... ni Dios se los quita. Y á Correa, que estaba medio alicaído, le dijo: «¿Qué es eso, amigo? No sólo el que corre pierde, también el que clava el pico. A ver si ahora se pone la banda azul...» Y como me vió comiendo un peazo é gorda, don Ramón, que es tan parcial y tan buena gente: «¿oye, me dijo, no tendrías por allí otro cacho de gordita?» La vida le habría entregado, cuantimás un peazo é tortilla... Metiendo mano á las cantinas le dí todo lo que me quedaba, y él se fué con los de su estao mayor hablando de cosas... Estos son los sombrereros, amigo, y no los que los fabrican... Bueno, pos pa no hacer el cuento largo, tiene que nos estuvimos atejonaos un buen rato, y á los clamores de las ocho, cuando los franchutes tocaban retreta y lista, ¡ay, negritos de mi alma! que el pobre Correa se afianza en los estribos, que nos echa dos ó tres tales, de esos que hasta se enchina el cuero, y que nos vamos contra el parapeto de los franceses al mismo tiempo que oímos la esquitera de los balazos echándole de alma á la casota...

Pos, amo, ni se lo quisiera decir; don Ascensión quén

sabe qué diablos traía que picándole al penco lo hizo llegar no hasta las trincheras, donde le habían dado las órdenes pa que se detuviera, sino que saltó como si el animal juera de resorte... Ya usté sabe lo que son las bestias: al ver que pasaba el caballito del coronel, pasamos todos, y los gabachos tuvieron que correr pa dentro é la iglesia gritando no más *güiri güiri*... Me acuerdo que junto á mí quedó tirado un oficial, mozo él, empuñando el sable y con un balazote aquí, en el pecho. ¿Me cree que toavía estaba galán el maldito y que me dieron ganas de levantarle? Pero un muchacho, corneta, de Guanajuato, y más amargoso que las tripas del bule, cogió su sable, y zás, zás, zás, tres metidas le dió... A mí ¿pa que es más que la verdá? no me gusta pegarle al cristiano si está caído y menos si es hombre de valor; pero hay genios así: se aluciferan cuando ven la sangre.

Los franchutes iban á la correjuyenda, y nosotros tras ellos haciéndoles pedazos con los machetes; pero, ¡ay, amigo! que llegan á unas trincheritas de ladrillo, serían así de altas, cuando mucho del altor del amo que está á la izquierda, y que al llegar allí se quedan, mala la comparación, como si jueran de piedra, con los marrazos empuñados, y firmes como ellos solos.

Nosotros teníamos ya el auxilio de los de Peraza, que habían brincao la muralla tras de nosotros, pero los malditos gabachos estaban como tranca.



... saltó como si el animal juera de resorte...

— ¡Ríndanse! les gritábamos en medio del ruido y de la confusión de los plomazos.

— *Güiri, güiri,* decían ellos sin hacer caso.

— ¡Que se rindan! gritó Perfeuto Antúnes apretándole piernas al *cuaco*... ¡Ay, poder de Dios!

Y se metió á lo hombre arriscándose el sombrero y con el machete en la otra mano.

Pero más tardo yo en contarlo, negritos; cayó el pobre ensartao de este vacío, y otro tanto le pasó á Juan el Diablo y á Refugio Cortés y á la mar de gentes. Yo creo que cairían como cincuenta.

Al fin nos hicimos dueños de aquello y los franceses se quedaron allí muertos ó mal heridos. Me acuerdo de un hombrote hermoso él, de buena cara, piochudo y narizón.

— ¡Ríndete! le dije poniéndole la mano al pecho.

— Nomrindo... Zarragoza, nomrindo.

Y me disparó su pistola. Yo no tuve más que sacar el cuerpo y rebanarle la jícara.

A la segunda carga no tuvieron remedio; le entramos hasta el portal de la casa grande y al fin nos quedamos con la chica. Pero, ¡qué balacera, amigos! La verdá, yo no creo que haya á quén no se arrugue á lora de lora... Con decirles que en el portal corrió la sangre como si juera arroyo... Ya no oíamos á los jefes, ni entendíamos las órdenes, ni sabíamos nada; todo era echar cuero y más cuero hasta que se nos hacía malo... Yo me tiré al plato

á un oficial, me atiranté á dos sargentos y á un arriero le pegué en la chapa del alma con mi pistola: no dijo ni pío.

Allí cayeron el teniente coronel Juan de Dios Rojas, el comandante Jesús Peraza, el pagador Zeferino Torres, y un diluvial de muchachos bragaos... ¡Lo que es la providencia de Dios! yo no saqué ni un rasguño, ni un rozón, nada... Y que me metí en lo más crudo de la refriega, allí está el parte que lo diga: «El sargento primero Isidoro Perales, que esto y que lo otro y que jué y que vino y que se portó con el valor y la decisión que en casos parecidos... Se le recomienda al Supremo Gobierno pal empleo de sutenicnte, pero no podrá tener el título ni ejercer las atribuciones de su nuevo cargo hasta que dicha entidá se haya servido confirmar la providencia de este cuartel general.» Y figúrese, de aquí á Chihuahua...

Bueno, pos el jefe estaba con un ojo al plato y otro al garabato; porque, bueno, allí les tenía cogidos á los franchutes; pero, ¿y si venía don Castagny, que estaba á dos ó tres leguas de distancia?

Entonces don Ramón le consultó á Martínez qué sería bueno hacer; bueno, porque el don Angel no es por alabarle, pero tiene idea. Y Martínez dijo: «Pos, señor, lo que hay que hacer es, digo yo, quemarles el jacal, porque de otro modo...»

Mi general dijo entonces: «Bueno, pos á quemar todo.» La verdá, estaba feo aquello, y los malditos gabachos die-

ron pruebas de tenerlos en su lugar. Las puertas de la casa estaban atrancadas con los tercios de ropa, y con las sillas de los caballos, y con las cajas de vino y con todo; y empezando á arder las puertas que se alza una llamaradota, señores de mi alma, que era el día del juicio. Todos estábamos coloraos y las llamas subían hasta el cielo, que estaba también colorao como si por allá arriba le estuvieran entrando á los matracanazos... En eso que oímos un trueno que parecía un cañonazo, y luego otro y luego otro: eran las ventanas y las puertas que salían de su lugar y caían al suelo brincando como pollos descabezaos. Y unos veinte franchutes consiguieron salir; pero con quen jueron á cáir; con Rubí, que les dejó secos á todos sin que escaparan más que dos.

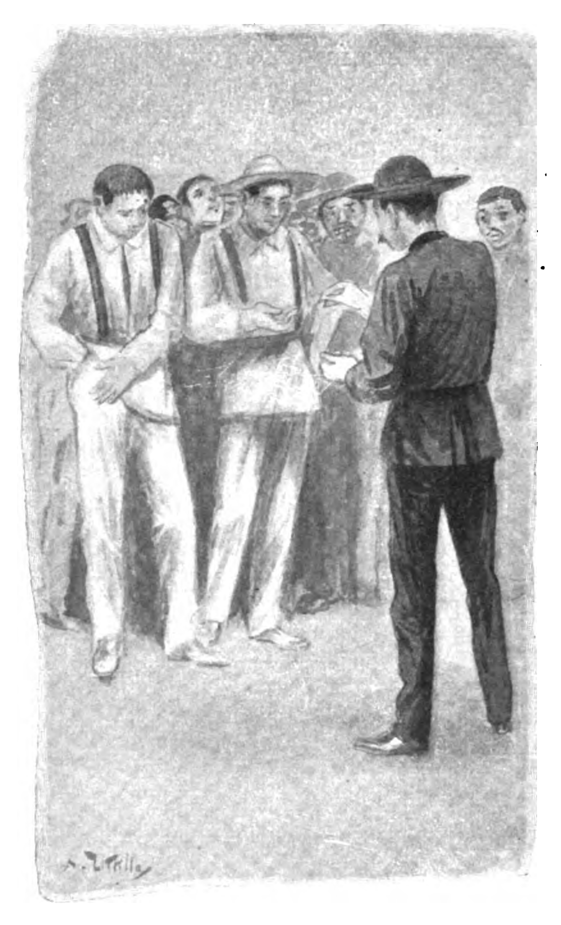
Pero, amigos, la sangre sin juego hierve; ¿qué hacen aquellos? Pos empezar á batirnos echándonos unos tiros tan certeros que nos estaban haciendo pedazos. Yo les aseguro que me fruncí al ver cáir tanta gente.

—¡Que se vengan, que se retiren! dijo un ayudante que llegó á escape.

Y pa que vean lo que son las cosas, malajo; en aquella hora y punto vino una bala perdida, y zas, le entró á mi coronel Correa por el costillar y cayó al suelo redondito; por poco no le valen luchas, por poco no alcanza ni siquera á decir Jesús, ni siquera el *santolio*.

Pos, hombre, que al ver aquello don Ramón se pone

furioso y dice: «Este era el improsulto de mis amigos, el improsulto de los hombres valientes, el improsulto de aquí y de allá y que esto y que lo otro». Ordenó luego un asalto á la casa y otro á la ilesia y acabar con todo.



Los santosantiagos ya no tuvimos que hacer: los puriititos infantes le entraron al desorden y sacaron cincuenta y siete soldados, de los que les dicen cazadores de Vincennes, y tres oficiales y cuarenta arrieros.

El general nos había ofrecido la mitad de lo que se recogiera, y nos tocaron, entre oficialidad y tropa, diez mil duros que nos repartimos. Había más; pero cuando entramos á la casa estaba ardiendo; el dinero se había vuelto como melcocha y lo demás estaba, pero quemando: yo cogí este zarape y unos zapatones llenos de

clavos que me llenaron de ampollas los pies. Los vendí en dos reales cerca de san Ignacio.

—¿Y los prisioneros? preguntó Ginés.

—¡Cacc! hizo Perales simulando el gruñido del que le aprietan el pescuezo: les colgamos, es decir, los colgó el capitán Montaño en Pozo Hediondo.

—¡Ahorcados!

—Sí, amigo, ahorcados, ni más ni menos, dijo Perales deshaciendo de un manazo el plano que había levantado. ¿Pos qué quería? ¿Que les guardáramos pa semilla? ¡Lucido papel hacíamos caminando con sesenta galabardos que á la hora menos pensada nos habrían dado un disgusto!

Y luego, qué, ¿se portan ellos mejor con nuestra gente? En el Espinazo el Diablo nos fusilaron á catorce muchachos tan valientes como éstos, y no habíamos de ser nosotros los que les despacháramos libres y todavía les diéramos de ribete el dinerito que les ganamos á la buena... Además, naiden jué á llamarles á su tierra: si hubieran seguido allá, á buen seguro que algo les hubiera pasado: estátelo con tu nana y no te lo mal impliés, dice el dicho y dice bien.

Cuando Perales acabó de contar, los pocos que primero habíamos formado la rueda, éramos ya más de cuarenta. Alabamos la gracia y el colorido que el sargento solía tener, nos reímos celebrando lo que merecía risa, y lamentamos lo que era acreedor á tristezas.

Miguel.

Del mismo á la misma

Presidio, 1865.

Eugenia mía de mi alma: ya conocí á Corona y puedo decirte que el hombre me resultó como yo no esperaba. Suelen engañar tanto las biografías, las relaciones apasionadas de los amigos y las diatribas de los enemigos, que hay que huir de hallarse frente á frente de un grande hombre más ó menos auténtico.

Y Corona me resultó, precisamente por lo que yo menos me esperaba. No te le figures como las mujeres se figuran siempre á los generales: altos como un pino, con grandes bigotes negros, tremenda barba partida, gorro montado en la cabeza, casaca con bordados en las espaldas, y en las manos un truculento chafarote.

Corona es alto, de tez blanca, delgado y buen mozo. Tiene bellos y tranquilos ojos, nariz delgada de caballete, boca pequeña, frente amplia, aumentada por una calvicie incipiente, y bigote fino y sedoso que el general atiende con más primor que al resto de su persona.

Quien le vea vestido con un trajecillo negro, tocado con un sombrero de fieltro y llevando al cuello una bufanda de lino, no le tendría por el hombre que ha hecho tantas cosas, que se espera lleve á cabo otras muchas, que se ha granjeado tantísimos odios, que ha sabido con-

quistar tantos afectos y que al mismo tiempo que muchos darían cualquier cosa por matarle, en cambio otros perderían la vida por salvar la suya.

Corona llegó adonde estábamos acompañado de dos sujetos que tenían aspecto de extranjeros: el uno era guapo, de buen rostro y mejor cuerpo y aparentaba tener veinticinco ó treinta años; el otro era de gran barba rubia, ojos claros, nariz fina y aspecto de persona que ha vivido siempre holgadamente.

—¿Quién pregunta por mí? dijo Corona jovialmente.

—Dos oficiales, señor, contestó melosa y simiescamente mi mentor y amigo, dos oficiales que desean saludar al vencedor de Veranos, al joven general cuyas hazañas...

Paró don Ramón, haciendo una seña, el chorro de elocuencia que se desbordaba, y dijo sencillamente:

—Al señor ya le conozco. ¿Usted es quien viene de Francia? me preguntó.

—Sí, mi general; á principios del año salí de allá.

—Ya no habrá mexicanos por aquellos lugares, ¿verdad?

—No, mi general; los que no nos juramentamos volvimos á nuestras expensas: desde hace más de un año que llegaron los primeros... Los últimos llevamos más de seis meses de haber regresado del extranjero.

—Martínez, presente usted al señor...

— Capitán, mi general; capitán Miguel Caballero de los Olivos...

— Presente usted, pues, al capitán Caballero de los Olivos con los jefes que usted conoce tan bien... El señor don Ladislao Coloman; el señor don Esteban Zackany, oficiales húngaros que pelean por la independencia de nuestra patria.

Les dí la mano á aquellos sujetos, y luego me llevaron á la presencia de mis superiores y de mis iguales, que venían detrás del jefe ó le rodeaban.

Y como ya te he mencionado á Rubí, vale la pena de que después de ofrecerme muy á sus órdenes, á mi vez te presente á tan digna persona. Así mis cartas, que hace mucho tiempo no contienen más que cosas tristes, te distraerán un poco de penas y cuidados.

Don Domingo Rubí tiene como cuarenta años de edad: su color es amarillento y parece un cuero de Córdoba mal adobado y peor restirado; la cabeza es redonda como queso de bola; la nariz carnosa, de esas que ofrecen material para diez ó doce narices bien despachadas; la frente es estrecha; la boca grande, de las que les dicen de *buchaca;* los dientes negruzcos y sucios; los ojos grises, de un gris mortecino, y veteados en lo blanco con innumerables ramificaciones sanguinolentas: parecen los ojos de chile que se ponen en los cántaros alumbrados interiormente y con que se asusta á los niños que no quieren

dormirse á buena hora. Anda torpe y pesadamente, y su gesto habitual consiste en estirarse los bigotes, que en él son como antenas á propósito para la orientación.

Era *tanatero* de una mina y de *tanatero* entró al ejército. Su fuerza de coloso, su valor de bruto, su adhesión de lapa, le hicieron escalar el puesto de oficial y luego el de general, al cual llegó sin saber leer ni escribir.

— A mí no me anden con *leturas,* es su frase ordinaria.

Y *leturas* llama á todo lo que no es el comer, el dormir, el pelear de día y de noche, sano y enfermo, con probabilidades de ganar y con seguridades de perder. Es una fuerza de la naturaleza, un árbol desgajado de la montaña que baja haciendo estragos hasta el valle; no es el hombre de valor reflexivo y consciente que conoce toda la importancia de sus actos, sino un desatentado é ignorante que va á la buena de Dios.

Su virtud principal es su adhesión ciega á Corona, á quien quiere y teme como el perro á su amo.

— Yo no hago eso, suele decir, porque si lo sabe *el tío...*

Y el tío es Corona, quien constituye su único criterio, su única deidad, su culto único.

Hace poco que Rosales se retiró del mando á causa de su mal genio, pues lo que es la manera de caminar de acuerdo con alguien, es cosa que desconoce el excelente soldado.

Corona nombró ó hizo nombrar gobernador á Rubí, y aunque Rosales protestó y hasta llegó á levantarse en armas, la cosa estaba hecha y no había más remedio que aguantar el esperpento. Con motivo de la toma de posesión del gobierno por don Domingo, sus amigos le dieron una fiesta en la Lonja de Culiacán. Rubí se emborrachó, hizo mil impertinencias, gritó, quiso disparar tiros y



amenazó á todo el mundo con la cárcel. Al último se sintió tocado de ternura y pretendió sentar en sus piernas á la mujer de don... (aquí pon un nombre conocido), y hacer caricias á la señorita... (aquí otro nombre conocido) y besar á las... (aquí pon casi todos los apellidos famosos en Culiacán).

Las señoras protestaron, se alborotaron y todo el mundo quiso salir; pero como el gobernador á aquella

hora se enfrentaba con el octavo ó noveno brindis macarrónico, salió trastabillando hasta la puerta de la calle y dijo al oficial de guardia:

—De orden mía... de orden del gobernador... del general Rubí... naiden sale... naiden sale de aquí.

—Señor, exclamó el secretario, interviniendo con toda la diplomacia del mundo... Señor, las niñas necesitan... digo, pues, salir afuera...

El excelente secretario quería decir que las jóvenes aquellas habían menester... vamos, pues ejecutar la operación con que Gulliver apagaba los incendios en Lilipucia.

—No me importa... no me importa nada; que se *amuelen*... ¿Quién les mandó venir al *gollete?* Ora se *friegan*.

Insistió el otro, y entonces Rubí consintió en atenuar los efectos de su orden.

—Mire, oficial... oficial de guardia... Pueden salir... sí, pueden salir, pero la que salga á alguna *lucha ó deligencia*... pos bueno .. pos que vaya acompañada del cabo de cuarto.

Este es don Domingo Rubí. Las figuras de Martínez, Donato Guerra, Tolentino, Dávalos, Gutiérrez y los demás que rodean al jefe, y que se dice son muy otra cosa que el gobernador, ya irán apareciendo por aquí á medida que las vaya topando.

Hoy escribo á mi padre pidiéndole arregle todo para que á la mayor brevedad logremos estar juntos y satisfechos.

Les abraza con toda su alma ahora y siempre tu

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

Copala, 1865.

Eugenia mía de mi corazón: se me atropellan las noticias y no hallo por cuál empezar; quizás te refiera la última sorpresa en que estuvimos á punto de morir; quizás te cuente un curioso arresto de Corona... Pero, para proceder con orden, mejor quiero referirte algo de la persona del jefe, que ha acabado de cautivarme más de lo que me figuraba.

Corona dista cien leguas de la concepción corriente del guerrillero. Es de costumbres tan ordenadas como me relataba Ginés, al grado que cuentan de él lances que rayan en chistosos por el candor que revelan. El otro día recibieron los oficiales una paga, cosa que llega de cuando en cuando y con una parsimonia que desespera á tan buenas gentes. No bien había parado el maná en poder de estos hambrientos, cuando se fueron á un jacalillo de las cercanías, y empezaron á entrarle á la *sota pal cuatro.*

Tuvo el general oportuno aviso de lo que hacían aque-

llos excelentes muchachos, y á la hora que más empeñados se encontraban tupiendo de apuestas el tapete verde, la centinela que tenían colocada para espiar lo que viniera entró demudada y llena de congoja.

—¡El general, el general! dijo apresuradamente.

—¿Qué general? preguntaron los jugadores todavía con más priesa.

—¡El general en jefe, el general Corona!

Tiempo faltó para esconder dinero, barajas y tapete, pues á lo mejor el jefe asomó la cabeza por la puerta del jacal, tapándole todo con su aventajada estatura.

—¿Qué sucede, amigos, qué se hace por aquí?

Todo el mundo permaneció quieto y sin respirar, pero mostrando el instrumento del delito.

—Veo que, contrariando mis órdenes, ustedes se han puesto á jugar.

—Mi general, era un *pockerito*, dijo el más atrevido.

—Pues *poquito ó muchito* que sea, de todas maneras se expone el sueldo que el Gobierno da para que se satisfagan necesidades urgentes.

Y se alejó luego de mandar recoger barajas y dinero, é ignorando que hay un juego que se llama pocker.

Corona es enemigo de esos alardes de valor que comprometen tontamente la existencia del soldado y á veces hasta ponen en conflicto al mismo ejército; pero sea porque la sangre moza le haga cosquillas y le lleve hasta

donde no quisiera ir, sea para demostrarle á la chinaca brava que él también es capaz de cualquiera de las heroicas locuras que realizan los más atrabancados y malas cabezas, ello es que de cuando en cuando se sale de su papel de jefe y suele *artagnanizar*, como decía el general Mendoza.

Antes que se pase, te diré que el general me cogió cariño desde el primer día. Quiso que le refiriera todas mis aventuras y todas las aventuras de los compañeros en Europa, pues nos tiene por unos héroes á los pocos que supimos aguantarnos á pie firme.

— Pues mire, amigo, que se necesita valor para hacer lo que ustedes hicieron. ¡Resistir al hambre y á las ofertas y al destierro en país extraño! La verdad es que si ustedes hubieran sido mujeres, les habría sobrado á quién dar su mano, pues con esa honradez inquebrantable le darían garantías hasta al más celoso... Usted no se me aparte, que no quiero llegue á faltar quien interprete bien lo que los franceses me digan. Y luego, que de cuando en cuando le hemos de dar un limpioncito á mi francés, pues el poco que sé me lo enseñó un desertor, que ha de haber conocido bien poco.

Y se ha puesto á aprender con una constancia que me maravilla, pues casi no pasa día sin que en alguna parada, después de una gran marcha ó de una persecución, no pasa día, repito, sin que el general tome su Ollendorf y su Chantreau y se ponga á repasar su lección.

Amén de esto se entera por menudo de todo cuanto yo refiero de mis viajes, de los usos, costumbres, formas de gobierno, maneras de discurrir, fórmulas de cortesía y cuanto he podido notar en mi calidad de viajero á la fuerza.

— Déjenle, déjenle hablar, dijo el otro día que alguien tachaba de mentirosa mi descripción de los entierros en Francia; déjenle, que sabe más que nosotros: figúrense que yo todavía no conozco México á los años que tengo... Por eso Zackany, Olivos y estas gentes que han corrido tierras son para mí como libros abiertos... Cuando oigo al húngaro hablar de lo que pasa y de lo que ha pasado y hacer pronósticos y discurrir con tanta seguridad sobre la próxima guerra europea, y sobre el socialismo y sobre tantas cosas, me siento chiquito á pesar de mi generalato y de todos mis éxitos... Yo leo, leo todo el tiempo que me queda disponible; pero mucho se me escapa, porque debe de haber cosas que no alcanzo porque se requieran, para entenderlas, conocimientos previos, que no pude adquirir en la universidad de Motaje, la única que cursé.

Esa buena estrella mía hace que el general me lleve consigo en todas sus expediciones. El otro día, hallándonos en el cuartel general, cerca de Mazatlán, Corona me ordenó llamara á don Angel Martínez.

— Don Angel, ¿quiere acompañarme esta noche á una expedición?

— ¿Cómo no, señor? Ordéneme usted lo que tenga que hacer.

— Vamos á tomar café.

— ¿Y á dónde, mi general?

— A la Noria.

— ¿A la Noria, señor?

— Sí, hombre, á la Noria, con los franceses, con los traidores. Olivos viene con nosotros.

— Iremos cuando usted quiera, señor; ya usted sabe que yo...

Al obscurecer tenía *Botas,* el asistente del jefe, ensillados tres caballos, además del suyo en que estaba ya montado.

— Todavía es buena hora, dijo gozoso don Ramón.

— Sí, señor, todavía es buena hora, contestamos nosotros por no dejar de responder algo.

Caminamos un corto espacio, y al transponer una lomita vimos el pueblo de Concordia sumido en sombras; le cercaban á manera de cinto obscuro y apretado unos cuantos árboles que solían cuchichear no sé qué cosas con un torrentillo rezongón que les lamía los pies. No se veía una luz, no se oía un rumor, no se distinguía un bulto en las calles borrosas y confusas que se parecían á distancia.

Solamente, á manera de heraldo que se adelantara con una antorcha á explorar la obscuridad, relucía en medio



— Yo, mi café, respondió el general...

de la noche una carpa que dejaba salir muchas luces y las notas asmáticas de un organillo.

Al llegar pusimos las riendas en manos de *Botas* y penetramos con toda altanería en el cafetín, que reverberaba con la luz de sus diez lámparas de petróleo, con el reflejo de sus tres espejillos pendientes de sendas latas clavadas en el suelo, y con el brillo de todos los hierros del mostrador, de todos los vidrios de los vasos y de todas las armas de los oficiales que allí se holgaban echando roncas y relatando proezas.

Porque aquello estaba lleno, apretado, rebosando de *calottes* azules ó rojas, de pantalones colorados, de chaquetillas de alamares, de quepis con espiguillas, de caftanes de turcos, de capas de caballería, de cordones y de bordados.

Conseguimos á duras penas un sitio para sentarnos, y á poco llegó un *garçon* meloso y de buena cara que nos preguntó qué deseábamos tomar.

— Yo, mi café, respondió el general.

— Yo, algo que raspe, dijo Martínez con violencia.

Yo también me decidí por el café, que por cierto era delicioso y de la mejor clase. ¡Cuánto tiempo hacía que no le cataba!

El general y yo bebíamos nuestra poción con inmensa delicia, cuando notamos que Martínez dirigía la vista á todas partes y que en vez de beber su copa acariciaba el mango de su pistola.

— Ya nos conocieron, señor, susurró en voz baja.

— Pero ¿quién, don Angel? Nadie mira hacia acá ni se fija en nosotros.

La calma del jefe le devolvió la suya al nervioso Martínez, y luego que bebimos nuestros sendos brebajes y pagamos el gasto, el general ordenó que saliéramos. Nadie había parado la atención en nosotros, y de seguro nos habían tenido por pacíficos arrieros ó transeuntes.

A las dos noches volvimos al tenducho, pero ese día no nos acompañó Martínez, sino el teniente coronel Tolentino, de quien dicen que es japonés por parte del padre. Quizá lo japonés sea una conseja, pues los ojos oblicuos, los pómulos salientes y el color amarillo abundan aquí; pero no cabe duda que es hombre de valor templado, sereno y firme. Se rió, lo mismo que Corona, cuando referí las jactancias que un oficial estaba vociferando, permaneció un rato viendo lo que pasaba y se levantó lentamente, después de encender su cigarro en la lumbre que un zuavo le prestó de mala gana.

No sé si fué soplo que tuvieran los gabachos ó si nuestra imprudencia acabó por delatarnos, lo cierto es que á las dos semanas que nos presentamos en el *cabaret* las cosas marcharon de modo distinto. Ibamos el general, el coronel don Donato Guerra, yo y el incomparable *Botas*.

Con el garbo de siempre tocamos en la mesilla de mármol; con la puntualidad de siempre nos sirvió los bebis-

trajos nuestro viejo conocido el *garçon* y con la confianza de siempre empezamos á beber, cuando Guerra le dijo quedo al general:

— Señor, fíjese usted en cómo nos señalan.

— ¿Quién, amigo coronel, quién nos señala?

— Aquel oficial de la barba rubia.

— Y el cantinero también habla de nosotros.

Reflexionó un rato el general y debe de haberse convencido de que Guerra tenía razón, porque me dijo con cautela:

— Eche mano á su pistola, y adelante, suceda lo que suceda... Tú, Donato, sal el primero, que yo me quedo atrás para recibir el último golpe...

Nos levantamos, pero apenas estuvimos en pie cuando se dirigieron á nosotros casi todos los presentes.

— Párense, amigos, dijo un oficial mexicano gordo tomando al coronel por una muñeca.

— ¿Qué se ofrece? gritó Corona apartando de un sopapo al entrometido.

— *¡Curona, Curona!* gritaron dos ó tres de los presentes oyendo hablar al general.

— ¡Muera *Curona!*

— ¡Atrás, *Curona!*

— ¡Ya cayó en nuestras manos! gritó frotándoselas y enseñando unos dientes más blancos que maíz tierno un negrazo que dejaba ver las vedijas del pelo por encima del fez.

—¡Quite allá, mamarracho! gritó enojado el general, empujando al pasmarote.

Como si aquello hubiera sido la señal, se precipitaron sobre nosotros cuantos estaban en el *estaminet;* hasta el cocinero llegó acomodándose el gorro blanco y esgrimiendo una espumadera.

Cuando llegamos á la puerta oímos sonar media docena de disparos, y vimos relucir quince ó veinte marrazos, de los cuales uno, lo recuerdo como si lo estuviera viéndole, golpeó una de las lámparas é hizo vacilar todo el tinglado.

—¡Es *Curona!*

—¡Es el de *Veganós!*

—¡Muera *Curona!*

No sé qué más dirían, pues yo monté en el caballo que *Botas* tenía dispuesto, Guerra cogió el que le correspondía y el general trepó ágilmente en el otro, no sin que hiciéramos dos disparos contra la tienda.

Nos alejamos á todo correr, pero no por eso cejaron en su empeño los condenados franchutes; salieron á la puerta y comenzaron á fusilar á la obscuridad. Entre disparo y disparo oíamos el rumor del arroyito que lamía los pies de los árboles que nos ocultaban.

La luz de la tienda destacaba maravillosamente la silueta de los que se entretenían disparando, de modo que podíamos cazarles desde nuestra atalaya.

— Ahora es tiempo, ordenó el jefe. Al grandote; á la una...

— Yo le pego al barrigón, que trae un gorrete y que está delante.

— Yo, al de la izquierda.

— Yo, al de la derecha.

Y con absoluta seguridad hicimos blanco en cinco ó seis más que quedaron, no sabemos si moribundos ó heridos. De nosotros sólo *Botas* sacó un ligero rasguño en una pierna.

Cuando llegamos al campamento, todo estaba en silencio, y allí, buscando su cama, se echó á dormir tu amante

Miguel.

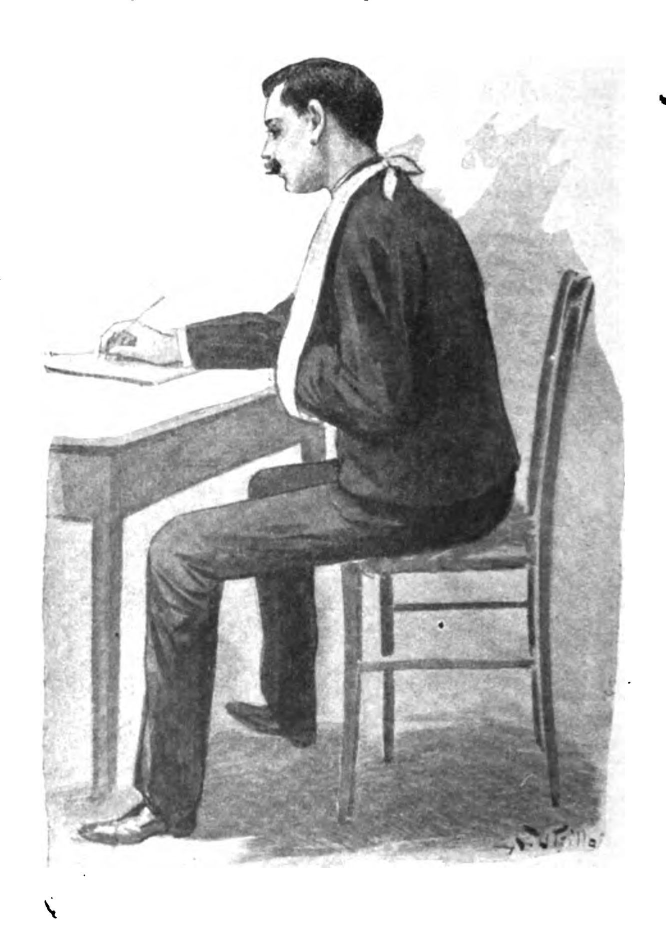
DEL MISMO Á LA MISMA

Copala, 1865.

Mi querida niña Eugenia: empezarás por preguntarme, y tendrás razón para ello, qué ando haciendo en Copala y por qué te escribo desde aquí. ¡Ay, Eugenia mía, si supieras lo que me ha traído á este importante mineral, que cuenta con más de dos mil habitantes y cosa de cien minas en explotación, y que está situado á las orillas del arroyo de Pánuco, en la falda occidental de la Sierra Madre!

Ante todo, te diré que estoy herido, ó más bien que lo

estuve: la prueba mejor de que me hallo en corriente, es que, habiendo tenido impedida la mano derecha, puedo escribirte sin gran dificultad y sin deformar mucho mi



excelente letra inglesa, que Dios mediante nos ha de proporcionar modo de vivir luego que la guerra concluya. No te oculto que al principio la lesión produjo sus temo-

res, pues la bala entró por el codo, rompió la piel y se alojó al fin en la palma de la mano. Afortunadamente, lo que se pensaba sería horrible fractura, resultó al cabo simple desgarramiento de la piel; el proyectil salió por sí solo y todo quedó arreglado en poco tiempo: unas cuantas hilas, un poco de cerato galeno, mi buena suerte y mi espléndida naturaleza me hicieron triunfar de lo que parecía una complicación sin remedio.

Ahora voy á explicarte el caso, que si no vino en la más alta ocasión que han visto los siglos y esperan ver los venideros, como decía mi tocayo de nombre y de impedimento, Miguel de Cervantes, sí te ha de interesar á ti, que te desvives por tu errante y malaventurado marido.

Has de saber que en días pasados el general me mandó estuviera listo para acompañarle al rancho de los Naranjos, en donde estaba enfermo el general Martínez.

Llegamos con la fresca y nos encontramos al pobre Martínez tendido en cama, pálido, desencajado y con muestras de estar sufriendo mucho.

—Mi general, ¡qué bueno es usted con venir por aquí! sigo mejorcito, aunque he pasado una trinquetada... La fiebre empieza á apartárseme y dos días llevo ya en que no me pega calentura; pero me ha quedado una sonsera...

—Aquí le traigo unas botellas de buen vino para que se recupere, don Angel. ¿Qué es eso de que una fiebrecita tire al suelo á un hombre tan cabal?



—Señor, mi general, por Dios; no necesito botellas ni nada que lo valga; me basta haber visto á mi general para quedar peor que nuevo... Y lo va á ver, hoy me levanto y mañana monto á caballo. Dice bien mi general; esto es chiqueo y hay que echarlo fuera.

—No se apresure mucho y siga en cama; pero dentro de unos días, luego que le dé de alta el médico, se me presenta listo para todo servicio.

—Le digo que mañana, señor.

El cuarto de don Angel estaba situado en el centro de un ranchito mísero y pobre, pero que ostentaba la nota lírica de la verdura más encantadora. Al lado norte de la habitación de don Angel había un corral que se cerraba con trancas y dentro del cual estaban los hermosos caballos árabes que la tropa del general había quitado á la canalla. Entre ellos se hallaba el hermoso alazán llamado *Jirafa,* que Martínez conquistó después de dar muerte á su dueño, el conde de Montholon. Más allá se extendía el monte, lleno de apretada arboleda, y el cielo azul, iluminado por un sol implacable.

—Mi general, dijo el secretario, Romero, acudiendo adonde Corona se encontraba, ¿podríamos bañarnos en el arroyito que corre aquí cerca?

—Sí, hombre, contestó el preguntado; vayan ustedes, que al fin el capitán Olivos puede escribir algo que se me ofrece. Quiero gastar el rato en despachar una poca de correspondencia.

—Entonces, mi general, me bañaré yo y luego substituyo á Olivos.

—Bien, amigo, bien está; vaya usted.

Y se alejaron gozosos los oficiales, empezando nosotros una larga serie de cartas, que se interrumpió por la llegada de don Joaquín Valdés, prefecto de Concordia, que entró á conferenciar con el jefe. Apenas empezaba la plática cuando oímos un grito destemplado, un grito de angustia de *Botas:*

—¡Los franceses, los franceses... aquí están!

Salimos más que deprisa por el único agujero que tenía el cuarto y en la puerta nos encontramos á una chusma de argelinos y cazadores de Vincennes que entraban al corral disparando sus armas.

Nosotros procuramos salir á toda prisa; Martínez saltó medio desnudo de la cama; Valdés alcanzó á montar en su mula; el general, que salió al último, pronto nos cogió la delantera, pues corría más velozmente que todos.

Los jinetes se precipitaron tras de nosotros; pero en ese instante, al oir los tiros y al ver otros caballos, el *Jirafa* relinchó larga y sonoramente; el grupo reparó en el hermoso animal y se dirigió á cogerle mientras nosotros nos metíamos en la ceja del monte.

Éramos cinco ó seis fugitivos; pero todos marchábamos separados y á pie, yendo en mula solamente Valdés.

—Mi general, dijo éste luego que consiguió alcanzar al jefe, mi general, monte usted en mi mula.

—¡Qué mula ni qué nada; siga usted en ella!

—No, mi general, suba usted, que al fin yo no descompongo casa.

Corona reflexionó, y subiendo en la mula siguió un recodo por donde había visto introducirse á Martínez.

—Don Angel, le ordenó violentamente y echando pie á tierra; levántese porque ahí le matan.

—No puedo, mi general, me estoy muriendo.

—Arriba, amigo, si no, aquí nos cogen.

Ya se oía la algazara de los franceses, que recorrían el bosque llenos de regocijo; de cuando en cuando escuchábamos los disparos con que quizás acababan con nuestros amigos.

—¡Apriétenle, amigos, que por aquí hay una travesía! ¡Ándele, general Martínez, déle á la *macha,* que ya es tiempo de aparejar y ver las que están pasmadas!

Y cogiendo del ronzal la mula de don Ángel la hizo saltar un paso peligroso y luego siguió el camino guiándonos á todos.

—Por esta veredita, Olivos; ándele, Barrera, que esto no consiente que lo meditemos.

Y él corría con una agilidad pasmosa, con un trotecillo que no menguaba un punto, mientras yo iba sintiendo que el monte me daba vueltas, que los árboles me seguían en aquella mi carrera vertiginosa, que las peñas y los barrancos me hacían ceremonias ó se inclinaban

hacia mí, y que me mataban, un dolor que se me había aposentado en los dos vacíos, la horrible sed de la fatiga, el temblor de las piernas y la lasitud de todos los músculos que se negaban á obedecerme más tiempo.

Llegamos á la cima del cerro y allí vimos á los generales que con relativa tranquilidad nos esperaban. Era aquel un sitio repuesto y escondido, sombreado por árboles centenarios y refrescado por una fuentecilla que bajaba sin estrépito de lo alto de una peña: parecía una clepsidra que midiera el tiempo, que tan lentamente debía de correr en aquellas soledades; abajo espejeaba, á los rayos del sol que conseguían colarse por los ramazones de los árboles, un pocito de agua clarísima que transparentaba todas las arenillas, todas las piedrezuelas del fondo.

Ver aquello y lanzarme á beber fué todo uno; pero Martínez me gritó á tiempo:

— Cuidado, hombre, si bebe, se amuela.

Oyó el grito del general, Barrera, el ayudante de Corona, y lívido, con los ojos extraviados, la voz llena de súplicas y el ademán resuelto, se inclinó á la fuente diciendo:

— Mi general... yo... yo bebo... me muero... ¡ay!

Y pegó los labios al tazón que el golpe del agua había formado en la roca. Un rato oímos los lengüetazos del sediento, después conocimos que el agua le descendía por

el gargüero, luego escuchamos un gemido, vimos que el capitán abría los brazos y que caía de bruces sobre la roca.

—¡Barrera! le grité asustado.

—¡Ya este capulín se heló, cordones! dijo Martínez tratando de bajar de la mula. Se lo prediqué bastante; no es el primer caso que veo y...

—A ver qué le hacemos, gritó Corona acudiendo á recoger al malogrado, que estaba con los brazos extendidos, los ojos vidriosos, los bigotes destilando agua, los labios en actitud de succión y mojada la punta del cabello lacio y negrísimo.

—Barrera, Barrera... Siéntenle... Que respire... Hay que moverle los brazos.

Todavía lanzó un gemido, abrió los ojos, meneó las pupilas en las órbitas, extendió los brazos y las piernas y se quedó sin movimiento.

—Hay que enterrarle, exclamé enternecido.

—No hay tiempo, dijo Corona.

—¡Qué ha de haber tiempo!

Y como si hubiera sido una respuesta á nuestro diálogo, resonó en el bosque una descarga y yo sentí en el brazo derecho un golpecillo seco que atribuí á un guijarro que saltaba.

—Adelante, ordenó Corona.

—Sí, adelante, confirmó Martínez.

—Adelante, dije yo echando á correr todavía con más prisa.

Ibamos cuesta abajo y fué posible, después del descansillo que habíamos tomado, seguir sin gran fatiga; pero el brazo derecho empezaba á dolerme mucho y á pesarme más.

—¿Qué le pasó, capitán? me preguntó Martínez.

—¿En dónde, señor?

—En ese brazo.

—Caramba, si lo trae lleno de sangre, confirmó Corona.

Me miré, y pude convencerme, doblando el codo, de que estaba herido y que era lesión de bala la que me había tocado.

—Póngase esta *mascada,* me dijo el general, y sígale sin parar que no hay tiempo para muchas cosas.

Media hora más corrimos sin detenernos, y al fin nos albergamos en un ranchito en que nos dieron á todos unas tortillas para matar el hambre, y á mí agua clara con que curar mi herida, que me dolía terriblemente.

Por la tarde los generales se restituyeron al Verde, que era el abrevadero de Martínez, y yo, conducido por un guía, vine á este mineral á curarme el que habíamos pensado fuera horrible destrozo del miembro, y que al fin resultó cosa mucho más sencilla é inocente.

Al otro día supe que los franceses habían asesinado

cruelmente á los pobres oficiales que cogieron en el baño, y que nuestra persecución no fué tan activa porque creyeron haber matado á Corona al acabar con el teniente coronel Romero, que era uno de los bañistas. Cuando se convencieron de su error, se dieron á todos los demonios y se pelaron las barbas de rabia, si bien les consoló un poco la ganancia de los caballos árabes, que creían cosa perdida.

Poco duraré aquí curándome; pero creo que no será menos de un mes. Ese tiempo lo pasaré recordando á mi Nena adorada, á mis queridos padres y á mi hijito de mi corazón. A ellos dales muchos abrazos, y tú date, en mi nombre, muchos besos, en tus manos divinas, ya que no puedes besarte los carrillos de lirio ni los ojos de violeta. Tu

Miguel.

De Eugenia Jecker y Ubiarco á Miguel Caballero de los Olivos, su marido

Copala, 1865.

Miguelito de mi alma: ¡qué suerte la mía! cuando te busco y voy tras de ti y deseo curarte y estar á tu lado, tú huyes y vas á dar... quién sabe adónde, quizás adonde no te vuelva á ver, quizás adonde tengas el trágico fin que en sueños he visto tantas veces.

¡Pobre de mí! Haber atravesado tantas leguas, haber pasado tantas aventuras desventuradas por ver á mi maridito de mi alma y encontrarme aquí conque el muy pillo se me escapa, se me va, me deja. ¡Qué tristeza!

El día que nos veamos te referiré todo lo que he pasado, lo que he visto, lo que hemos sufrido tus padres y yo y la falta que nos has hecho. Por ahora te contaré sólo que, después de embarcarnos en Acapulco, venimos á dar á Mazatlán, de donde pasamos á Concordia, al Verde, á Copala, á todas partes: ni sombra de ustedes, que, según dicen los franceses, han abandonado la tierra para no volver más á ella. ¿Es cierto? ¿Qué hago ahora para seguirte? ¿A dónde te voy á buscar?

En nuestro viaje nos ha servido mucho un excelente sujeto, ya de edad, gracioso, de mucha chispa, tan impío que hace que mamá se tape los oídos cuando él habla, medio cínico y lleno de extravagancias.

Papá vive con él los ratos más agradables, y sin la compañía del *Nigromante,* como le llaman al buen señor, no le sabe la lectura del periódico, ni digiere la cena, ni puede estar en paz.

Lo malo es que al señor *Nigromante* le ha dado la chifladura de enamorarse de mí, y que me llena de cumplidos, de esquelitas y de regalos, á pesar de saber que estoy casada y enamoradísima de mi marido. Yo no he querido decirles nada á tus padres temerosa de alarmarles; pero

á ti sí te lo cuento porque me puedes dar un buen consejo. ¿Qué te parece que deba hacer?

Dime dónde vives ahora, pues me descorazona mucho eso de poner en la cubierta de mis cartas el eterno *donde se halle:* no sólo quisiera saber dónde te hallas, sino hallarme á tu lado y compartir tus penas y sufrir tus fracasos y dolerme de tus dolores. ¿Cuándo acabará esta bendecida guerra y podremos descansar tranquilamente, sin zozobras ni mortificaciones?

Adiós, Miguel mío, te quiere más, mucho más que tú á ella,

Eugenia.

DEL *Nigromante* Á EUGENIA JECKER DE OLIVOS

(Sin fecha).

Señora mía: sabido es que las chocheces se reservan para los setenta ó los ochenta años; yo no cuento más que cuarenta y nueve y medio, y ya tengo que acusarme ante usted de una culpa de que no sé si me absolverá: estoy enamorado, enamorado como un cadete, enamorado como un sacerdote que tuviera el freno de su orden, enamorado como una bestia y... enamorado de usted.

Y no salga por el registro de que es casada y no me puede querer, porque yo, á pesar de ser casado, ó por serlo, la quiero á usted con toda mi alma. Si sólo ese fuera el impedimento, me las prometería felices y no

desesperaría de rendirla á usted; pero presumo ó creo que además del casorio tiene motivos muy graves para no pasarme, y esos motivos no se destruirán fácil ni difícilmente, sino que cada vez adquirirán más fuerza: lo viejo y lo feo no se quitan con enviudar, ni usted pierde un átomo de belleza ni de juventud porque esté más casada que Eva en el paraíso.

Me dirá: pero entonces ¿por qué viene usted á comunicarme esas noticias?

Se lo voy á confesar: simplemente porque usted lo sepa, pero sin intento de finalidad; no quiero que usted me quiera; quiero sólo que sepa que la quiero: más bien, no es que no quiera que me quiera, sino que estoy seguro de que no me ha de querer y me curo en salud. Pero no me exija usted en nombre de la epístola de San Pablo, ó de la epístola de Melchor Ocampo, ó de las cacareadas conveniencias sociales, ó de lo que usted más ame, que deje de admirar esa hermosura que se mueve en sus pies y habla en sus ojos; que deje de desear que el diamante de su gracia brille en cerco de oro y no en medio de la pobreza en que yace; y que ya que no pueden iluminar sus facetas los últimos tristes días de este viejo entusiasta y enamorado, hagan la alegría de quien por hábil merezca ganarla y por fuerte pueda guardarla.

Suyo adorador rendidísimo,

El Nigromante.



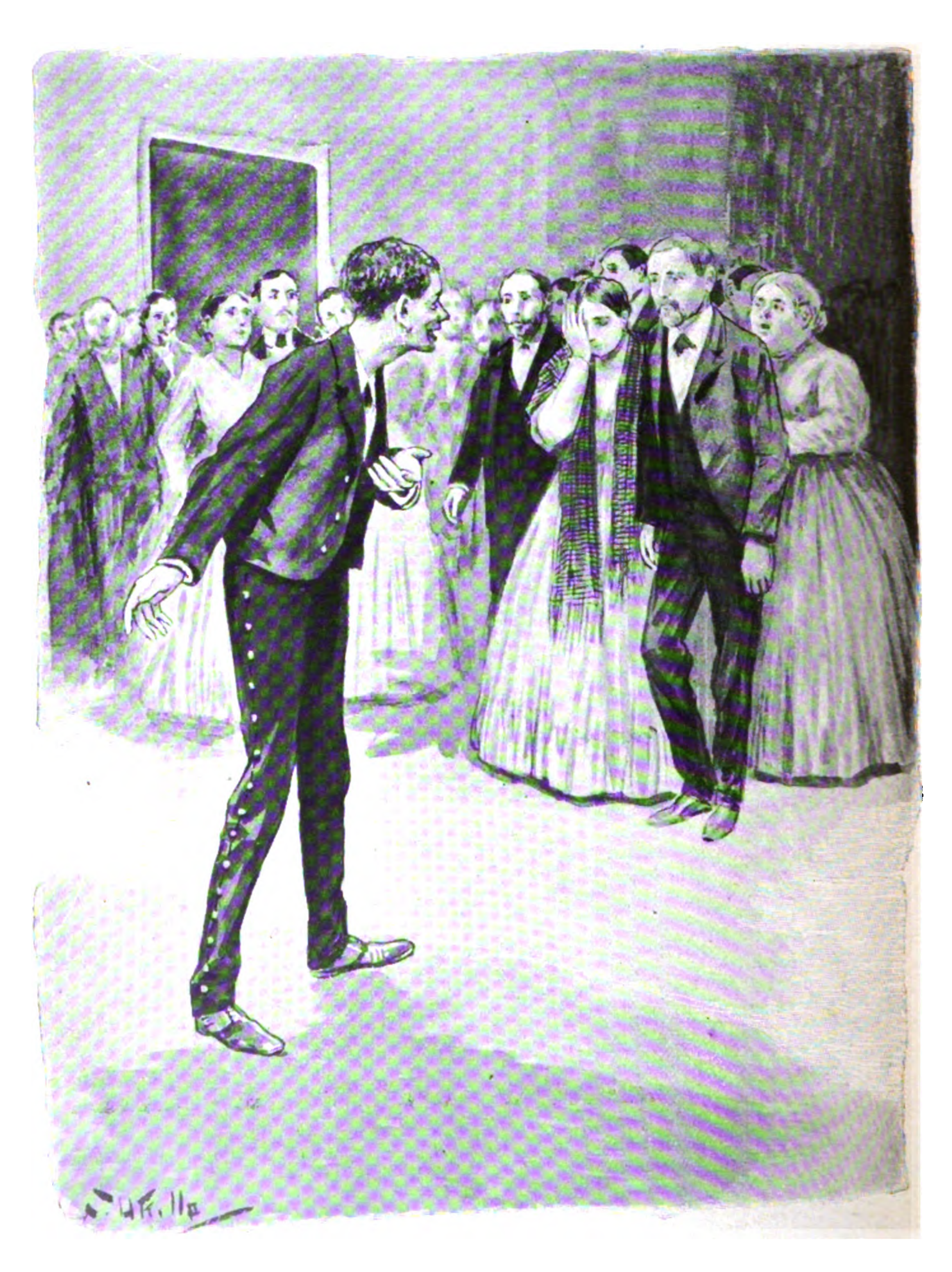
De Eugenia Jecker de Olivos á su marido

Copala, 1865.

Miguel mío de mi corazón: ¡qué triste, qué horrible acogida nos ha hecho el famoso mineral de Copala, cuya situación, linderos y posición geográfica me describiste maravillosamente!

Tan pronto como los franceses se convencieron de que no existían las guerrillas que les habían dado tanto quehacer, mandaron diversas expediciones punitivas, *razzias* organizadas que tienen por objeto castigar á los pueblos que han manifestado adhesión á los republicanos. Contra este lugar de Copala enviaron una buena cantidad de franceses, al asegurarse de que no había aquí Corona ni cosa que lo valiera, y llegaron decididos á hacer un ejemplar.

Mamá y yo pudimos ocultarnos á tiempo; mas un hombre á quien no conozco le dió soplo de nuestro escondite al jefe francés, y á nosotras, lo mismo que á todas las señoras de la población, nos llevaron á una gran troje dizque con intento de protegernos de cualquier ataque de la canalla. También estaban allí el señor cura, dos ó tres ancianos del lugar, papá y tres caballeros más á quien se había cogido presos. De repente apareció un hombre alto, trigueño, de brazos larguísimos y de piernas flexi-



—Señores, los que deseen pueden escaparse...

bles: parecía un mono que anduviera en dos patas, y si no estuviera segura de que aquel excelente capitán Pasamonte que tú me describes en tus cartas es de ustedes, de los buenos, y no de la gentuza afrancesada, habría creído que era él quien gritó en voz alta en la puerta del cuarto:

—Señores, los que lo deseen, pueden escaparse, pues ahora estoy yo de guardia. Los franceses se proponen fusilar sin remisión á todos los hombres, como que saben que este mineral es de los chinacos en cuerpo y alma... Conque el que no quiera morir de mala muerte, que tome la salida, porque los jefes tardan minutos.

Papá se rehusaba á retirarse; pero nosotras, hincándonos de rodillas, le rogamos nos dejara correr nuestra suerte, pues lo que importaba era que él salvara su vida. A duras penas le hicimos salir.

El malvado aquel, que tanto se parece en los ademanes al gorila del Jardín de las Plantas, se acercó á nosotros y convenció á papá, pues dijo le conocía de nombre.

—No tenga cuidado, señor, le dijo, que de mi cuenta corre la familia... Váyase usted, y de las señoras yo respondo... No se preocupe por ellas y cuidado el pellejo, porque si no éstos le truenan... Ya verá si aprovecharán la oportunidad de fusilar al licenciado Olivos...

Salió papá á regañadientes, y nosotras nos quedamos anegadas en lágrimas; pero ¿qué eran nuestros lamentos

junto á los de todas las pobres mujeres allí congregadas y que se dolían de haber perdido ó de tener en inminente peligro al padre, al hermano, al amigo ó á su propia persona?

No tardó en entrar un pelotón de cazadores de Vincennes: bien puestos los quepis, encerados los bigotes,



limpios los trajes y con un aire marcial que daba gusto, pues parecían volver de una parada y no haber hecho varias horas de camino bajo un sol canicular.

—¿Dónde están los hombres? fué su primera pregunta.

—¿Dónde está Olivos, dónde está el *Nigromante?*

—¿A qué preguntar por esos bribones, capitán, dijo

uno de ellos, si al irse nos han dejado cosas tan bellas como las que vemos?

Y haciendo una caricia en el rostro á una moza alta, morena, con cada ojo como una estrella, trató de cogerla por el talle.

Nunca lo hubiera hecho: la muchacha sacó de no sé dónde un puñal que tenía oculto, y blandiéndole en el aire lo sumergió tres veces en el cuerpo del sargento que la había ultrajado.

Aquello fué la señal: jefes y soldados empezaron á esgrimir sus armas contra nosotras y á dar planazos, á producir heridas contusas y hasta herir de firme.

Hubo entonces hazañas que honran tanto á Francia como á su nobilísimo Emperador: un veterano de bigotes encanecidos al sol de las batallas, golpeó hasta dejarla sin sentido á una vieja de setenta años; un oficial lleno de cicatrices honrosas, quizás condecorado, quizás mencionado en órdenes generales por su valiente comportamiento, hartó á puntapiés á dos niños que se abrazaban de las piernas de la madre; un viejo respetable que tenía tres cintas en la manga, tiró por el suelo á golpes repetidos á un par de mujeres, madre é hija, que procuraban defenderse mutuamente...

Pero luego siguió lo horrible, lo espantoso, lo espeluznante, lo que yo no olvidaría en cien años si cien años viviera: aquellos monstruos se precipitaron sobre las mu-

jeres y abusaron de ellas deshojando la flor de su decoro, violándolas con toda premeditación, riéndose de sus lamentos, haciendo inmundos chascarrillos acerca de todo lo que podía servirles de tema de alegría.

A nosotros, es decir á mí, se dirigió el monazo aquel que se había vendido por nuestro salvador.

¡Ah, bribonas, chinacas, indecentes; ya las tengo!

Y me puso la mano en el hombro tirando de mí para llevarme en medio del cuarto. Mamá se puso furiosa: increpó al villano, llamó odiosa á la Francia que nos traía esa horrible forma de desorden que no habrán conocido los más feroces revolucionarios; se lamentó, lloró, se mesó los cabellos, tiró de mí para protegerme; pero ni las censuras fueron oídas, ni los lamentos escuchados, ni los lloros atendidos, ni los mesamientos y esfuerzos tuvieron eficacia alguna. Por más que yo bregaba, sentía que iban á acabarse mis fuerzas y que al fin tendría que caer en manos de aquel infame. Pero cuando más comprometidas nos hallábamos, entró un sujeto bajito de cuerpo, de barbilla recortada, rubio y de buena cara, que viendo la mía espantada y sin color apartó al infame é hipócrita, y dándole un empellón le dijo en buen castellano:

—¡Ea, basta ya; deje usted á estas señoras!

Y dándonos el brazo nos condujo fuera de aquel lugar.

No tengo tiempo ni calma para escribirte más; bás-

tete saber que estamos á salvo y que no tenemos cuidado por la suerte de papá.

Muy pronto te escribirá largamente tu

Eugenia.

DE MIGUEL CABALLERO DE LOS OLIVOS Á EUGENIA JECKER Y UBIARCO, SU MUJER

Guadalupe y Calvo, 1865.

Eugenia mía de mi corazón: ignoro si estarás ya en Sinaloa, conforme me lo anunciabas; pero el portador, que es seguro y listo, sabrá remitirte este papel adonde te halles. Me han pasado tantas cosas notables, que necesito varias cartas para referírtelas una por una.

En primer lugar, debes saber que el otro día, en una marcha, me retrasé del general y de su Estado Mayor, y que en unión de algunos de los que rodean al jefe, me puse á descansar debajo de unos árboles que bordean un camino.

No bien acababa de perder de vista al general, cuando llegó Parapilla agitado y descompuesto:

—¿Dónde está don Ramón? dijo á voces.

—Por allí va, le contestamos negligentemente.

—Pero ¿por dónde? ¿Qué rumbo lleva?... Figúrese, me dijo, que tengo que decirle muchas cosas á Corona, porque acabo de coger á un espía, á un espía de Lozada.

¿Qué le parece? Y le he sacado muchísimas cosas... ¡El maldito Lozada!... ¡Si le conozco como si le hubiera acabado de desensillar!...

Seguimos andando y á poco advertimos el grupo que formaban Corona y sus ayudantes. Parapilla se adelantó y quiso abrazar al jefe haciendo demostraciones de grandísima satisfacción por verle. Ciento cincuenta pasos más habían caminado, cuando de una manchita de monte salieron doscientos ó trescientos franceses de á caballo, esgrimiendo los sables y atacando al pequeño grupó que rodeaba al general.

Poco tuvimos que esforzarnos para reunirnos á los que se defendían, y apoyándonos precisamente en la manchita de bosque de donde habían salido los enemigos, empezamos á luchar sin descanso. Los *Cazadores de Africa* —porque eran *Cazadores* los de la sorpresa—dirigían tajos y mandobles contra nosotros; pero como nos encontraban distribuídos en porciones de cinco ó seis jinetes nos acometían con flojedad y como indecisos.

De repente se oyó un grito destemplado:

—¡Aquí está Ginés Martínez, jijos de la tiznada!... ¡Aquí hay *pirata*, tales!

En el momento mismo se precipitó el alud aquel sobre los cuatro ó cinco que rodeaban al general, mientras Ginés abrazaba á Corona como tratando de protegerle.

Pero don Ramón, con presteza de anguila, se escabu-

lló de los brazos de Paramonte, se metió por el bosquecillo, y anda véte: ojo relojo. A los dos minutos llegaban trescientos jinetes del coronel Guerra, y los cazadores despejaban el lugar dejando diez ó doce muertos ó moribundos. A Ginés no se le vió más: su caballo pinto corrió arrastrando un zarape tricolor, pisándose las riendas, alzando la cabeza y girando los ojos por todas partes, como si quisiera preguntarnos por su dueño. El sargento Perales ocurrió á recoger la bestia y volvió con ella del diestro á la sazón que esperábamos al general, que no debía de estar distante.

Luego que se nos incorporó, le dije á Perales:

—El pobre Ginés... ¡lo que son las cosas! sin quererlo atrajo sobre el general los machetes de los argelinos (te advierto que por aquí se llama *argelinos* á todos los franceses).

Me miró Perales largamente, y riéndose entre sus barbotas, de manera que la risa salía como tamizada, como cernida, me contestó con sorna:

—¿Conque sin quererlo, jefe? No lo crea; todo era cosa convenida, no le quepa duda... El tal Parapilla es capaz de cualquier cosa... Y la prueba de que nos teme está en que no ha aparecido más... El miedo no anda en burros... Este fué lozadeño; últimamente le vieron en el puerto haciendo migas con la gentuza; ahora se nos presenta aquí... Me parece que la cosa no tiene duda. Llegó fin-

giéndose republicano y al parecer furioso con los traidores, pero de seguro que desde Tepic venía arreglado. ¿No me cuenta que les asaltó en la sierra la gente de Domingo Naya? Pues no ha de haber sido asalto; ha de haber sido entrevista con este indecente para acabar de ponerse de acuerdo en su cochinada... Eso es claro.

Ya ves, pues, Eugenia de mi alma, con quién ha hecho viaje tu inexperto

Miguel.

P. S. Acabo de recibir tu carta y de saber cuanto ha acontecido. No me cabe duda de que el malvado que tanto las hizo sufrir fué el bribón de Parapilla. Le ofrezco hacerle pagar todas juntas.

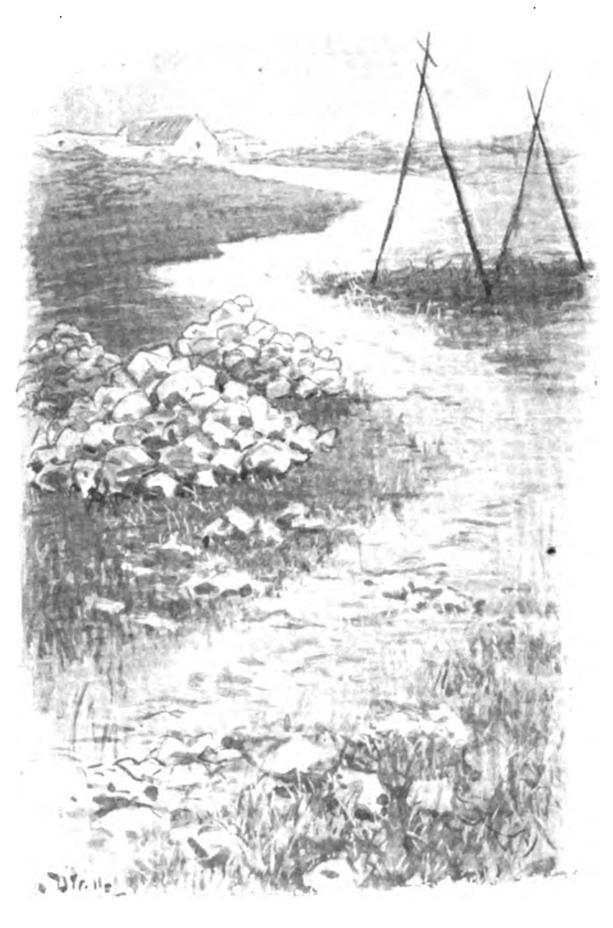
De Miguel Caballero á su mujer

Guadalupe y Calvo, 1865.

Génie de mi alma: íbamos atravesando un terreno agostado y triste; á la derecha se descubría un jacal quemado recientemente, mirándose tan sólo restos de los cuatro palos que habían formado el caballete, y una cruz humeada y con los brazos caídos que había coronado el pobre albergue en que antaño se *echaban* tortillas y ardía la leña bienhechora. A la izquierda estaban tres montones de piedras que indicaban que en aquel lugar habían muerto de mala muerte algunos infelices. A lo lejos se

descubría una polvareda gris, y en el término de la carretera un ranchuelo que semejaba una excrecencia brotada en la tierra estéril y tristona.

—Allí descansaremos, dije á Perales señalándole con el cabo de la cuarta las paredes polvorientas.



—¡Ah que l'amo! me respondió el subteniente; ¡ah que l'amo! ¡descansar!.. ¿Qué, no ve que eso está más pelón que el paladar de una vieja?.. Antes había aquí su comercito, vivían algunos dueños de ranchos y todo marchaba como Dios quería; hoy, desde que lo quemó la gabachada, está *íngrimo* y solo, *íngrimo* y solo... y como esto es todito el Estado de Sinaloa: entiéndalo, mi capitán, si éstos no se retiran, la tierra se acaba. Los sina-

loenses han hecho por nosotros más que los doce pares de Francia; pero la verdá que todo tiene su hasta aquí: yo he visto rancheros que han salido á incontrar á mi general... Mi general, buenos días; y que esto y que lo otro y que la patria y que jué y que vino y que el invasor extranjero y que tornó y que volvió... Y no le miento, uno le iba dejando los quinientos y otro los mil y otro los mil quinientos, duritos como un hueso. Y ora, jefe, ¿qué van á dejar? Nosotros les daremos si acaso... Ya no hay labores, porque no hay gente útil: á toda se la ha llevado la leva; ya no hay ganado, porque se ha muerto ó se le han comido los partidarios; ya no hay comercio, porque los caminos están hirviendo de *jurtones* á pilas; ya no hay minería, porque los pozos están inundados y no hay quién saque una brizna de metal...

Y luego, lo mal que nos va en todas nuestras cosas; á Crespo le sorprendieron en Jacobo y le dispersaron á toda su gente; á Guzmán le derrotó Lozada en Guajicori y le hizo pedazos; á Camilo Isiordia le dieron el otro día una zacateada que me le dejaron por puertas; ayer redotaron los franceses á Miguel Martínez y se quedaron con el Rosario; cayó Lozada sobre el hospital de Maloya, y no le miento, patrón, en sus camas mató á treinta y cinco heridos, muchos de ellos franceses recogidos y curados por nosotros; el general Martínez y el general Gutiérrez salieron hechos pedazos el otro día cerca de Mazatlán, y

por fin, Lozada acaba de entrar en esa plaza al frente de tres mil indios.

Tenemos que hacer una cosa, apretadas naranjas, y es salirnos de aquí á ver qué hacemos en el rumbo de Durango. Ya el jefe se lo escribió al presidente don Benito, diciéndole también que qué hubo pues, que si no nos auxilia ó que qué moo damos...

Y pa que vea no más á lo que llega la probeza: el otro día pensaron los generales en mandarle decir esas cosas al señor de Paso del Norte, y recordando que había aquí un sujeto á quien don Benito les había recomendado, pues dijeron: *Obrediós;* éste está que ni mandao hacer; que le refiera al Presidente lo que pasa... El buen señor, pos dijo que sí, que sí iba, pero que necesitaba recursos... «¿Recursos?» dijeron los jefes pelando tantos molcajetes... «¿Qué recursos necesita? ¿Cuánto quere?» «Que diez pesos», respondió el otro... Se quedaron súpitos los jefes. Pero como el otro era juereño, juntando aquí y arañando allá le reunieron los diez duritos. Pero antes el general le escribió una carta á don Juárez: que esto y que lo otro y que viera á quiénes recomendaba y que su hombre había de menester diez pesos no más pa caminar de aquí á Paso del Norte... Figúrese, pues vida de arzobispo...

Llegamos en eso á una barranquilla que nos ofrecía facilidades para el sesteo, y debajo de unos mezquites atamos á las caballerías. De las grietas, como animales

feroces, salieron una mujer y tres chiquillos, de los cuales el recién nacido tiraba sin cesar de una teta flácida, negruzca y sin jugo, que parecía hecha de cautchuc. Al ver que nada intentábamos contra ellos los pobres, se nos acercaron pidiendo limosna con voz plañidera y que parecía salirles de las entrañas.

— Es la falla y quieren yesca, hijos, exclamó Perales poniéndoles en la mano unas tortillas duras.

Y al ver que yo me fijaba en un potaje verde, con aspecto de cataplasma, que cocían en una olla rajada, me dijo el subteniente:

— ¿No conoce ese menjurge? Son los bledos, que solos, ó revueltos con maíz ó trigo, se comen aquí en los tiempos de escasez. Es comida de los de la vista baja, hablando con perdón.

Y luego, subiendo á toda prisa, ya que había pasado el bochorno de la siesta, continuamos afligidos nuestra peregrinación.

Hasta mañana.

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

Guadalupe y Calvo, 1865.

Hijita mía de mi alma: aprovecho este corto descanso para contarte muchas cosas que te interesarán por ser mías, y que deseo guardes para recordarlas alguna vez.



— ¿No conoce ese menjurge? Son los bledos, que solos, ó revueltos con maíz ó trigo...

Es, pues, el caso que esa noche, la del día en que acaeció el encuentro con los desgraciados que vivían en el fondo de la barranca, Corona llamó á un viejo y aguerrido militar llamado el comandante Calixto Salas, y luego de saludarle le habló así:

—Comandante, quiero encargarle una comisión de mucho peligro; pero como lo es, le dejo á usted en libertad de aceptar ó no.

—La acepto, mi general.

—No respondas á ciegas, exclamó Martínez; todavía no sabes en qué consista la tal comisión y ya aseguras que te conviene. Se necesita, ante todo, de mucha actividad y de una gran resolución; tú eres hombre pundonoroso; ya te conocemos, mas vale la pena que lo medites.

—La acepto.

—Se trata de esto, exclamó Corona; por circunstancias especiales necesitamos cambiar el teatro de nuestras operaciones; pero para poder retirarnos hay que hacerles creer á los franceses que vamos á tomar rumbo distinto del que en realidad seguiremos. Usted, con veinticinco caballos que escogerá de lo mejorcito de nuestras brigadas, se mete á la Noria yéndose por un lado de Copala, á fin de hacer creer á los franceses que vamos á pasar por allí y de que desatiendan el camino de Zaragoza, por donde en realidad pasaremos. Usted manda preparar víveres para dos mil hombres, hace matar reses que basten

para un número igual, y extiende la nueva de que vamos á caminar en alta fuerza, dirigiéndonos á un lugar que ignora.

Salas quedó perplejo por un rato, y cuando reflexionaba más detenidamente, otro chinacate, un tal Pacheco, tomó la palabra y le dijo con sorna:

—No te asustes, *Calistro,* que si á ti no te conviene el encarguito no faltará quien lo haga por ti, y nada menos aquí estoy yo pa servirte.

—No decía eso, repuso Salas enojado; reflejaba sólo en que veinticinco hombres son poca gente, que si el general pudiera darme siquiera el doble le respondía con mi cabeza de que todo salía bien, y que si no me les puede dar, con los veinticinco veré lo que hago.

—Amigo, respondió Corona, no sé si habrá los cincuenta jinetes entre los nuestros. No está bien la caballada y se necesita darle gente lista para todo servicio. Usted mismo escoja, y si les reune son suyos.

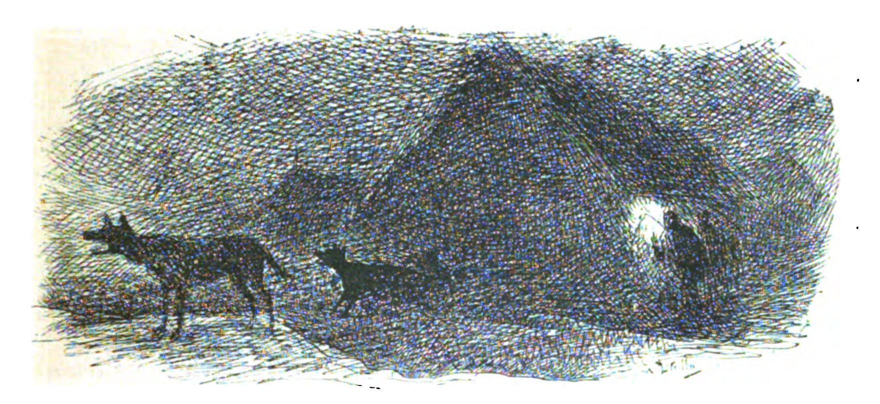
Pedí licencia á Corona para formar parte de la expedición, y el jefe le dijo á Salas:

—Vaya, amigo, Dios le va socorriendo: aquí tiene un muchacho de fibra que dice quiere ser de los suyos. ¿Le acepta?

—Con mil amores, mi general.

—Pues vaya á buscar el resto, que no le faltan más que cuarenta y nueve.

Treinta y siete hombres pudo reunir el buen Salas, y al obscurecer nos poníamos en camino llenos de gozo. Anduvimos toda la noche, y en vez de evitar los ranchos sospechosos, los puntos en que había temores de encontrar franceses, íbamos á buscarlos con más resolución, como si hubiéramos llevado la seguridad de que nos custodiaba las espaldas un buen golpe de tropas.



Cuando los perros anunciaban nuestra presencia, los medrosos habitantes de los lugarejos salían despavoridos alumbrándose con rajas de ocote y envueltos en sucias sabanillas.

—¿Qué es eso, tales? exclamaba Calixto; ¿de modo que está todo como siempre? Vayan matando diez y seis reses, y alisten paja y maíz para setecientos caballos... Donde venga don Angel Martínez y vea que todo está lo lo mismo que hace dos horas, que deben de haber pasado los de la vanguardia, no se quitan una jusilada ni con jabón de la Puebla.

—Señor, si nosotros nada sabíamos....

—Bueno, pos por si sabían ó no sabían, empiecen luego á lo que les digo: échense á buscar los animales y arréglenlo todo, que don Donato es de los que llegan delante, y como delicado creo que no tiene cuate en el mundo.

—Pos allá vamos, jefe.

—Bueno, y por de pronto traigan dos ó tres *limetas* de buen mezcal, que estamos necesitándole.

—¡Mi comandante, pero si no le tenemos!

—Pues le sacan de debajo de la tierra, cordones, que conmigo no hay chancitas.

Así atravesamos soledades temerosas, bosques que sabíamos eran guarida de imperialistas, arroyos en que el rumorcillo del agua se confundía con el de los caballos al remover las guijas húmedas con las pezuñas herradas, y pueblecillos que veían llegar con el Jesús en la boca á los terribles *aposentadores*, que iban á comerse lo poco que se guardaba. Por allí recibimos noticia de que venían contra nosotros varias partidas de imperialistas.

A media noche pasamos por Copala, donde los perros nos saludaron con sus ladridos más agudos, los franceses con una salva y algunos jinetes con una persecución que duró como media legua. Al amanecer llegamos al Verde, ordinario abrevadero de Martínez, y al otro día, cuando el sol estaba en mitad de su carrera, parábamos en el

Espinal, donde recibimos oportuno aviso de que se encontraba robando y cometiendo horrores una gavilla de imperialistas. Les caímos cuando estaban más descuidados, les pegamos una golpiza de Dios es Cristo, y seguimos caminando. Tanta era nuestra confianza, que poco antes de arribar al rancho de Escamilla, un compañero puso en el suelo una frazada, sacó una víbora apretada de pesos y una baraja mugrienta y empezó á tupirle á los albures.

Allí fué lo de «Primera bastos sota moza», «Voy camonina», «Lo tapo», «Patas de sota, dos seguro», «A la sota por bonita y al caballo por ligero», «¡Ah, qué tres tan venidor!»; y hasta coplillas que venían á pelo con una oportunidad que daba gloria:

Un cojo se fué á la fiesta
Y en la cuesta se detuvo.
Hay cojos que tienen madre,
Pero éste ni madre tuvo.

Había quien juntara dos ó tres pesos, había quien tuviera hasta dos ó tres onzas; pero todo lo íbamos dejando en manos del dueño del monte, por no recordar el sabio proloquio de que «de Enero á Enero el dinero es del montero».

Estábamos en lo más reñido de «No doy caja», «Ya me pelaron», «¡Qué suerte de maldito!», «Vénganse á la cargada», «¿Corre?» «Puede», cuando miramos volver

despavoridos á nuestros soldados que habían ido á Escamilla á holgarse en paz y gracia de Dios.

Quiso mi buena suerte que estuviera cerca de mí el caballo en que había venido montado. En un momento trepé en él, salí con los quince ó veinte jinetes que me pudieron seguir, y cuando el resto de la tropa pudo valerse ya se encontró rodeada de una guerrilla mexicana y de un destacamento de cazadores franceses.

Nos encaramos con los enemigos, les dimos una carga que les desordenó en buena parte; pero como muchos de los nuestros se encontraban pie á tierra, poco á poco los agresores fueron quedándose dueños del terreno y obligándonos á la huída.

Pudimos luchar con éxito un buen rato, mas al bajar una cuesta la gente se desordenó, nos hicieron tres muertos y el pobre comandante Salas cayó mal herido y fué hecho prisionero.

A mata caballo me escapé de caer en manos de los franceses, llevando á mi lado á doce soldados, de los cuales seis llegaron conmigo á Cosalá, donde me reuní con el resto de las brigadas y pude saber el fusilamiento del comandante Salas y la muerte de muchos de mis compañeros de aventura.

Así terminó la mía, que me produjo el ascenso á comandante de escuadrón, grado con que ahora me pavoneo, y al resto de la tropa la ventaja de no ser perseguida en su tránsito.

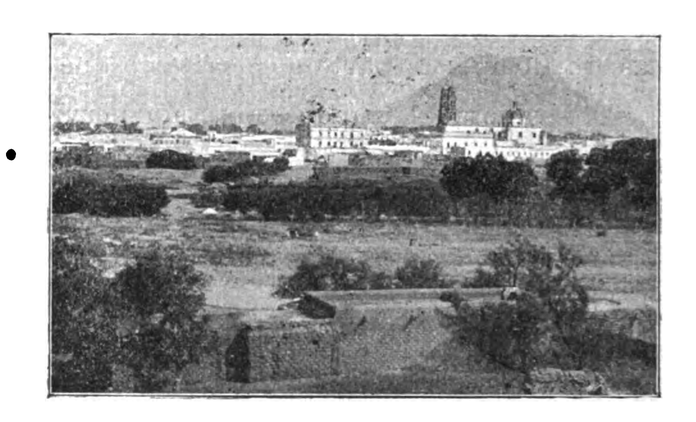
(Al otro día).

Este bendito pueblo de Guadalupe y Calvo ha venido á ser para nosotros como una Capua, como un Patmos, como un refugio en todas nuestras adversidades. El general determinó entrar en Durango, y, de acuerdo con Patoni y Carbajal, hostilizar á los franceses dirigiéndose contra Santiago Papasquiaro; pero pronto recibió la orden de volver á Sinaloa, donde hacía falta nuestra presencia.

Apenas era tiempo: la parte de territorio que atravesábamos estaba agotada, empobrecida, sin nervio y sin recursos. Entramos en Chihuahua; y el general consideró necesario reposarse unos días en este mineral, que tiene fama de rico y fastuoso entre toda la chinaca. Pero para llegar ¡qué trabajos tan grandes, qué hambres tan horribles, qué precipicios tan espantosos, qué falta de toda suerte de mantenimientos!

El encargado de la autoridad política dirigió al general una comunicación, respuesta á la que éste le puso; en ella decía, que aunque el mineral se encontraba en malas condiciones por haberse paralizado en grandísima parte el trabajo de las minas, quería el vecindario hacer ver en cuánto estimaba los sacrificios de los defensores de la patria. Para el efecto le ofrecía diez mil pesos en dinero y tres mil en provisiones, no enviando más á causa de que el pueblo tenía que suministrar mensualmente seis mil pesos al Gobierno federal establecido en Chihuahua. El

auxilio llegó á tiempo, pues cabalmente el día que vimos los primeros sacos de maíz y trigo íbamos ya agotados y sin fuerzas: las lluvias de la sierra nos dificultaban en un noventa por ciento más aquel camino formidable; las marchas á pie nos habían hecho pedazos el vestido y el calzado; la falta de comida nos había extenuado, de manera que parecíamos espectros.



Vista de Chihuaha

El general quiso instruir á los oficiales de la conducta que debían observar ellos y sus tropas al entrar en el pueblo patriota y admirable que tan bien nos trataba; pero apenas había comenzado á hablar, desde el caballo, cuando le vimos mudar de color, afianzarse de las riendas del animal y de la cabeza de la silla, y, por fin, caer al suelo cuán largo era.

Acudimos á levantarle; creyendo en alguna enfermedad grave, hicimos llamar médico que lo atendiera, y

como providencia preliminar alguien le dió á oler un frasco con aguardiente. El general volvió en sí, bebió con grandes gestos un trago del licor, y luego que hubo comido un cacho de cecina se puso en pie y subió de nuevo en el *cuaco:* hambre, pura hambre, era la enfermedad de don Ramón...

Un buen trecho antes de llegar al pueblo salieron á recibirnos los sujetos más notables montados en grandes y briosos caballos, y á la orilla vimos á una multitud entusiasta que se esforzaba en agasajar, no ya á los jefes de alta graduación, sino á los más insignificantes soldados. Durante la semana que aquí llevamos hemos disfrutado de bailes, banquetes, días de campo y de toda suerte de cumplidos; las tropas tienen vestuario y rancho; los jefes somos tratados á cuerpo de rey y todos creemos estar en unas perpetuas bodas de Camacho.

Desgraciadamente volveremos pronto á Sinaloa, donde el temporal, haciendo crecer los ríos, ha inundado los terrenos é impide toda suerte de trabajos y hace imposible la estancia de cualquier clase de tropas.

Sólo el estar cerca de ti consuela á tu

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

El Fuerte, 1865.

Vida mía de mi alma: para que veas que no sólo te he de contar aventuras guerreras, hoy te envío una cartita

anónima que acaba de llegar á mi poder y en que se procura indisponerme contra ti. Vale la pena de que te rías con el papasal y por eso te le copio:

«Mi querido amigo: usted, por mirar las estrellas, olvida lo que pasa debajo de ellas. Mientras cree defender á la patria, no defiende algo que todavía le toca más de cerca.

El Nigromante sigue con sus atenciones, y aunque usted no se preocupe por semejante carcamal ni por lo que intente, es bueno se fije en un francés, guapo él, bajito de cuerpo él, con hermosa barbilla él.

Parece que la señora gusta más de los uniformes flamantes que de los uniformes agujereados, de las buenas caras que de las caras marchitas, de las gentes que comen que de las gentes que ayunan. Allá ella.

Le creo á usted un hombre de vergüenza, y por eso le refiero estas cosas que me figuro han de interesarle. Aunque la señora es muy ladina y ha engatusado á sus suegros, me parece no logrará engañar á usted. Pregúntele sólo por qué la visita con tanta asiduidad un oficial francés.

Tal vez hable con ese sujeto sobre lo bonito que es París y lo divertida que se pasa la vida por allá; pero aquí piensa de otro modo la gente chismosa.

Bueno sería que usted se cerciorara de todo.

Un amigo que se interesa por la honra de usted.»

Hasta la próxima

Miguel.

De Eugenia Jecker de Olivos á Miguel, su marido

Copala, 1865.

Miguel mío: hoy conocí á Agustina Ramírez, mujer que si hubiera nacido hace siglos, en Grecia ó en Roma, sería vista con veneración y á su muerte tendría templos. La Agustina es mujer recia de complexión, de estatura alta, nada hermosa y muy determinada. A su impulso se alistó en las banderas liberales su marido Severiano Rodríguez y pereció en un ataque que los generales Vega y Pesqueira dieron al puerto de Mazatlán. En la guerra presente ha llevado sus trece hijos á las tropas republicanas, y doce lleva ya perdidos en diferentes combates. Esos valientes se llamaban Librado, Francisco, José María, Manuel, Victorio, Antonio, Apolonio, Juan, José, Juan Bautista, Jesús y Francisco (segundo). Le queda un muchacho llamado Eusebio, y el general Corona le ha permitido, casi le ha exigido, que le conserve á su lado para que la acompañe en su vejez.

Y no pienses que esta heroína se haya limitado á enviar al campo á sus hijos: les ha adoctrinado, les ha aleccionado, camina cerca de ellos, les exhorta, les cura cuando están heridos y les entierra cuando mueren.

Al entrar á la primer batalla, asustado por el estrépito y la confusión, uno de los muchachos, el más tierno, tomó

el campo y desertó. El ejército no se entretiene en buscar desertores: le basta con las dificultades ordinarias con que cuenta. La Agustina salió á toda prisa, recorrió leguas enteras y no volvió al lado de sus otros soldados hasta que hubo rescatado al fugitivo.

—Señor general, le dijo á Corona al presentársele, señor general, aquí está este chico que se había escapado. No le castigue, señor, ya ha ofrecido no volver á hacer nada igual en su vida: se ha convencido de que una cobardía suya es la muerte de su madre.

¡Qué hermoso ejemplo de austera y varonil entereza de esta mujer, que sin talento ni ciencia ni aun educación, comprende tan bien y practica tan sencillamente sus deberes para con la patria!

¡Que todas las madres mexicanas fueran así!

Todos estamos buenos y te mandamos muchos abrazos; yo te envío de sobornal algunos besos. Tu

Génie.

De Miguel á Eugenia

El Fuerte, 1865.

Eugenia mía: mi carta se topó de seguro con la que me escribes hablándome largamente de una señora Martínez ó Rodríguez. Bien me parecería, si no hubiera continuado el maldito carteo de mi corresponsal anónimo,



—Señor general, le dijo á Corona al presentarle...

que ayer y hoy me mandó nuevas esquelitas contándome no sé qué horrores que te conciernen. La de ayer dice en la parte esencial:

«Las visitas del *Nigromante* á la casa de usted siguen siendo el palillo de dientes de todas las conversaciones: no hay quien no considere que le minotauriza á usted ese escritorzuelo, que por cierto dicen es muy blando y alegre de corazón. ¿Qué hace, por qué no viene por aquí y mete en cintura al danzante?

»Pero peor es, si cabe, la presencia del francés barbilindo, que tiene tontos y locos á sus señores padres, que por cierto no han perdido la gracia del bautismo. ¡Dios se la guarde para cuando tengan que ir á la gloria! Mientras eso sucede, no dudo que usted pare en el limbo.»

La de hoy decía:

«Se lo dije á usted y todo se ha cumplido como si estuviera mandado de arriba: el franchute está haciendo de las suyas sin escrúpulo y fingiendo desesperarse por los males que recaen en la familia de usted: hizo nombrar á don Germán juez de primera instancia de Villa Unión; el hombre se rehusó y esta mañana se presentaron diez soldados que le condujeron á pie y con grandes vejaciones hasta Mazatlán; es probable que se conforme ó que entre en prisión si acaso sigue en sus trece.

»Las señoras, entretanto, quedan encomendadas á la

paternal tutela del *Nigromante* y del oficialillo del cuento, que de seguro no van á perder su tiempo en tonterías.

»¿Y mi madre? me dirá usted; allí queda mi madre. Pero no se canse usted; mi señora doña Lorenza, que es buena como el buen pan, tiene tanta malicia como el niño Miguelito, y con la mayor facilidad la engañarán el oficialillo bulle bulle y... Iba á decir lo que no debo.

»Conque abra usted el ojo y fíjese bien en este importante negocio. Usted es muy tierno, muy bondadoso y muy querendón; por eso le enredan con suma facilidad. Y eso estará siempre bien; pero, amigo, cuando se trata de cosas como la negra honrilla, no hay que andar con repulgos.

»Su amigo de siempre.»

¿Qué es esto, Eugenia de mi alma? ¿qué es esto? Hay para volverse loco, hay para hacer una atrocidad.

¿Está preso mi padre? ¿Están ustedes en peligro? ¿Circulan esos infames rumores? ¿Te corteja ese oficial francés? Háblame, háblame con verdad. explícamelo todo, que todo tengo derecho á saber, sea bueno ó sea malo. Te exijo que me respondas antes de que pase el día en que ésta recibas, pues cada instante que pasa me sumerge en nuevas dudas y cavilaciones. Contéstame; ten compasión de mí. Tu afligido,

Miguel.

De Miguel Caballero de los Olivos al general don Ramón Corona

Playa Colorada, 1866.

Mi respetado general: el gringo Dana no se distingue por su habilidad para poner la pluma, y aunque yo tampoco sea un primor en el asunto, he recibido encargo de referirle á usted pormenorizadamente, cómo aconteció la captura del *John L. Stephens,* pues quizás se le ofrezca á usted dejar bien aclarado el punto ante nuestro Gobierno, y quizás también logre deshacer imaginarias reclamaciones que pudieran presentarse por nuestro modo de obrar. Y como el parte es por su naturaleza misma lacónico y conciso hasta no poder más, estimo que quizás convenga quede bien sentado lo que nuestro país debe á Dana; por eso le hablo á usted con cierta extensión.

Como usted sabe bien, mi general, Dana es aquel americano, minero rico y comerciante de crédito, que encontrándose comprometido ante los franceses por la ayuda que nos había prestado, solicitó de usted la gracia de caminar al lado nuestro, peleando con nosotros y poniendo á nuestras órdenes su admirable puntería, bajo la sola condición de subsistir de sus propios recursos. Usted accedió al deseo de Dana, que desde entonces fué el jefe de la llamada guerrilla americana.

Varias veces, según me asegura, habló Dana á usted acerca de la conveniencia de apresar el vapor que hace regularmente el tráfico entre San Francisco y los puertos mexicanos; pero usted, considerando que se podía mirar esa captura como un acto pirático y hostil á la república americana, se rehusó á dar las órdenes que nuestro amigo apetecía.

A principios de este año logró usted interceptar correspondencia del enemigo, que comprobaba se tenía determinado enviar una expedición contra nosotros aprovechándose de auxilios que les traería el *Stephens*. Entonces ya no abrigó usted escrúpulo ninguno, y ordenó á Dana la captura del vapor, dándole permiso para que escogiera los pocos hombres que debían acompañarle en aquella arriesgada empresa. Yo, por orden de usted, mi general, formé parte de la expedición, que no dudo en calificar de importante y decisiva para nuestros asuntos.

Salimos de Altata y emprendiendo el camino parte por tierra, parte por agua, llegamos al Cabo San Lucas, en la Baja California. No quiero pintar á usted, mi general, las penalidades del tránsito, porque las imagina usted sin gran esfuerzo; mas no dejaré de significarle cuán desinteresada y poderosamente nos ayudaron los pueblos de todo este litoral, ya suministrándonos dinero y provisiones, ya dándonos oportunos avisos, que supimos aprovechar en varias ocasiones.

El *John L. Stephens* ancló en el Cabo San Lucas un lunes á las siete de la noche, y á las tres de la madrugada del día siguiente, llevando listos nuestros rifles Winchester y amartillados y en la mano nuestros revólvers, nos acercamos al buque, que descansaba sin temores y ajeno á cualquier golpe de mano que contra él se pudiera intentar.

Doce éramos los que nos proponíamos realizar aquel atrevimiento, y estábamos resueltos á salirnos con la nuestra ó á hacer que nuestros cuerpos tomaran el aire marino desde lo alto del palo mayor del vaporcillo.

El buque dejó caer su escala, subió á toda prisa uno de nuestros compañeros, y cuando los otros todavía no poníamos el pie en el barco, el osado había ya cogido al capitán Wakeman, y argumentando con el poderoso auxilio de una pistola de último modelo, le hizo observar que si se movía ó solicitaba auxilio lo pasaría tan mal como de seguro no lo deseaba. Cuando el capitán balbuceaba excusas, defensas, imprecaciones, ¡qué sé yo! nosotros ya estábamos á bordo, nos posesionábamos de todas las salidas y cogíamos presos con la mayor facilidad y sin recurrir á la fuerza á los pasajeros que iban para Mazatlán.

El principal de todos era Mr. Chavon, que conducía los efectos destinados al Gobierno imperial, y que sólo pudo obtener que le perdonáramos pagando un rescate. Otro mexicano traidor que venía en el barco, se libró de que le ahorcáramos entregando quinientos pesos.

Dana mostró la orden que de usted traía para capturar el vapor, proceder á su registro y llevarle hasta el puerto de la Paz. Si por acaso nos perseguía algún buque francés debíamos quemar el *Stephens*, poniéndonos en salvo como Dios nos diera á entender.

El registro nos dió muy buen resultado, pues hallamos, con el nombre de cajas de ferretería, vinos y otras cosas, los efectos siguientes, que recogimos conforme era nuestro derecho: veinticinco cajas de rifles Enfield, once cajas de monturas, veintidós de cápsulas, pólvora y otros objetos, ocho barriles más de pólvora, cuatro cajas con botas, algunas otras armas y la correspondencia y papeles imperiales que demuestran de donde proceden tales efectos.

Como la bahía de Altata no tiene el calado suficiente, nos vimos precisados á descargar todos los efectos en la Paz; fletamos la primer goleta que creímos buena para hacer el transporte y dejamos el *Stephens* custodiado por veinte hombres seguros que no permitieron la partida del vapor sino cuando habían transcurrido veinticuatro horas de la salida de nuestro barco.

Quizás extrañará usted, mi general, que en vez de traer hasta este punto al vapor americano, le hayamos permitido seguir su ruta casi sin novedad. La causa de esa aparente omisión se debe á que quisimos evitar hasta la sombra de pretexto para una disputa diplomática; á

que no podemos conservar á nuestro servicio un vapor que pronto caería en manos de la escuadra francesa, y sobre todo, á que más nos sirve el *Stephens* conduciendo carga que pague derechos en los puntos que están en poder de los agentes de nuestra causa, que sujeto á nuestras órdenes y sin poder ser mandado ni tripulado convenientemente.

Espero, mi general, que usted aprobará todo lo que hemos ejecutado con la mira exclusiva de favorecer á nuestra patria y al ejército de que formamos parte.

No tardará usted en recibir los efectos capturados, ni tardaremos nosotros en hacerle ver cómo somos de usted adictos subordinados y seguros servidores, que le respetan y están á su disposición.

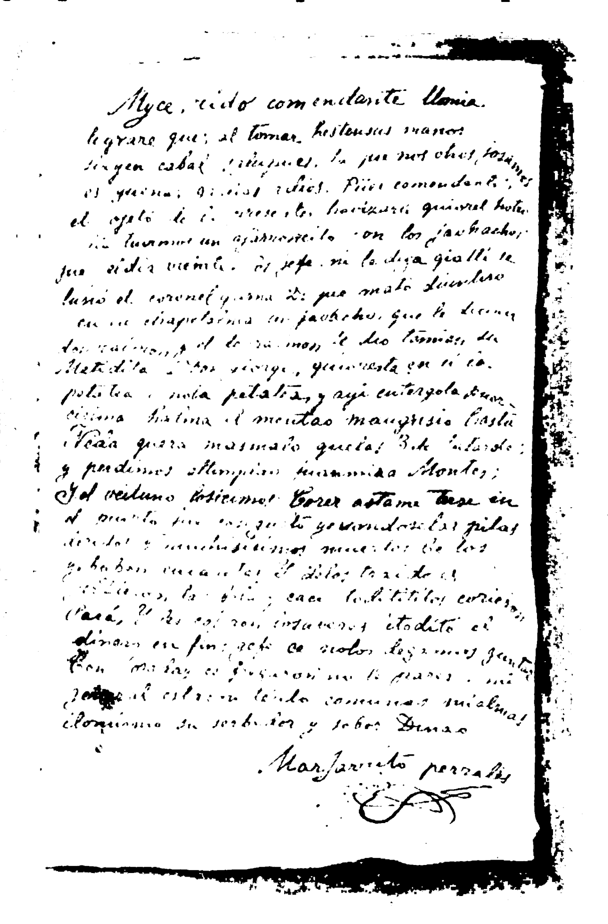
Comandante Miguel Caballero de los Olivos.

De Margarito Perales á Miguel Caballero de los Olivos

Presirio, 1865.

Myce, rido comendante llomia legrare que; al tomar hestensus manos siayen cabal salúpues, la que nos otros josamos es guéna; garcias adios. Pues comendante; el ojecto de la presentes havizarle quiorel hotro día tuvimos un ajarroncito con los javhachos: jue eldia vieinte. Pos jefe; ni le diga qiallí se lusió el coronel garna 2; que

mató diuntiro en la chapelalma un javacho: que le dician don raimon y el donraimon le dio tamien su Metidita á Don giorge, quioresta en si la petatea o nola petatea, y ayí



entergola puercisima halma el mentao maugrisio Casta Ñeda, quera masmalo quelas 3 de latarde; y perdimos altimplao juanmira Montes; Y el veituno losicimos Corer astame terse en el puerto jue cosegusto yevandoselas pilas

deridos y munchisísimos muertos Ce los yebaban encaretas. Y delos traidores perDieron la;bola y caci todititos corieron Pacá, Y les cojeron losaveres itodito el dinero en fin: gefe ce nolos degamos guntar Con losaday ce fregaron no le parese. mi general estacon tento comunas mialmas ilomismo su serbidor y sobor Dinao

MarJarrito perrales

De Miguel Caballero á su mujer

Eugenia: tiempo había, en el que llevamos de estas bregas espantosas, de que me hubieras contestado á las preguntas que con pleno derecho te he dirigido en muchas ocasiones. Casi no pasa día sin que reciba la carta consabida, y de ellas alguna tan alarmante como la que te copio:

«Parece, señor teniente coronel (ya se sabe aquí que usted es tal teniente coronel desde su hazaña en el *Stephens)*, parece que las cosas andan mal por el rumbo que usted sabe: el caballero está enfermo, casi valetudinario, y es un espectáculo edificante y digno de llamar la atención el de la señora conduciendo y casi llevando á cuestas á su cuyo, y según dicen, friccionándole, atendiéndole, cuidándole y haciéndole toda suerte de arrumacos. ¡Lo que es la caridad cristiana!

»Ahora piensan salir todos para Mazatlán, dizque

para conseguir la libertad de su padre de usted. Dios remedie las horas del pobre licenciado; pero ya usted comprende que si no cuenta para salir de la cárcel con apoyo distinto del de su rival de usted, va á durar allí hasta que San Juan baje el dedo. ¡Cómo ha de ser!

»Preocúpese usted por sus cosas, mírelas con el calor que merecen y no deje á su pobre amigo la tarea de cuidarle la honra; mire que á mí me puede pasar cualquier cosa y se quedará usted sin defensa posible.

»Piense en ello con atención.

»Su amigo de siempre.»

¡Por Dios, Génie de mi alma, que me saques de penas, pues esto no puede seguir así! ¿Quién es el villano que así me atormenta? ¿Acaso le he hecho á alguien tanto mal, que tome contra mí tan cruel desquite? ¡Háblame, ilumíname, consuélame, dime algo — siquiera dime que tiene razón el miserable que ha envenenado mi vida — pues no puedo tolerar la existencia en esta situación!

Tu desgraciado

Miguel.

De Miguel Caballero de los Olivos, á su padre

Fuerte de Palos Prietos, 1866.

Mi querido padre: no se figura usted la horrible tensión de ánimo en que me encuentro, pues estando á unas

cuantas leguas de distancia de usted, de mi hijo, de mi madre y de Eugenia, de ninguno recibo noticias frescas ni antiguas.

¿Qué pasa? ¿Acaso, como dicen, está usted preso é imposibilitado de comunicarse conmigo? ¿Acaso se halla enfermo y no me puede decir palabra de sus cosas? Sé que últimamente le nombraron á usted juez de primera instancia de no sé qué distrito, que se rehusó á aceptar y que por esa razón le apresaron amenazándole con consignarle á la Corte marcial si seguía en su negativa. No me extraña, porque ese es el sistema que los franceses siguen sin falta para procurarse empleados; pero sí me extraña que la situación se prolongue indefinidamente.

¡Qué cosas habrá sufrido usted, qué vejaciones no habrá tenido que soportar, qué miserias no habrá pasado! Ya me le figuro metido en horribles y calientes mazmorras, en que ni el sol ni el aire llegan á penetrar, y sólo se escucha el ruido del agua que humedece los cimientos porosos y deleznables; ya pienso que le vigilan tenaces esbirros que le espían hasta los menores movimientos; ya me figuro verle lleno de llagas, triste, caduco y lamentoso á causa de sus dolores.

¿Es cierto esto, padre mío? ¿Le maltratan mucho? ¿Son así de crueles con quien merece todas las consideraciones por su rectitud y su bondad?

Figúrese usted todas sus penas, añádales una pesadum-



bre tres ó cuatro veces mayor y apenas así tendrá idea de las mías. Yo estoy libre y me hallo preso, gozo del sol y vivo en la obscuridad, estoy harto y me muero de hambre —de hambre de saber, de hambre de mirar, de hambre de enterarme, de hambre de conocer todo lo que me toca!

No sé cuánto tiempo hace, que un criminal, un loco, un amigo, un demonio, no sé quién, me llena de anónimos que amargan mi vida, me la entristecen y me la destrozan porque me hacen dudar. Dudo, sí, dudo de lo que yo creía la verdad más tangible, el axioma más claro, la luz más brillante, la más amplia razón de ser de mi triste vida. Dudo de la virtud de Eugenia, y con ella dudo de usted, de mi madre, de mí mismo, de Dios...

¿Por qué mil veces no me he muerto de mala muerte cuando las balas me han cercado, cuando el hambre me ha puesto instintos de fiera, cuando la sed me ha deprimido, cuando la insolación me ha hecho enloquecer y cuando la fatiga me ha idiotizado?

Dígame usted lo que sepa, todo lo que sepa, todo, por malo que sea, por doloroso que sea, por tremendo, por duro, por inmerecido que parezca. Mi espíritu vive de verdad, ama la verdad, por la verdad alienta y goza y se regenera. La desgracia tiene remedio, aunque sea el de la resignación, aunque sea el de la rebeldía; la duda no tiene más arbitrio que la cavilación, que la eterna cavi-

lación, que la misma duda: es aquel monstruo de ojos verdes que se mantiene del jugo que él mismo secreta.

¡Por usted, por mí, por mi madre, por mi hermano, por ella, por lo que más ame, sea piadoso conmigo y hábleme con la verdad con que lo ha hecho siempre! Me entrego á su rectitud con el amor y la confianza con que de niño me entregaba á su mano fuerte y segura para que me condujera. ¿Qué hay, qué sabe usted; qué debo creer? ¡Por Dios que me alumbre, por Dios que me guíe, por Dios que me acompañe en ese obscuro dédalo en que no veo salida, ni hallo remedio, ni existe arreglo posible!

Su amante y afligido hijo

Miguel.

De don Germán Caballero de los Olivos á su hijo Miguel

Mazatlán, 1866.

Mi querido hijo de mi alma: no te informaron mal, pues, en efecto, me hallo en prisión por haberme rehusado á aceptar un empleo que me daba la autoridad francesa. Si me salí de México para no vivir cerca de donde mandaban los traidores, si pude crear la resolución de que han dado muestras tú y tu hermano menor—que por cierto está bueno y obteniendo triunfos y ascensos al lado de Porfirio—¿iba á flaquear en mi vejez, cuando tú resististe

sin vacilar el tormento del destierro, y cuando Pancho ha resistido valientemente heridas, prisiones y tristezas?

A tu carta sólo te digo una cosa: ven, ven pronto, procura acercártenos, pues eso que á medias palabras me cuentas, me deja suspenso y sin saber qué responderte. Seis meses llevo de no hablar con nadie, y en ese tiempo no sé lo que haya sucedido ni lo que tengas razón para temer ó lamentar.

Contra tus lamentaciones, contra tus alarmas, contra tus reparos tengo una respuesta: acuérdate de quién es tu mujer y de quién es tu madre. Durante cuatro años hemos tenido á Eugenia con nosotros, y en ese tiempo nos ha edificado con su conducta, la más digna de una dama cristiana; y en cuanto á mi buena Lorenza, sólo debo decirte que es tu madre, y que para mí ha simbolizado siempre la cima más alta de virtud á que pueda llegar criatura humana.

Tu afligido padre,

Germán.

Del anónimo á Miguel Caballero de los Olivos

Mi querido amigo: he tenido noticias de su excelentísima suegra, á quien usted se figura solamente cabeza loca y destornillada, pero mujer de intachable probidad. No, amigo mío, Josefina Ubiarco es una de las más desa-

foradas bribonas que existen, y nada menos ahora, en el actual momento histórico, escandaliza á la corte con sus picardías.

Y ya lo sabe usted: de casta le viene al galgo el ser rabilargo; de tal palo tal astilla, de atrás le viene al garbanzo el pico; la cabra tira al monte... y otras cosas que quiero dejar en el tintero acerca de la madre y la hija y la manta que las cobija.

El médico de su honra.

De Miguel Caballero de los Olivos á su mujer

Presidio, 1866.

Eugenia: ¿te acuerdas que te he hablado de *Botas,* el asistente del general? Pues desde hace varios días me le encontraba triste, disgustado, sin fuerzas y sin brío.

— *Botas,* ¿qué tienes? le preguntaba.

— Jefe, no sé; pa mí que estoy *embrujao.*

— ¿Embrujado, hombre? ¿Es posible?

— Poderoso, jefe; estoy enhechizado.

— ¿Y en qué lo conoces?

— En que me he encontrado tres veces seguidas tres piedras en la puerta de la tienda de mi general, y he visto tres veces cruces hechas con ganado.

— Esas son tonterías, hombre.

— Tal vez, amo; pero yo he perdido mi sombra.



Ayer tuve oportunidad de ver cómo le sacaron á *Botas* el enhechizo. Como la única persona que podía quitar lo embrujado era la que lo había producido, *Botas* caviló mucho tiempo sobre quién le tendría tan mala voluntad que le hubiera hecho semejante daño. Al fin descubrió quién era la hechicera y le rogó que le sacara el embrujamiento. La maldita accedió con trabajos; pero una vez decidida, en vista de la promesa que de darle cuatro pesos le hicieron los amigos de *Botas,* empezó á trabajar con fe para alejar el maleficio. Ante todo comenzó por quitar espinas al muñeco que representaba al pobre asistente; luego hizo que le compraran un alcoholado de melisa, que llaman *agua de gloria, agua de la reina*, ó *agua de los siete príncipes;* adquirió luego buena cantidad de *vino carlón;* y el día fijado para la ceremonia, como la dolencia principal del pobre soldado consistía en haber *perdido su sombra,* la bruja le hizo ponerse de pie, á la intemperie, cerca ya de las doce del día; y á la hora que el sol pasaba por el horizonte, cuando el cuerpo del *enhechizado* no proyectaba sombra ninguna sobre la tierra, la vieja empezó á gritar á grandes voces:

— *¡Botas,* vuelve á tu centro!... *¡Botas,* vuelve á tu centro!... ¡Vuelve á tu centro, *Botas!*

Aguardó un rato la bruja, y cuando el cuerpo empezó á dar sombra, gritó satisfecha:

— ¡Ya vuelve la sombra!... ¡Ya vuelve á su centro!

Y cogiendo tierra de la que primero había sido sombreada la echó en el vaso en que estaban revueltas las aguas con el carlón, le mezcló un puñado de polvo y haciendo ingerir al paciente aquel brebaje, le arropó conduciéndole á su cama, donde sudó copiosamente. *Botas* recuperó ya su *centro*.

¿Cuándo, Dios de Dios, lograré recuperar el mío?

Alguien me ha robado mi sombra, mi centro, mi vida, que eras tú, y en lugar de eso me ha puesto honda desconfianza, temor y pena.

Sí, Eugenia; yo que por ti me habría echado sin vacilar á un lago de pez hirviente, ahora no creo en ti, no creo, no puedo creer. Me han robado mi centro, el centro de mi existencia, el centro de mi ser.

Si todavía puedes consolarme, consuélame; pero tu silencio me ha hecho una herida tan honda que no creo logre cicatrizar con nada.

¿Qué hago, Génie de mi alma, mujer mía? ¿Cómo recuperar mi sombra?

Adiós; quizás adiós para siempre.

Miguel.

De Miguel Caballero de los Olivos á su padre

Mi querido padre: poco me falta para estar con usted; que transcurran unos cuantos días y me verá llegar hasta

su prisión y ponerle libre, haciendo cesar los horribles padecimientos físicos y morales que le agobian.

El martes pasado, el general ordenó el ataque al fuerte de Palos Prietos, que es el único que guardan los franceses. Palos Prietos está situado á una milla de Mazatlán, y la fortificación de la plaza y la del fuerte estaban perfectamente combinadas, de manera que la última podía ser protegida por la primera, quedando no sólo al alcance de su artillería, sino al de sus rifles.

Se había empezado por determinar que los tiradores de las líneas de Urias y La Piedra molestaran sin cesar al enemigo, á fin de que, acostumbrado á aquel sistema de pelea, se descuidara y pudiera ser sorprendido el día del asalto.

El martes á buena hora, mediante una rápida y oportuna evolución, quedaron colocados entre Palos Prietos y los fuertes de la ciudad tres batalloncitos nuestros, los llamados «Hidalgo», «Degollado» y «Mixto», á las órdenes de Correa; estando apoyados por una columnita de caballería y por el escuadrón Gadea, que mandaba Parra.

Una columna de infantería, á las órdenes del general Márquez de León, y organizada con «Pánuco», «Victoria» y «Cazadores de California», quedó lista para atacar á la fortaleza por el frente y flancos. La reserva la mandaba Rubí, componiéndola dos ó tres batalloncitos cuyos nombres no recuerdo, cinco piezas de artillería de montaña,

el parque general y el escuadrón americano, que estaba á las órdenes del general y del cual formábamos parte *La Simona,* Tolentino, Guerra, Pintado, Dana y yo.

Estábamos pendientes de la orden de ataque, con los caballos listos y las armas preparadas; llovía á cántaros, como si las nubes fueran á desgajarse; parecía el cielo una gran esponja negra que destilara tinta y nos volviera negras cara y manos, y del paisaje no se advertían más que las siluetas de unos cuantos árboles que se recortaban como figuras de un paisaje chinesco: sólo relucían de trecho en trecho, como enormes pupilas de plata que espiaran la extensión, los charquillos que espejeaban dejando salir el *cuac* de las ranas, que á veces parecía el crascitar de cuervos surcando la altura y á veces el mugir de becerros que llamaran á la madre...

A eso de las tres el general recibió aviso de que estaba realizada la operación de envolver el fuerte, é incontinenti ordenó el ataque. Los clarines sobrepujaron con sus notas agudas el chasquido de la lluvia en la tierra; se oyó un grito en todo el campo y empezó la acometida recia, feroz, imposible de evitarse. Los soldados atacaban gozosos y satisfechos, con ese gozo y esa satisfacción que constituyen el triunfo anticipado del que llega y la anticipada derrota del que se ve obligado á marcharse. Veíamos desde nuestro sitio el resplandor de los fogonazos; oíamos gritos, juramentos é imprecaciones; compren-

díamos que se avanzaba y que no tardaría el fuerte en caer en nuestro poder. Hubo momento en que sentimos que retrocedía una columna, que se bamboleaba una fracción bajo el peso de la defensa formidable que se le enfrentaba. Corona me hizo una seña y salió lanzado á escape; se presentó en un momento en que los nuestros parecían abandonar el terreno é irse replegando á sus posiciones.

—¿Qué sucede? ¡Adelante, amigos; no hay que dejar que nos babosee esta canalla!... ¡Adelante, compañeros! ¿había de hacerse atrás el valiente batallón de Pánuco?

—¡Adentro, tales! gritaba desaforado un chinacate: ¡el jijo de esto y lo otro que no se meta al fuego verá quién soy yo! ¡Adentro, jijos!...

Los soldados se mantenían á la orilla del foso y parecían resueltos á no vadearlo nunca; Corona, nervioso por las baladronadas del gritón, se adelantó espada en mano hasta ponerse cerca del grupo que se rehusaba entrar al fuego.

—Capitán, esa no es la manera de impulsar á los soldados. Los valientes del batallón de Pánuco no han menester de que se les insulte ni se les amenace: ellos saben cumplir con su deber cuando cuentan con jefes que les conducen á ejecutarlo... ¡Hijos de Sinaloa, adelante; adelante como habéis ido siempre, como habéis ido en Vera-



—¡Adentrooooo!... ¡Viva Corona! ¡Viva México!...

nos, en el Presidio, en Urias!... ¡Adelante, muchachos, que aquí va vuestro general!...

Y saltó el foso con la espada en la mano, sin que se distinguiera más que la silueta negra de su persona y el rayo ardiente de su acero, que desaparecieron entre la obscuridad de la fortaleza.

—¡Adentrooooo!... ¡Viva Corona!... ¡Viva México! gritaron á una voz los antes asustados chicos.

—¡Adentro! gritamos nosotros.

Y entre el fuego y las piedras y las estocadas y los golpes y los rasguños y las voces y la confusión que se desarrollaron en el fuerte, nos calzamos la luneta principal, que era la mejor defendida. La gente francesa hizo gala de su ardimiento tradicional; replegándose á un muro comenzó á hacernos un fuego terrible, y cuando conseguimos acercarnos y evitar la acometida, nos recibieron con la bayoneta calada, entre imprecaciones y gritos de rabia.

Pero como éramos muchos más en número y llevábamos el propósito de quedarnos con el fuerte, acabamos en poco tiempo con aquellos testarudos, que unos por el hierro, otros por el fuego, y casi todos por el fuego y por el hierro, dejaron salir el alma desesperada juntamente con el último voto y la última blasfemia.

Quedamos dueños del fuerte y esperamos á que amaneciera para saber á qué atenernos. El enemigo tenía

interrumpida su comunicación con Palos Prietos, y nada menos que una columnita de cien ó doscientos hombres que pareció querer recuperar lo perdido, se vió obligada á entrar más que de prisa detrás de las fortificaciones.

Pero nuestro caso era curioso: teníamos á Palos Prietos en nuestro poder, y, sin embargo, no podíamos guardarle, pues nos hallábamos en la situación de aquella señora á quien su marido convidaba á tomar pollos y al mismo tiempo, armado de un gran palo, le gritaba con cara de enojo: «cuidado si los catas». Eramos dueños del fuerte, pero no podíamos afirmar nuestra posición porque nos decían «cuidado si los catáis» los cañones de la línea artillada y los de tres buques de guerra que los franceses tenían acoderados por su costado izquierdo.

Corona colocó en sitio oculto y ventajoso al grueso de la fuerza, y destacó á las órdenes de Tolentino á doscientos caballos que debían servir como de cebo á los de dentro: ni uno solo avanzó fuera de las fortificaciones y se limitaron á cañonear desde los muros y la costa á la caballería de Tolentino.

El general deseaba ver si era real ó fingido el abandono de Palos Prietos, y mandó que para comprobarlo nos alejáramos hasta Venadillo, Higueras y Urias.

Yo iba á la retaguardia, en la columna de Correa, que había quedado atrás y aislada. La segunda mitad del batallón Degollado, que estaba á mis órdenes, fué atacada

con brío por ochenta ó cien cazadores de Africa, que salieron de trincheras resueltos á molestarnos cuanto les fuera dable. Íbamos apercibidos para el caso, y sin vacilar hicimos rostro á los que nos acometían. Sable en mano y luego de organizar á la gente esperé el ataque, que se anunciaba tremendo; mas apenas había echado una ojeada sobre los que llegaban cuando distinguí entre la turba, abriéndose paso para salir á primera fila, á un monazo negro, de piernas y brazos flácidos, con el sombrero á media cabeza y el sable vacilante en la mano derecha. Se reía á voz en cuello y podía jurar que me miró y me reconoció diciéndome con sus ojillos bellacos y burlones: «Yo soy quien te trajo por aquí, y que luego de impedirte seguir tu designio, te ha frito la sangre llenándote la cabeza de embelecos, haciéndote dudar de tu mujer y convirtiéndote en un infeliz sin resorte moral. Podría volverte loco, pero no quiero hacerlo; te tengo compasión y me propongo rebanarte la cabeza limpiamente sacándote de una vez la gusanera que te tiene tan afligido... Yo soy Ginesillo de la Parapilla».

«¡Yo soy Ginesillo de la Parapilla, tasajos!», gritó en realidad el maldito alacranándose el sombrero y haciendo bailar el penco.

No supe qué hacía, no dije nada á mi gente: así podía el maldito haber estado en unión de gigantes que arrojaran lumbre por boca y narices y portaran espadas hechas

de llamas, sin vacilar me habría arrojado sobre él para pedirle cuenta de mi reposo y de mi bienestar. Él, él era quien me había hecho infeliz con sus cosas; él me había dado el filtro mágico que me había hecho perder el juicio; él me tenía enhechizado como lo había estado el pobre *Botas*.

Me precipité sobre el infame Pasamonte, gritándole loco de rabia:

—¡Ah, ladrón, indecente, te voy á sacar la puerca alma!

Pasamonte me esperó sin alterarse, risueño, abierta la bocaza, brillantes los ojuelos, el sombrero caído sobre el cuello y pendiente del barboquejo y el sable en alto como para cortarme el resuello. Me fuí contra él y nos pusimos á luchar con brío descomunal; del primer tajo Parapilla me destrozó una oreja, y yo le dí otro rompiéndole el brazo derecho.

—¡Bandido! gritó atormentado por el dolor. ¡Bandido, me tumbó el pie de la navaja! ¡Ahora verá quién soy... quién es Ginés Martínez!...

Se dirigió contra mí, que sin hurtar el cuerpo le esperé á pie firme. Llegaba con la pistola en la mano, loco de ira y de dolor y blasfemando sin parar. Yo estaba ciego; no miraba la gran masa azul que se movía, no miraba á mi tropa, sólo miraba á aquel pícaro que llegaba disparando tiros trabajosamente; hice avanzar el

caballo; alcé el sable con las dos manos y le partí el cráneo, que sonó como una calabaza *guayeca* al romperse contra el suelo: el tiro de su pistola me hirió de soslayo en el cráneo.

Parapilla cayó, y como todavía caído se moviera le rematé á machetazos hasta convencerme de que estaba bien muerto.

Entonces tuve ojos para ver lo que pasaba en el resto del campo; mi tropita había hecho huir á los sitiados que dejaban en el campo unos veinte muertos mexicanos y otros tantos cazadores de Africa. El auxilio que me prestó el valiente Leonardo Pintado, con su escuadrón de «Guías de la Libertad», me sirvió sólo para rematar la mayor victoria que hubiera deseado obtener.

La fortaleza de Palos Prietos quedó por nuestra. Yo he dejado de recibir anónimos.

Desde ayer soy coronel.

Tu hijo,

Miguel Caballero de los Olivos.

De Eugenia á su marido

Mazatlán, 1866.

Miguel: me has contristado grandemente con tus celos y tus desconfianzas, y por tu culpa he pasado días y noches muy malos. Papá y mamá me habían prevenido que

no te contestara; pero me he decidido á desobedecerles para decirte desde ahora lo que te he de decir cuando nos veamos; que tiene que pasar tiempo, mucho tiempo, antes de que sepas cuanto ha sucedido; que eres indigno de mi cariño por mal pensado, y que ya que tanto me has hecho sufrir, mereces también sufrir un poco.

Sí, sábelo bien, sábelo sin remedio: he asistido á un francés enfermo, le he prestado servicios, deploro su estado y deploro más que esté destinado á morir dentro de muy poco tiempo.

¿Por qué lo hice? En primer lugar por una razón clara é indudable: porque ese francés nos salvó á tu madre y á mí de una infamia y una deshonra inminentes; luego, por otro motivo que no puedo revelarte, y quizás no te revelaré nunca, porque es un secreto ajeno.

Con esto quedan contestadas todas tus cartas y sobre todo la última, tan impertinente, tan ofensiva y tan indigna de ti, de mí y de nuestro cariño.

Te envía un abrazo de tristeza y de dolor la que fué tu

Génie.

DEL *Nigromante* Á FIDEL

Mazatlán, 1866.

Fidel mío: no sabes cuánto me he reído de ti desde esta mi Tebaida. Tú el juarista, tú el adorador rendido

del gobierno, tú el que no quería «desgarrar el manto sagrado de la patria», tú el que consideraba un Bruto criminal á quien se atreviera á decir una palabra que condujera á la discordia; tú, Guillermo, has resultado á la postre más bruto que nadie y le has dado al famoso manto un desgarrón que no podrá zurcirse con menos de diez bolas de hilo.

Y malo es don Benito, ya lo creo que es malo; pero dejarle por el mequetrefe farfantón de Ortega, es el último extremo de la originalidad.

Pues como decíamos ayer, hijo mío, por aquí todo marcha á pedir de boca, tan á pedir de boca que nada menos acabamos de ocupar al puerto de Mazatlán, — acabamos... como la hormiga: venimos arando — en medio del regocijo de esta población, entusiasta é inficionada hasta los huesos de la más sincera chinaquería. ¡Vaya en gracia!

Las cosas habían llegado á ponerse tan mal para los simpáticos aliados, que creyeron tenían necesidad nada menos que de recurrir á los buenos oficios de los americanos para lograr salir del puerto sin que nadie les molestara.

El nueve de Noviembre, á las cuatro de la tarde, vimos llegar al campamento de Corona, situado en Unión, Villa de Unión ó Presidio, á dos sujetos que, como en el parte del general Mora, por el acento parecían ingleses,

aunque no habían hablado todavía la primer palabra, pues venían á buena distancia de nuestras líneas. Los tales eran nada menos que Carman, vicecónsul americano, y el abanderado Potts de la fragata *Suwanee*. Venían como embajadores, y su embajada se reducía á solicitar que se permitiera á los franceses embarcarse en paz y en gracia de Dios, pues se proponían evacuar el puerto; y caso que no se les dejara salir como lo deseaban — ¡qué miedo! — bombardearían la ciudad.

Corona salió á recibir á los del recado hasta el rancho de la Urraca, más acá del río del Presidio, y luego de exponer el gravedoso cónsul y el no menos gravedoso marino, que traían cosas importantes que conferir con el jefe del ejército, éste les introdujo á un jacal de mala muerte, donde á la luz de un cabito de vela se leyeron las comunicaciones y se agotaron los términos de cortesía.

— ¿Puedo todavía servir de algo á los señores comisionados? preguntó Corona.

— ¡Oh, sí, señor! respondió Carman, insisto en que usted nos dé su promesa de que no hostilizará á los franceses en su reembarco, pues tienen la invariable resolución de bombardear la ciudad.

— ¿Bombardear la ciudad? No lo creo, señor cónsul; no se atreverán á emprender nada en presencia del buque americano que manda el capitán Shirley.

—El *Suwanee* no tiene la fuerza bastante para impedir un atentado de esa clase.

—Sí la tiene, señor cónsul; pero aunque no la tuviera, su fuerza no radica en la materialidad de poder causar más ó menos daño á los franceses, sino en el crédito, la respetabilidad y la grandeza de los Estados Unidos.

—Sin embargo, general, yo me atrevo á insistir, pues me interesan en extremo el bienestar y la existencia de mis nacionales.

—Que nunca han disfrutado de mayores prerrogativas que ahora, señor cónsul, á pesar de que el tiempo no era de lo más propicio.

—No lo negaré; pero yo desearía seguridades más positivas.

—Son las que puedo dar.

—Espero que lo reflexione, señor general; yo me alojaré en el hotel americano en el Presidio y allí aguardaré la contestación de usted.

—La mandaré con la debida oportunidad.

Y en efecto, al día siguiente llegó la respuesta que comprendía los mismos puntos que la conversación.

Así pasaron tres ó cuatro días, en que ni se avanzó en las operaciones militares, ni se bombardeó la plaza, ni se alejaron los franceses, ni nada.

El trece, á eso de las nueve de la mañana, llegó en carretela abierta un oficial de marina que conducía un

pliego para Corona. Como en la plaza se había tocado parlamento y suspendídose los fuegos, se condujo al cuartel general al enviado, que entregó al jefe una carta en que nadaba el tasajo del miedo en el caldo de la más refinada *politesse:* había recibido el vicealmirante Mazève las órdenes para evacuar el puerto de Mazatlán; pero antes de ausentarse quería tener la ocasión de tratar con sujeto tan principal como Corona, cuyos sentimientos archihumanitarios le tenían lleno de pasmo y penetrado de gratitud.

Leyó don Ramón la misiva, y á poco envió al mejor trajeadito de sus subalternos, el coronel Ignacio Escudero, llevando una comunicación de que quisiera tener traslado para poder enviártela, pues te confieso que puse en ella lo mejor de mi sutil ingenio.

Decía Corona que, aunque tarde, se habían enterado los franceses de que hay un ejército mexicano con quien tratar; que celebraba que, aunque tarde, se preocuparan los franceses de darle garantías á la población inerme, pues no habían tenido tan filantrópica actitud cuando habían entregado al saqueo, al incendio y á la lascivia de la soldadesca, á lugares como Concordia, Siqueros, Jacobo, Aguacaliente, Pueblo Nuevo, Zopilote, La Canoa, El Valamo, San José, Veranos, Pánuco y Copala. Concluía haciendo saber que si los franceses bombardeaban á Mazatlán cuenta era suya, pues á Corona le tocaba sólo

adoptar el temperamento que exigieran el decoro y la honra de la nación mexicana.

Entregó Escudero la respuesta á un oficial, y el oficial la pasó á sus jefes, conviniéndose en que el armisticio duraría hasta las doce del día.

A las doce y cuarto se recibió noticia de que los franceses se escapaban aprovechándose del armisticio... ¡Providencia de Dios! diría Ramoncito Alcaraz, que suele poner en la cuenta de su Divina Majestad todas las infamias, todas las picardías y todos los desafueros.

¡Providencia de Mandrín y de Cartouche! diría yo, que consiente salgan como fulleros y ladrones de caminos los que se dicen soldados invencibles y depositarios de todo el valor y de todo el decoro militar. ¡Salud al primer ejército del mundo! quizás pronto le veamos magullado y contundido por quien pueda más que él, y quizás pague con las setenas las infamias que aquí realizó.

Después que Corona hubo dictado las providencias necesarias para que se guardara el orden, entró al puerto todo lo que, con una poca de fanfarronería, llamamos aquí el ejército de Occidente. Naturalmente yo, que no tengo grado conocido ni lugar señalado ni casillero en que colocarme, fuí de los primeros que entraron á fisgonear el caso memorable, pues ya pensaba en escribirte esta cartita, que de seguro tomarán como documento histórico los Bustamantes del porvenir, si por acaso llega

á nacer alguien tan majadero como tu amigo el insignísimo mamarracho del *Cuadro Histórico*.

Mas discretos ó majaderos los tales historiadores, te referiré sólo que era un espectáculo edificante por nuevo, encontrar á las puertas de la ciudad, no á franchutes fanfarrones ni á Judas traidores y bellacos, sino á las niñas más bellas, á los caballeros más ricos y á las matronas más respetables del lugar, que suplican á Corona

no fatigue los ijares
de su mal regida bestia,

y después de dirigirle una alocución muy bien parlada colocan en su cabeza coronas de victorioso laurel — de laurel, que se destina á los héroes y á los triunfadores. ¿Y quién merece nombre de héroe si no lo merecen estos excelentes patriotas, que luchando con la pobreza, con las enfermedades, con la complicidad de los bribones y con la desgracia, han sabido guardar incólume este pedazo de patria que quisieron defender con su sangre?

Era hermoso espectáculo el de aquellos infelices atezados, piojosos, desgarrados, famélicos, mechudos, ora con cicatrices recientes, tal vez con heridas abiertas, recibir los plácemes, las sonrisas, los apretones de manos, los abrazos y hasta los besos de los ojos más negros, de los brazos más mórbidos, de los labios más rojos, que cerrados siempre para franceses y traidores, se abren hoy

para estos soldaditos de hierro, que supieron resistir hambre, necesidad, soles candentes, fríos polares, falta de sueldos y falta de vestido, por perseguir un ideal lejano que muchos no comprendían bien, que muchos tenían vago y esfumado en sus entendimientos; pero en el que todos creían como en su propia vida.

Mas me pongo lírico y eso no cuadra con mi carácter de historiador: sigo con mi canto llano. A cada soldado le pusieron en el brazo una cinta de seda roja con esta letra: *Premio á la virtud y al valor mexicanos*, y en las bocas de los rifles colocaron ramilletes de flores artificiales que llevaban escuditos de oro — escuditos de oro un poco más indiscutibles que los títulos de don Benito á la presidencia, y que ya te figurarás cómo serían vistos por aquellos excelentes muchachos que no oían hablar de ellos años hacía.

Esto, Inés, ello se alaba;
no es menester alaballo.

Todo Mazatlán estaba lleno de colgaduras, de festones, de alegría y de expansión. Las tropas recorrieron las calles recibiendo los saludos, las flores y los vivas del vecindario, que no se hartaba de celebrar la llegada de pobres veteranos que por primera vez eran recibidos en triunfo. La columna se desplegó del lado de la aduana marítima, dando frente á los buques de guerra franceses;

tocaron los músicos, lució al aire el águila libre, sin coronas ni adminículos, y por primera vez se alzaron puras y nítidas, sin que parecieran una ironía sangrienta y dolorosa, las notas del himno nacional, que fué seguido de todos nuestros sones populares más comprometedores.

¡Figúrate, Guillermo, la dentera de los franceses ante aquel espectáculo! Todo lo vieron, todo lo oyeron, y dicen que al enterarse de esas cosas, el Almirante lloró y se lamentó de que las picardías de los suyos hubieran hecho natural y deseable aquel espectáculo.

Nuestro primer cuidado, luego de bobear dando santo y seña de lo que pasara, fué poner en libertad á mi amigo el licenciado Olivos, que llevaba nueve meses de estar en prisión rigurosa. Allí vi á mi ingratísima deidad, que me trató con un cariño y una gentileza que enconaron todavía más la herida. Dicen que se inclina á un francés, dicen que adora á su marido y dicen otras muchas cosas; pero lo que nadie duda es que á mí no me pasa. ¡Qué triste cosa es llegar á viejo, Guillermo mío!

Vuélveme, amor, mi juventud, y luego
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

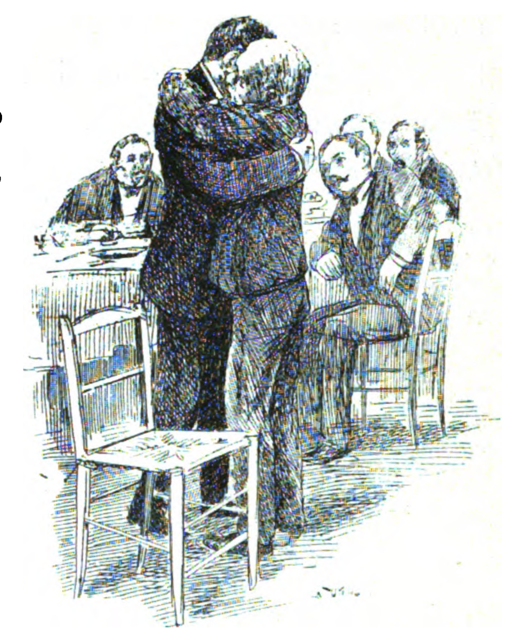
Para terminar te contaré algo que parece final de novela, pero que no es sino trozo palpitante de historia. Ayer estábamos en un banquete que la ciudad le ofreció á Corona. A la mejor un oficial dijo en voz alta:

— Mi general, le habla á usted un hombre.

— ¿Qué quiere?

— Dice que es su padre.

— ¿Mi padre? Mi padre murió ya. ¿Cómo se llama ese hombre?



— Esteban Corona.

— ¿Esteban Corona? dijo el triunfador ya preocupado. Que pase.

Y entró en efecto el recién venido, que todavía se encuentra en buena edad y que abrazó á Corona entre lágrimas y besos. Este le pagó en la misma moneda, y durante un buen rato no se oyó más que «¡padre mío!», «¡hijo de mi alma!», «¡bendito sea Dios que me permite verte!», y otras cosas así que hicieron que todos soltáramos el trapo.

Corona creía muerto á su padre, y su encuentro en este día y en estas circunstancias ha impresionado grandemente. Bueno es lo que concluye bien.

Pronto saldré de este Mazatlán de mi alma é iré adonde la fortuna me lleve; pero donde quiera he de repetir, parafraseado aquello que Cervantes aplica á Barce-

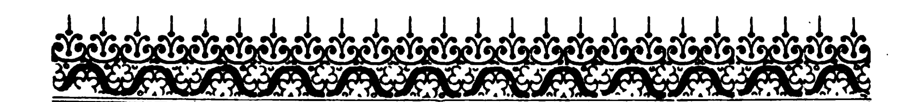
lona; dispensa si no le cito fielmente, pues no tengo el libro á mano:

«Adiós, Mazatlán, flor de las bellas ciudades, regalo y delicia de tus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la cortesía, ejemplo de lealtad y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo». Adiós, Mazatlán.

Tuyo,

El Nigromante.

FIN DEL TOMO TERCERO



ÍNDICE DEL TOMO III

PORFIRIO DÍAZ

PRIMERA PARTE

RAMÓN CORONA

SEGUNDA PARTE



PAUTA DE LAS LÁMINAS DEL TOMO III







